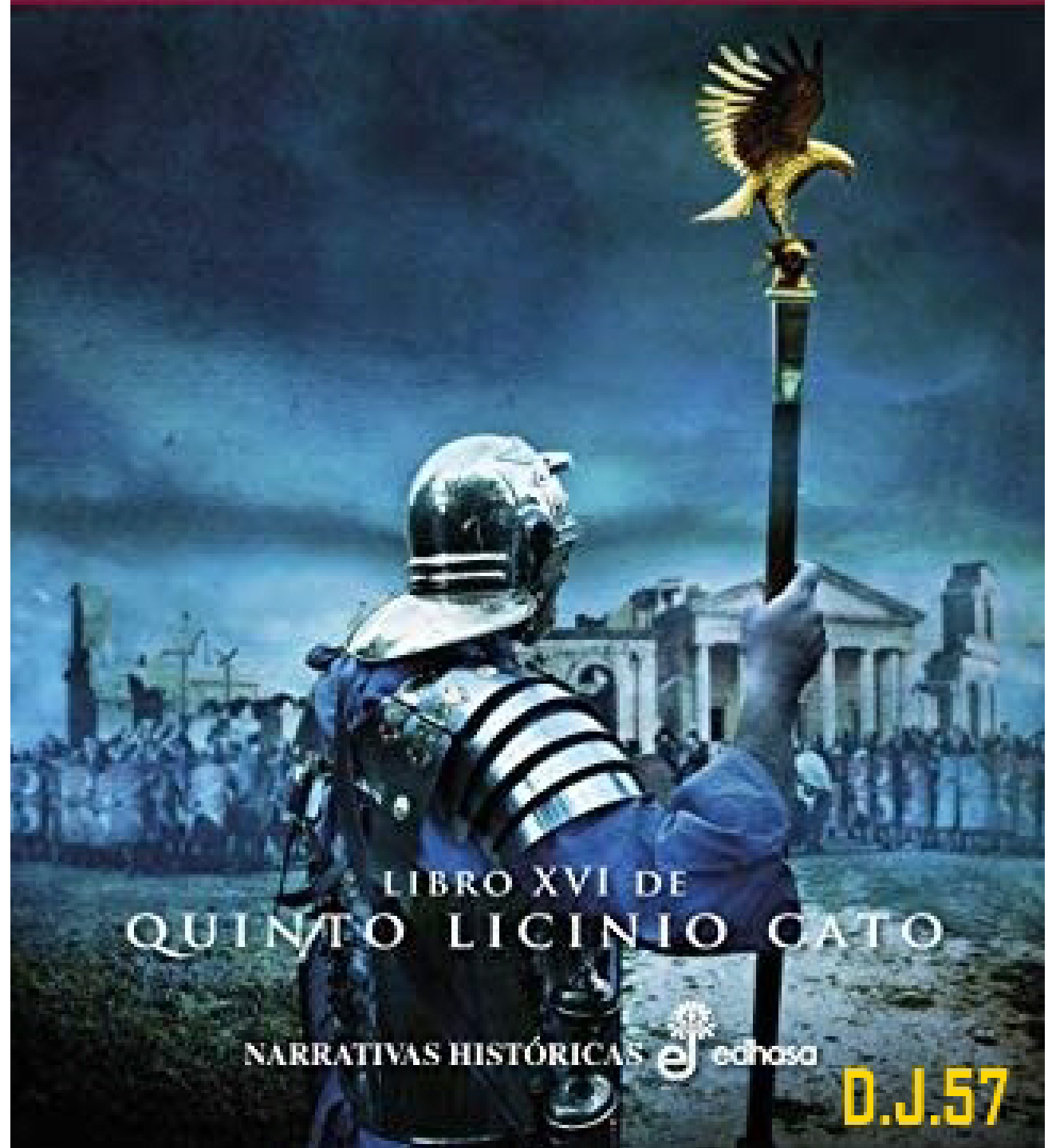


LOS DÍAS DEL CÉSAR

SIMON SCARROW



LIBRO XVI DE
QUINTO LICINIO CATO

NARRATIVAS HISTÓRICAS  edhasa

D.J.57

Cato y Macro los personajes que ya se han convertido en una leyenda de la novela histórica para millones de lectores, se vuelven a meter en líos, para salvar el Imperio Romano.

El emperador Claudio ha fallecido y ahora es Nerón quien lleva las riendas del Imperio. Sin embargo, su hermanastro, Británico, ha reclamado el trono. Una sangrienta lucha de poder está en marcha.

Por su parte todo lo que desean el prefecto Cato y el centurión Macro es vivir la vida militar que les corresponde, luchando con sus valientes y leales hombres. Pero Cato ha llamado la atención de algunos grupos rivales que están decididos a ponerlo de su parte. Y, además, están dispuestos a todo... Para sobrevivir, deberá fiarse de su astucia y sólo cuenta con la ayuda del único romano de todo el Imperio en quien puede confiar: Macro.

A medida que las fuerzas rebeldes aumentan, los legionarios y guardias pretorianos son movidos como piezas de ajedrez por figuras poderosas y sombrías. Un juego político que promueve un desafío militar máximo. ¿Es posible evitar la guerra civil? El futuro del Imperio está de nuevo en manos de Cato...

Simon Scarrow

Los días del Cesar

Libro XVI de Quinto Licinio Cato

Serie Águila - 16

Título original: *Day of the Caesars*
Simon Scarrow, 2017

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Los días del Cesar](#)

[Mapa de Italia, 54 D.C.](#)

[Mapa de Sinus Cumanus](#)

[Mapa de Roma en la época de Nerón](#)

[Cadena de mando de la guardia pretoriana](#)

[DRAMATIS PERSONAE](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

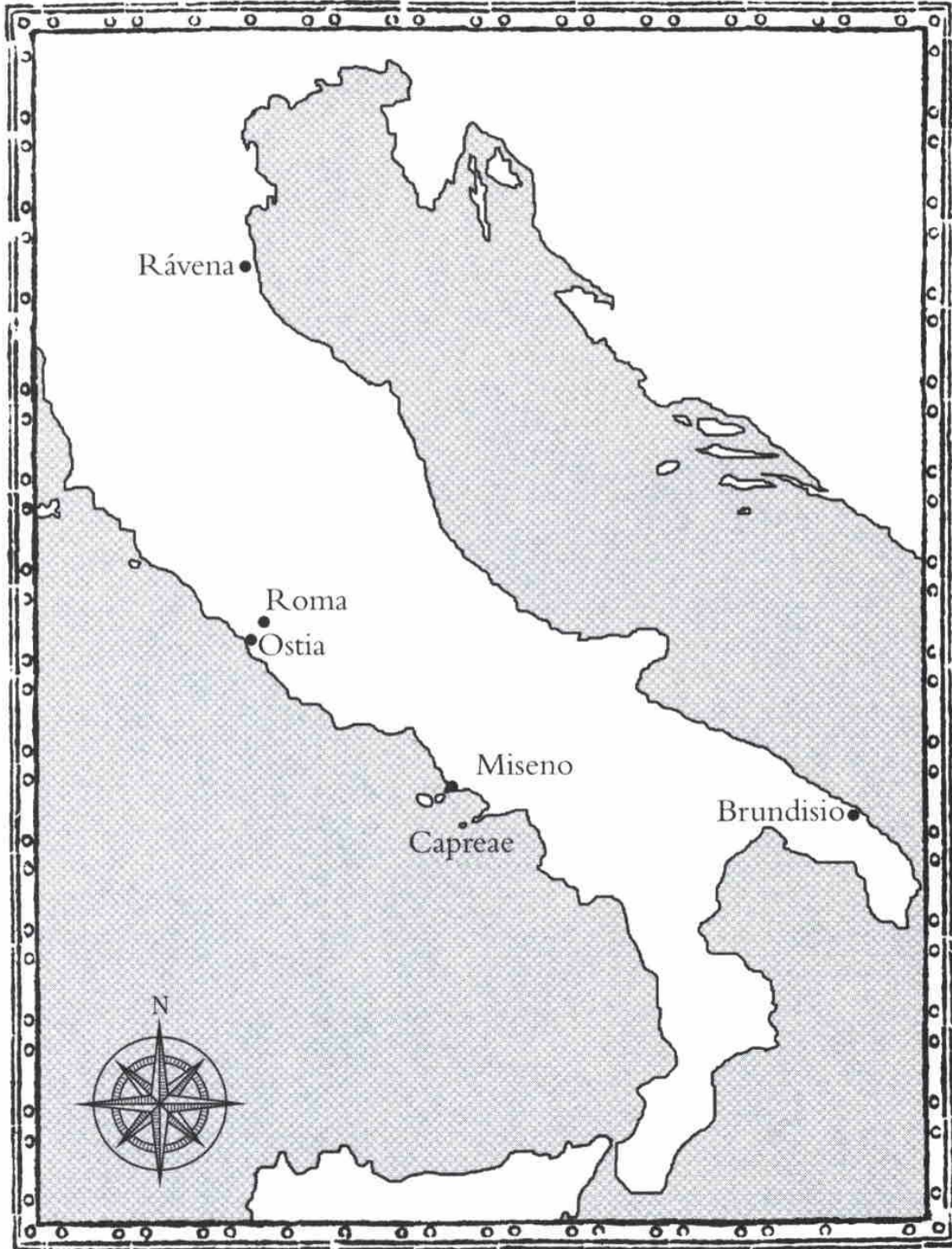
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

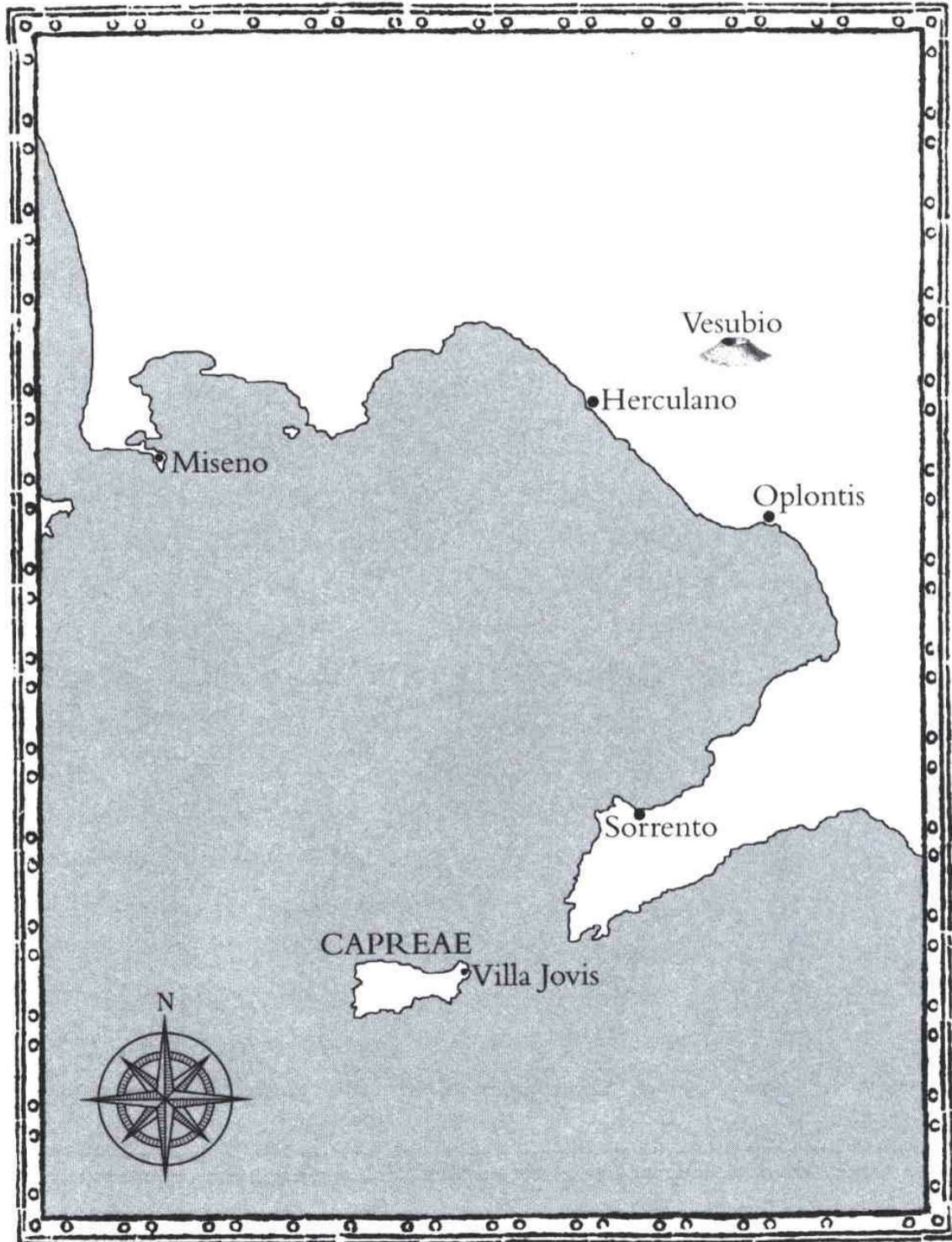
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y UNO](#)
[NOTA DEL AUTOR](#)
[Sobre el autor](#)

Para John Carr, que inició el club de lectura, y para el resto de mis camaradas de lecturas a lo largo de los años: Ted, Jason, Phil, Andy, Peter, Trevor, John, Nick, Jeremy y Lawrence.

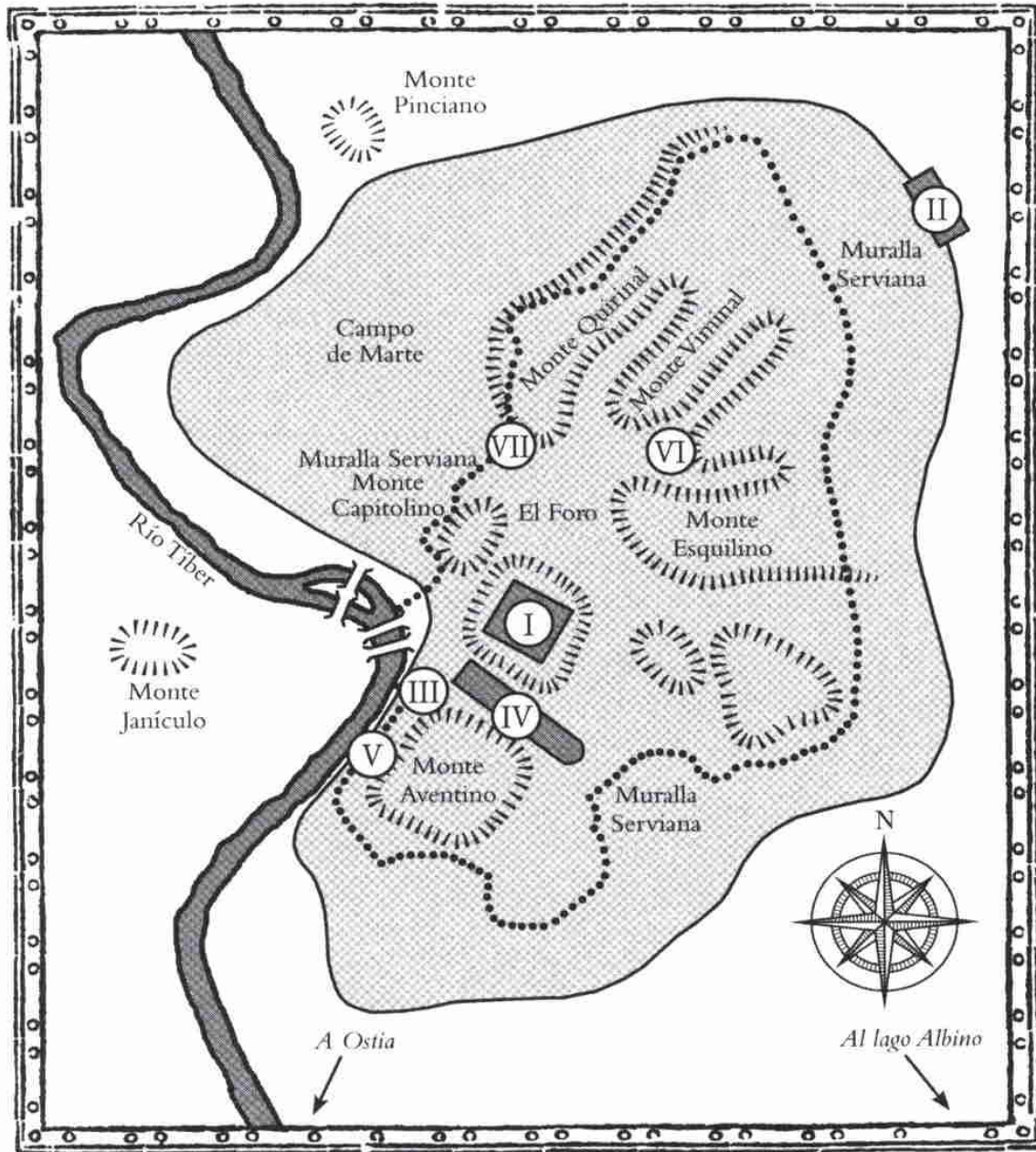
MAPA DE ITALIA, 54 D. DE C.



MAPA DE SINUS CUMANUS
(bahía de Nápoles), 54 D. DE C.

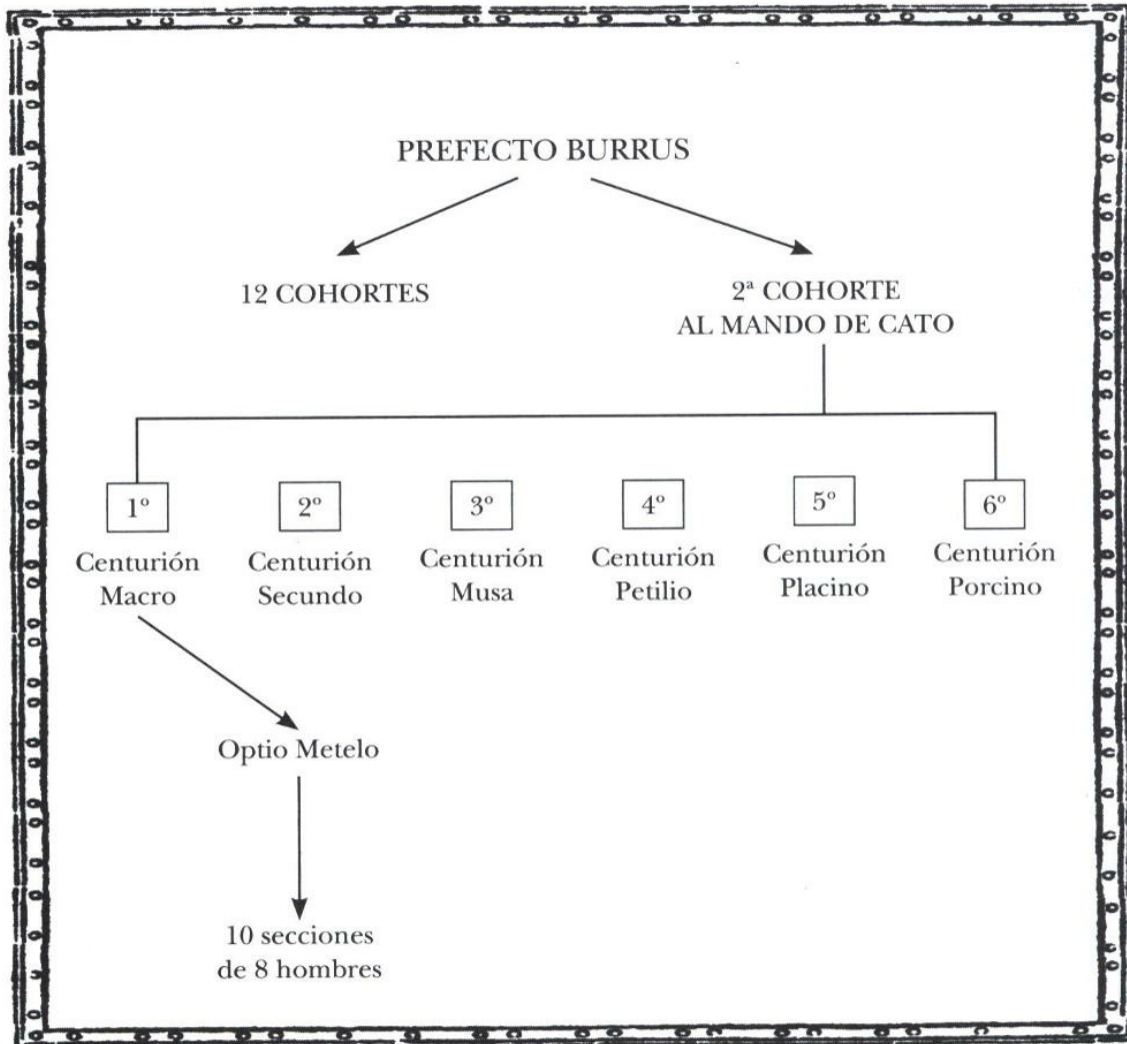


MAPA DE ROMA EN LA ÉPOCA DEL EMPERADOR NERÓN



- | | |
|---------------------------------|-----------------------------|
| Ⓘ Complejo del Palacio Imperial | Ⓔ Distrito de los almacenes |
| Ⓜ Campamento pretoriano | Ⓧ Barrio bajo de Subura |
| Ⓝ Boario | Ⓨ Puerta Flaminia |
| Ⓖ Gran Circo | |

CADENA DE MANDO DE LA GUARDIA PRETORIANA



DRAMATIS PERSONAE

Quinto Licinio Cato: prefecto de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, joven oficial muy prometedor.

Lucio Cornelio Macro: centurión de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, veterano muy curtido.

Nerón: emperador de Roma, recién nombrado; hijo adoptivo del difunto emperador Claudio, espera iniciar una nueva «Edad de Oro»..., si puede encontrar el oro para asegurarse de que ocurra semejante cosa.

Británico: hijo del difunto emperador Claudio, hermanastro de Nerón y que vive para lamentarlo.

Agripina: viuda del emperador Claudio, lucha para mantener la influencia sobre su hijo.

Palas: primer liberto del emperador Nerón; astuto, implacable y codicioso.

Vitelio: comandante de la fuerza expedicionaria enriada recientemente a Hispania; aristócrata con una grandísima veta de ambición...

Granico: senador que ha vivido el tiempo suficiente como para verlo todo y lamentar las costumbres de la época.

Vespasiano: antiguo legado de la Segunda Legión y senador; soldado honrado y eficiente.

Domicia: esposa de Vespasiano; una mujer con más ambición de lo que sería saludable para su marido.

Amrilo: senador de Roma.

Junia, Cornelia: esposas de senadores.

Atalo: agente de Domicia.

Feno, Tallino: espías de Palas.

Lemilo: almirante de la flota en Miseno; un viejo lobo de mar que marca el rumbo.

Espiromandes: navarca (comandante de escuadrón) de la flota de Miseno.

Pastino: legado de la Sexta Legión, con un loable desagrado por los abogados.

Guardia Pretoriana

Burras: prefecto que comanda la Guardia, promovido por encima de sus habilidades.

Mantalo: tribuno.

Tertilio: comandante de la Tercera Cohorte.

Cecilio: tribuno joven.

Segunda Cohorte Pretoriana:

Cristus: tribuno, antiguo amante de la difunta esposa de Cato, Julia; un poco chulo.

Placino, Porcino, Petilio: centuriones.

Metelo, Ignatio, Nicolis, Ganico, Nerva: optios.

Rutilio: portaestandarte imperial.

Otros

Julia: difunta esposa de Cato, de moralidad dudosa.

Lucio: hijo de Julia y Cato, un poco travieso...

Sempronio: senador padre de Julia; un político honrado, y por tanto una rareza.

Petronela: niñera de Lucio y mujer a la que hay que tener en cuenta.

Tribonio: posadero en la Subura.

Décimo: portero en casa de Vespasiano.

Cefodo: abogado de los bajos fondos, del patio de los abogados del Boario.

CAPÍTULO UNO

Roma, a finales del 54 d. de C.

Todo empezó, como pasa siempre con estas cosas, con unas cuantas bebidas. Las peleas no eran algo inusual en el barrio de la Subura, y mucho menos en la posada llamada Rómulo y la Loba, bien conocida por su vino barato, sus alegres fulanas y los múltiples clientes que vendían información confidencial sobre las carreras de carros. Era una de las tabernas más grandes de todo el suburbio, y ocupaba toda la planta baja de una casa de piso, en la esquina de una pequeña plaza. Un largo mostrador corría a lo largo de la pared del fondo y, desde allí, el propietario, Tribonio, dirigía a un pequeño grupo de mujeres muy maquilladas que servían a los clientes bebidas, una gama limitada de alimentos e incluso otros servicios si alguien tenía apetito carnal. Dos hombres muy robustos permanecían de pie a cada lado de la puerta que daba a la calle, para comprobar que los clientes no llevaran armas antes de dejarlos entrar. Algunos posaderos declinaban tomar tales precauciones por miedo a alejar a la gente, pero Tribonio llevaba más de veinte años en el negocio y tenía una clientela fija, que toleraba la restricción por el aprecio que tenía a los placeres que encontraba dentro.

Había pasado apenas un mes de la muerte del emperador Claudio. Aquella noche llovía y las calles de Roma relucían bajo el golpeteo y el susurro constante de las gotas de lluvia. Los moradores de la capital habían recibido la noticia del fallecimiento de Claudio con mucha prevención y ansiedad, y ésa no era una buena noticia para Rómulo y la Loba, ya que muchos vecinos evitaban las calles en lo posible, temiendo enfrentamientos entre las facciones rivales que apoyaban a los hijos del emperador, Nerón y Británico. El viejo podía ser un poco atolondrado y torpe, pero había sabido mantener al pueblo alimentado y entretenido; y lo más importante: su reinado

había sido estable, consiguiendo hacer olvidar la crueldad implacable de los dos emperadores que le habían antecedido. Pero cuando hay dos herederos al Imperio más poderoso del mundo conocido, lo normal es que haya tensión, por decirlo de una manera suave.

Nerón, con dieciséis años, era el mayor de los dos chicos, que se llevaban tres años de diferencia. No era hijo natural de Claudio, pero sí hijo de la emperatriz Agripina, que por su parte era hija del hermano de Claudio. El matrimonio entre tío y sobrina había requerido un cambio de la ley, pero los senadores habían decidido magnánimamente perdonar un pequeño inconveniente como era el incesto a cambio de granjearse el favor de su emperador. Y, por tanto, Nerón se convirtió en hijo legítimo de Claudio. Justamente por ello, por la imposición de aquel hermano adoptivo, el hijo natural, Británico, se sintió dolido, aunque su situación como preferente pronto se vio empeorada gracias al control que ejercía su madrastra sobre la mente y los deseos carnales del emperador. Y así, en los últimos años de su reinado, Claudio creó sin darse cuenta una rivalidad que amenazaba la paz de Roma. Aunque la emperatriz se apresuró a anunciar que su hijo era el sucesor al trono, era bien sabido que Británico y sus aliados no lo aceptaban, y la gente corriente, por tanto, mostraba gran nerviosismo mientras esperaba a que se resolviera la rivalidad.

Un grupo de guardias pretorianos con sus gruesos mantos atravesó la plaza y se dirigió a toda prisa hacia la posada, hablando entre ellos y riendo en voz alta. Podían hacer lo que quisieran, ya que los pretorianos eran los soldados más valorados por los emperadores, que recompensaban con generosidad su lealtad. Y el nuevo emperador no era ninguna excepción. Cuando se anunció el acceso al trono de Nerón, todos los guardias de Roma recibieron una pequeña fortuna, y ahora sus bolsas estaban bien repletas de plata. Tribonio levantó la vista y mostró una amplia sonrisa al ver que los soldados entraban, se bajaban las capuchas y se quitaban las capas empapadas, que colgaron en las estaquillas situadas a lo largo de la pared, y luego se acercaban al mostrador a pedir los primeros tragos. Monedas recién acuñadas cayeron al momento en la superficie de madera manchada y llena de marcas, y desde la habitación interior llegaron rápidamente vasos y jarras de vino que se tendieron a los sedientos soldados.

No eran los primeros guardias en convertirse en clientes de la casa aquella noche. Un grupo más pequeño había llegado un poco antes y había ocupado un rincón, donde seguían sentados, en unos bancos a cada lado de una mesa. Su humor era mucho menos jovial, aunque también habían sido merecedores de la generosidad del emperador. El que parecía su líder se volvió para mirar hacia los pretorianos que estaban ante la barra y frunció el ceño.

—Malditos idiotas —gruñó uno de ellos—. ¿Qué se creen que están celebrando?

—La paga extra de un año, en primer lugar —replicó el hombre que estaba sentado a su lado, con una débil sonrisa. Levantó su vaso—: Un brindis por nuestro nuevo emperador.

El gesto fue recibido con un silencio hosco por el resto de los soldados sentados en la mesa, y el hombre continuó en un tono lleno de ironía:

—¿Qué ocurre, muchachos? ¿Nadie se va a unir a mí en un brindis por nuestro amado Nerón? ¿No? Todos tan cabizbajos como tú, Prisco.

El líder apartó su atención de los hombres y la centró en la barra.

—Sí, Pisón, la verdad es que tenemos todos los motivos del mundo para estar desanimados, teniendo en el trono a ese prodigio sin barbilla. Tú has estado de guardia en palacio, igual que yo, y has visto a Nerón de cerca. Sabes cómo es. Se atiborra de exquisiteces y mariposea por ahí con poetas y actores... Y también tiene mal carácter. ¿Te acuerdas de aquella vez que tuve que escoltarlo en uno de sus viajes anónimos por la ciudad? ¿Cuando se metió en una pelea con un viejo e hizo que sujetásemos al hombre pegado a la pared mientras él lo mataba a puñaladas?

Pisón meneó la cabeza negativamente ante aquel recuerdo.

—No fue nuestro mejor momento, lo reconozco.

—No —dijo Prisco, con los dientes apretados—. En absoluto. Y será mucho peor ahora que es emperador. Ya lo verás.

—Al menos nos ha pagado bien...

—A algunos —replicó Prisco—. Todavía faltan los chicos que estuvieron de campaña en Hispania. No se sentirán muy felices cuando vean que no han guardado nada de plata para ellos cuando vuelvan a Roma.

—No te equivocas... Pero, de todos modos, ¿qué te hace pensar que el hermano pequeño de Nerón sería mejor, si fuese él el emperador?

Prisco reflexionó un momento y luego se encogió de hombros.

—Pues nada, quizá. Pero Británico no es tonto. Y lo han educado desde que era niño para gobernar el Imperio. Además, es de la carne y la sangre de Claudio. Tiene derecho por nacimiento a ser emperador. Y en cambio, a ese pobre lo han apartado a un lado la zorra intrigante de Agripina y el hijo de puta de Palas.

Al mencionar al nuevo consejero más apegado al emperador, Pisón miró a su alrededor con nerviosismo. La posada era uno de los sitios que frecuentaban los espías e informadores imperiales con el fin de escuchar las conversaciones e identificar a posibles agentes conflictivos ante sus amos en palacio. Se sabía que Palas tenía poca tolerancia hacia aquellos que lo criticaban a él, o hacia aquellos que se atrevían a criticar al emperador. Sin embargo, nadie parecía estar escuchando, y Pisón rápidamente dio un sorbo de vino y luego dirigió a su amigo un gesto de advertencia:

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices, Prisco, o te meterás en problemas y nos meterás también a los demás. Habría preferido que Británico fuese nuestro nuevo emperador, igual que tú, pero no lo es, y nosotros no podemos hacer nada.

Prisco sonrió con rapidez.

—Tú quizá no. Pero hay personas que sí harán algo...

—¿Qué quieres decir?

Antes de que Prisco pudiera responder, los interrumpió una carcajada muy fuerte justo detrás de ellos.

—¡Pero chicos! ¡Si es nuestro amigo Prisco y sus enfurruñados colegas!

Prisco reconoció la voz, pero no se volvió de inmediato. Por el contrario, primero dejó el vaso, y sólo entonces habló en voz alta:

—Oye, Biblio, ¿por qué no te vas a tomar por culo y me dejas beber en paz?

—¿A tomar por culo? —El recién llegado dio la vuelta al final de la mesa y miró a Prisco y sus acompañantes—. Esas no son maneras de recibir a un antiguo camarada que te trae un regalo.

Sacó el tapón de la jarra de vino que llevaba bajo el brazo y llenó el vaso de Prisco antes de que éste pudiera reaccionar, y luego levantó el vaso que él llevaba en la mano en dirección a los hombres de la mesa.

—Venga, muchachos. ¿Quién se une a mí para brindar por nuestro común benefactor? ¡Por el emperador Nerón, que los dioses lo bendigan! —Apuró el vaso de un solo trago, e inmediatamente lo arrojó al suelo con estrépito y se secó los labios con el dorso de la mano—. Qué bueno está.

Ninguno de ellos había respondido a su brindis, y él los miró con una ceja levantada.

—Pero ¿qué es esto? ¿No vais a beber por nuestro emperador? Esto me suena a deslealtad... —Miró a su alrededor, y sus amigos se apiñaron más aún—. ¿Qué opináis, chicos? Parece que esta gente no aprecia mucho a Nerón... Algunos dirían que es algo más que simple deslealtad. Quizá sea incluso traición. Quizás esperaban que ese pequeño gilipollas de Británico vistiese la púrpura... Pero resulta que ganó nuestro chico. El vuestro perdió. La elección está hecha, y vosotros tendréis que dejar de quejaros y aceptarlo.

Prisco se puso de pie lentamente y levantó el vaso, encarándose a Biblio.

—Disculpas, hermano. ¿Dónde están mis modales?

Dobló la muñeca y un pequeño chorro de vino rojo cayó en la mano de Biblio. Prisco continuó el movimiento por el brazo de Biblio, salpicando más vino en su hombro, y acabó en su cabeza, donde le dio una pequeña sacudida al vaso para que cayeran las últimas gotas. Luego retiró la mano y miró a Biblio en silencio. Este frunció el ceño.

—Esto lo vas a lamentar, Prisco.

—¿Ah, sí? —Y Prisco estampó el vaso en la cara de Biblio con todas sus fuerzas, magullándola y destrozándole la nariz. Luego, cuando su víctima se tambaleó hacia atrás, la sangre cayendo por la nariz, gritó a sus amigos—: ¿A qué estáis esperando? ¡A por ellos!

Con un rugido, sus compañeros saltaron, tirando al suelo los bancos y levantando la mesa, y cargaron hacia los otros pretorianos, con los puños levantados como si fueran mazas. Prisco centró su atención en Biblio. Siempre había considerado a aquel hombre un bocazas estúpido, y ahora iba a darle una buena lección. Corrió hacia adelante y le lanzó un puñetazo que se estrelló en la barbilla del hombre y le echó la cabeza hacia atrás, y luego lo golpeó en el vientre y después en la mandíbula, haciendo que el otro trastabillara y tardara unos segundos en recuperar la estabilidad.

El hombre miró con los ojos llenos de furia a Prisco.

—¡Estás muerto! —rugió Biblio—. ¡Muerto, joder!

Pero antes de que pudiera cumplir su amenaza, Prisco cargó hacia adelante y le lanzó otro puñetazo. Biblio torció la cabeza hacia atrás para evitar el ataque, pero fue demasiado lento y recibió el golpe con todo el peso de su rival en la garganta. Prisco sintió que el hueso y el cartílago crujían, y Biblio dejó escapar un gruñido y se llevó las manos al cuello, luchando por respirar. Con los puños levantados y medio agachado, Prisco esperó a que el hombre le respondiera. Pero Biblio retrocedió unos pasos más, agarrándose la garganta y moviendo la mandíbula frenéticamente, con los ojos casi fuera de las órbitas. Entonces chocó con un taburete y cayó hacia atrás, aterrizando en el suelo pesadamente, al tiempo que se golpeaba con fuerza el cráneo contra el suelo de losas de piedra. Se quedó mirando al techo, parpadeó unas cuantas veces, tembló un poco y ya no volvió a moverse.

Prisco se acercó con precaución, pero la lucha principal estaba teniendo lugar junto a la barra, y no estaba amenazado. Empujó a Biblio con la punta de su bota.

—¡Levántate!

No hubo respuesta, así que le dio una patada.

—¡De pie, hijo de puta, y te enseñaré lo que le ocurre a los que apoyan a Nerón!

Biblio recibió la patada sin responder, y el primer asomo de miedo hizo que a Prisco se le erizara el vello de la nuca. Relajó los puños y, precavido, se agachó ante el otro hombre.

—¿Biblio?

—¡Está muerto!

Prisco levantó la vista y vio que una de las chicas del bar lo miraba conmovida mientras se llevaba una mano a la boca.

—¡Tú lo has matado!

—No, yo...

—¡Está muerto! —chilló.

Algunos de los pretorianos levantaron la vista, y unos pocos se apartaron de la lucha para ver lo que estaba ocurriendo. Prisco meneó la cabeza sin dejar de mirar al hombre al que había abatido. Sabía que la chica tenía razón.

—Pero ha sido un accidente...

Biblio estaba muerto. Tan seguro como que el sol sale y se pone. Y sólo había un castigo para aquéllos que mataban a un camarada de armas. Se puso en pie y retrocedió hacia la entrada.

—Tú lo has matado. —Uno de los hombres de Biblio señaló a Prisco con el dedo.

Prisco se dio la vuelta y echó a correr. Fuera, en la calle, sin su manto, hacia la lluvia fría. Sin pensar, se alejó de la dirección del campo pretoriano y siguió corriendo, perseguido sin cesar por los gritos que salían de la posada.

Sólo había recorrido un corto trecho cuando oyó que alguien tras él gritaba:

—¡Ahí va!

Corrió más aún, todo lo rápido que pudo, hasta que vio la entrada a un oscuro callejón justo delante y se arrojó hacia él. Fue primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, y siguió corriendo con toda su alma. Los sonidos de la persecución continuaron un poco más, perdiéndose poco a poco en la distancia. Pero él siguió corriendo, para poner más distancia entre él mismo y sus perseguidores, hasta que finalmente se detuvo en una calle saliendo del Foro, y se apretó entre las sombras de un arco, jadeando, e intentando recuperar el aliento.

Había matado a un hombre. Había sido un accidente, nada más, pero ésa no era excusa alguna para los rigores de la disciplina militar. Estaba muerto si dejaba que lo capturasen. Sobre todo, si se tenían en cuenta sus sentimientos contrarios a Nerón. La división de lealtades dentro de la Guardia Pretoriana ponía muy nerviosos a los oficiales de mayor rango. Se asegurarían de dar ejemplo con él, un castigo por matar a un hermano de armas, y de demostrar también qué les ocurriría a los que se oponían a Nerón.

Sólo había un lugar donde podía ir. Un lugar donde estaban los que pensaban como él, donde lo ocultarían hasta que el revuelo se apagase. Había gente que esperaba el momento adecuado para derrocar al usurpador Nerón y matar a todos los de su facción. No les complacerían mucho los actos de Prisco, pero necesitaban sus habilidades especiales y no podrían negarse a ofrecerle refugio.

La lluvia había amainado cuando, ya recuperado el aliento, decidió cómo actuar. Prisco salió de la arcada, se irguió y se alejó, intentando que pareciese

que era un hombre cuya conciencia estaba tranquila. Sabía exactamente dónde dirigirse, y adónde le conduciría el futuro.

CAPÍTULO DOS

La fiesta que marcaba el final de los juegos Silanos acababa de terminar cuando los huéspedes no invitados llegaron a la casa del senador Sempronio. Era un hogar modesto comparado con los de la mayoría de aristócratas de su rango, pero Sempronio nunca había comerciado con su nombre familiar para conseguir lucrativas concesiones de recaudaciones de impuestos o promociones. Incluso había permitido que su única hija se casara con un hombre que estaba por debajo de ella, Quinto Licinio Cato, un joven oficial del ejército que prometía mucho. Aunque Julia ya había muerto, le había dado un nieto al senador que continuaría con el nombre familiar.

La muerte del emperador Claudio, apenas un mes antes, no fue ninguna sorpresa para los que estaban en Roma, reflexionaba Sempronio. El emperador ya era viejo y cada vez más estaba más achacoso, así que raramente aparecía en público. Se dijo que su muerte había sido pacífica, y que falleció rodeado por los miembros de la familia imperial y sus consejeros más allegados. Su sucesor fue anunciado casi en el mismo instante, tan rápidamente que los más cínicos de la capital habían mencionado que coronar a un nuevo emperador costaba un cierto tiempo de preparaciones, por lo que era probable que hubiesen dejado que el cadáver de Claudio se pudriese en alguna habitación auxiliar mientras los partidarios de su sucesor se aseguraban la posición.

De tal forma Nerón Claudio César Augusto Germánico fue presentado al pueblo de Roma como su nuevo gobernante. Sin embargo, corrían rumores de que Claudio había sido asesinado por su joven esposa. Envenenado, de hecho. Agripina quizás hubiese reclamado la púrpura para su hijo, pero no era ningún secreto que muchas personas influyentes se oponían con fiereza a Nerón. El tipo de personas que fácilmente se podía encontrar entre los huéspedes del senador Sempronio aquella helada tarde de diciembre.

Las nubes que anunciaban lluvia habían desaparecido y el cielo nocturno estaba despejado. Se habían colocado mesas y divanes a los lados del amplio patio y en la parte trasera de la casa, y los invitados del senador se calentaban con braseros, sirviéndose los pastelitos pulcramente colocados en bandejas ante ellos. El anfitrión estaba sentado en el lugar de honor, en un estrado elevado, con los más prestigiosos huéspedes a cada lado. A su derecha se encontraba Británico, joven, inteligente y hosco, que mordisqueaba la corteza de un pastelillo de venado al mismo tiempo que lo miraba con desgana. Detrás de él, de pie, su esclavo personal, un antiguo gladiador analfabeto pero muy robusto a quien habían cortado la lengua para asegurarse de que nunca contase nada de lo que oyera.

Sempronio miraba hacia su izquierda y discutía las recientes noticias de Hispania con un senador corpulento, con el pelo muy corto, y su esposa, cuando su mayordomo atrajo su atención haciéndole señas frenéticamente desde el pasillo que conducía a la puerta delantera. Sempronio se tocó los labios con la punta de los dedos.

—Por favor, perdóname, Vespasiano. Parece que me necesitan.

Su invitado frunció el ceño.

—¿Cómo?

Sempronio hizo señas hacia su mayordomo, y la mujer de Vespasiano asintió, comprensiva.

—Nunca te puedes relajar cuando celebras un acto social. Es muy cansado...

—Bastante. Por favor, no hagas caso, Domicia, y disfruta de estos pequeños aperitivos. Creo que te darás cuenta de que mi cocinero no tiene igual en el arte de hornear...

Con una sonrisa, Sempronio se dio la vuelta, se levantó del diván y se puso en pie. Quitándose las migas de la túnica, anduvo a lo largo del patio hacia donde le esperaba el mayordomo, con expresión angustiada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sempronio—. ¿Es ese maldito músico, el tocador de lira? Acordaste el precio que te dije con él, ¿no?

—No, no es eso, amo. —Crotón negó con la cabeza—. Hay un hombre de palacio en la puerta. Dice que lo envía Palas.

—¿Palas? —Sempronio frunció el ceño. ¿Qué podía querer el liberto imperial a aquellas horas? Sin duda, el hombre estaba ejercitando sus músculos ahora que aquel a quien había elegido apoyar había llegado al trono. Palas había hecho fortuna con el emperador anterior, y se iba a enriquecer aún más con Nerón. Era uno de los rasgos más sobresalientes de la época: que un humilde (y desde luego, artero) liberto ejerciera más poder e influencia que el propio Senado. Los miembros de aquel augusto cuerpo habían gobernado Roma desde los tiempos en que el último de los reyes fuera eliminado hasta el advenimiento de los Césares. Ahora, los senadores vivían a la sombra cada vez más alargada de los emperadores, aunque muchos todavía albergaban sueños de volver a los gloriosos días de la república, cuando los hombres servían al ideal de Roma más que a un linaje de déspotas pseudodivinos afligidos por ataques veleidosos de crueldad, locura y estupidez.

—Bien. Veamos lo que quiere, pues.

El senador siguió a Crotón de vuelta hacia el interior de la casa, hasta el vestíbulo, frente a la entrada. Una delgada figura con la túnica azul de la casa imperial esperaba de pie junto a la puerta tachonada. Se inclinó brevemente antes de hablar.

—Senador Sempronio, traigo saludos en nombre de Marco Antonio Palas, primer liberto del emperador.

—¿Primer liberto? —Era un título que Sempronio no había oído antes. Estaba claro que Palas había hecho movimientos para asegurar su puesto al lado de Nerón.

—Sí, señor. Mi amo me ruega que te informe de que el emperador y su séquito desean honrarte con una visita a tu hogar.

Sempronio notó que se le aceleraba el pulso, alarmado.

—¿Y no te ha dicho por qué?

—Me han dicho que te diga que es un acto social, señor. —La débil sonrisa del esclavo traicionaba que los nervios del senador ante la noticia habían sido previstos por anticipado—. Mi amo dice que no hay motivo alguno de preocupación.

—¡No estoy preocupado, maldita sea! —saltó Sempronio—. ¿Quién demonios se ha creído que es ese liberto con ínfulas?

El esclavo abrió la boca para responder, pero se lo pensó mejor y agachó la cabeza en un gesto rápido de deferencia. Sempronio lo fulminó con la mirada e hizo un esfuerzo para calmarse.

—Muy bien, ¿y cuándo viene el emperador? Tengo que enviar a mi cocinero al Foro a primera hora de la mañana. ¿Hay algo en particular que le guste?

—Señor, viene esta noche.

—¿Esta noche?

El senador intercambió una rápida mirada con Crotón. Habían tardado muchos días en preparar aquella fiesta, y ahora tendrían que suspenderlo todo y despachar a los huéspedes lo antes posible.

—Llegará en cualquier momento, señor. Me han enviado a anunciar su llegada cuando el séquito imperial ha empezado a subir por la colina.

El pie del Viminal no estaba a más de un cuarto de milla de distancia, y justo cuando Sempronio empezó a calcular el tiempo que costaría al grupo imperial llegar a su puerta, oyó el crujir de botas con clavos fuera, en la calle, y una voz que aullaba para que despejaran el camino. No había tiempo para preparar el recibimiento de sus inesperados visitantes. Tragó saliva, nervioso, e hizo una seña a Crotón.

—Abre la puerta.

Su mayordomo corrió el cerrojo de hierro y apartó la pesada puerta hacia dentro, con un débil chirrido de las sólidas bisagras. El aire frío se coló por la entrada, trayendo con él el hedor de excrementos, sudor acre y verduras podridas de la calle. Unas llamas bajas parpadeaban en los pequeños braseros que colgaban a cada lado de la puerta, arrojando un débil resplandor por encima de la calle pavimentada que corría junto a la casa del senador. A la izquierda, la calle se elevaba en dirección al foro y, a menos de treinta pasos de distancia, Sempronio vio a un guardia pretoriano sujetando en alto una antorcha. El casco emplumado de un oficial lo seguía por detrás, y luego el oscuro resplandor de la armadura de una pequeña columna de soldados. Más allá, dos literas se balanceaban suavemente mientras sus portadores hacían esfuerzos por mantenerse a la altura de los guardias. Entre la casa y el séquito imperial, iluminados por una luz tenue que se derramaba desde la taberna de la esquina, estaban de pie varios jóvenes, con los pulgares metidos de un

modo desafiante en sus anchos cinturones de cuero. Algunos todavía tenían vasos de arcilla en la mano.

—¡Vosotros! ¡Fuera del camino, he dicho! —gritó el guardia pretoriano—. ¡O notaréis mi gladio en vuestro culo! ¡Apartaos!

El más alto de los jóvenes, con la cara marcada de viruelas y el pelo oscuro formando unos rizos aceitosos, se adelantó un paso e inclinó la cabeza a un lado.

—Pero ¿qué es esto, chicos? ¿Visitantes en nuestra calle? No recuerdo haberos invitado.

Su grupo, con el ánimo envalentonado por el vino barato, se rió y se burló de los pretorianos que se acercaban.

—¿Tienes el visto bueno para venir a nuestro barrio, amigo?

—¡En nombre del emperador! Y ahora apartaos a un lado, si no queréis que os arrojen a las fieras.

Uno de los jóvenes se llevó los dedos a la boca y silbó un burlón abucheo. Su líder vació de un trago el vaso y de repente lo arrojó sobre los soldados. Dio en el plumero del casco del oficial, rompiéndose en pedazos y derramando una lluvia de posos.

—¡Hijos de puta! —chilló el oficial—. ¡Os voy a matar!

Sacó la espada, echó a un lado al hombre que llevaba la antorcha y cargó hacia los jóvenes. Su líder se volvió rápidamente.

—¡Es hora de correr, chicos!

Con alegres gritos salieron por la calle cuesta arriba, más allá de la casa de Sempronio, y desaparecieron por un estrecho callejón un poco más allá. Sus risas se desvanecieron en la distancia. El oficial envainó su hoja al tiempo que murmuraba una maldición y continuó dirigiendo a su grupo hacia la entrada, donde dio la orden de alto. Los guardias se detuvieron y, al cabo de un momento, a la señal del oficial, los hombres, por parejas, trotaron hacia delante y tomaron posiciones, custodiando las calles y callejas que estaban inmediatamente alrededor del hogar del senador. En cuanto estuvieron en su sitio, el oficial hizo pasar las literas hacia delante y se volvió para saludar a Sempronio.

—Sexto Afranio Burrus, prefecto de la Guardia.

Sempronio no había visto nunca a aquel hombre, pero conocía su nombre. Burrus era uno de los oficiales que habían sido promocionados durante los últimos meses del reinado de Claudio siguiendo el consejo de Palas a la emperatriz, y apoyaba la ascensión al trono de Nerón.

No hubo tiempo de devolver el saludo, porque la primera de las literas ya se había detenido delante de la entrada. El portador que iba delante susurró una instrucción y la litera descendió suavemente hasta el suelo. Hubo una breve pausa, durante la cual Sempronio pudo oír un intercambio de palabras en voz baja, y luego una mano se deslizó entre los pliegues de la tela drapeada por encima de la litera y la apartó. Aparecieron entonces unas botas de un rojo vivo, y luego el emperador mismo se puso en pie, estirando la espalda. Fingió ignorar a Sempronio mientras ofrecía la mano a su madre, y un momento más tarde Agripina estaba también a su lado, colocándose bien la estola para cubrirse los hombros, si bien su cabello, que llevaba arreglado con primor, lucía un poquito despeinado. Sempronio se fijó en un pequeño cuadrado rojo, como un mordisco, en su cuello, y al instante apartó la vista.

Pasando su brazo en torno a la cintura de su madre, Nerón se volvió hacia el senador y le habló cordialmente, como si hubieran tenido un encuentro casual por la calle:

—¡Ah! ¡Mi querido senador Sempronio! Qué alegría verte.

Sempronio hizo una reverencia.

—El placer es mío, alteza imperial.

—Desde luego. Pero no nos entretengamos con frivolidades. Somos amigos ahora.

—Me honras.

Nerón agitó una mano con displicencia y luego continuó:

—Me han dicho que recibes a unos amigos esta noche. Un festín, parece ser.

—Una modesta reunión —contestó Sempronio asintiendo con la cabeza.

—Para los estándares palaciegos, estoy seguro. Entiendo que mi hermanastro se encuentra entre los invitados.

—Sí, alteza imperial.

Nerón se acercó tanto a Sempronio que sus rostros no quedaron a más de un palmo de distancia el uno del otro. Miró al senador en silencio, y luego

repentinamente agachó la cabeza y le dio un golpecito en el pecho.

—Como he dicho, que sea todo informal. Puedes dirigirte a mí como Nerón. Sólo esta noche.

El pasajero de la otra litera había bajado también y ya se acercaba. Al llegar a la luz de las llamas de los braseros, Sempronio identificó a Palas. El liberto imperial llevaba una túnica de seda morada bajo una capa de lana. Oro y joyas brillaban en sus dedos.

Nerón se volvió hacia él.

—Británico está aquí, como dijiste.

Palas sonrió levemente.

—Por supuesto. El asunto es: ¿por qué está aquí?

La pregunta iba dirigida a Sempronio, pero el liberto continuó sonriendo al emperador, como si el senador fuera algún lacayo que esperase a la partida imperial. Sempronio tragó saliva, intranquilo. Palas fijó sus ojos oscuros en él.

—¿Y bien, senador?

—Yo trabajaba muy estrechamente con el emperador Claudio, y conozco a Británico desde muy temprana edad. Era mi deber cuidar de él entonces, como ahora. Siento que le debo eso a su padre, que siempre fue amable conmigo y fue mi señor.

—Muy noble por tu parte —sonrió Nerón—. Estoy seguro de que mi difunto padre te estaría muy agradecido por la amabilidad que has mostrado con la carne de su carne. Ahora, si eres tan amable de conducirnos hasta el festín... Tenemos mucha hambre. ¡Vamos!

Sin esperar la invitación, el emperador y su madre atravesaron el umbral y se dirigieron, atravesando el modesto vestíbulo, hacia el pasillo que, por toda la casa, llevaba al patio. Palas ordenó a Burrus de que se asegurase de que nadie entraba o salía de la casa sin pedir permiso antes, y luego fue tras ellos. Sempronio se apresuró a alcanzarlos.

—Habría apreciado mucho que se me informara de esto —dijo, con voz suave, pero decidida.

—Y yo habría apreciado mucho saber dónde estaba Británico. Abandonó el palacio sin notificárselo a nadie. No se le echó de menos hasta que la familia imperial se sentó a cenar. Como no aparecía, no costó mucho que uno

de los esclavos escupiera la verdad. Tal y como están las cosas, estoy seguro de que comprenderás que podría haber ciertas sospechas relativas a la inexplicada ausencia de Británico en palacio.

Sempronio le dirigió una larga mirada de soslayo. Si el príncipe era objeto de sospechas, entonces las mismas sospechas podían recaer sobre aquellos que confraternizaban con él.

—Estoy seguro de que no hay nada siniestro detrás haber aceptado la invitación a mi casa. Como he dicho, éramos amigos.

—Amigos —asintió Palas—. Eso está bien. Ahora mismo, cualquier hombre necesita todos los amigos que pueda. Necesita saber exactamente en quién puede confiar y en quién no, y actuar de acuerdo con ello. Y eso sirve para todos nosotros, mi querido senador Sempronio, desde el más miserable morador de la Subura hasta el propio emperador. ¿Me comprendes?

—Perfectamente.

Palas le dio unas palmaditas en el hombro.

—Eso está bien. De todos modos, ya hemos localizado a Británico, así que podemos dejar de preocuparnos.

Salieron del pasillo justo después de Nerón y su madre, y al instante el rumor continuo de las conversaciones cesó y se hizo el silencio, sólo roto por la pequeña corriente de agua que caía de una fuente. Sempronio miró hacia arriba, y se dio cuenta de que, nervioso, Británico levantaba la vista.

Entonces Agripina dio una palmada y gorjeó:

—¡Qué bonito sitio! Es como si un trocito con encanto rústico hubiera sido trasladado aquí mismo, al corazón de nuestra atestada ciudad. ¡Y tantas caras familiares!

Se dirigió hacia los huéspedes más cercanos y los saludó por su nombre, mientras ellos se levantaban precipitadamente para mostrar sus respetos.

—Por favor, seguid sentados. No queremos causar ningún escándalo; sólo queríamos unirnos a vosotros en esta fiesta, sin aspavientos. Senador Granico, qué placer. Y tú, mi querida Cornelia.

Nerón se adelantó y se unió a su madre, siguiéndola mientras ella cruzaba la zona donde se comía hasta llegar el estrado, donde Sempronio se había sentado antes con sus huéspedes más honrados. El senador se volvió e hizo señas a su mayordomo.

—Rápido, traed otro diván para la mesa elevada.

Nerón oyó aquel comentario y meneó la cabeza.

—No hace falta, querido amigo. Nos podemos sentar donde haya hueco. No hay que organizar tanto jaleo.

Vespasiano y su mujer se habían levantado ya de sus divanes y se hacían a un lado, cuando Agripina se acercó a ellos.

—¿Estás seguro?

Vespasiano inclinó la cabeza.

—Por favor, no es ninguna molestia. Ya encontraremos otro sitio.

—Muy amable por vuestra parte. —Agripina sonrió pícaramente a Domicia—. Qué marido tan amable tienes. Un auténtico dómine, desde luego.

—Sí —replicó Domicia, con sequedad—. Lo es.

Agripina se apartó de ellos y se echó con elegancia en el diván, dando unas palmaditas a los cojines vacíos que estaban a su lado.

—Ven, Nerón. Siéntate al lado de tu madre.

Él hizo lo que le decían sin dejar de mirar los pasteles glaseados que tenía delante. Palas, consciente de que su estatus social era inferior, se apartó del diván y cruzó las manos. Agripina miró a su alrededor. Todo el mundo seguía guardando silencio, mirándolos.

—Continuad comiendo. Sempronio, por favor, ocupa tu lugar. Aquí. Así está mejor.

Uno por uno, los huéspedes volvieron a sus conversaciones, en voz baja, y pronto los murmullos fueron subiendo de volumen, cuando la gente fue tomando nuevos aperitivos para renovar lo que tenían en sus platos. Agripina esperó hasta que Nerón y él ya no fueron el centro de atención, y entonces se dio la vuelta hacia Británico. El príncipe le devolvió la mirada con prevención, pero Sempronio vio que le temblaban las manos. Su madrastra se inclinó hacia delante y le ofreció la mejilla.

—Bésame, querido.

Luchando por contener su nerviosismo y su disgusto, Británico tragó saliva y estiró el cuello, tocando con sus labios la empolvada mejilla, y enseguida se retiró a toda prisa.

—Bueno, pues aquí estamos todos. —Agripina palmoteo—. Una familia feliz.

CAPÍTULO TRES

La partida imperial estaba entretenida en una charla informal cuando el primer plato se terminó, y Sempronio hizo señas al mayordomo para que apartase las bandejas de los aperitivos. La mayor parte de la conversación la dominaba el joven emperador. Nerón explicaba su punto de vista sobre los méritos de la cultura griega y la necesidad de introducir más arte, poesía y música en la vida del pueblo de Roma. Era uno de sus temas favoritos, al que Sempronio ya se había visto expuesto en muchas ocasiones cuando estaba en compañía de la familia imperial. Se había acostumbrado ya a la grandilocuencia de Nerón sobre el tema, y le aburría soberanamente.

El emperador se quitó unas migas del desgredado mechón de pelo que tenía en la barbilla que quería hacer pasar por barba, las masticó rápidamente y se las tragó.

—Por supuesto —resumió—, no diré nunca que el arte más refinado sea adecuado para la multitud. Muy lejos de ello. Aunque quizá disfruten de alguna pantomima procaz o de las melodías más sencillas, sus gustos se ven más excitados por la carne y la sangre de las luchas de gladiadores y las carreras de carros. Un hombre puede disfrutar de esas diversiones, pero su verdadera medida la da su apreciación por los logros más bellos que se le ofrezcan. ¿No estás de acuerdo, Sempronio?

—¿Cómo podría no estar de acuerdo con una línea de argumentación tan impecable?

—Exacto. Y de ello se deduce que la mayoría de los hombres no son capaces de apreciar el arte. Requiere una cierta sensibilidad, una cierta comprensión estética, que uno tiene o no tiene. No se puede enseñar.

—¿Ah, sí? —intervino Británico, inclinándose por delante de Sempronio para poder ver mejor a su hermano—. Entonces, dime, ¿nace algún hombre

para tocar un instrumento musical, la lira, por ejemplo? Si tienes razón, ¿por qué los hombres tienen que aprender a tocar la lira?

—Estás tomando mis palabras demasiado literalmente, hermano —Nerón suspiró—, como habitualmente te ocurre. Por supuesto que hay que aprender a tocar un instrumento, pero la habilidad para tocarlo bien es innata. Como la habilidad para cantar.

—Ah, entonces tendrías que haberlo especificado.

Nerón frunció el ceño.

—Hay veces que me canso de tu pedantería.

—Y hay veces que tengo que esforzarme por soportar la imprecisa expresión de tus pensamientos, «hermano». Habría esperado algo mejor de ti, sabiendo que Séneca fue tu mentor y maestro.

Los labios de Nerón se apretaron en una fina línea.

—Me temo que estás olvidando tu posición. Te estás dirigiendo a tu emperador. Ten mucho cuidado con lo que dices.

—Tendré muchísimo cuidado. Siempre lo tengo. Y observo que has insistido mucho, estos últimos días, en tu intención de gobernar de tal manera que se tolere la libre expresión de las ideas, y que se asegure que las persecuciones políticas lleguen a su fin. Todo ello como parte de esa era dorada que has proclamado, quizás, ¿no?

Nerón se quedó callado un momento y luego respondió:

—Si no te conociera mejor, diría que estás burlándote de mí.

—Está claro que no me conoces, entonces.

—Te he dicho que tuvieras cuidado. He tolerado durante mucho tiempo tus réplicas y tus comentarios maliciosos, mi querido hermano. Ten cuidado de no sobrepasar el límite. Es cierto que fui educado en una casa austera, desprovista de libros, mientras que a ti te concedieron los mejores profesores que tu padre podía encontrar. También es cierto que mis primeros años fueron en su mayor parte sin amor, ya que mi madre languidecía en el exilio. Mientras, tú disfrutabas de los placeres de crecer en palacio como hijo del emperador. Pero todo eso ha cambiado. Tu padre —«nuestro» padre— ha muerto, y yo soy el emperador. Tengo poder sobre la vida y la muerte de todos aquellos que viven a mi sombra.

Británico se encogió de hombros.

—Pues parece ser que no habrá edad dorada de libre expresión.

—No me presiones, mi querido Británico. La paciencia de todo hombre tiene un límite.

Tratando de mantener la paz, Sempronio se dirigió directamente al emperador.

—Has mencionado el canto, hace un momento. ¿Todavía cantas, como solías hacer ante nosotros cuando eras un niño? Ya entonces pensaba que tenías una voz magnífica.

Nerón lo miró con el ceño fruncido; estaba claro que le irritaba que lo apartaran del enfrentamiento con su hermano.

—Sí, todavía canto, y resulta que canto muy bien. Tengo un talento natural.

Británico apenas pudo sofocar un bufido, y Nerón dio un respingo, como si le hubieran dado una bofetada.

—Me parece que mi hermanastro está en desacuerdo con tu juicio sobre la calidad de mi canto. Quizá él sea mejor que yo. ¿Es así?

Británico se encogió de hombros y cogió su vaso de vino. Dio un sorbo y se limpió los labios, pero no respondió a la pregunta. El ambiente entre los dos jóvenes era totalmente tenso, y Sempronio encontró enormemente incómodo estar situado entre ambos. Suspiró hondo para calmarse e intentó salvar el silencio:

—He oído que los dos cantáis, y que los dos tenéis una bonita voz. Es un talento del que se puede estar muy orgulloso.

—¿Qué lugar puede haber para el orgullo cuando es un talento que nos dan los dioses? —preguntó Nerón—. Un verdadero artista necesita esforzarse por lograr la perfección que es el producto de sus desvelos y sus trabajos solamente. Sin ayuda de los dioses, ni tampoco de sus compañeros humanos. La vida de un artista es una lucha continua. Pocos hombres se dan cuenta de ello. Pero es el pensamiento con el que me despierto cada día.

—Claro —asintió Sempronio, comprensivo—. Tienes la carga del mundo sobre tus hombros, César... Un imperio contempla tu gobierno firme y justo. El pueblo de esta gran ciudad recurre a ti para recibir su suministro de grano, así como los mejores entretenimientos que se pueden encontrar en cualquier

lugar del mundo conocido. Tales exigencias pondrían a prueba la sabiduría de cualquier hombre.

Británico levantó las cejas, comprensivo.

—Pero mi hermano no es un hombre cualquiera. Tiene el alma de un artista, y siente la muerte de cada criatura como una tragedia. Tal vez sería más amable por nuestra parte aligerar los tediosos deberes de un gobernante y dejarle proseguir con sus talentos, de modo que pudiera regalar al pueblo romano sus palabras y su música. Que su voz esté llena de canciones, en lugar de los edictos propios de un gobernante severo.

—¡Ya basta! —saltó Nerón—. Ya he aguantado bastante tus comentarios insidiosos, hermano. Tienes el corazón de una serpiente. Y el siniestro silbido de la voz de una serpiente también... —Hizo una pausa, y una expresión astuta cruzó su rostro por un momento—. Hay una forma de poner el talento de mi hermano a prueba, ¿sabes, querido Sempronio? Un concurso de canto.

—¿Un concurso? —Sempronio hizo una mueca—. ¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Por qué no? —Nerón se puso en pie, quedándose junto al diván, y dio unas palmadas para atraer la atención de los invitados—. ¡Amigos míos! ¡Prestadme atención!

Una vez más los comensales guardaron silencio y se volvieron hacia la cabecera de la mesa con expresión curiosa.

—Siéntate —ordenó Agripina, en voz baja—. Estás quedando en ridículo. Eres el emperador, no un príncipe. Tienes que mostrar un poco de decoro.

—Tengo que enseñarle a este mocoso que no puede desafiarme así como así —le respondió Nerón—. Tengo que darle una lección.

—Pero...

Él la señaló con un dedo.

—Calla, madre.

La frente de Agripina se frunció, y estuvo a punto de responder, pero al final se calló e inclinó la cabeza, con elegancia.

—Como desees, querido.

—Precisamente. Como «yo» desee. Me toca a mí ahora decirle a la gente lo que tiene que hacer. —Nerón echó la cabeza atrás para recalcar su autoridad e inspiró hondo antes de dirigirse a los huéspedes—: Mis queridos amigos, como estamos entre platos, y es tradicional ofrecer un

entretenimiento en tales ocasiones, he decidido regalaros unas canciones. Como sabéis, tengo la cierta reputación de ser capaz de entonar un poco. — Sonrió, y a su espalda Palas aplaudió sonoramente. Agripina se unió a él, seguida por Sempronio. Varios más tomaron ejemplo y se apresuraron a hacer lo mismo, y al final se unieron a ellos los más lentos de respuesta. El joven emperador se recreó en esos aplausos un momento y luego agitó las manos para acallar a su público—. Lo que no es tan conocido es que mi hermano, Británico, también tiene aspiraciones de convertirse en cantante.

El príncipe miró al infinito con cara seria, sin dar indicación alguna de las palabras de Nerón.

—Como sabrán todos los padres, a los hermanos les gusta competir, y esta noche mi hermano y yo cantaremos para vosotros. Se juzgará cuál es el mejor cantante según vuestras muestras de apreciación. Y el premio será... —Nerón dudó y se pasó los pulgares por los otros dedos. Miró a su madre y súbitamente sonrió—. ¡El premio será este anillo! —Antes de que pudiera reaccionar, se inclinó hacia ella, le cogió la mano y le sacó un anillo grande con un rubí de un dedo, sujetándolo en alto—. Un premio digno de un príncipe o un emperador.

Un leve fruncimiento de ceño arrugó la cara de Agripina, pero haciendo un esfuerzo se echó a reír con ligereza.

Palas aplaudió de nuevo y los invitados, más conscientes de lo que se esperaba de ellos ahora, hicieron lo mismo.

—Sin más preámbulos, os presento al príncipe Británico, que interpretará la canción que él prefiera. No creo que haya mucho donde elegir, dado lo limitado de su repertorio. ¡Canta, hermano, canta!

Británico sacudió la cabeza y dijo con firmeza:

—No voy a hacerlo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no cantaré. Para ti, no.

Nerón negó con la cabeza.

—No será para mí. Para ellos.

—No pienso hacerlo.

—Sí lo harás, hermano. Porque tu emperador te lo ordena, y la palabra del emperador es ley.

Británico dijo con desdén:

—Tu palabra no vale nada para mí. La corona imperial nunca te perteneció por derecho de nacimiento. Mi padre era el emperador. Tu padre era un matón disoluto que se merecía su muerte temprana. No tienes el temple del que están hechos los emperadores. No lo llevas en la sangre.

Nerón lo miró fijamente.

—Cuidado, hermano, estás yendo demasiado lejos. Di mi palabra a nuestro padre de que te protegería si él moría. Pero no tienes a la suerte, porque puedo verme obligado a romper mi promesa.

—No te atreverás. Todavía no. No mientras los cimientos de tu régimen sean aún tan inestables. No me harás ningún daño.

—Todavía no. Pero ¿quién puede decir lo que va a durar esta situación? Un año, dos a lo sumo... En cuanto mi imperio haya quedado establecido firmemente, puedo hacer contigo lo que desee. Hasta entonces, no te haré ningún daño. Pero sí que puedo hacer daño con facilidad a los que están más cerca de ti. —Se volvió a uno de los guardias pretorianos que estaban de pie junto a Palas—. Tú, saca la espada y ponla junto a la garganta de ese bellaco —dijo, señalando a uno de los guardias personales de Británico. Este último miró a su amo, pero antes de que pudiera reaccionar el pretoriano había sacado la espada y se había acercado a él, colocando la punta de su espada de tal manera que había quedado apoyada bajo su barbilla. Los otros guardias rápidamente se colocaron detrás del guardaespaldas y, sujetándole las manos, se las colocaron a la fuerza detrás de la espalda. El guardaespaldas miró a Británico, implorante.

—Soltadlo —ordenó el príncipe.

—Lo haré si cantas. Si no cantas, él morirá.

Sempronio, que había permanecido sentado y callado durante la conversación, tosió y levantó la vista hacia el emperador.

—Alteza imperial, perdonadme, pero éste es mi hogar. Estos son mis invitados. Y éste no es lugar para derramar sangre. Te ruego que liberes a ese hombre. Disfruta de la comida. Ya he dispuesto que haya música y cantos. No hay necesidad de esto...

—Lo ordeno yo. Eso es lo único que hace falta. Y ahora canta, hermano mío, si quieres que tu hombre viva.

Británico unió las manos y agachó la cabeza, como si estuviera rezando a los dioses para que intervinieran y pusieran fin a aquello. Entonces sus hombros cayeron, resignados, y asintió. Se bajó del sofá y se dirigió a una zona vacía entre las mesas, y se preparó. Nadie hablaba. Nadie se movía. Todos lo miraban, esperando a que obedeciese la orden de su hermanastro.

Al fin, Británico se irguió, levantó la barbilla, inspiró profundamente y empezó. Su voz sonaba clara y cantó con un tono dulce y melódico.

*Me despierto con los rayos del sol en los ojos
me baño en el cálido abrazo del día,
levanto la cabeza desde la almohada y me levanto
y con el corazón dolorido, vuelvo a ponerme en marcha.*

*Porque lejos de Britania me han llamado, a casa,
con una carta salada con las lágrimas de mi madre,
no más luchas, no más vagar,
ya no seré el soldado de todos estos años.*

*El honor me obliga a llorar mi pérdida
y mi corazón está roto por la muerte
de aquél que me dio vida y objetivos,
que pronunció mi nombre con su último aliento.*

*Estoy cerca de aquel lugar adonde me ha llevado la vida
de donde me espera mi madre para abrazar a su hijo
antes de que la familia se reúna para enterrar a nuestro
muerto
y honrar la gloria que se ganó mi padre...*

Dejó arrastrar la última palabra y su voz se desvaneció en la nada, al tiempo que agachaba la cabeza de nuevo.

Al cabo de una breve pausa, alguien empezó a aplaudir, y Sempronio miró a su alrededor y vio que Vespasiano aplaudía con entusiasmo y asentía, aprobador. Otros lo siguieron, hasta que casi todos los huéspedes rindieron tributo a la actuación del chico. El príncipe no mostró reacción alguna al

principio, pero cuando la ovación fue en aumento, levantó la cabeza y la inclinó, agradecido a su público. Al final, se volvió despacio hacia la cabecera de la mesa y miró a Nerón directamente a los ojos. El emperador estaba rígido de ira, con los puños apretados fuertemente a los lados. Mientras, su hermano volvía a su diván. El aplauso acabó, y Agripina tomó la mano de su hijo y la apretó para llamar su atención.

—Por los dioses, di algo. No te quedes ahí parado.

El hechizo estaba roto, y Nerón relajó su cuerpo y levantó una mano.

—Una bonita canción, interpretada con sentimiento por mi querido hermano. Tan conmovedora que creo que me ha abrumado. Siento la misma pena por el padre que ambos perdimos tan recientemente. —Levantó el dorso de la mano para taparse los ojos y sus hombros temblaron con un suspiro teatral—. En realidad..., estoy tan abrumado por el dolor que no soy capaz de cantar ahora mismo. Y es una tragedia que se añade a la tragedia. Habría cantado una canción que realmente os habría hecho llorar de emoción a todos. Pero el público sólo puede soportar una determinada cantidad de dolor, me temo, y no puedo añadir más al que ya ha provocado mi hermano. Porque nuestros corazones se romperían de verdad. Es mejor que os ahorréis tantas lágrimas... Sin embargo, no hay duda de que mi canto sobrepasa el de Británico y, por tanto, yo gano el concurso. —Arrojó el anillo al aire y lo guardó en el puño—. El premio es mío.

—¡Bravo! —exclamó Palas—. ¡Su majestad gana!

—No había ninguna duda de que iba a ser así. —Nerón bajó las piernas al suelo y se levantó del sofá—. Pero ven, hermanito, tengo un premio especial para ti. No está bien que regreses a palacio con las manos vacías.

Británico vio que el guardaespaldas estaba todavía en manos de los pretorianos y dio una indicación sutil al hombre de que no se resistiera. Nerón pasó el brazo en torno a los hombros del chico más joven y se lo llevó aparte de los otros invitados, a lo largo de un camino pavimentado que corría entre unos parterres, hacia una zona cercada con setos, al fondo del patio. Sempronio se los quedó mirando con mirada angustiada, hasta que Agripina se aclaró la garganta y habló.

—Bueno, ya hemos tenido un poco de entretenimiento. ¿No es hora de que se sirva el siguiente plato? Después de todo, un buen anfitrión nunca

hace esperar a sus invitados, ¿verdad?

—Disculpas, majestad —Sempronio hizo un gesto para atraer la atención de su mayordomo. Crotón al instante empezó a dar órdenes a los esclavos de la casa, y un momento más tarde el primero de ellos salió con nuevas bandejas de plata que colocó delante de los invitados. También vinieron más esclavos de la cocina trayendo bandejas de carne asada, pescado y queso. La primera bandeja en llegar se presentó en la mesa principal, y Sempronio, con mucho tacto, señaló a la emperatriz para que el esclavo colocase su carga justo delante de ella.

—¡Ah! ¡Patos asados! Y si no me equivoco, glaseados con salsa de garum...

—Sí, majestad. Una especialidad de mi cocinero.

—No puedo...

Se vieron interrumpidos por un grito que venía de la parte de atrás del jardín. Cuando Sempronio miró por encima del hombro otro grito, más fuerte, traspasó el aire nocturno.

—¡Por favor! —chillaba Británico—. ¡Por favor! ¡No!

Su ruego se encontró con una risotada por parte de su hermano adoptivo.

Sempronio hizo ademán de levantarse, luego dudó, mirando hacia Agripina y Palas, sin saber qué hacer. Ninguno de los dos había reaccionado ante los gritos; sencillamente, parecían ignorarlos.

—Como decía —siguió hablando Agripina—, no puedo esperar a probar esto. —Cogió su cuchillo y pinchó una de las pequeñas aves, se la puso en el plato y empezó a comer.

—¡No! —chillaba Británico—. ¡Nooooo!

El senador miró a su alrededor, a los otros invitados, buscando apoyo, pero casi todos ellos tenían la mirada fija hacia delante. Sólo Vespasiano se había incorporado, con expresión furiosa, dispuesto a levantarse de su sofá. Antes de que pudiera moverse, sin embargo, Domicia le tomó de la mano, atrayéndolo con firmeza hacia ella. La única reacción que hubo, aparte de ésa, fue la de un hombre demacrado y viejo, con túnica de senador, que habló con semblante furioso:

—¿Es que nadie va a hacer nada? ¿Nadie?

Agripina levantó un dedo y lo señaló.

—Senador Amrilo, por favor, cállate. Estás estropeando el momento. El cocinero de Sempronio nos está mimando, te lo aseguro. Este patito está sencillamente delicioso. Deberías probar un poco y dejar de hacer una escena. —Su tono se volvió más duro—: Siéntate.

Los sonidos desde el extremo del jardín continuaron, creciendo en intensidad mientras Británico suplicaba y gritaba pidiendo compasión. De vez en cuando Nerón juraba o se reía, burlón, y mientras tanto los invitados, con la excepción de Amrilo, se esforzaban por seguir comiendo, sin ser capaces de sostener ninguna conversación entre ellos. Al cabo, los gritos cesaron. Se oyó entonces un grito final de Nerón, salvaje y lleno de éxtasis, y un hondo gruñido animal, y después sólo los sollozos del chico más joven.

Sempronio se arriesgó a mirar por encima del hombro y vio que el emperador aparecía por entre los setos a la luz de los braseros y antorchas que iluminaban el festín. Nerón hizo una pausa, se ajustó la túnica y tiró del dobladillo hacia abajo, y luego siguió andando para unirse a los invitados, con la cara brillante de sudor. El senador apartó la vista a toda prisa, mientras las botas del joven crujían por el camino. Nerón se detuvo en el extremo de su diván, pero no hizo intento alguno de volver a su lugar en el festín. Habló brevemente con los pretorianos y les ordenó que soltaran al guardaespaldas de su hermano. Obedecieron al instante, y seguidamente los guardias que habían sujetado los brazos del hombre a su espalda le dieron un empujón y una patada detrás de las rodillas, para que cayese al suelo.

—Ya nos hemos divertido bastante aquí, madre. Le he dado una lección a mi hermano que dudo que olvide pronto. Ahora estoy cansado y quiero irme a dormir. Volvemos a palacio.

—¿Tan pronto? —Agripina dio otro bocado a la carne del pato y se lo metió en la boca—. ¿No podríamos acabar de cenar antes?

—Ahora mismo, madre. Me aburro.

Nerón era consciente de que la gente miraba más allá de donde él estaba, y echó la vista atrás. Británico salía cojeando de entre los arbustos. Tenía las rodillas arañadas y ensangrentadas, y a cada paso que daba hacía una mueca de dolor mientras enjugaba las últimas lágrimas de los ojos.

—¡Esto es un atropello! —gritó rabioso Amrilo—. Un maldito atropello. ¿Es que nadie va a decir nada? ¿Nadie? —Miró a los demás invitados,

desafiándolos. Pero nadie se atrevió a responder. Uno de sus amigos le imploró que se callara. Amrilo escupió, lleno de asco—. ¡Cobardes! ¡Sois todos unos cobardes! ¿Así de bajo ha caído Roma? ¿Es que nos vamos a quedar sentados como si nada, mientras se perpetran tales ignominias delante de nosotros, y fingiremos que no ha ocurrido nada? ¿Y bien?

Nadie respondió, y Nerón se echó a reír.

—Bah, calla ya, viejo loco. Sólo me he divertido un poco. Una bromita, nada más.

—¿Una bromita? —bufó Amrilo—. Si fuera joven otra vez, te azotaría hasta dejarte al borde de la muerte. Vamos, Junia, nos vamos. —Tomó la mano de su mujer y la ayudó a ponerse en pie, y luego, sin decir una palabra más, los dos ancianos se marcharon arrastrando los pies por detrás de los divanes hasta desaparecer por el pasillo que conducía a la entrada de la casa.

Agripina llamó discretamente a Palas a su lado y el liberto se inclinó hacia delante para escuchar sus susurros. Al poco, asintió, y luego se retiró para pasar la orden a los dos pretorianos, que salieron corriendo en persecución de Amrilo y su mujer. Entonces la emperatriz se levantó y cogió del brazo a su hijo, y la pareja, seguida por Palas, salió, sin dar gracias a Sempronio por su hospitalidad ni dignarse a decir adiós a sus invitados. Mientras tanto, Británico se había detenido a mitad de camino y se había sentado en un banco de piedra, apoyando la cabeza entre sus manos, con los hombros sacudidos por intensos sollozos. El guardaespaldas del príncipe corrió hacia su amo y se arrodilló frente a él, intentando consolarlo.

Otro huésped se levantó para irse, y luego otro; uno tras otro se despidieron precipitadamente de Sempronio, quien les despidió lleno de tristeza.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó Domicia, ofreciéndole la mano. Ella miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba. Su marido estaba hablando en tono bajo con otros tres senadores, a unos pasos de distancia.

Sempronio meneó la cabeza.

—Estáis jugando con fuego. —Sempronio meneó la cabeza—. No quiero formar parte de vuestros planes. Ya me pareció mal cuando implicasteis a mi hija. Nunca os perdonaré por eso.

Pero Domicia no se dejó conmover.

—Julia hizo lo que hizo por amor a Roma. Nunca lo olvides. Si sólo una parte de los de su clase tuvieran el valor y la sensatez de hacer lo mismo, nunca ninguno de nosotros tendría que volver a presenciar jamás lo que hemos visto esta noche. Así empieza todo siempre, Sempronio. Ya sucedió lo mismo con Calígula, y antes con su malvado tío, Tiberio. Ni siquiera Claudio fue inmune a la veta cruel de despotismo que tiene toda su familia.

—No quiero oír nada más. No quiero saberlo. Estáis cometiendo traición y haréis que os maten, a todos. Y no sólo a aquéllos que se oponen a Nerón. Pondrás en peligro también a quienes no han participado de todo esto. Gente como tu marido. Los acusados de traición raramente son las únicas víctimas...

—¿Traición? —Domicia bufó—. Creía que traición significaba traicionar a nuestro Estado. Hemos traicionado a Roma durante la mayor parte de los últimos cien años, Sempronio. Traicionamos nuestro derecho de nacimiento desde el momento en que permitimos a los Césares pasarse Roma de generación en generación, como si fuera una herencia familiar. Y mira adónde nos ha llevado todo esto. Vivimos sometidos al capricho de un hombre loco y cruel que nos trata como moscas de los dioses. Si Vespasiano no fuera tan honrado, estaría aún con nosotros. Tenemos que librarnos de esos emperadores.

—Será distinto esta vez —replicó Sempronio con desesperación—. Nerón ha prometido restaurar el poder a las Cortes y al Senado.

—¿Y tú lo crees? Todos los tiranos prometen ser benévolos cuando llegan al poder. ¿Has oído hablar alguna vez de uno que cumpliera su promesa? ¿No? No creo que haya ninguno. Nerón no es distinto. Sólo un idiota pensaría lo contrario. El forma parte de la enfermedad que aqueja a Roma. Todos los emperadores han abusado de su poder, recreándose de sus bajos apetitos y escandalizando a la sociedad romana. Mi preocupación es que, si esto continúa así durante mucho tiempo, puede que nos acostumbremos a estos excesos, y entonces los aceptaremos sin cuestionarlos.

Sempronio señaló a Británico.

—¿Crees que él sería distinto?

—Británico cree en la República. También su padre creía, al menos hacia el final. Y por eso fue asesinado Claudio.

—Eso es lo que tú dices.

Domicia lo miró a los ojos y chasqueó la lengua.

—No puedes quedarte sentado esperando para siempre, Sempronio. Tendrás que elegir bando algún día.

—Ese día puede esperar.

—No lo creo. Llegará mucho más pronto de lo que crees. Y entonces lo único que importará será de qué lado estés. El ganador se lo llevará todo, y sabemos muy bien qué ocurre con los perdedores en estos casos... Piénsalo.

—Se inclinó hacia delante mientras su marido se acercaba, y besó educadamente a Sempronio en la mejilla—. Buenas noches, mi querido senador.

Mientras ella se alejaba, Vespasiano cogió las manos de su anfitrión y asintió.

—Ha sido una noche... llena de acontecimientos. Al menos, eso es cierto.

—Ya lo creo. Tu mujer y yo estábamos comentándolo ahora mismo.

—Pues entonces nos vamos. Te veré mañana en el Senado, ¿verdad?

—Allí estaré.

Vespasiano se volvió a medias y señaló hacia Británico.

—¿Y él?

—Haré que vuelva a palacio con seguridad.

—Bien.

Vespasiano le puso una mano a su mujer en la cadera y la dirigió hacia la entrada de la casa.

—Estoy seguro de que nos veremos muy pronto —dijo Domicia—. Lo espero con ilusión.

Sempronio sonrió débilmente y esperó hasta que estuvieron fuera de su vista; entonces se derrumbó en el diván y se frotó la frente.

—Por todos los dioses... —murmuró para sí—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué?

CAPÍTULO CUATRO

Casi podían saborear el miedo en la ciudad en cuanto llegaron a las puertas, en el camino de Ostia. A la escasa luz del crepúsculo, los pretorianos del pelotón de guardia levantaron las lanzas y los escudos al ver acercarse a los dos oficiales.

—Tranquilos, chicos —exclamó el centurión Macro, e hizo un gesto amistoso—. Estamos del mismo lado. Podéis bajar las lanzas.

El optio al mando esperó hasta que pudo ver a los dos hombres claramente antes de bajar la guardia.

—Lo siento, señor. Tenemos órdenes estrictas de examinar a todos aquellos que salgan o entren en Roma.

—¿Ah, sí? —Macro se detuvo justo en el lado exterior de la puerta. Su compañero, un oficial más joven y más alto, con una cicatriz en la frente que le bajaba por la mejilla, se echó los pliegues del manto a un lado y enderezó la espalda mientras miraba a lo largo de la muralla y observaba a los centinelas de guardia en la pasarela y en las torres. Con ese movimiento dejó a la vista la cinta que llevaba atada a través de su cota de malla de escamas, que le señalaba como oficial superior. De inmediato el optio se puso firme.

—Lo siento, señor. No tenía ni idea de que eras un oficial de rango superior. Estaría muy honrado si inspeccionaras mi sección.

—No hace falta. —Cato negó con la cabeza—. No estamos de servicio. Sólo nos dirigimos a casa a descansar. —Hizo una pausa y miró al optio más de cerca—. ¿No te conozco? Sí, ya lo tengo. Hablamos hace unos meses, cuando el centurión y yo volvíamos de Britania. Ganico, ¿verdad?

—Sí, señor. —El optio sonrió, encantado de que se acordara de él y, lo más importante, de su nombre—. Me alegro de verte de nuevo, señor. Pensaba que a estas alturas habrías vuelto a la campaña de Britania.

—Ojalá fuera así. Acabamos de volver de Hispania. Lo hemos pasado bastante mal.

—¿Estabas con los compañeros que hicieron la operación de Astúrica, señor?

—Sí, ahí estábamos —respondió Macro, dando unos golpecitos al arnés con la medalla que le atravesaba el pecho—. Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana.

Los ojos del optio brillaron.

—¿La Segunda? ¿Entonces fueron vuestros hombres los que dieron una paliza a los rebeldes?

—Eso mismo.

El optio se puso firme y saludó.

—Es un honor, señor. Y por ti también, señor —añadió, inclinando la cabeza hacia Cato.

Cato sonrió modestamente y Macro se echó a reír.

—Ah, no, no te confundas, Ganico, el prefecto aquí presente no es uno de esos oficiales que se quedan a un lado haciendo una bonita figura cuando los que son como nosotros se meten en harina. Él ha ascendido por el camino más duro, de fila en fila. Cato es uno de los nuestros.

—Pero con mejores relaciones y condiciones —añadió Cato, y los tres rieron. Luego siguió diciendo—: Bueno, ¿qué ha pasado con la muerte de Claudio? En Ostia corrían rumores de que no fue debida exactamente por causas naturales.

Al momento el talante del optio cambió. Una máscara de fría formalidad cubrió su rostro y retrocedió medio paso.

—Eso es lo que dicen los enemigos del emperador, señor. Yo no iría por ahí repitiendo tales rumores si estuviera en tu lugar. La Guardia Pretoriana está muy contenta con Nerón, y los chicos no se tomarían muy bien que alguien dijera que mató a su anciano padre.

Cato miró de cerca al optio y asintió.

—Gracias por la advertencia.

—Era sólo un comentario, señor. En estos momentos es mejor mantener la boca cerrada. Al menos hasta que todo se tranquilice.

—¿Es que no está tranquilo?

—No me corresponde a mí decirlo, señor. —El optio se dio la vuelta e hizo señas a sus hombres—. ¡Dejadlos pasar!

Macro miró a su amigo, y éste enarcó una ceja y negó con la cabeza.

—Dejémoslo para más tarde, ¿no? Cuando no nos oiga nadie. De todos modos, aquí estamos, de vuelta en Roma, pero esta vez portadores de buenas noticias.

—No estoy seguro de que eso suponga una gran diferencia, dado el cariz que están tomando las cosas, si debemos juzgar por Ganico y sus chicos.

Pasaron por debajo del elevado arco de la puerta y entraron en la sombreada calle que quedaba detrás. De inmediato Cato se sintió muy sorprendido al ver la poca gente que había fuera de sus casas. Aunque era invierno, a aquellas horas lo normal era que las calles estuvieran abarrotadas. Por el contrario, sólo vieron a un puñado de personas que miraron a los dos oficiales al pasar con desconfianza. En todas partes encontraron patrullas de guardias y hombres de las cohortes urbanas encargados de mantener el orden en las calles. A diferencia de los pretorianos, estos últimos no tenían papel ceremonial alguno, y ni siquiera se les contemplaba como soldados propiamente dichos. Armados con bastones, iban dispuestos a golpear a cualquiera que se atreviera a desafiarles abiertamente.

Esa realidad quedó bien clara cuando Cato y Macro se encontraron con un escuadrón de una de las cohortes que rodeaba a un joven muy magullado, al que obligaban a borrar el grosero dibujo de un hombre jodiendo a una mujer por detrás. El peinado que llevaba ella era el que solían preferir las matronas ricas. El aire de aquel barrio apestaba a grasa animal podrida, y Cato vio un letrero encima de la entrada de una curtiduría, a poca distancia por delante.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Macro.

El líder de la patrulla miró a los dos oficiales y se encogió de hombros.

—Hemos atrapado a éste justo cuando había terminado su obra maestra. Así que hemos cogido un cubo y un cepillo de aquella curtiduría y lo hemos puesto a trabajar.

El hombre llevaba un bastón, y golpeó con él las nalgas del muchacho.

—¡Venga, dale con fuerza, cabroncete!

El muchacho chilló y siguió frotando. Ahora que ya estaban más cerca, Cato fue capaz de leer los nombres garabateados encima de la imagen, de modo que la identificación de cada personaje quedaba perfectamente clara: Nerón y Agripina.

—¿Os habéis encontrado muchas cosas de éstas? —pregunto, haciendo un gesto hacia el dibujo.

—Más de las que me gustaría... Y muchas más de las que hacen gracia al nuevo emperador y a su madre..., como os podéis imaginar. Este gilipollas no es el primero al que hemos pillado hoy. El último idiota ahora tiene un par de dedos rotos. ¡Tardará un tiempo en volver a hacer travesuras! —El líder de la patrulla se rió—. Y en cuanto acabe, nos aseguraremos de que a éste le pase lo mismo.

Levantó el bastón para golpear de nuevo al chico, pero esta vez Macro se movió con rapidez, lo asió de la muñeca con firmeza y se la retorció, obligando al hombre a darse la vuelta. Entonces cogió impulso con la pierna y le dio una patada para alejarlo, y el líder de la patrulla voló hacia la pared, golpeándose con ella en la cara y, tras un gruñido, cayó inconsciente. De inmediato sus hombres levantaron los bastones y se volvieron para enfrentarse a los dos pretorianos. El chico, en medio de todos ellos, miraba nervioso a ambos lados, con el cepillo temblando en la mano.

Cato miró a Macro.

—No estoy seguro de que esto sea muy inteligente, amigo mío —murmuró.

Macro hinchó las mejillas.

—Yo tampoco. Pero sí estoy seguro de que no me gusta nada que un hombre adulto considere que está bien amedrentar a niños.

Y, sin más, levantó su bastón de sarmiento y golpeó la cabeza nudosa en la palma de la otra mano, preparado para enfrentarse al resto de la patrulla. Cinco hombres, observó. Tres de ellos tenían exceso de peso y las mejillas muy colgantes, seguramente por haber pasado demasiado tiempo en las tabernas de la capital. Sin duda usaban su cargo para obtener bebidas gratis a base de amenazas. Del resto, uno tenía el pelo gris y tieso, y el último era el único que suponía una cierta amenaza. Tenía la nariz plana y las orejas

hinchadas, y los hombros llenos de músculos abultados. Un boxeador, muy probablemente, pensó Macro.

—Creo que será mejor que os vayáis tu amigo y tú —advirtió al hombre del pelo gris.

—¿Y dejaros el chico a ti y a ese hijo de puta de ahí? Ni hablar. Sois vosotros los que os tenéis que largar si sabéis lo que os conviene.

—Macro, no creo que sea buena idea —dijo Cato con calma—. Pero sea buena idea o no lo sea, estoy contigo.

Macro asintió en silencio, con los ojos fijos en los hombres que estaban ante él, a dos largos de espada de distancia. Apretó el bastón de sarmiento mientras bajaba y se agachaba un poco, balanceándose a los lados. Vio que el boxeador era el primero que se movía, echándose atrás para atacar. Antes de que pudiera hacerlo, Macro se lanzó hacia adelante, dirigiendo la cabeza de su bastón hacia el estómago del hombre justo por debajo de las costillas, con fuerza. El aire salió de golpe de sus pulmones y trastabilló hacia atrás debido al impacto. Un rápido gancho de Macro le cerró la mandíbula y le echó la cabeza atrás. Cayó al suelo pesadamente. Uno de los hombres con exceso de peso se balanceó torpemente apuntando con su bastón hacia la cabeza de Macro.

—No, ni hablar —gruñó Cato con los dientes apretados, y le dio una patada con fuerza en un lado de la rodilla. Se oyó un sordo crujido, y el hombre aulló de dolor y también cayó derrumbado al suelo. Inmediatamente, Macro giró su bastón hacia el hombre nervudo y le dio con fuerza en la parte superior del brazo, un golpe entumecedor que lo obligó a dejar caer su bastón. Los dos hombres que quedaban retrocedieron rápidamente, con las armas levantadas pero desde luego poco dispuestos a verse atrapados en la lucha. Macro les sonrió.

—Venga, chicos. ¿A qué estáis esperando? ¿A la Saturnalia? ¿O es que sólo sois fuertes y valientes cuando os metéis con críos? —Dio un paso hacia ellos, pero intervino Cato:

—Ya basta, Macro. Ya has demostrado lo que querías. Vosotros dos, será mejor que recojáis a vuestros amigos y volváis al cuartel. Ahora.

No necesitaron que los animaran más: levantaron al compañero herido y al líder inconsciente, mientras el boxeador se ponía en pie y meneaba la

cabeza en un intento de aclarar sus ideas. Bajo la mirada desconfiada de ambos oficiales, se volvieron y comenzaron a caminar por la calle. El chico se echó a reír, encantado, y les hizo una pedorreta, y luego arrojó el cepillo tras ellos.

—Ya basta, pequeño sinvergüenza. —Macro lo agarró por la oreja—. Es posible que no me gusten los abusones, pero yo siempre cumplo las normas, y va contra la ley ir pintarrajeando las paredes de esta bonita ciudad con dibujos del emperador metiéndosela a su madre por el culo. ¿De acuerdo?

El chico lanzó un chillido dolorido y asintió.

—Entonces será mejor que te des por enterado. La próxima vez yo no estaré por aquí para ayudarte. Así que asegúrate de que no haya próxima vez. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Macro lo y le dio un ligero empujón.

—Ahora, lárgate.

El chico salió corriendo y se metió por el callejón lateral más cercano, fuera de la vista, antes de que sus rescatadores pudieran cambiar de opinión sobre lo de dejarle marchar. Macro no pudo evitar reírse cuando se incorporó. Pero la expresión de Cato era seria.

—¿Qué pasa? Se lo merecían.

—No lo dudo —replicó Cato—. Es que no estoy seguro de que debamos atraer la atención sobre nosotros. Ya has oído lo que ha dicho Ganico.

—Bah, sólo ha sido un poco de diversión inofensiva, nada más.

—Intenta decírselo al comandante de las cohortes urbanas. Cuando se entere de que un par de pretorianos han dado una paliza a una de sus patrullas, no le va a gustar nada. Y además han visto que éramos oficiales. No hará falta ser un genio para seguirnos la pista, y quizás, informar sobre nosotros en palacio.

—Pero somos héroes de Roma. ¿Quién se atreverá a meterse con nosotros?

—Pues se me ocurren un par que quizá podrían... —murmuró Cato.

Macro bufó y se volvió hacia el dibujo. Lo contempló por un momento con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—¿Sabes? El chico tenía talento. Un poco basto, sí, pero sin duda el parecido está bien conseguido. Sólo espero que el joven Nerón del dibujo se lo tome con calma. Después de todo, es su madre.

Cato meneó la cabeza.

—Macro, a veces...

Su amigo le dio un ligero puñetazo en el hombro.

—Venga, hombre. Sólo bromeaba. Vámonos de aquí. Debes de estar deseando ver a tu hijo.

Cato asintió. Habían pasado ya unos cuantos meses desde la última vez que viera a Lucio, e incluso entonces había pasado muy poco tiempo entre su regreso de Britania y el viaje a Hispania. Ahora estaba decidido a pasar con él una larga temporada. Después de la muerte de su mujer, Julia, y del pago de las deudas que ella había dejado, Cato se había visto obligado a vender su casa y a enviar a Lucio y su niñera a vivir con su suegro. El senador Sempronio tenía mucho sitio en su hogar y, además, estaba encantado de asumir la responsabilidad de educar a su nieto.

La casa de Sempronio estaba en la colina Viminal, así que Cato y Macro tenían que cruzar el Foro casi desierto y trepar por las colinas para cruzar al otro lado, abriéndose camino por las estrechas callejuelas, entre los apiñados edificios de pisos baratos que al final iban dando paso al barrio más adinerado del Viminal. Cuando llegaron a la calle donde vivía el senador ya era la última hora de la tarde. Ante ellos vieron una procesión de antorchas que iluminaban el camino de una pequeña columna de guardias pretorianos que escoltaban dos literas.

Para dejar que pasaran soldados y literas, se apartaron, metiéndose por la entrada en arco de una taberna. Los dos últimos guardias llevaban bultos sobre los hombros y, al acercarse más, Cato pudo ver que eran unos cuerpos envueltos en mantos. Una cabeza gris que se balanceaba entre dos brazos delgados colgaba hacia abajo por la espalda de uno de los pretorianos. El otro era de una mujer de una edad similar. Ambos iban bien vestidos, y en la túnica del hombre se podían distinguir las franjas anchas de senador. Las cortinas de la segunda litera estaban abiertas, y a la luz de las antorchas Cato vio a Palas echado en un cojín, con las manos detrás de la cabeza y mirando hacia arriba con una sonrisa de satisfacción.

Cato se retiró hacia las sombras, atrayendo a Macro con él.

—¿Qué?

—Sssh. Calla.

La procesión pasó, y luego la calle donde se hallaba la taberna quedó vacía de nuevo. Cato esperó hasta que estuvieron a más de treinta pasos, y luego salió.

—¿Has visto quién era?

Macro asintió.

—Palas —susurró—. Ese maldito hijo de puta.

—Sí. Me pregunto qué estaría haciendo aquí, en el Viminal. En esta calle. Y quién iba en la primera litera. Y de quién eran esos cuerpos.

Macro lo miró.

—¿No creerás que...? ¿Sempronio?

—No. Era demasiado viejo. Demasiado flaco. Pero, de todos modos, pronto lo sabremos. Vamos.

Corrieron por la calle hasta la casa del suegro de Cato y llamaron con fuerza a la puerta. Casi de inmediato les abrió el mayordomo del senador, que los miró de arriba abajo con mucho cuidado, como era su costumbre con los que llamaban, aunque estuviera familiarizado con los dos hombres que permanecían de pie en el umbral.

—Amo Cato y centurión Macro... Habíamos oído que la fuerza expedicionaria había vuelto de Ostia esta tarde. Habéis llegado justo a tiempo. El senador estará encantado de veros.

Crotón se apartó a un lado para dejarlos entrar. En el vestíbulo, unas cuantas personas recogían sus mantos y se reunían con su escolta de esclavos, preparándose para volver a sus casas a través de las peligrosas calles de la capital.

—Parece que el senador ha recibido a gente... —dijo Macro.

—Sí, señor, pero la fiesta ya ha terminado.

—Qué pena. Hum... —Macro chasqueó la lengua—. ¿No quedarán algunos restos de la sabrosa cena?

—Más de lo que me habría gustado, porque las cosas han ido como han ido.

Macro hizo un gesto hacia los huéspedes que se iban, dirigiéndose hacia la puerta abierta.

—Ellos pierden, nosotros ganamos.

Crotón condujo a los dos oficiales al interior de la casa y, justo antes de salir al jardín, se encontraron con una cara familiar.

—¡Por los dioses! —exclamó Vespasiano—. ¡Parece que son el joven Cato y el veterano centurión Macro!

Se acercó a Cato y se estrecharon los antebrazos, al tiempo que el prefecto inclinaba la cabeza.

—Me alegro mucho de verte de nuevo, señor.

—Veo que todavía te retienen aquí en Roma, legado —dijo Macro—. Qué manera de desaprovechar a un comandante de legión condenadamente bueno. Deberías estar en el campo de batalla. Me atrevería a decir que nuestros problemas en Britania habrían concluido hace años si te hubieran puesto a ti a cargo de la provincia.

Vespasiano se permitió una sonrisa ante aquella alabanza.

—Ah, bueno, sólo me las habría podido arreglar si oficiales como vosotros dos sirvieran todavía en la Segunda Augusta. Una buena legión.

—Una de las mejores, señor —respondió Macro.

—¿Y qué estáis haciendo aquí? Lo último que supe es que estabais en Hispania.

—Acabamos de volver —respondió Cato con un asentimiento de cabeza.

Domicia se situó junto a su marido y lo tomó del brazo, mientras sus antiguos camaradas la saludaban con una inclinación de cabeza. Ella les devolvió la sonrisa.

—Entiendo que las cohortes pretorianas no están lejos, detrás de vosotros, ¿no?

—Sí, señora —replicó Cato—. Nuestro barco ha sido de los primeros en llegar. Los otros volverán a los barracones en cuanto desembarquen.

—Bien. Roma necesita soldados con los que poder contar en los días que se avecinan.

La frente de Vespasiano se frunció brevemente y miró a su mujer.

—Roma puede contar con todos sus soldados. Ese no es el problema. No carguemos a estos dos con asuntos que no tienen por qué ser de su

incumbencia, ¿eh?

Domicia forzó una sonrisa y le apretó el brazo.

—Como desees, amor mío.

De repente, Vespasiano parecía cansado.

—Mirad, nos reuniremos de nuevo cuando tengamos más tiempo para hablar. Quizá podríais venir a comer a mi casa algún día, pronto...

—Es muy amable por tu parte, señor —dijo Cato—. Será un placer.

—Bien. Pues me aseguraré de que así sea. Estaremos en contacto. — Vespasiano dio unas palmadas en el hombro de Cato y saludó con la cabeza a Macro, y luego acompañó a su esposa hacia la salida—. Vamos, querida.

Cato se quedó mirando a su antiguo comandante.

—¿De qué iba todo esto? —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Ese comentario de ella sobre los días venideros...

Macro se encogió de hombros y chasqueó los labios.

—Me preocupa mucho más la comida venidera. Además, ya lo averiguaremos cuando recibamos la invitación. No hay prisa.

—Esperemos que no.

Y siguieron a Crotón a través del jardín.

Sólo quedaba un puñado de invitados, reunidos en torno a la mesa principal y enfrascados en una conversación muy seria. Al oír el sonido de las botas militares que crujían sobre la grava, todos se volvieron a mirar a los oficiales, con sus túnicas de un blanco roto y sus mantos de la Guardia Pretoriana. Enseguida Sempronio se adelantó, con los brazos extendidos.

—¡Gracias a los dioses que has vuelto sano y salvo! —exclamó, abrazando a Cato—. Y tú también, Macro.

Cato se sintió conmovido por la calidez de la bienvenida, pero las suspicaces miradas de algunos de los invitados de Sempronio lo preocuparon. Entonces vio al príncipe Británico, echado en un sofá de lado y con las mejillas surcadas por las lágrimas.

Cato miró a su amigo y Macro dejó escapar un silbido.

—Por todos los dioses, ¿qué ha pasado aquí?

CAPÍTULO CINCO

En cuanto el último de los invitados abandonó la sala, Sempronio ordenó a seis de sus esclavos que escoltaran a Británico a la casa que el príncipe había heredado de su madre, en lugar de arriesgarse a que volviera al palacio imperial. El chico había rechazado el intento de sus guardaespaldas de llevarlo fuera, a la litera, y caminaba por sus propios medios, aunque algo tenso, con la cara rígida por el esfuerzo, luchando para contener el dolor de las heridas infligidas por su hermano adoptivo.

Una vez se hubo marchado, el senador volvió a la cabecera de la mesa y se derrumbó en un sofá junto a Cato y Macro. Este último había conseguido interceptar a algunos de los esclavos que recogían los platos y había reunido un considerable festín en diversas bandejas que ahora tenía colocadas delante de sí. Masticaba un trozo de buey especiado, colocado en la punta de una brocheta, cuando Sempronio se unió a ellos y señaló apreciativamente la carne.

—Bonitas raciones, señor.

—Me alegro de que alguien las disfrute. ¿No quieres comer algo, Cato?

—Quizá más tarde. —Cato tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse—. ¿Cómo está mi hijo?

—Lucio está bien. Parece que crece un poco más cada día. Creo que será muy alto, como su padre. Y también tiene el espíritu de su madre —añadió Sempronio con nostalgia. Luego miró a Cato—. Lo siento. Imagino que todavía te sientes herido por lo que crees que hizo. Pero era mi hija, y yo lloro por ella. Y su sangre corre por las venas de Lucio, igual que la tuya.

Cato notó el habitual pinchazo de dolor y de ira en su corazón al recordar la traición de su esposa. Pero se dio cuenta de que el dolor era menor que antes. El tiempo cura todas las heridas, pensó. Aunque sólo sea porque al final nos mata a todos. En aquel momento supo que no había posibilidad

alguna de que olvidase jamás, y mucho menos de que perdonase. Pero los actos de ella no eran culpa de Sempronio, a quien contemplaba todavía con respeto y afecto. Así que no insistió en el tema.

—Te agradezco mucho que te hayas hecho cargo de él.

—Es mi nieto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, ha sido un placer cuidarlo.

Cato asintió.

—De todos modos, te doy las gracias. Me buscaré un nuevo hogar, uno que pueda permitirme. Mis perspectivas son buenas si se mantiene mi nombramiento en la Guardia Pretoriana. Especialmente con un nuevo emperador en escena, ansioso de comprar el afecto de los soldados encargados de protegerlo. Debería de poder permitirme algo cómodo para Lucio y para mí dentro de pocos años.

—Suponiendo que el reinado de Nerón continúe sin que surja ningún problema —repuso Sempronio—. Ahora mismo no apostaría por eso. Sobre todo, dados los acontecimientos de esta noche...

Y entonces les contó brevemente la intrusión de Nerón en la fiesta y el ultraje que había perpetrado con Británico. Cuando hubo terminado, Macro se limpió los labios con el dorso de la mano y meneó la cabeza.

—Está muy mal de la cabeza, desde luego. ¿Qué hombre puede hacer eso?

—¿Qué hombre, realmente? ¿Qué clase de emperador resultará ser? Esa es la cuestión que agobia ahora mismo a toda Roma. Y aunque para eso no hay una respuesta clara, hay muchos que se cuestionan si Nerón será capaz de gobernar el Imperio. Algunos piden abiertamente que Británico lo sustituya. Y muchos más están conspirando en secreto. ¿Quién sabe a dónde nos conducirá todo esto?

—Hemos oído rumores de camino hacia aquí —comentó Cato—, pero las cosas parecen estar mucho peor de lo que yo pensaba. ¿Crees que existe alguna perspectiva realista de que Británico consiga el apoyo necesario para intentar seriamente apoderarse del trono?

Sempronio se lo pensó un momento antes de responder.

—Es difícil decirlo... El Senado está dividido sobre este asunto, pero pocos están dispuestos a adoptar una posición clara. Es la forma más fácil de

ir a la tumba rápidamente, en estos tiempos. La mayoría espera a que alguien se señale antes de apoyar a un bando u otro. El hecho es que muchos senadores preferirían no tener que elegir a ninguno de los dos. Ninguno de los dos individuos resulta especialmente atractivo. Pero son las únicas opciones que quedan, aparte de declarar el fin de la sucesión imperial y volver a la República. Y eso es precisamente lo que no le gusta oír a la Guardia Pretoriana. ¿Por qué les iba a gustar? Tal y como están las cosas, viven a lo grande. Lo último que quieren es que desaparezcan los emperadores y su necesidad de un cuerpo de guardia mimado y privilegiado. Para empeorar las cosas, tanto los oficiales como gran parte de los hombres tienen sus lealtades divididas. No es ninguna coincidencia que los elegidos para terminar con la rebelión en Hispania fueran conocidos por apoyar a Británico. Por eso los enviaron fuera de Roma hasta que Nerón hubiera sucedido a Claudio. ¿Quién sabe qué ocurrirá ahora que han vuelto? Si Británico puede conseguir el apoyo suficiente en Roma, y en otros lugares, quizá pudiera derrocar a su rival. O iniciar una guerra civil. Algo que hemos conseguido evitar durante casi cien años... —Sempronio juntó las manos y apoyó la barbilla en ellas, en una postura de resignación.

Cato reflexionó sobre las palabras del senador.

—Quizá tengas razón. ¿Y si el conflicto se extiende por el resto del Imperio? Ya sé que las legiones de Britania preferirían que Británico fuese su emperador. Y habrá otras unidades que sentirán lo mismo, o cuyos comandantes se puedan sobornar.

Macro se metió un pequeño pastelito en la boca, lo masticó rápidamente y se lo tragó.

—O bien es posible que la gente sencillamente se acostumbre al nuevo emperador, aunque maltrate a su hermanastro, y todo continúe como siempre. Digo yo...

—No podemos hacer otra cosa que esperar —respondió Sempronio, desconsolado.

Los tres estuvieron un rato sentados en silencio hasta que, al fin, Cato estiró la mano hacia una de las bandejas de Macro y cogió un muslo de pollo. Despedazó un trozo de carne y empezó a masticar lentamente, y luego se volvió y miró al senador con atención.

—¿Y tú? Si hay que elegir bando, ¿a quién elegirías? ¿A Nerón o a Británico?

—No es fácil responder a esa pregunta. En realidad, a ninguno de los dos. Hubiera preferido que volviésemos a ser una república. Pero esa elección es improbable que suceda... Algunos dicen que el Imperio, sencillamente, es demasiado grande para ser gobernado con efectividad por el Senado, que está dividido en facciones y rivalidades. Quizá Roma no pueda sobrevivir si un solo individuo no ostenta todo el poder. Si es así, necesitamos a los emperadores. Es lo único que se interpone entre nosotros y el caos de los últimos años de la república. —Sempronio miraba fijamente a Cato mientras hablaba—. Nadie quiere que vuelva a suceder eso.

—Es posible que no lo quieran, pero, de nuevo, quizá no sean capaces de evitarlo. —Cato se sirvió un poco de vino en una copa de plata y dio un sorbo—. Por el bien de mi hijo, yo no pienso tomar partido. No es mi circo ni son mis monos. Dejaré que se las arreglen como quieran.

Sempronio lo miró con expresión triste.

—Quedarse sentado sin hacer nada quizá no sea una opción, hijo mío. Puedes elegir intentar evitar la situación, pero la situación quizá no te evite a ti.

—Podrías tener razón. Pero, mientras tanto, haré todo lo que pueda para mantenerme apartado. Y si Macro tiene algo de sentido común, hará lo mismo.

Al oír su nombre, Macro levantó la vista hacia sus compañeros, intentando recordar lo que se acababa de decir.

—Ah, sí. Dejaré a los demás con sus propios vicios, y que ellos me dejen a mí con los míos. Y, ahora que ha desaparecido Narciso, quizá podamos ser simplemente soldados, en lugar de vernos embarcados en una de sus maquinaciones.

Cato asintió con ganas ante la mención de Narciso, el taimado jefe de espías y secretario imperial del anterior emperador. Había perdido el favor del emperador hacia el final de su reinado, y se había hecho enemigo de la emperatriz y de Palas. Sabiendo con toda seguridad el destino que el nuevo secretario imperial tenía reservado para él, Narciso se retiró a su propiedad

privada en el campo y se suicidó. Ni Cato ni Macro lo lloraron. Les había obligado a ejecutar sus trabajos sucios demasiadas veces.

—Ojalá pudiera permitirme vuestra despreocupación. —El senador sonrió.

—¿Eh? —frunció el ceño Macro.

—Si ésa es tu postura, entonces, de acuerdo. Simplemente, si quieres ahorrarte problemas, debes mantenerte alejado de tipos del estilo de Palas, Séneca y Burrus.

Los interrumpió entonces el débil gemido de un niño que lloraba dentro de la casa, y un momento más tarde una mujer gruesa con una túnica sencilla atada por la cintura salió por el pasillo. Acunaba con cariño a un niño pequeño que llevaba en brazos, acariciándole la espalda para consolarlo un poco. Cato sintió un brote de afecto en su corazón al ver a su hijo en brazos de la niñera, Petronela. Cuando un nuevo grito salió de los pulmones del niño, se levantó del sofá y corrió hacia ellos.

Petronela sonrió.

—Pero mira, cariño, es tu papá. Ha vuelto de la guerra —dijo, y se volvió un poco, levantando a Lucio para que Cato pudiera verlo mejor. El pequeño, de dos años, tenía el pelo espeso, oscuro y rizado, y los pulmones de un centurión de entrenamiento. Cato se dio cuenta de que tenía los ojos rojos de tanto llanto, y la nariz y la boca sucias de saliva; parpadeaba ante el visitante en la casa de su abuelo. De repente, un brillo apareció en sus ojos y levantó la cabeza del hombro de Petronela y gritó:

—¡Papá!

Cato no pudo evitar sentir una cálida corriente de amor cuando el niño levantó sus bracitos y se arrojó hacia él. Tendió los brazos y la niñera se lo pasó. Él besó la cabecita de Lucio y aspiró el dulce y almizclado olor del niño, y cerró los ojos con deleite. Todo pensamiento de rivalidad política, todo recuerdo de batallas sangrientas y toda la angustia y la amargura por la traición de Julia se desvanecieron en ese momento, y se agarró a aquel sentimiento como el más precioso de los tesoros.

Lucio se movió y levantó la vista hacia él, y sus labios se separaron bajo la naricilla y los ojos parpadeantes. Había una hilera de diminutos dienteitos blancos en su sonrisa, y Cato le guiñó un ojo.

—No muerdas a papá, ¿eh?

Lucio se echó a reír y arrojó los brazos en torno al cuello de su padre, y con él en brazos Cato volvió con los demás, seguido por la niñera.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Sempronio.

—Un cólico, amo —respondió Petronela—. Les pasa a todos los chiquillos de vez en cuando. Pero se volverá a dormir pronto.

—Bien. Ya ha habido suficiente escándalo por esta noche. —El senador se sirvió un vaso de vino y dio un largo trago—. Más que suficiente.

Cuando Cato se sentó, Macro se tragó lo que se estaba comiendo y se incorporó con expresión seria y con los brazos cruzados.

—Bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí? ¿Está causando problemas este joven recluta? Me recuerda a su papá, en otros tiempos.

Al oír el sonido de su voz, Lucio se dio la vuelta.

—¡Tío Mac Mac! —gritó, lleno de alegría.

Macro hizo una mueca.

—Eso es. Tu tío Mac Mac, que ha vuelto de dominar a esos rebeldes hijos de puta de Hispania. A ver, que te vea, chico. Necesitas una inspección.

Cató dejó a su hijo en el suelo y Lucio se acercó al centurión. Macro lo cogió por los hombros y lo mantuvo a la distancia de los brazos, mirándolo de arriba abajo con expresión seria.

—Hombros atrás, saca el pecho, la barbilla arriba. ¡Así! Ah, serás un estupendo soldado algún día, igual que tu papá.

Lucio se dio unas palmaditas en el estómago, mirando esperanzado a Macro. Le costó un momento a éste último darse cuenta de lo que quería el chico, pero enseguida atrajo a Lucio hacia él, lo levantó e intentó hacerle cosquillas en el vientre con sus mejillas barbudas.

—Bueno, eso no va a ayudar mucho —lo riñó Petronela—. Ahora no conseguiré que se duerma.

—Sólo es un poquito de diversión inofensiva —respondió Macro, haciendo una pausa para mirar a la mujer. Ella le devolvió la mirada con afecto, luego le entró la timidez y bajó los ojos. Macro hizo cosquillas al niño de nuevo, mientras Lucio chillaba, encantado, retorciéndose como un cerdito engrasado, hasta que Macro lo volvió a dejar en el diván, buscó en las bandejas y eligió un pequeño pastelito de cerdo para él. Sentado con las

piernas abiertas, los ojos de Lucio se iluminaron. Dejó el pastelito entre sus regordetes muslos y empezó a deshacerlo, metiéndose de vez en cuando algún trocito en la boca, mientras el resto del pastelito deshecho quedaba extendido por la elegante tela que cubría el diván.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó Sempronio—. Los dos. Ahora que habéis vuelto a Roma.

—Vamos a unirnos a la Segunda Cohorte en los barracones, mañana —respondió Cato—. Tendremos que llevar a cabo los deberes habituales que se dan después de una operación. Inventario, equipo... Y desentrañar los testamentos de los hombres que perdimos en Hispania, iniciar el proceso de encontrar reemplazos... Por supuesto, haré todo lo posible por pasar tiempo con Lucio. Hasta que encuentre una residencia propia.

—Los dos podéis vivir aquí, si queréis, sois muy bienvenidos.

Los ojos de Macro se iluminaron ante la perspectiva de disfrutar de más delicias en la mesa del senador, pero Cato negó con la cabeza.

—Eres muy amable, pero el alojamiento de los oficiales en los barracones es muy cómodo, y estaremos bastante ocupados durante un tiempo. Y, si surge algún problema, tendremos que estar preparados para actuar en cuanto nos llamen. Pero te visitaré siempre que pueda, si te parece bien.

—Mi casa es vuestra casa. No tengo hijos propios a quienes dejársela. Si me ocurriese algo, he decidido dejárselo todo a mi nieto, a su debido tiempo. He cambiado mi testamento para que quede reflejado. Está ya sellado y firmado y a cargo de mi banquero, en el Foro, Marco Rubio. Es un buen hombre. Puedes confiar en él.

Cato se quedó un poco desconcertado por la generosidad de su suegro hacia Lucio.

—No sé qué decir, señor...

—Gracias iría bien, para empezar.

Cato lo miró con preocupación.

—¿Crees que estás en peligro, señor?

La expresión de Sempronio se volvió adusta.

—Todos estamos en peligro estos días. Ya sabes lo que ha hecho Nerón hace un rato. Si las cosas van a ir por ese camino, nos encontraremos con otro loco en el trono, en cuyo caso ninguno de nosotros está a salvo. Ruego a

todos los dioses que no haya problemas. Y espero que vosotros dos tengáis el sentido común de guardaros vuestras opiniones y resistir la tentación de jugar a la política.

—A la mierda la política —replicó Macro con gran intensidad, y luego arrojó una mirada culpable a Lucio, pero el niño estaba concentrado en hacer dibujos con las migas en el diván—. Conmigo que no cuenten ya nunca más. No ahora que esa serpiente de Narciso se ha ido a reunirse con sus antepasados. ¡Y hasta nunca!

—Yo tampoco lo echaré de menos —dijo Cato—. Pero temo que el ascenso de Palas no sea un cambio a mejor. Al menos Narciso tenía los intereses de Roma en el corazón, aunque hiciera una bonita fortuna durante el proceso. Pero ¿Palas? Es peor que Narciso. Ése sólo vela por sí mismo, y se cargará a cualquiera que se interponga entre él y su persecución del poder y las riquezas.

Macro se encogió de hombros.

—Entonces hay que apartarse de su camino.

—Es fácil decirlo, amigo mío... Más fácil que hacerlo.

CAPÍTULO SEIS

Un mensajero del campo pretoriano llegó a casa del senador con las primeras luces. Entregó unas órdenes para Cato, junto con los demás oficiales de alta graduación de las unidades que volvían de Hispania, para que se dirigiera al cuartel general al mediodía para despachar con el comandante en funciones de la Guardia Pretoriana, el prefecto Burrus. El titular permanente del cargo era un oficial muy anciano y enfermo ya en el momento de su nombramiento, algunos años antes. Desde entonces apenas se había encontrado bien algunos días como para poder cumplir con su deber, y Burrus había asumido gran parte de sus responsabilidades, de modo que todos lo aceptaban como el comandante *de facto*.

Cuando Cato y Macro llegaron a la fortaleza pretoriana, a media mañana, los primeros hombres de la Segunda Cohorte ya habían vuelto a los barracones. Los carros que llevaban el equipaje y a los convalecientes todavía estaban en la carretera de Ostia, y se les esperaba al caer la noche. Para los soldados era un alivio dejar las duras condiciones de la campaña tras ellos, y estaban ansiosos de recuperar la comodidad de unas camas decentes, comida caliente y abrigo de los elementos. Además, estaba la oportunidad de volver a reunirse con sus camaradas de las cohortes que se habían quedado en Roma y alardear de sus hazañas en Hispania. Y también estaban deseando regodearse de los placeres que proporcionaba la mayor ciudad del mundo conocido.

Pero primero se les requirió que pasaran por la habitual rutina para todas unidades que volvían a la base después de un periodo de servicio. Había que limpiar y reparar las armas, armadura y equipo; informar de los artículos estropeados o perdidos a los secretarios del intendente para que se les pudieran entregar repuestos de los almacenes; había que llevar raciones, leña para el fuego y combustible a los barracones, que también había que barrer y

fregar para devolverlos a un estado aceptable para los optios y los centuriones de aguda vista cuando empezaran de nuevo las inspecciones diarias.

Si el proceso era pesado para los soldados rasos, lo era más aún para los oficiales, que se veían obligados a volver a sus deberes administrativos. Cato y Macro, que habían sido nombrados guardias pretorianos unos días antes de que la Segunda Cohorte marchase de campaña a Hispania, habían tenido poco tiempo para arreglar y hacer más cómodos sus aposentos, y tampoco habían tenido muchas oportunidades de familiarizarse con las rutinas de su nuevo puesto.

A diferencia de los atestados bloques de barracones de las fortalezas legionarias, que normalmente se construían para albergar a una centuria de ochenta hombres, los barracones de los pretorianos se edificaban a una escala muy superior, lo bastante grande para acomodar a una cohorte entera de casi quinientos hombres en dos pisos. Cato abrió la puerta del amplio comedor y entró, seguido por Macro, que llevaba una pizarra con cera y un estilo, dispuesto para tomar notas. A medida que el comandante de la cohorte se desplazaba por la habitación, abriendo las ventanas cerradas con postigos, la luz fue entrando e iluminando las largas mesas y taburetes sin usar desde que los guardias se fueron a la guerra, unos cuantos meses antes. Una ligera capa de polvo cubría los muebles y las losas de piedra del suelo, y espesas telarañas colgaban en los rincones y a lo largo de las robustas vigas de madera que cruzaban la habitación. Las ratas habían entrado y roído algunos sacos de trigo que quedaron ante la hilera de fogones que se encontraban a lo largo de una de las paredes. Un poco de grano desparramado y unos excrementos pequeños y negros como granos de arroz rodeaban la tela desgarrada. Cato removió aquellos desechos con la punta de la bota.

—Quiero que una sección entre aquí y limpie todo esto. Polvo, telarañas, todo.

Macro asintió y apuntó algo en su pizarra.

—No habrá nadie de faenas todavía, de modo que tendrán que ser los primeros que lleguen.

—No habrá recompensa para los diligentes, entonces, ¿eh?

—Así es el ejército, señor. —Macro chasqueó la lengua.

Cato señaló los postigos de madera. La pintura estaba descascarillada y algunas de las tablillas se habían desprendido.

—Que arreglen también eso. Y el resto del edificio. —Hizo una pausa y olisqueó el aire—. Y que limpien los desagües. Parece que algún animal se ha muerto aquí dentro.

Macro tomó nota también y siguieron avanzando. Los primeros guardias habían llegado ya a sus habitaciones, y se pusieron en pie de un salto y en posición de firmes cuando los dos oficiales pasaron delante de ellos en su inspección. Los pusieron a trabajar de inmediato, a pesar de que acababan de completar la marcha desde Ostia. Cato sólo había visitado la oficina de los escribientes un momento, justo antes de partir la cohorte, pero entonces sí tuvo tiempo de examinar los estantes llenos de pergaminos y pizarras, y sintió un temor oscuro ante la perspectiva de tener que ponerse al día con los registros de la cohorte a lo largo de los días siguiente.

Las habitaciones del prefecto estaban en el segundo piso, al final del edificio del barracón, y daban al terreno abierto entre barracones y la muralla del campamento. Había un balcón estrecho al abrigo de los aleros del tejado, y Cato miró por encima de la muralla hacia la vasta extensión de tejados de la capital, que estaba justo detrás. La vista era impresionante, y ya le apetecía que llegara el momento de poder sentarse allí tranquilamente con una copa de vino caliente. El resto de su alojamiento consistía en un dormitorio cómodamente amueblado, una oficina, un modesto comedor y unos almacenes para sus efectos personales. También había dos celdas con jergones para esclavos o sirvientes.

El único esclavo que poseía Cato en aquel momento era Petronela. A los otros los había vendido Julia, o bien Cato junto con la casa, para cubrir las deudas que había dejado su esposa al morir. Petronela era necesaria para cuidar de Lucio, y Cato tomó nota mentalmente de buscarse un esclavo personal, o dos, tan pronto como tuviera tiempo para visitar el mercado de esclavos. Guardaba una pequeña cantidad de dinero que le había quedado de la venta de la casa, y le debían seis meses de sueldo. Más que suficiente para encontrar al hombre que necesitaba, buena comida y bebida para su despensa, para cuando invitase a los demás oficiales, así como ropa nueva. Tras descubrir la infidelidad de Julia se había deshecho del pequeño guardarropa

que ella le había comprado mientras luchaba en Britania. No era capaz de soportar la idea de que aquella ropa la hubiese podido llevar su amante en su ausencia.

—¿Ha vuelto ya el optio Metelo?

—Lo comprobaré en cuanto pueda, señor.

—Cuando lo encuentres, dile que lo asciendo a escribiente mayor. Por desgracia para Metelo, eso lo hace responsable de las oficinas y alojamiento de los escribientes, así como de la mía. Quiero que este lugar esté immaculado antes de que caiga la noche, o si no querré saber por qué. Dile que necesito mantas y utensilios para comer de los almacenes, hasta que pueda conseguir algo mejor.

—Sí, señor.

Cato echó un último vistazo a su alojamiento y luego se quitó el broche del manto y arrojó la gruesa tela sobre uno de los taburetes que estaban junto a la mesa del pequeño comedor.

—Tienes que ocuparte de muchas cosas, Macro. Estaré en mi oficina. Que me envíen a las fuerzas en cuanto estén dispuestas.

Macro asintió y ya estaba a punto de salir cuando un pensamiento final asaltó a Cato:

—Y lo último. No quiero al tribuno Cristus en los barracones. Puede buscarse una habitación en el cuartel general. Si tiene efectos personales, que se los lleven allí.

—Como desees, señor —respondió Macro, haciendo lo posible por mantener una expresión neutra. Cristus había sido el tribuno asignado a la Segunda Cohorte como comandante nominal de la unidad antes del nombramiento de Cato. Igual que en las legiones, los tribunos eran jóvenes de familias aristocráticas que debían cumplir unos años de servicio militar antes de empezar la carrera política. Muchos soldados regulares los veían como poco más que una molestia, aunque Macro se había dado cuenta de que algunos habían probado su valor. Uno de ellos era Cristus, precisamente, que se había portado muy bien en la reciente campaña. Sin embargo, también había sido amante de Julia, y Macro comprendía que su amigo se mostrase reacio a que aquel hombre se alojase más cerca de él de lo estrictamente necesario.

—¿Eso es todo?

Cato pensó por un momento.

—Sí. Te veré más tarde, en cuanto la guardia nocturna empiece su turno. Podemos ponernos al día cenando.

Macro saludó y se marchó. Cuando sus pasos resonaron por el pasillo, Cato entró en su oficina, y allí se apoyó en el alféizar de la ventana y miró hacia abajo. No paraban de llegar más hombres y más carros todo el rato, se gritaban órdenes, y se oía también el relincho de las mulas, que resonaba en los edificios colindantes. El pequeño número de guardias de las cohortes que se habían quedado en Roma contemplaban la escena y, de vez en cuando, se oía un ocasional intercambio de bromas cargadas de buen humor. Cato estuvo observando un rato más, preguntándose si aquellos mismos hombres podrían acabar divididos por facciones políticas hasta el punto de querer derramar cada uno la sangre del otro. Le parecía impensable, en aquel momento, pero era muy consciente de la sangrienta historia de las guerras civiles de Roma el siglo anterior.

Los ejércitos de Sila, Mario, Pompeyo y César, Octaviano y Antonio se habían abalanzado cada uno a la garganta del otro siguiendo ciegamente a hombres que fingían patriotismo y prometían gloria eterna, y el botín de la guerra a aquél que tomara la espada en su nombre. ¿Habría llegado de nuevo un tiempo como aquél?, se preguntó. El último emperador había accedido al poder a instancias de la Guardia Pretoriana. Su predecesor, Calígula, fue asesinado por sus propios guardias. Y ahora Nerón se había asegurado de presentarse en el campamento, junto con un baúl lleno de tesoros, para buscar su apoyo, en el mismísimo momento en que Agripina anunciaba la muerte de su esposo. No se cuestionaba que la Guardia Pretoriana tuviera la llave del poder y, sin embargo, Cato se preguntaba si la soldadesca corriente era consciente de esa situación. Tenía pocas dudas de que los oficiales sí hubieran captado la verdad fundamental, y por tanto él y Macro tendrían que andar con pies de plomo si querían sobrevivir al conflicto latente entre las facciones de los dos rivales a la púrpura.

Después de los acontecimientos de la noche anterior, Británico albergaría un deseo ardiente de venganza contra su hermanastro. Y Nerón y sus consejeros seguramente estarían al tanto de ello. En tal caso, ¿por qué no

habían actuado todavía? ¿Por qué no terminar el trabajo, hacer que detuvieran a Británico y asesinarlo, y eliminar cualquier posible lucha por el poder? La única explicación lógica para Cato era que tuvieran miedo por las consecuencias de un acto realizado tan abiertamente. Si Nerón lo mataba, los senadores y oficiales del ejército partidarios del chico, en Roma y en otros lugares, podían verse impelidos a actuar. O eso, pensaba Cato, o quizá alguien estuviera calculando que la presencia de Británico podía usarse para ejercer un cierto control sobre Nerón. Si se trataba de este último caso, entonces tendría que ser alguien cercano al emperador. Alguien como Palas, o Agripina. O quizás el mentor de Nerón, Séneca, y su compañero Burrus, el comandante en funciones de la Guardia Pretoriana. Era posible incluso que el círculo íntimo del emperador estuviera dividido, y que hubiese una facción dentro de la facción.

Cato exhaló un profundo suspiro y procuró salir de sus especulaciones. Mientras la tensión entre Nerón y Británico no estallara en un conflicto armado, la verdad es que le importaba muy poco quién acabara por vencer. Y tampoco les importaría a los hombres de la Guardia Pretoriana ni a las masas que abarrotaban Roma. Preferirían ser meros espectadores en el juego mortal de la política que se representaba entre bambalinas a medida que cada emperador llegaba y partía.

Un golpecito en el marco de la puerta interrumpió finalmente sus pensamientos y, agradecido, apartó la vista de la imagen de la ciudad y se dio la vuelta. El optio Metelo lo esperaba en el umbral. Llevaba una manta enrollada bajo un brazo y una sartén y una copa en la otra mano.

—Perdóname, señor, pero el centurión Macro me ha pedido que te traiga esto.

—Ponlo en mi dormitorio, por favor.

Cuando Metelo volvió, Cato se sentó frente a su escritorio y pasó un dedo por la capa de polvo, dejando una raya brillante de madera pulida visible en la fina película gris.

—Supongo que Macro también te ha dicho que te he ascendido a escribiente jefe, ¿no?

—Sí, señor.

—Recibirás doble paga. Pero tendrás que ganártela. Tu primer trabajo consiste en encontrar a los demás escribientes y hacer que limpien mis alojamientos.

—Sí, señor.

—Luego quiero que me traigas aquí a las fuerzas que hayan llegado ya, junto con los testamentos de los que perdimos en Hispania. Deberían estar en la caja fuerte del cuartel general, supongo.

—Sí, señor. Los puse allí yo mismo antes de irnos.

Cato no recordaba haber dado aquella orden, y se sintió impresionado de que Metelo hubiese tenido semejante iniciativa. Pero la iniciativa era una cosa, y actuar por encima de los requerimientos de su rango era otra muy distinta.

—En el futuro, por favor, infórmame de todo lo que hagas. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Cato lo miró muy serio para asegurarse, y luego se levantó. Debía de ser casi mediodía por lo que podía calcular.

—Tengo que asistir a una reunión de oficiales. Asegúrate de que mis órdenes se hayan cumplido cuando esté de vuelta. Ah, y tráeme algo de comer. Pan y carne bastarán.

—¿Y para beber, señor?

El día era fresco y, al ser delgado y fibroso, Cato tendía a tener siempre frío.

—Caliéntame un poco de vino. Y que enciendan fuego en el brasero.

—Sí, señor.

Cato fue hasta el comedor para recoger su manto. Sentía un pinchazo de culpa por el tono autoritario que había adoptado con Metelo. Su humor se había amargado un poco por las reflexiones que había hecho sobre la situación política, y ahora se daba cuenta de que se había permitido desahogarse con el optio. Dudó, ya en la puerta de su alojamiento, y se volvió hacia el hombre.

—Sólo para que lo sepas, considero que te has ganado el ascenso. Has servido con honor en Hispania. Estoy seguro de que seguirás haciendo lo mismo aquí, en Roma.

—Sí, señor. Gracias, señor.

La expresión del hombre procuraba ocultar cualquier reacción acusada.
Tras mirarlo un momento, Cato asintió.
—Adelante, pues, Metelo.

CAPÍTULO SIETE

Cuando las trompetas anunciaron el cambio de guardia a mediodía, dos pretorianos abrieron las puertas de la oficina del comandante, y un momento más tarde Burrus apareció, vestido completamente de uniforme. Llevaba una túnica blanca inmaculada, en lugar de la típica de color blanco roto que se daba a los otros soldados y oficiales, y una armadura plateada resplandeciente cubría su torso, con unas correas de cuero rojo que colgaban de la cintura y de los hombros. Una amplia cinta roja iba atada alrededor de su estómago, con las puntas bien metidas, de modo que dos lazadas colgaban justo por debajo del resto de la cinta. Como muchos oficiales nombrados directamente para cargos superiores en el ejército, no había conseguido ninguna condecoración, y por tanto no llevaba arnés para medallas, a diferencia de muchos de los hombres que estaban ante él, que sí habían conseguido promociones en campaña y se habían curtido en la batalla. Burrus llevaba un delgado torques de oro en torno al grueso cuello, y una fina franja de pelo oscuro se curvaba en torno a los lados de su cabeza. Llevaba peinados artísticamente los pocos mechones largos que tenía, en un esfuerzo por negar la calvicie que resultaba obvia para cualquiera que lo viera. Era bastante robusto, pensó Cato, pero el efecto de destreza varonil quedaba menguado por su brazo derecho atrofiado, pese a que hacía todo lo posible por ocultarlo doblándolo hacia la espalda.

—¡Oficial al mando, presente! —aulló la primera lanza de la Guardia, el centurión más veterano.

Los oficiales se levantaron como un solo hombre y se pusieron firmes. El comandante levantó la barbilla un poquito y los miró con altivez. Luego asintió.

—Descansad, caballeros. Por favor, sentaos.

Cato, Macro y el resto de prefectos, tribunos y centuriones se sentaron en los bancos con cojines repartidos por la sala de instrucciones. Como todo lo demás en la Guardia Pretoriana, había un nivel de lujo y comodidad notablemente superior se comparaba con las legiones de Roma que, extendidas por el Imperio, defendían las fronteras. El cuartel general era más bien un modesto palacio que un edificio de administración militar. La entrada al patio exterior pasaba por debajo de un arco elevado, y unas columnas de mármol se alineaban en la amplia zona abierta ante el edificio principal. Sejano, el comandante de la Guardia que había convencido al emperador Tiberio de que autorizase la construcción del campamento, se había gastado una fortuna en el proyecto. Sus ambiciones quizá le hubiesen ganado la infamia en los anales de la historia, pero sus sucesores y los hombres de la Guardia le estaban muy agradecidos en secreto por su despilfarro sin límites de los fondos imperiales. No sólo tenían unos barracones que eran la envidia de todos los soldados del Imperio, sino que también contaban con unos baños exclusivos y una arena de gladiadores anexa al campamento.

También la sala de instrucciones era impresionante. El techo era muy elevado y las paredes estaban decoradas con murales que representaban gloriosas acciones militares del pasado de Roma; todas ellas representaban imágenes luminosas, de tamaño mayor al natural, de los emperadores, desde Augusto a Claudio. Cato observó que, en una parte de un panel, a un lado de la puerta a través de la que había entrado Burrus, habían rascado hasta sacar el yeso y dibujado con carbón una figura de un guerrero joven. Nerón, al parecer, ya estaba en proceso de unirse a sus predecesores en esa galería de famosos.

Burrus se colocó frente de los oficiales reunidos.

—Caballeros —comenzó a hablar—, es un placer daros la bienvenida de nuevo tras vuestro servicio en Hispania. He hablado con el comandante de la fuerza expedicionaria, el senador Vitelio, y me ha dicho que vosotros y vuestras unidades os habéis desenvuelto muy bien, siguiendo la mejor tradición de la Guardia Pretoriana. En particular, Vitelio señaló al prefecto Cato, al centurión Macro y a los hombres de la Segunda Cohorte, por su valor y su decisión al defender una mina de plata de vital importancia contra el ejército del renegado Iskerbeles. Creo que el senador propondrá al Senado

que se conceda una condecoración a la unidad por su valioso servicio. ¡Prefecto Cato, centurión Macro! Por favor, poneos en pie.

Los dos oficiales intercambiaron una breve mirada de sorpresa, pero se levantaron con rapidez, quedándose en pie muy erguidos ante sus iguales y el comandante. Vitelio había sido enemigo suyo durante mucho tiempo, e incluso había intentado tramar su eliminación, de modo que ¿por qué hacía ahora todo lo posible para elevarles al estatus de héroes públicos?

—Roma está en deuda con vosotros y os habéis ganado el respeto de todos.

Los demás oficiales golpearon con los pies en el suelo para demostrar su aprecio, de forma que el sonido se elevó en un *crescendo* hasta llenar la sala. Unos cuantos hombres gritaron sus nombres, hasta que Burrus levantó su brazo bueno y pidió silencio.

—Aunque el prefecto y el centurión hayan sido transferidos recientemente a la Guardia, ya nos han honrado. Nosotros, los pretorianos, somos realmente muy afortunados de tener a hombres como ellos entre nuestras filas. Espero que los dos añadan más gloria aún a nuestra reputación como el mejor cuerpo de soldados de todo el Imperio, o incluso más allá.

Los oficiales volvieron a golpear con los pies en el suelo, y Burrus hizo un gesto a Cato y Macro de que tomaran asiento de nuevo. Cuando la algarabía cesó, continuó:

—Como ya sabrán los hombres que acaban de regresar de Hispania, tenemos un nuevo emperador. Y es nuestro deber servir a Nerón tan lealmente como servimos a Claudio antes que a él. Los hombres que se quedaron aquí en Roma ya han hecho un juramento de lealtad a Nerón, y estoy seguro de que todos vosotros estaréis ansiosos de seguir su ejemplo tan pronto como sea posible. A este fin, habrá un desfile completo de la Guardia Pretoriana mañana por la mañana, en la cual todos esos oficiales y hombres que no han hecho el juramento tendrán la oportunidad de hacerlo. —Burrus dio un paso hacia atrás—. ¿Alguna pregunta más?

Cato miró a su alrededor, justo en el momento en que un tribuno de una de las otras cohortes se ponía en pie.

—Señor, tuvimos noticias de Claudio en el momento en que desembarcamos en Ostia, hace dos días. También oímos rumores sobre cómo

murió.

—¿Y qué rumores eran esos, Mantalo? —Burrus miró con frialdad al tribuno.

El hombre se removió inquieto.

—Hay quien dice que fue envenenado.

—¿Envenenado?

—Por alguien cercano a él en palacio, señor.

—¿De verdad? ¿Se mencionó algún nombre?

Cato vio la mirada angustiada en la cara del tribuno.

—Te pido disculpas, señor, pero sólo repito lo que oí.

—¿Y qué oíste, Mantalo?

—Señor, sólo algunas palabras sueltas, en una taberna local. Algún borracho bocazas. Eso es todo.

—¿Pero qué dijo exactamente ese bocazas? —preguntó Burrus.

—Dijo..., dijo que Agripina había envenenado al emperador.

Se hizo el silencio en la sala durante un momento, pero entonces Burrus sonrió un poco.

—¿Y tú te has creído ese cuento extraordinario? ¿Crees que una devota esposa romana cometería un crimen tan espantoso? ¿Lo crees acaso?

—No. No, claro que no, señor.

—Entonces te sugiero que nunca vuelvas a repetir una observación tan insultante delante de mí, ni de ningún otro pretoriano, nunca más. ¿Está claro, tribuno Mantalo?

—Sí, señor.

—Pues ten la amabilidad de sentarte. Hablaré contigo más tarde, y me contarás exactamente en qué taberna estabas cuando escuchaste una observación tan difamatoria. Con suerte, seremos capaces de identificar al individuo que pronunció tales palabras, y tendrá que responder por su opinión traicionera.

Cato había seguido el diálogo con creciente preocupación. De modo que así era como iba a empezar el nuevo reinado del emperador. Con la supresión implacable de todo disenso y la caza de aquéllos que se atrevieran a cuestionar los medios por los cuales Nerón había llegado al poder. El tribuno Mantalo ya era un hombre marcado, y Cato se preguntó cuánto le costaría a

Palas enterarse de su comentario y encontrar alguna forma adecuada de dar ejemplo con él.

—Por las pelotas de Júpiter —susurró Macro—, ¿no es esto un poco demasiado fuerte? Si tenemos que perseguir a todos los cabrones borrachos que abren la boca, vamos a estar muy ocupados.

—Me temo que tienes razón —dijo Cato, también en voz baja.

—No me alisté para quitar de en medio a borrachos. Me uní al ejército para luchar contra los bárbaros y defender a Roma. Para eso nada más. No para esta mierda.

Cato se dio cuenta de que algunos de los oficiales cercanos los miraban.

—Más tarde, Macro. Ahora no es el momento.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó entonces Burrus.

Otro oficial se levantó, esta vez un centurión. Su rostro curtido estaba cubierto con una fina barba plateada, y tenía la cabeza regordeta. No mostraba señal alguna de nerviosismo, pese a haber visto el trato recibido por el que había hablado justo antes.

—Señor, la mayoría de nosotros hemos oído hablar de ese dinero extra que el nuevo emperador entregó a los que estaban en Roma cuando se anunció su subida al trono. La paga de un año para los soldados rasos y cinco años para los oficiales. ¿Es correcto?

Burrus hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Pagado en plata, al momento, he oído decir.

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, señor, lo que me gustaría saber es cuándo podremos recibir nosotros nuestra parte.

Hubo murmullos de asentimiento, y todos mantenían la vista fija en el comandante cuando éste respondió:

—Me ha informado directamente el liberto del emperador, Palas, de que de plata se pagará al resto de la Guardia Pretoriana en cuanto sea posible. No hay ahora suficiente en el tesoro como para cubrir el coste ahora mismo. Se espera un envío de plata de Hispania en cualquier momento, ahora que la rebelión de las minas de Astúrica se ha sofocado. Gracias, en gran medida, a los esfuerzos del prefecto Cato.

El centurión echó una mirada a Cato y le dedicó un pequeño gesto de gratitud. Luego volvió a concentrar la atención de nuevo en su comandante.

—Entonces ¿cuánto tiempo tendremos que esperar hasta conseguir nuestra parte, señor?

—Pues no lo sé.

La respuesta fue recibida con gruñidos por parte de los centuriones y, antes de que Cato pudiera contenerlo, Macro se había puesto de pie.

—¡Chicos! ¡Chicos! Si me permitís decir algo... Gracias. —Se volvió hacia Burrus y empezó—: Señor, soy nuevo en la Guardia, como has dicho. Quizá aquí haya algunos, tú incluido, que penséis que estoy hablando cuando no me corresponde, pero recibí mi nombramiento para la Guardia de la manera más difícil. He luchado en Germania, Britania, Partía, Egipto, Judea, Siria, Creta, y ahora Hispania. —Dio unos golpecitos a las pulidas medallas de su arnés—. Me las he ganado, todas éstas. He derramado sangre por Roma y por mis camaradas, y pasa lo mismo con la mayoría de los que estamos en esta habitación, ¿verdad? —Miró a su alrededor. Los veteranos asintieron y no pocos le expresaron su apoyo.

»Ya ves, señor, que siento que tanto yo como los otros nos hemos ganado ese extra. Mientras estábamos en Hispania, luchando contra los rebeldes, el resto de las cohortes pretorianas estaban cómodamente aquí, en los barracones. El mayor peligro para su vida al que se enfrentaban era atragantarse hasta la muerte con vino barato. Así que comprenderás que nos tomemos un poco a pecho que a ellos les dieran su extra al momento, mientras que aquéllos que estábamos fuera, combatiendo por Roma, tengamos que esperar una maldita eternidad para recibir nuestra parte..., Eso suponiendo que en realidad la tengamos alguna vez...

—Tendrás lo que te corresponde, centurión Macro. Te doy mi palabra.

—Señor, si me perdonas por decir esto, he vivido lo suficiente para que muchísimos hombres me dieran su palabra, pero luego no todos la han cumplido.

Burrus entrecerró los ojos.

—¿Estás cuestionando mi integridad, centurión?

—No, señor. Sólo la de aquellos que me han decepcionado antes. No te conozco lo suficiente para juzgarte.

—Muy bien, entonces ¿cuestionas la palabra del palacio imperial?

—Cuidado, Macro. Por los dioses —le susurró Cato.

Su amigo meditó un momento antes de continuar:

—Si me estás preguntando si cuestiono la palabra del emperador, por supuesto que no. Nerón es el emperador y, si él personalmente garantiza nuestros extras, entonces le creo. Sin embargo, si tengo que fiarme de la palabra de uno de sus consejeros, como Palas, entonces tendrás que perdonarme si parece que dudo de su integridad. Ya los conozco. Esos aduladores libertos griegos sólo buscan su propio provecho, y robarían las monedas de los ojos de sus madres muertas. De modo que, si no te importa, señor, ¿puedes decirnos si la promesa de que tendremos nuestro extra viene directamente del propio emperador?

Burrus enlazó las manos a la espalda y se alzó en toda su estatura.

—El emperador es un hombre ocupado. El peso del Imperio recae sobre sus hombros y necesita tiempo para acostumbrarse a las cargas de su posición. Sin embargo, confío en que dedicará su atención a este asunto en cuanto pueda y que todos vosotros recibiréis lo que os corresponde, igual que ha ocurrido con las demás cohortes.

—¿La respuesta entonces es no, señor?

Algunos de los oficiales no pudieron evitar soltar una ligera carcajada, mientras otros murmuraban, sin duda con frustración e ira en su tono. La sangre se retiró de la cara del comandante, que cogió aire con fuerza y aulló hacia la sala:

—¡Silencio! ¡Sentaos, vosotros dos! ¡Sentaos de inmediato!

Macro y el otro centurión se sentaron y el silencio fue inmediato. Mientras, Burrus los fulminaba con la mirada.

—¿Te atreves a cuestionar la palabra de tu comandante? ¿Te atreves a cuestionar la palabra del palacio imperial? ¿Quién en el Hades te crees que eres? Ésta es la Guardia Pretoriana. La unidad más leal de todo el ejército. Es nuestro sagrado deber obedecer y proteger al emperador y a su familia. Ése es el juramento que prestamos, y el juramento que renovamos al principio de cada año, y al comienzo de cada nuevo reinado. No tienes derecho a cuestionarme, y no tienes derecho a cuestionar a aquéllos a quienes los dioses han colocado por encima de nosotros. Si me dicen que recibirás la prima,

tengo la absoluta seguridad de que la recibirás. Y tú también deberías tenerla. Y no se hable más.

Adelantó la mandíbula y miró a su alrededor, furioso, como retando a sus oficiales a que lo desafiaran.

—Mañana Nerón estará aquí para recibir vuestro juramento de fidelidad. Quiero que todos los hombres lleven un equipo impecable. Cada centímetro de vuestra armadura tiene que resplandecer como el cristal. Ay de aquel soldado desaliñado que deje en mal lugar a la Guardia. Él y toda su centuria serán asignados a faenas durante un mes, a media paga. Y esto incluye también a los oficiales. Y si oigo una sola queja más sobre la prima, o alguna duda más sobre mi integridad o la de cualquier funcionario del palacio imperial, entonces yo personalmente me comeré las pelotas de ese hombre para desayunar. Cualquiera que sea lo suficientemente idiota como para cuestionar la honradez del emperador será crucificado frente al cuerpo de Guardia entero. De todo esto tenéis mi palabra, caballeros, pongo a los dioses por testigos. ¡Descansad!

Y con esto, Burrus se volvió en redondo y salió rápidamente de la sala. Los guardias empujaron las puertas tras él mientras el centurión de la Primera Lanza aullaba:

—¡Ya le habéis oído! ¡Descansad!

De inmediato se oyó el roce en los bancos y el murmullo de las conversaciones mientras los oficiales se levantaban y se dirigían hacia la entrada de la sala o hacia el vestíbulo principal del edificio del cuartel general.

—Bien hecho —dijo Cato—. Has conseguido cabrear a nuestro comandante en jefe estupendamente.

—Sólo he dicho lo que estaba pensando todo el mundo.

—A veces hay un motivo para que todo el mundo piense algo pero que nadie lo diga. No abiertamente, al menos.

Macro sacudió la cabeza.

—Mira, Cato, tú y yo por fin hemos conseguido una bicoca. No tendré nada mejor en la vida que la Guardia Pretoriana. Nos lo hemos ganado muchas veces. Especialmente después de lo ocurrido en Hispania. ¿Por qué perder lo que consiguieron esos malditos vagos que se quedaron en Roma?

—Ya lo has oído: tendremos lo que nos corresponde.

—¿Ah, sí? ¿Y tú te lo crees? —suspiró Macro—. Porque yo no, maldita sea. No hasta que toque la plata con mis manos. Y me atrevería a decir que casi todo el mundo en esta sala tiene la misma sensación, igual que resto de los chicos que sirvieron en Hispania. Todo va bien para los hijos de puta que se quedaron en Roma. Han engordado bien sus bolsas y viven a todo tren en las mejores tabernas y prostíbulos de la ciudad.

—¿Centurión Macro?

Tras ellos se hallaba uno de los centuriones de otra cohorte. Un oficial ya mayor, con el pelo hirsuto y canoso y un rostro lleno de cicatrices. Llevaba un parche en el ojo derecho. Asintió como saludo y tomó a Macro por el antebrazo.

—Soy el centurión Apio. Sólo quería darte las gracias por lo que has dicho. Es lo que se merecía oír ese advenedizo de Burrus.

—¿Advenedizo? —Cato levantó una ceja.

—Ni siquiera es un soldado como es debido, ni un caballero auténtico. Dinero nuevo y eso...

Cato se había encontrado con este tipo de prejuicios antes, y todavía se preguntaba hasta qué punto los soldados preferían servir bajo el mando de hombres con antepasados nobles, en lugar de hombres que simplemente habían realizado hazañas nobles. Burrus, al parecer, no tenía ninguna de las dos cualidades, y por tanto estaba doblemente condenado a ojos de los veteranos a los que comandaba. Pero aun así era el prefecto pretoriano de mayor categoría, y era el deber de todo oficial y soldado raso respetar el rango, si no al hombre. Cato no quiso oír nada más.

—Somos nuevos aquí, centurión Apio, y ya decidiremos nosotros solitos lo que pensamos de Burrus.

—Sí, señor. —El centurión se dio cuenta de que se había pasado de la raya al mostrar tales confianzas, y ahora una máscara más profesional cubrió su rostro—. De todos modos, es un honor tenerte sirviendo con nosotros, señor. A ti y al centurión Macro.

Intercambiaron un nuevo saludo y Apio se volvió y se alejó de la sala. Cato y Macro siguieron a los últimos oficiales fuera, al vestíbulo. La luz entraba a raudales por las altas ventanas. Mientras atravesaban un rayo de luz,

Cato parpadeó un momento y miró hacia abajo, hacia el dobladillo deshilachado de su túnica, las manchas de óxido en su chaleco de escamas y la piel gastada y agrietada de los arreos de su espada, víctimas de la dura campaña en Hispania.

—La Segunda Cohorte no va a descansar mucho ni de día ni de noche si queremos ofrecer un buen aspecto en el desfile de mañana.

Macro asintió, con un brillo feliz en la mirada ante la perspectiva de poner en forma a los hombres y su equipo.

—No te preocupes, señor. Haré que tengan un aspecto tan bueno que todo el mundo pensará que llevan meses preparando esto, ¡y que los dioses sean misericordiosos con cualquier soldado que decepcione a la cohorte, porque yo no lo seré, maldita sea!

CAPÍTULO OCHO

Metelo señaló la pila de pizarras enceradas en el escritorio de Cato.

—Los datos de las fuerzas, señor. He indicado los nombres de los muertos, y los testamentos están en la caja junto al escritorio. Sólo había un puñado de hombres que no lo hubieran dejado escrito. Sus nombres están en la pizarra de encima de la pila.

La mirada de Cato desfiló por los montones de documentos doblados en la caja, cada uno de ellos sellado con el anillo del portaestandarte de la cohorte, el hombre cuyos deberes incluían ocuparse de la paga de los guardias y del registro de los ahorros así como ayudarles a hacer testamento, hacerles de testigo y procurar que todo quedase guardado bien a salvo.

—Muy bien, optio. Ahora será mejor que vayas a repasar tu equipo para el desfile. Cuando hayas terminado, ocúpate del mío. Separa la mejor de mis túnicas de repuesto. Procura que estén remendados todos los desgarrones y que no haya ninguna mancha. Puedes retirarte.

—¡Señor! —Metelo saludó y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él. Cato dudó un momento y luego se sentó en el escritorio. Cuántos testamentos. Cuántos hombres perdidos en Hispania. Contra todo pronóstico, había sido una lucha desesperada, y a veces había parecido que la derrota y la muerte eran seguras. Si es cierto que la fortuna favorece a los audaces, entonces Macro y él debían de estar entre los hombres más audaces que jamás habían servido en el ejército. Pero no se sentía demasiado audaz. Lo que le había hecho sobrevivir el tiempo suficiente para alcanzar su rango actual era, sencillamente, la buena suerte. Un paso en cualquier dirección y podía haber sido alcanzado por una jabalina, flecha o pedrada. O bien haber caído en el camino de una espada. Por supuesto, no habían salido de todas aquellas batallas indemnes. El cuerpo de Macro ostentaba muchas cicatrices, y Cato se tocó la línea endurecida de tejido blanco que corría desde su propia

frente, pasando por la nariz, a través de la mejilla. Algún día se le acabaría la suerte. O bien él o Macro, o los dos, acabarían muertos en combate. Y si no era así, entonces muertos por la mano de cualquiera de los otros grandes asesinos de soldados: la enfermedad, el hambre o un accidente.

Se dirigió al brasero y añadió dos troncos más al fuego. Todavía quedaban unas pocas horas de luz diurna, así que podía trabajar con la ventana abierta, aunque entrase también por allí el aire frío. Cuando llegase la noche, cerraría las ventanas y continuaría a la luz de las lámparas que colgaban del soporte en su escritorio.

Con un suspiro, se sentó en el taburete y empezó a examinar el recuento de fuerzas. Había perdido a dos centuriones en Hispania, y sus centurias las mandaban ahora optios hasta que los sustitutos fueran nombrados. De los quinientos soldados, escribientes y muleros que se había llevado a la campaña, más de doscientos habían muerto en combate, y luego estaba el flujo constante de aquéllos que habían fallecido a causa de las heridas durante la marcha de regreso. Costaría un poco que la cohorte volviera a contar con todas sus fuerzas. Habría muchos solicitantes, ya que las condiciones de servicio y la paga de la Guardia Pretoriana eran insuperables. Pero su número iría disminuyendo a través del proceso de selección, determinado por la altura y la forma física, seguido por las referencias y las entrevistas. También habría un pequeño número de hombres transferidos a la Guardia desde las legiones, como recompensa por su buen servicio.

Estos últimos (veteranos con buenas hojas de servicio) serían un añadido muy valioso a la Segunda Cohorte, eso es cierto. Pero también estarían privando a las legiones de su servicio continuado, y a ojos de Cato tenía poco sentido quitar a buenos hombres de las unidades que defendían las fronteras del Imperio para enviarlos a la Guardia Pretoriana, donde había pocas oportunidades de que dieran buen uso a su experiencia y habilidades. Pero siempre había sido así en el ejército, reflexionó. A menudo había una forma ineludible e incuestionable de hacer las cosas que desafiaba a la razón.

En cuanto hubo leído el informe de bajas, marcó unos pocos nombres que consideraba adecuados para ser promocionados y llenar así los huecos de los mandos perdidos. Dos optios se habían distinguido en la campaña hispánica: Ignatio y Nicolis. El primero acababa de ser ascendido antes de embarcar

para la campaña, pero había demostrado ser un oficial nato, y además muy popular, y Cato se sintió muy feliz de poderlo promover de nuevo. Algunos de los más veteranos se quejarían, quizá, pero seguro que Ignatio se los ganaría enseguida. El otro optio, Nicolis, tenía una perspectiva mucho más estudiada de sus obligaciones, pero ambos serían valiosos entre las filas del equipo de centuriones de la cohorte. Eso significaba que quedarían dos vacantes para el rango de optio, y un portaestandarte, a los que debía nombrar.

Cato dejó a un lado tales consideraciones de momento y dirigió su atención a los testamentos. Levantó la tableta de cera que estaba encima de la pila y contó los nombres de aquéllos que habían muerto sin testamento. Veintiséis. Sus ahorros, equipo y demás posesiones se dividirían entre los supervivientes de su sección, como era costumbre. A cambio, se podían usar fondos del club funerario de la cohorte para pagarles unas lápidas para sus tumbas. Las lápidas se unirían a las demás que había a lo largo de la Vía Patricio, que corría más allá del campamento. Cato recogió el sello del comandante de la cohorte y lo presionó en la cera para autorizar la distribución de las propiedades del muerto.

Entonces pensó que era el momento de dedicarse a una tarea que le exigiría más tiempo. Recogió el primer testamento y leyó el nombre con un cierto disgusto: centurión Cneo Lúculo Pulcher. Pulcher había sido un hombre brutal, grueso y muy dado a abusar de los demás. También tenía el encargo secreto de asegurarse de que Cato no sobreviviera a la campaña de Hispania. Si no hubiera sido por Macro, habría completado su misión. Pero el caso es que ya no molestaría más a Cato, porque quedó enterrado en Hispania, en una fosa común, con el resto de los pretorianos muertos.

Cato rompió el sello, abrió el documento y empezó a leer. No tenía ni idea de lo que debía esperar y, por tanto, quedó muy sorprendido y no poco conmovido por el tierno mensaje que Pulcher dirigía a su madre y a su hermana mayor, que trabajaban en una pequeña parcela en Campania. A ellas les dejaba todo lo que poseía en el campamento, junto con una considerable suma de ahorros que tenía un banquero del Foro. Sin duda, la recompensa conseguida por su trabajo encubierto. Pero claro, reflexionó Cato, aquellas dos mujeres no tenían culpa alguna y agradecerían mucho la seguridad que

les garantizaba aquel legado. Redactó una breve nota para la madre de Pulcher, informándole de que su hijo había muerto en acción, sin hacer mención alguna del lado más oscuro de su carrera. Daba detalles del banquero para que la madre contactara con él, y luego escribió una nota a Metelo, autorizando la subasta de las pertenencias del fallecido y encomendándole que se asegurase de que las sumas obtenidas se añadieran a los ahorros de Pulcher. Luego pasó al siguiente testamento.

La oscuridad ya envolvía la ciudad cuando Metelo volvió con una bandeja de comida y una pequeña jarra de vino aguado. Lo dejó todo en la esquina del escritorio, encendió las lámparas de aceite y cerró los postigos de la ventana para que no entrase el fresco nocturno.

—Hay una mujer que desea verte, señor. Le he dicho que espere fuera.

Cato bajó el estilo y levantó la vista.

—¿Quién es?

—Dice que se llama Petronela, y que la envía a verte el senador Sempronio.

—Está bien, que pase.

Metelo asintió y salió de la habitación. Reapareció un momento más tarde e hizo señas a la niñera para que entrase, y luego cerró la puerta tras ella. Petronela se acercó al escritorio y agachó la cabeza. Llevaba una bolsa a un costado, pesadamente cargada, colgada al hombro, y la empujó hacia su espalda antes de hablar:

—El amo te envía sus saludos y quiere saber si puedes unirte a él y a tu hijo para cenar esta noche.

—Esta noche no puedo. —Cato señaló los testamentos—. Tengo mucho trabajo que hacer todavía. Envíale mis disculpas y dile que espero ir a su casa mañana por la noche.

—Sí, señor.

—¿Es todo?

Ella asintió.

—Muy bien. Puedes irte. Ah, no, espera. Está oscureciendo. Haré que un par de hombres te escolten de vuelta a casa.

—No hace falta, señor, ya me las arreglaré. Tendría que ser muy valiente el facineroso que levantase el brazo contra mí.

Cato sonrió. Era cierto que Petronela era muy robusta, y sin duda tras vivir toda la vida en Roma estaba acostumbrada a la vida callejera, pero ahora mismo la ciudad era una olla en ebullición. Mejor tomar precauciones, especialmente después de caer la noche.

—Muy bien, pues, por favor, escolta tú a mis hombres hasta tu casa y procura que estén a salvo. Tendrán que arriesgarse a volver solos al campamento.

—No, no hace falta, señor, insisto. No quiero ser ninguna molestia.

Cato estaba demasiado cansado para continuar la discusión, de modo que sencillamente la despachó.

—Como desees, pero ponte en camino ya, mientras todavía queda algo de luz en el cielo.

Cuando la puerta se cerró, él sacudió la cabeza ante su imprudencia, pero enseguida volvió a centrar la atención de nuevo hacia los testamentos que quedaban.

* * *

Pero, cuando salió de las habitaciones del prefecto, Petronela no volvió directamente a casa del senador, sino que, por el contrario, se dirigió hacia la parte del bloque de barracones destinados a la Primera Centuria, en el extremo más alejado del edificio, en la planta baja. El alojamiento de un centurión era mucho menos lujoso que el del comandante de la cohorte: una celda para dormir, una habitación como despensa, con una delgada colchoneta para un esclavo bajo los estantes y una oficina compartida con el único escribiente de la centuria. Este último levantó la vista cuando la niñera cruzó el umbral, indecisa. El hombre percibió su ancha silueta, la cara redonda, el pelo negro como el azabache, los ojos oscuros y los labios llenos. Sus ropas sencillas indicaban su estatus y cómo tenía que dirigirse a ella.

—¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

—Estoy buscando al centurión Macro.

—¿Ah, sí? —El escribiente no disimuló su decepción—. Está en su habitación. Por ahí.

Levantándose de su taburete, hizo un gesto de que lo siguiera por el estrecho y corto pasillo entre la despensa y la cámara del centurión. Se detuvo

frente a una puerta, al fondo.

—¿No querrás compartir un poco de vino conmigo luego?

—No creo que pueda. Tengo que volver a casa.

—Qué lástima... ¿En otra ocasión, quizá?

Ella frunció los labios, sin comprometerse, y él suspiró y llamó a la puerta.

—¿Qué pasa? —ladró Macro, irritado, desde el interior.

El escribiente abrió la puerta y se apartó a un lado, e hizo señas a la niñera de que entrase. Macro levantó la vista desde un extremo de la cama, donde estaba sentado untando con cera el cuero de su arnés de medallas. Su frente se arrugó, sorprendido por aquella inesperada visita. Petronela se ruborizó y, aún indecisa, cruzó el umbral, pasando hacia adelante la bolsa que colgaba en su brazo.

—Siento interrumpir, señor. Sólo te traía unas cosas de casa del senador.

Por encima del hombro Macro vio cómo el escribiente miraba a la mujer de arriba abajo, con una débil sonrisa aprobadora en los labios.

—Está bien —dijo el centurión—. Vuelve a tus deberes.

El escribiente salió corriendo, dejando a Macro y la nodriza mirándose el uno al otro con incomodidad. Finalmente, ella se acercó a la pequeña mesa donde él tenía sus utensilios para comer y empezó a descargar allí el contenido de la bolsa. Salchichas, un pollo glaseado frío, tres hogazas de pan pequeñas pero muy ornamentadas con trenzas y diversos pastelitos dulces. Los ojos de Macro brillaron de alegría.

—Parecías muy hambriento anoche, señor —explicó ella—. Y sobró mucha comida, así que he pensado que estarías aquí con sólo con tus raciones de soldado, y sin embargo yo podría traerte algo mejor para cenar.

Macro la miró con curiosidad.

—¿Y has venido desde la casa del senador sólo para traerme esto?

—¡Oh, no, señor! Me enviaron con un mensaje para el amo Cato, pero yo he pensado traer esto además, por si tenías hambre, señor. —Parecía algo preocupada—. No quería forzarte, señor.

—¡Nada de forzarme! —Macro sonrió, se acercó a ella y miró lo que le ofrecía, encantado—. Y si hay más de donde vino esto, ¡bienvenido será!

Petronela sonrió fugazmente y se mordió el labio inferior, sin arriesgarse a responder. Hubo un momento de silencio, que ella rompió yendo junto a la cama de Macro para alcanzar un pequeño taburete que puso al lado de la mesa.

—Ahí está. Siéntate y come, señor. ¿Tienes algo de vino que pueda traerte?

Macro hacía esfuerzos para no demostrar el placer y la alegría que sentía.

—En la despensa. Trae una jarra y dos vasos.

Petronela lo miró, escandalizada.

—Oh, no podría.

—Sí, claro que puedes. Insisto. Después de todo, creo que voy a necesitar un poco de ayuda con toda esta comida...

—Pero tengo que volver a casa para cuidar al amo Lucio...

—En cuanto hayamos comido. Insisto.

Ella dudó un momento, luego asintió impulsivamente y corrió a hacer lo que le pedía. Un momento más tarde estaba de vuelta con la jarra y los dos vasos, y entonces se dio cuenta de que no tenía dónde sentarse. Macro se puso en pie.

—Toma mi taburete.

—No puedo dejarte de pie, señor. No mientras yo estoy sentada. No sería adecuado.

—Tampoco es adecuado que un centurión reciba a mujeres en los barracones, así que estamos a la par. Siéntate. Y, además, yo no tengo intención alguna de quedarme de pie para comer tan bien.

Macro se fue al despacho, ordenó al escribiente que se sentara en el suelo y volvió con el taburete del hombre.

—Aquí está. No perdamos más tiempo, vamos a comer.

Consciente de que la niñera tenía que volver a casa, comieron poniendo más hincapié en la prisa que en la degustación; sus mandíbulas trabajaron a toda velocidad y las migas fueron cayendo regularmente a la mesa y al suelo. Hacían pausas sólo para beber algo de vino. Y de vez en cuando se miraban el uno al otro con timidez e intercambiaban un guiño de complicidad. Al final, lo único que quedaron fueron los restos del pequeño festín, y Macro se

echó hacia atrás y se dio una palmada en el estómago, dejando escapar un eructo sin poder evitarlo.

—¡Oh, mierda! Lo siento.

Petronela se echó a reír con ganas, lo que hizo que se atragantara con el último sorbo de vino. Se abanicó la cara furiosamente con la mano. Macro la miró alarmado y le dio unas palmadas en la espalda.

—Cuidado...

En cuanto se hubo recuperado, la niñera parpadeó para apartar las lágrimas de sus ojos y sonrió.

—No me reía así desde hacía años.

—¿De verdad? No pareces de esas mujeres que no se ríen...

La sonrisa de ella se desvaneció.

—Cuando eres una esclava, te acostumbras a ocultar tus sentimientos...

—Sus ojos se abrieron mucho, alarmados—. No digo que la señora Julia fuese mala conmigo, amo. Ni tampoco el senador.

—Ya veo. Puedes hablar conmigo con total libertad. No voy a contárselo a nadie. Supongo que ser esclavo no le gusta a nadie, claro. Los dioses saben que he visto con mis propios ojos cómo puede ser la esclavitud... —Macro recordó la mina de Hispania. Un lugar espantoso donde hombres, mujeres y niños eran explotados hasta la muerte, o bien enterrados vivos cuando se derrumbaban los túneles destartados. Hasta la infracción más pequeña de la dura disciplina tenía como resultado una ejecución dolorosísima y prolongada que servía de ejemplo a los demás esclavos. Con gran dificultad consiguió apartar aquellos recuerdos y, haciendo un esfuerzo, sonrió a Petronela—. Bueno, ahora te voy a acompañar a casa.

—Puedo ir sola, amo.

—No lo dudo. Pero, como podrás comprobar enseguida, acostumbro a salirme con la mía. Así que deja que te acompañe. —Macro recogió su manto militar y se sujetó el broche, al tiempo que señalaba hacia la puerta—. Después de ti, querida.

CAPÍTULO NUEVE

—Pronuncio por Júpiter, el mayor y el mejor, este sagrado juramento ante el líder del Imperio y del pueblo romano, Nerón Claudio César Augusto Germánico, supremo comandante del ejército, a quien rendiré obediencia incondicional, y como soldado valiente estaré dispuesto en todo momento para entregar mi vida por este juramento...

Las voces de los hombres de las seis cohortes que habían vuelto de Hispania resonaron en los barracones circundantes, y luego todos callaron. Cato, de pie junto a Macro y el portaestandarte de la Segunda Cohorte, bajó la mano, y sus hombres hicieron lo mismo con gran celeridad, igual que sus compañeros de las restantes unidades. Era un juramento nuevo, redactado por Palas, y había sido entregado a la Guardia Pretoriana y a todas las demás unidades del ejército. A Cato no le gustaba nada lo que decía, especialmente que no hiciera mención alguna al Senado ni al pueblo de Roma. Era una llamada cruda a la lealtad de los soldados al nombre de Nerón, nada más. Ningún emperador anterior se había atrevido a ir tan lejos a la hora de expresar la realidad que todo el mundo conocía, pero que pocos tenían deseos de admitir tan abiertamente: la tiranía había vuelto a Roma. El espíritu de Tarquinio el Orgullosa, el último rey de la ciudad, derrocado siglos antes, había renacido.

En el estrado que se encontraba frente a los guardias, Burrus bajó su brazo raquíptico y dio un paso a un lado para dejar espacio al nuevo emperador. Nerón iba muy bien vestido para la ocasión. Llevaba unas botas de cuero morado hasta la rodilla y una túnica y un manto de seda del mismo color, adornado con motivos dorados de diseño griego. Su peto plateado estaba ricamente decorado con leones dorados uno frente a otro en el pecho, y de una vaina de plata sobresalía el mango de marfil de una espada. Una

corona de hojas de roble ceñía su frente, y portaba también un cetro de ébano con joyas incrustadas, con una pequeña águila de oro en la punta.

—Qué imagen más espectacular, ¿eh? —murmuró Macro—. Casi parece que anda buscando que lo deifiquen ya mismo.

—¡Sssh! —siseó Cato.

Nerón hinchó el pecho y levantó la barbilla mientras paseaba despacio su mirada por las unidades reunidas ante él. Cato era muy consciente de que las filas de la Segunda Cohorte estaban mucho menos pobladas que las de las otras. Pero era lógico, porque habían quedado muy castigadas por la acción en Hispania. El emperador dio medio paso hacia delante, acercándose al borde del estrado, y Palas instintivamente levantó una mano hacia el emperador, como para impedir que se cayese de la plataforma, pero consiguió contener el gesto a tiempo. El liberto se llevó ambas manos a la espalda para asegurarse de no repetir su error. Nerón levantó su cetro, manteniendo a la pequeña águila de oro bien arriba, y se dirigió a los guardias con el estilo tradicional preferido por los profesores de retórica.

—Mis queridos camaradas de armas... —Su voz, aunque melodiosa, sonaba forzada, pues trataba de ser oído a lo largo de todas las filas de los soldados que estaban firmes—, aunque ya habéis pronunciado vuestro juramento de lealtad hacia mí, deberíais saber que yo también he hecho un juramento, ante Júpiter, el mejor y el mayor, de que seré siervo de Roma y hermano de todos aquellos que empuñen armas en el servicio de Roma, a quienes me honro de llamar camaradas. —Y dicho esto levantó los brazos como para abrazar a todos los soldados apiñados ante él, y se oyeron unos vítores irregulares en algunos sitios, pero la mayoría permaneció en silencio—. Roma está en la cima de una nueva era dorada —continuó Nerón—. Ya han quedado atrás los días de la tiranía de Tiberio, del caos de Calígula y de la corrupción practicada por tantos otros bajo mi querido padre adoptivo, Claudio. Desde este día, Roma será un faro brillante para todo lo que es civilizado, lo que es mejor en el mundo, y nuestros amigos y enemigos nos mirarán llenos de asombro.

—¿Cuándo nos van a dar nuestro dinero? —murmuró el portaestandarte.

Macro miró a su alrededor y fulminó al hombre con la mirada.

—¡Sssh!

El portaestandarte abrió la boca para protestar por la hipocresía de su superior, pero vio la mirada furiosa de Macro y cerró la boca al instante.

—Pero no sólo mirarán a Roma con asombro —prosiguió Nerón—. También nos mirarán con terror, y temblarán ante la perspectiva de desafiarnos. El miedo será su consigna. Miedo por la potencia de Roma y la valentía implacable de nuestros soldados conquistadores, que llevan el fuego y la furia a cualquiera que se atreve a desafiarnos. No hay parte alguna de este mundo donde no nos atrevamos a entrar, ni parte alguna que no se encuentre bajo las sombras de nuestros estandartes. Ningún enemigo que no podamos derrotar. Ningún enemigo al que temamos. Ningún enemigo que sobrepase jamás nuestra superioridad con las armas. El Imperio romano durará mil años más, durará mientras así lo deseen los dioses.

Cato inspiró con fuerza. Aunque estaba acostumbrado a la pesada retórica de los generales cuando éstos estaban a punto de entrar en combate, las palabras del nuevo emperador eran, de alguna manera, demasiado hiperbólicas.

Y no eran ciertas, además. Cato no había visto pruebas de miedo ni de temor alguno entre las tribus británicas a las que se habían enfrentado Macro y él en años recientes. Ni tampoco la gente de Hispania se había mostrado acobardada por la sombra de los estandartes romanos. Lo habían arriesgado todo, con todas las probabilidades en contra, para desafiar a sus amos romanos. ¿Y qué decir de la masacre de las tres legiones en las profundidades de aquel bosque alemán, cuando era emperador Augusto? ¿O antes, de la humillación y derrota de siete legiones durante el gobierno de Craso? Humillación dorada, porque los partos mataron a Craso vertiendo oro fundido en su garganta. No, la verdad es que, aunque todos contemplaban a Roma con asombro, acompañaban dicho asombro con tanto desafío como miedo. Cato había leído los libros de Historia y sabía la lección fundamental que ésta enseñaba: todos los imperios llegan a su fin.

Pero aun así, pensó, el discurso de Nerón era muy florido y conseguía levantarles el ánimo, demostrando así que la enorme suma gastada en su educación no había sido totalmente desperdiciada.

—Los hombres de la Guardia Pretoriana han demostrado su valor una y otra vez. Y no menos los hombres que desfilan hoy, precisamente. Vuestras

hazañas en Hispania han conseguido nuevo renombre para la Guardia y han aplastado el espíritu rebelde que todavía permanece en los ingratos corazones de los pueblos menos civilizados que viven allí. Y ninguna unidad se merece más nuestras alabanzas que la Segunda Cohorte. ¡Un paso al frente, prefecto Cato y estandarte de la Segunda!

Cato se irguió, muy tenso, de repente; dio la vuelta en redondo y marchó a lo largo del campo de instrucción, con el crujido de los pasos del portaestandarte muy cerca de sus talones. A su derecha, notó el respeto de los hombres ante los que pasaba. Cuando llegó al estrado, se volvió con presteza y taconeó con las botas en el suelo, poniéndose firmes ante el emperador. El portaestandarte iba a su lado, con el mango del pendón levantado algo más de un palmo del suelo y perfectamente vertical.

Desde arriba, Nerón los contempló con altiva aprobación durante un momento, y luego hizo un gesto con la mano que tenía libre. Entonces, desde detrás del estrado avanzó Palas, quien llevaba una bandeja cubierta de terciopelo en la cual descansaban dos aros de oro: uno era un brazalete, el otro un ancho círculo decorado con forma parecida a una corona de laurel. Palas dobló una rodilla ante el emperador e inclinó la cabeza, respetuosamente.

Nerón cogió aire con fuerza.

—La Segunda Cohorte fue fundamental para derrotar la rebelión llevada a cabo por el renegado Iskerbeles. Los hombres de la Segunda demostraron gran valor y habilidad con las armas frente a un enemigo que los superaba diez a uno. El Senado ha votado honrar a la Cohorte con esta corona de laurel, como señal de agradecimiento del Senado y del pueblo de Roma; y, como sus poderes me han sido conferidos a mí, estoy muy complacido de otorgaros esta recompensa. ¡Portaestandarte! ¡Avanza tu divisa!

El soldado deslizó hábilmente el pie izquierdo para equilibrarse y bajó el mango hacia el estrado, de modo que la punta quedó a un palmo más o menos del estómago del emperador. Nerón buscó a su lado la corona de laurel y la deslizó por la punta, y luego la fue bajando hasta la cruceta desde la cual colgaban los pesados pliegues del estandarte. Más tarde, la corona quedaría sujeta en torno al mango, por debajo de las dos recompensas que previamente había ganado la unidad. Retiró la mano el emperador, y el portaestandarte

esperó un momento y luego volvió a ponerse firmes, levantando bien alto el estandarte para que los demás guardias pudieran ver la nueva decoración que brillaba a la luz del sol.

—Prefecto Cato —dijo entonces Nerón—, a ti debemos darte gracias por el inspirado liderazgo que has demostrado a los hombres que están bajo tu mando. ¡No recuerdo haber visto nunca a un oficial condecorado dos veces en el espacio de un año! —Sonrió, y Cato notó un pinchazo de orgullo al recordar las lanzas de plata que Claudio les había otorgado, a Macro y a él, unos meses antes, tras su regreso de Britania. Los enviaron de vuelta para que respondieran por la desastrosa campaña que había tenido como resultado la pérdida de casi una legión entera, junto con su comandante. Pero, al ser los políticos como son, y dada la necesidad de cosas que celebrar que tenía Roma, al final fueron alabados como héroes. Al menos no se cuestionaba que se hubiesen ganado la actual recompensa, ellos y todos sus compañeros de la Segunda Cohorte.

Nerón tomó entonces el brazalete de oro y lo levantó en alto, y volvió a hablar, alzando más aún la voz para asegurarse de que sus palabras llegaban a todos los hombres del terreno de instrucción.

—¡Por su valor e inspirado liderazgo, recompensamos con este símbolo de nuestra gratitud a nuestro camarada Quinto Licinio Cato, comandante de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana!

Cato se adelantó para aceptar la recompensa, y enseguida notó el peso del sólido oro decorado. Pasó la mano por encima y apretó los laterales para que quedara bien sujeto en su lugar, en el antebrazo derecho, que luego levantó, saludando a la Guardia. Tras él, los guardias rugieron su nombre, y encontraron rápidamente el ritmo, de modo que las palabras hicieron eco en los barracones circundantes y fueron *in crescendo* hasta crear un aullido ensordecedor. Cato notó que su pecho se hinchaba de orgullo y miró directamente al emperador a los ojos. Nerón le devolvió la mirada un instante y soltó una risita nerviosa, y luego levantó la mano para ocultar su inapropiada risa. Recuperó su actitud majestuosa conforme los gritos fueron cesando, y entonces levantó el cetro para llamar de nuevo la atención y el silencio de los soldados. Cuando el silencio volvió al campo, se dirigió a Cato:

—Puedes volver con tus hombres, prefecto.

Cato y el portaestandarte se volvieron y retrocedieron hasta las diezmadas filas de la Segunda Cohorte, reuniéndose allí con Macro.

—Bien hecho, señor. No es más de lo que mereces.

—Gracias, amigo mío. Todos hemos ganado esto.

Nerón se había retirado a un asiento con cojines colocado en la parte de atrás del estrado, y se sentó. Tras él había dos guardaespaldas germanos y una muchacha joven y esbelta con una estola de seda brillante bajo una capa azul. Él le tomó la mano y se la puso en su hombro, acariciándole delicadamente los dedos.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Macro.

—Ni idea. —Cato negó con la cabeza. No era Claudia Octavia, la hija de Claudio, con quien le habían obligado a casarse para reforzar sus vínculos con el anterior emperador—. No es su mujer, eso seguro.

Antes de que pudieran continuar con la conversación, Palas se acercó a la parte delantera del estrado y echó los hombros atrás para dirigirse a los hombres.

—¡Gloriosos soldados! Habéis visto el mucho afecto que os profesa el emperador. ¿Qué hombre podría no amaros? Sois los héroes de Roma. ¡No! ¡Los héroes del Imperio entero! ¡Ningún soldado puede igualar las hazañas de los famosos y temidos hombres de la Guardia Pretoriana! ¡Oigamos cómo pronunciáis la palabra que se puede esperar de los guardias!: ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!

Disparó su puño hacia el aire y el cántico fue coreado por algunos de los hombres, pero cuando se dieron cuenta de que estaban en minoría, se quedaron en silencio de nuevo. Palas hizo un último intento antes de rendirse y bajar el brazo, con una expresión que traicionaba su ansiedad.

—¡Qué autocontrol! ¡Qué modestia la vuestra! Como corresponde a los hombres más nobles... Debería de haberme dado cuenta de vuestro honor antes de hablar...

—¿Dónde está nuestro dinero? —preguntó una voz.

—¡Sí! —gritó otra voz—. ¡El dinero!

—¡Silencio en las filas! —aulló uno de los centuriones—. Le daré una paliza de muerte a todo aquél que hable sin permiso.

—¿Dónde está el dinero? —se oyó otra voz desde la parte de atrás de la formación.

Otros se unieron a él y el cántico fue creciendo en intensidad hasta convertirse en un rugido de frustración. Palas levantó las manos y gritó algo, pero Cato no fue capaz de comprender las palabras en medio del escándalo. El liberto imperial empezó a mover las manos para intentar llamar la atención hacia sus palabras, pero era como una pluma intentando mantenerse firme en las garras de una aullante tormenta.

—¿Dónde está nuestro dinero? ¿Dónde está nuestro dinero?

Una voz más profunda sonó cerca, y Cato se volvió, conmocionado, y vio que Macro se llevaba las manos en torno a la boca. Si los oficiales empezaban a unirse a aquel coro, significaría que Palas habría perdido todo control y, si no hacían nada al respecto, las cosas podían ponerse muy feas. Afortunadamente, alguien en el estrado se había dado cuenta del peligro. Nerón se puso de pie de un salto y se abalanzó hacia delante, apartando de un manotazo a Palas y agitando su cetro dorado para captar la atención de los guardias.

—¡Amigos! ¡Mis queridos camaradas!

Gradualmente la salmodia cesó, y el emperador esbozó una forzada sonrisa cuando se dirigió de nuevo a ellos:

—¡Tendréis el dinero! Igual que los hombres de las otras cohortes. Ni un sestercio menos. Lo juro por mi vida. Pero debéis comprender que no disponemos de una suma tan enorme, al menos no de inmediato.

Se oyó un gruñido procedente de las filas, así como una serie de gritos iracundos. El emperador continuó sin prestarles atención:

—El tesoro imperial está casi vacío. Pero, mientras hablamos, un convoy de lingotes de plata está ya de camino hacia Roma. Estará aquí en cuestión de días, y entonces tendréis vuestra recompensa. Antes me arrancarían los ojos que negaros lo que os corresponde por derecho propio. Confiad en mí. ¡Confiad en vuestro emperador!

Hizo una pausa, intentando calibrar el talante de los soldados. Continuaban los murmullos y los gritos aislados. La sonrisa de Nerón empezó a desvanecerse y dio un paso atrás. De inmediato, Burrus se acercó,

poniéndose unos pasos por delante del emperador y llevándose las manos en torno a la boca aulló:

—¡Rompan filas! ¡Oficiales, dispersen a sus hombres! ¡Que vuelvan a los barracones! ¡Ahora!

Cato se volvió frente a la Segunda Cohorte. Veía claramente la ira en sus rostros y los gestos furiosos de algunos hacia los que estaban en el estrado. La situación se estaba escapando de su control. La disciplina se estaba viniendo abajo. Debía actuar.

—¡Segunda Cohorte! ¡Firmes!

Miró a Macro a los ojos y le hizo un gesto, con cierta desesperación. Macro se llenó los pulmones y repitió la orden en un rugido, levantando el bastón de sarmiento y avanzando hacia la hilera delantera de la primera centuria. Los hombres sabían perfectamente que no debían desafiar a su fiero oficial, y se pusieron firmes. Aquellos que estaban a los lados y detrás también los siguieron. Los demás centuriones y optios habían dominado también a sus hombres con feroces gritos y golpes de sus bastones. Rápidamente, la Segunda Cohorte se había quedado en posición de firmes y en silencio, tal como estaban al principio del desfile. Su ejemplo se contagió a otras cohortes, y poco a poco se fue restaurando la disciplina.

Cato levantó la vista y vio que la partida imperial había bajado por detrás del estrado y corría hacia la puerta principal del campamento. Sólo quedaba Burrus. Con los brazos a la espalda y la barbilla levantada, miraba furioso a sus hombres.

Cato se llenó de nuevo los pulmones.

—Segunda Cohorte... ¡romped filas, a los barracones! ¡Oficiales, conducid a los hombres!

Centuria a centuria, se alejaron rápidamente del campo de instrucción. Cato alcanzó a Macro y al portaestandarte con el corazón latiéndole muy deprisa.

—Bueno —murmuró Macro—. Podría haber ido mejor.

—Pues sí —meneó la cabeza Cato—. Tendremos que tener los ojos y los oídos bien abiertos, amigo mío. Temo que Roma va a ser un lugar tan peligroso como cualquier campo de batalla que hayamos conocido antes.

* * *

En cuanto la Segunda Cohorte hubo vuelto a los barracones, Cato, Macro y el portaestandarte se dirigieron hacia el cobertizo del herrero, donde los tres se quedaron mirando con placer y orgullo cómo se soldaba firmemente la corona a una abrazadera de hierro sujeta en torno al mango del estandarte. Era una tarea de ínfima categoría que el portaestandarte podía haber hecho solo perfectamente, pero los dos oficiales se sentían obligados a presenciar cómo se colocaba la primera condecoración que se había ganado la Segunda Cohorte desde que los transfirieran a la unidad.

El herrero acabó el trabajo y lo examinó de cerca un momento, y luego entregó el estandarte.

—Aquí lo tienes, señor.

Cato miró la corona y sonrió.

—Queda muy bien.

—Queda estupendamente —sonrió Macro—. Y habrá más.

—No estoy tan seguro. —Cato chasqueó la lengua—. Quizá me equivoque, pero no tengo la impresión de que Nerón sea de ese tipo de emperadores a los que les gusta ir de campaña. Es muy probable que nos pasemos los días escoltándolo a Baiae y luego de vuelta, o controlando a la multitud en las festividades públicas. No habrá muchas oportunidades para que la Segunda se distinga desempeñando otro tipo de deberes.

—Supongo que no...

Cato pasó el estandarte al portador.

—Custódialo bien, Honorio.

—Sí, señor.

Los dos oficiales salieron de la herrería justo cuando empezaba a caer una lluvia ligera. Se había levantado algo de brisa, y Cato se apretó el manto en torno al cuerpo y agachó la barbilla hacia el pliegue mientras se dirigían hacia los barracones.

—¿Qué piensas del convoy de plata? —preguntó Macro—. ¿Crees que está diciendo la verdad?

Cato le dirigió una mirada de soslayo.

—¿Has conocido a algún liberto imperial que dijese la verdad?

—Muy agudo, pero sería el momento adecuado para que Palas desmintiera el tópico. Y ya has visto cómo están las cosas. Si los chicos no tienen su plata pronto, habrá problemas.

Cato dejó que Macro asignase las guardias de aquella noche a cada centinela y se dirigió hacia sus alojamientos. Tenía muchas ganas de quitarse la armadura y encaminarse a la ciudad para ver a su hijo. Aún tendría la oportunidad de jugar unas horas con el niño antes de que Petronela diese de cenar a Lucio y lo metiera en la cama.

La puerta de su alojamiento estaba abierta, aunque no se veía señal alguna de Metelo en su interior. Cato tuvo una cierta sensación de intranquilidad al entrar en el dormitorio. El crujido de una silla venía en su despacho, y Cato se quedó helado. Su mano se deslizó hacia el pomo de la espada, al tiempo que comenzó a avanzar sin hacer ruido, mirando en torno a la puerta, precavido. Sentado detrás de su escritorio, sonriente, estaba Palas. Cato no le devolvió la sonrisa. Palas estaba hecho del mismo material que su predecesor, Narciso, y no se podía confiar en él. Su presencia allí sólo podía significar problemas de alguna clase.

—Prefecto Cato, creo que es hora de que hablemos...

CAPÍTULO DIEZ

—No tengo nada que decirte —le respondió Cato, entrando en el despacho—. Y te agradecería que te levantas de mi silla.

Palas mantuvo una expresión fría durante un instante, pero luego su sonrisa fácil volvió, se puso de pie y cogió un taburete de una esquina de la habitación, y se sentó junto al escritorio. Cato arrojó su manto sobre el respaldo de la silla y pasó la mano por el cojín, como si estuviera limpiando algo desagradable. Sólo entonces se sentó y miró directamente al liberto.

—No consigo entender de qué tenemos que hablar, para nada.

—¿Ah, no? —Palas arqueó las cejas—. Yo había pensado que eras lo bastante inteligente como para darte cuenta de que sí, de que tenemos mucho de qué hablar.

—Entonces me alegro de haberte desilusionado. Si no quieres nada más...

—No te hagas el loco, joven perfecto. Tú trabajabas para Narciso, y yo le conocía lo bastante bien para saber que sólo elegía lo mejor de lo mejor para su servicio.

—Narciso ha muerto. Y además yo nunca le serví; él me obligó a trabajar para él.

—Viene a ser lo mismo. La voluntad es un delirio.

Cato estaba cansado y no le apetecían nada las escaramuzas verbales, sobre todo con un hombre al que había llegado a mirar con odio y prevención.

—Supongo que te has metido en mis habitaciones por algún motivo.

—¿Aparte de felicitarte?

Cato no respondió, sino que se quedó mirando al frente, con un rictus pétreo, hasta que su visitante se encogió de hombros.

—Muy bien, pues. He venido a hacerte una oferta. Necesito hombres buenos, hombres en los que pueda confiar. Hombres que sepan ser implacables y, lo más importante de todo: discretos. Tú y tu amigo Macro habéis demostrado que sois justo el tipo de hombres que ando buscando. Ahora que Narciso ha muerto, necesitáis un patrón, y yo necesito que me sirváis, en interés de Roma, claro. No te pediré nada que no estuvieras dispuesto a hacer por Narciso, y te garantizo que te recompensaré mucho más generosamente de lo que él lo hizo jamás.

—No estamos en venta. —Cato se echó hacia atrás y tensó los hombros—. Hemos terminado, Palas. Puedes irte.

El liberto soltó una risa seca.

—Creo que me confundes con alguien que te estuviera dando a elegir.

Cato negó con la cabeza.

—Sé exactamente quién eres. Cortado con el mismo patrón que Narciso, pero, aun así, no eres nada más que un liberto con ínfulas y con un sentido muy exagerado de su propia influencia y valor. Debería hacerte azotar y expulsar de aquí por atreverte a dirigirte a mí de este modo.

—Prueba a hacerlo y me haré una alfombrilla con tu piel —repuso Palas con tono indiferente, y Cato sintió un escalofrío—. Te sugiero que me escuches. No tienes elección, en ningún caso. Es lo que les sucede a todos los hombres a quienes les pido que me sirvan. Especialmente a aquellos hombres que tienen que pensar en su familia...

Cato notó que la sangre se enfriaba en sus venas. Bajó las manos por debajo del escritorio y apretó los puños con fuerza, luchando por contener su ira y su temor.

—¿Estás amenazando a mi hijo?

—No, si no me veo obligado. Así que no me obligues, y estoy seguro de que llegaremos a un arreglo que nos beneficiará a ambos. Lucio es un niño encantador, y me dolería muchísimo que me dieras motivos para tener que hacerle daño.

Así que esas tenemos, pensó Cato, mi talón de Aquiles. Basta con que un hombre tenga un punto débil para poder vencerlo, y las criaturas repugnantes como Palas encuentran las debilidades y las explotan sin misericordia ni apariencia alguna de moralidad.

Palas lo miraba fijamente, con una sonrisa leve y calculadora en los labios. Cato pensó que el liberto imperial estaba intentando leerle la mente, y temblaba ante esa perspectiva. Además del miedo que sentía por su hijo, otros sentimientos iban creciendo en él y saliendo a la luz. Ira, odio, un deseo que crecía rápidamente de sacar la espada y hundirla en el negro corazón del hombre que estaba sentado frente a él. La urgencia que sentía era tan fuerte que se asustó, y tragó saliva nerviosamente antes de poder hablar de nuevo.

—Necesito tiempo para pensar.

—Por supuesto. Acabas de volver de una dura campaña. Necesitas recuperarte. Lo entiendo. Puedo esperar un poco mientras tomas una decisión sobre mi oferta. Además, confío en que harás lo correcto una vez hayas pensado bien en la situación. Pero, por favor, no cometas el error de pensar que puedes poner a prueba mi paciencia. Como habrás advertido, hay cierta tensión en Roma estos días. Algunas personas no se sienten demasiado felices de tener a Nerón como emperador. Y pueden causar problemas. Si ocurre tal cosa, entonces tendré que saber que puedo contar contigo. Y con tu amigo, el centurión Macro.

—A él déjalo fuera de esto.

—Ojalá pudiera. Pero te es tan devoto como un perro. Me vendría muy bien también tener a un luchador tan formidable de mi lado, así que está incluido en el trato. —Palas se levantó y se ajustó los pliegues del manto sin dejar de mirar a Cato—. Ya sabes dónde encontrarme. Y, ciertamente, yo sé dónde encontrarte. A ti y a los tuyos. Recuerda lo que he dicho, prefecto. Piénsalo bien, pero no tardes demasiado. Bastará con cinco días. Después, si no he sabido nada de ti, sabré que me has rechazado. Y eso te convertiría en mi enemigo.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que ser tu enemigo, o por qué tengo que ser tu amigo? ¿Por qué no me puedes dejar en paz, simplemente? No tengo interés alguno en la política. No podría importarme menos quién es emperador. Simplemente, déjame que sirva a tu amo haciendo lo que mejor sé hacer...: de soldado.

—Pero bueno... —Palas no pudo evitar soltar una breve risita—. Los soldados a veces podéis ser terriblemente ingenuos. O al menos fingir que lo sois. Respeta mi inteligencia, por favor, prefecto. Ya sé que eres muy

reflexivo, y también fuerte. No habrías ascendido al rango que tienes ahora tan rápidamente si no lo fueras. Ni tampoco habrías sobrevivido a las corrientes cruzadas del mundo político de no haber sido tan rápido de entendederas y conocer perfectamente el terreno que pisabas con individuos como mi antiguo adversario, Narciso.

—Yo lo despreciaba, igual que te desprecio ahora a ti.

—Uf... —Palas inclinó la cabeza para despedirse—. Nos veremos pronto, Cato. De una forma u otra. Pero recuerda que sólo me sirves como amigo. Cualquier otra cosa la consideraré una amenaza, y actuaré de acuerdo con ello. Adiós, por ahora.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando abierta la puerta tras él. Cato oyó alejarse sus ligeros pasos hasta que al fin se hizo el silencio, y entonces se inclinó hacia adelante, se apoyó en el escritorio y colocó la cabeza entre los brazos. Estaba tentado de ofrecer una plegaria a los dioses. Rogarles que trajeran fuego y destrucción sobre Palas y todos los hombres como él. A cambio, Cato se dedicaría a honrar a los dioses en todo lo que pudiera, durante el resto de su vida. Pero ¿de qué serviría?, reflexionó. ¿Cuándo había sido respondida una oración? Recordó su niñez y las muchas veces que había implorado ansiosamente a Júpiter que lo librara de algún matón, o que le concediera alguna golosina. Reza más, le aconsejaba entonces su padre. Como si se requiriese cierta cantidad de esfuerzo y traspasar un umbral determinado antes de que los dioses se dignaran a prestarle atención.

Cato soltó un gemido de desesperación. Al fin, se levantó cansadamente y se quitó la armadura. En cuanto la hubo colocado con mucho esmero en el baúl de la ropa, recogió el manto y salió de los barracones. Fuera, la lluvia caía regularmente y soplaban las ráfagas de viento, de modo que subió la capucha para taparse la cabeza y caminó rápidamente hacia la casa de Sempronio.

* * *

Cato llegó con tiempo para pasar una hora con Lucio en su habitación. Sempronio le había comprado al niño un juego de soldados de madera, y durante un rato Cato pudo olvidarse de sus preocupaciones, mientras

colocaba en pie los soldados una y otra vez, sólo para que su hijo los derribara con su puño regordete y luego se echara a reír como un loco. Al cabo de un rato, Cato cogió dos de los soldados y empezó a contarle a Lucio algunas historias de sus aventuras y las de Macro, mientras el niño medio escuchaba y medio jugaba con los pliegues de la túnica de su padre.

Al final Lucio levantó la mirada, con los ojos muy abiertos y la expresión muy seria.

—¿Papá es un soldado?

—Sí —dijo Cato.

—¿Y luchas contra los hombres malos?

—Sí, así es como me hicieron esto. —Y Cato señaló la cicatriz que tenía en la cara.

Lucio lo miró en silencio y luego de repente levantó la manita y le tocó la cicatriz, pasando sus diminutos dedos por el tejido duro y blanco. Él hizo una mueca y le apartó la mano.

—¿Y el tío Mac Mac es soldado?

—Sí. El mejor soldado que hay.

El niño apretó una de las figuritas de madera.

—Yo también. Cuando sea mayor.

Cato sonrió y revolvió con cariño el suave pelo de su hijo.

—De momento no, espero.

Se abrió la puerta y entró Petronela. Sonrió al ver a padre e hijo jugando en el suelo juntos.

—Me temo que es hora de alimentar al pequeño amo, señor.

—¡No! —frunció el ceño Lucio—. ¡Quiero jugar!

—Vamos, vamos —dijo Cato, agitando el dedo—. Si quieres ser soldado, tienes que obedecer las órdenes. Sobre todo si las da alguien tan formidable como Petronela.

Lucio se cruzó de brazos y frunció el ceño.

Cato se puso en pie con rigidez. Estiró la espalda, se agachó para recoger a su hijo y lo besó en la cabeza, y luego se lo pasó a la niñera.

—¿Cenarás con el amo y con el centurión Macro, señor?

—¿Macro está aquí?

—Sí, señor. Llegó una hora antes que tú.

—¿Y qué ha estado haciendo?

—Hablar conmigo en la cocina, señor. Mientras preparaba unas gachas para el amo Lucio.

—¿Ah, sí? —Cato no pudo evitar sonreír al pensar que a su amigo quizá le gustara la niñera. Claro, ya lo entendía. Ella tenía un cuerpo muy firme y bastante atractivo, el tipo de mujer que le gustaba a Macro—. Si has acabado con mi centurión, ¿te importaría pedirle que se reúna conmigo en el comedor del senador? Tráenos vino y algo ligero para comer. ¿Está el senador en casa?

Petronela negó con la cabeza.

—Se ha ido al Senado a primera hora y todavía no ha vuelto. Cuando llegue querrá cenar. Haré que os preparen algo a los tres, señor.

* * *

Cato levantó la vista cuando Macro entró en el comedor.

—No sabía que te ibas a reunir con nosotros esta noche.

—He pensado que podía pasarme y ver cómo estaba el pequeño —repuso éste, encogiéndose de hombros.

—Sólo para verlo a él, ¿eh? ¿Y a nadie más?

Macro se dio cuenta de la mirada divertida de su amigo y puso los ojos en blanco.

—Joder... Vale, de acuerdo, he venido a ver a Petronela. ¿Qué daño hace que un soldado disfrute de un poco de compañía femenina sin tener que pagar primero?

—Ningún daño, en absoluto. Es una mujer muy guapa.

—Sí que lo es. Tiene un gran corazón también. Y no es la única cosa que tiene grande...

—Ya me he dado cuenta. —Cato llenó un vaso de vino y se lo pasó—. Toma.

Bebieron en silencio un momento, y Macro habló luego:

—Bueno, ¿qué estás pensando? ¿Ha pasado algo?

Cato ya había decidido que le contaría a su amigo la visita de Palas en su alojamiento. Macro escuchó en silencio y, cuando Cato hubo acabado, dejó escapar un largo suspiro.

—Mierda.

—Pues sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues no estoy seguro de que pueda hacer gran cosa. Si la seguridad de Lucio está en juego, no. Parece que, cuando murió Narciso, simplemente cambiamos a un cabrón desleal por otro.

—¿Y qué narices hemos hecho nosotros para merecerlo? —Macro gruñó de nuevo mientras apretaba la mano en torno a la copa. Pensó por un momento antes de hablar—: Tendrás que sacar a Lucio de Roma. Encuentra algún sitio donde pueda estar a salvo. Un sitio donde Palas no pueda encontrarlo. Así no tendrá poder alguno sobre ti, y podrás decirle dónde se puede meter su oferta.

—Estaba pensando lo mismo —afirmó Cato—, pero no se me ocurre en quién podría confiar para que cuidase de él. El senador ya estará vigilado por los espías de Palas, supongo.

Antes de que pudieran discutir más el asunto, oyeron la puerta principal que se cerraba, y voces en el vestíbulo. Un momento después entró el senador Sempronio en el comedor. Su pelo, que ya clareaba, se le pegaba a la cabeza, y llevaba la toga empapada por el chaparrón que caía sobre la ciudad.

—Me alegro de veros, a los dos. Voy a secarme y cambiarme, y luego cenaremos. Y hablaremos. Ha sido un día muy interesante el de hoy en el Senado. Muy interesante, de verdad.

Volvió poco después con una túnica limpia, justo cuando uno de los esclavos de la cocina traía una olla grande de estofado de ciervo y lo servía con un cucharón en tres grandes cuencos de cerámica samia. Sempronio cogió con su cuchara un trozo de carne. La probó con cuidado, pero estaba demasiado caliente para metérsela en la boca, de modo que sopló con suavidad.

Cato no pudo contenerse más.

—Señor, has mencionado que hoy en el Senado...

—Ah, sí. Bueno, pues definitivamente ya han soltado la liebre. Se ha votado la deificación de Claudio. Los típicos discursos que serían de esperar sobre sus incomparables contribuciones a la seguridad y el bienestar de Roma. La moción se ha aprobado unánimemente, como era de prever. Pero

uno se pregunta qué pensarán Júpiter y los demás de que nosotros, los mortales, votemos si deberíamos ser divinidades.

—Un orgullo excesivo, se podría pensar —Cato sonrió.

—Exacto. —Sempronio se metió la cucharada en la boca e hizo una mueca. Masticó rápidamente y tragó—. Está bueno. Muy bueno. En fin, el caso es que ése ha sido el asunto más fácil del día. Lo que ha subido la temperatura ha sido lo de después. Había unos pocos asuntos de procedimiento, y luego el hemiciclo se ha dedicado a otras cosas. Algunos senadores ya estaban abandonando sus asientos cuando Granico se ha puesto en pie para presentar una moción.

—¿Granico? Nunca había oído hablar de él.

—No me sorprende. Es como un fósil. Resulta sorprendente que todavía esté vivo. Viene de una de las familias más antiguas, pero financieramente han tenido problemas, tanto dinero han perdido que quizá ni siquiera sea capaz de acceder al Senado cuando se realice el próximo censo. De modo que Granico tiene mucho que perder. Y por eso ha presentado la moción, supongo. Quiere que el Senado actúe como guardián de Nerón y Británico hasta que Nerón cumpla los veintiún años; durante ese periodo, el Senado debe ostentar el poder para gobernar en nombre de Nerón.

Cato meneó la cabeza, incrédulo.

—Ha firmado su propia sentencia de muerte...

—Quizá tengas razón. Pero no está solo. Otros senadores han salido en su defensa cuando los lacayos imperiales han intentado hacerlo callar a gritos. El debate ha sido muy acalorado. Y en un momento dado incluso ha tenido que intervenir el maestro armero para deshacer una pelea a puñetazos.

Macro se secó la boca y miró al senador con curiosidad.

—¿Y tú de qué lado te has puesto, señor?

—De ninguno. Y no era el único. La mayoría hemos acabado en el filo de la navaja.

—Parece una posición muy incómoda, y demasiado poblada.

—Exacto. Eso es lo que me ha sorprendido. No muchos estaban dispuestos a comprometerse abiertamente con la causa de Nerón. Desde luego la facción de Nerón superaba en número a la de Granico, y sus partidarios eran dos o tres a uno, pero ¿los demás? Quién sabe...

—Típicos políticos, demasiado asustados para tirarse un pedo siquiera antes de saber de qué lado sopla el viento. —Macro bufó, y luego recordó de quién era la mesa a la que estaba sentado—. Excepto la compañía presente, señor.

—No tienes que disculparte. —Sempronio meneó la cabeza con tristeza—. Hace mucho tiempo que los senadores no tenemos las agallas de decir lo que pensamos. Normalmente hacemos lo que se nos dice en palacio, y alardeamos mucho de apoyar la voluntad del emperador. Ahora, sin embargo, existe la sensación de que la sucesión imperial es un asunto sin terminar, y el Senado está esperando a ver quién acaba venciendo.

—No hay mucha duda a ese respecto, ¿verdad? —comentó Macro—. La Guardia Pretoriana ha jurado servir a Nerón. Y es el que está en el trono. Por lo que parece, la cosa está resuelta.

Cato chasqueó la lengua.

—No si hacemos caso a los ánimos que reinaban en el terreno de instrucción hoy.

—Ya he oído algo de eso —dijo Sempronio—. Un momento muy violento, según parece. —Se sirvió más cucharadas de estofado, y luego continuó—: Más violento aún si cabe por la situación en Rávena. Hay una legión acampada allí. La Sexta. Están esperando que los transportes lleguen a Ostia para poder embarcar hacia Lepcis Magna. Se supone que han jurado ya lealtad, a estas alturas, pero no lo han confirmado. Tampoco se sabe una palabra de la flota de Miseno por ahora.

—Parece que se está cociendo un motín... —murmuró Macro.

—Todavía no. Pero no tengo claro hacia qué bando se decantarán, y me atrevería a decir que eso está costando algunas noches de insomnio en palacio. —Sempronio meneó la cabeza de nuevo, cansado—. Vivimos tiempos llenos de emociones... ¡Ah, casi se me olvida! —Se volvió hacia Cato—. Me he tropezado con el mayordomo de Vespasiano cuando abandonaba el Senado. Tenía un mensaje para ti. Vespasiano te invita a cenar a su casa mañana por la noche.

—¿Ah, sí? —Cato meditó un momento—. ¿Y por qué no me ha enviado el mensaje directamente?

—Debe de haber oído decir que eras mi huésped.

—Supongo... ¿Y a qué hora?

—La segunda hora de la noche.

—Mmm... No estoy seguro de que tenga tiempo...

—Puedes ir, señor —intervino Macro—. Puedes confiarme la vigilancia de los chicos durante unas cuantas horas. Además, eso te dará la oportunidad de tener una buena charla con el legado. Hace mucho tiempo de la última. Espero que le guste oír cómo nos fueron las cosas en Britania.

Cato asintió.

—Sí, creo que tenemos mucho de qué hablar. Sempronio sonrió.

—Imagino que sí. Mucho de qué hablar, efectivamente.

CAPÍTULO ONCE

Había oscurecido ya hacía un rato cuando Cato subió por la calle y llamó a la puerta del hogar de Vespasiano, que se encontraba en una calle lateral bastante tranquila del monte Janículo. Era un barrio adinerado, con sólo un puñado de casas de pisos algo destartaladas apiñadas en torno al cruce más cercano. Una vela ardía dentro de una linterna iluminando el espacio que quedaba ante la puerta, de modo que los visitantes podían ser identificados fácilmente desde dentro. Sin advertencia previa, la portilla que estaba detrás de una pequeña reja de hierro se apartó a un lado, y un par de ojos lo observaron.

Cato había pedido prestada a Sempronio una toga sencilla pero limpia para ofrecer un aspecto respetable en la visita a su antiguo comandante. Aun así, se sentía cohibido bajo la mirada del hombre que estaba al otro lado de la puerta.

—Prefecto Quinto Licinio Cato —se presentó, discretamente—. Me esperan.

No hubo respuesta. La portilla se cerró y sonó un leve roce de cerrojos, y luego la puerta se abrió hacia dentro. Tras ella apareció un hombre joven, fornido, con rasgos oscuros, que miró a la calle en ambas direcciones y rápidamente hizo pasar a Cato. Cerró la puerta y corrió los cerrojos. La casa estaba silenciosa, observó Cato. No se oía ruido de voces en el interior, y había poca iluminación, como si el lugar estuviera desierto. De inmediato se puso en alerta, con los sentidos bien aguzados en busca de cualquier señal de peligro. Su mano se apoyó en el mango de la daga que colgaba dentro de su manto.

—¿Dónde está tu amo?

El portero le devolvió la mirada sin expresión alguna y Cato dio un paso atrás, examinando al hombre en busca de alguna señal de hostilidad, pero no

tenía los músculos estuvieran contraídos, ni tampoco parecía que se estuviera preparando para saltar. Por el contrario, el hombre señaló hacia el atrio, y Cato vio la oscura abertura de un pasillo detrás.

—He dicho que dónde está tu amo. Contesta.

El hombre se tocó los labios y negó con la cabeza.

—¿Eres mudo?

El otro asintió y señaló el pasillo a Cato.

—Tú primero.

El hombre se encogió de hombros y atravesó el atrio con pasos oscilantes que hacían que sus anchos hombros se balancearan ligeramente. Tenía el físico de un boxeador o un luchador, pensó Cato, y mantenía una discreta distancia con el hombre que le seguía. Caían gotas regularmente de las baldosas que sobresalían del estanque del atrio y la superficie estaba llena de ondas que se entrecruzaban; aunque de forma breve, Cato pensó en la complejidad y la duplicidad del mundo político de Roma. Pero enseguida dejó a un lado ese pensamiento y se centró en su entorno, todavía desconfiado por la sospechosa quietud y el oscuro interior del hogar de Vespasiano.

Al entrar en el pasillo, Cato apenas podía distinguir la silueta ancha del hombre, y cerró de nuevo los dedos en torno a la empuñadura de la daga, preparado para sacarla al instante. Entonces vio una débil luz que brillaba a lo largo de la parte inferior de una puerta, y el suave roce de los pies del portero se detuvo. Éste llamó con suavidad. Cato no captó ninguna respuesta, la puerta sin embargo se abrió y un cálido tono anaranjado se derramó por el pasillo, arrojando una enorme sombra en la pared.

El portero se apartó y Cato, vigilando con un ojo al hombre que entraba en la habitación, vio que era en un estudio amplio. En una pared se alineaban unos estantes atestados de pergaminos. Al fondo, un escritorio; detrás de éste, otra puerta. Frente al escritorio había dos sofás, uno a cada lado de una mesa baja sobre la cual se encontraba un gran candelero de bronce. Cuatro velas proporcionaban suficiente iluminación a la estancia para distinguir que sólo había otra persona allí. Domicia, la mujer de Vespasiano. Ella se levantó del sofá y miró detrás de Cato.

—Puedes dejarnos, Décimo.

El portero inclinó la cabeza, salió y cerró la puerta con suavidad. Cato escuchó cómo que sus pasos se alejaban, de nuevo hacia su puesto junto a la entrada de la casa. Domicia se acercó a él con una cálida sonrisa en el rostro.

—Es un placer volver a verte, Cato. De hecho, siempre es un placer. Desde que te conocí siendo un muchacho en la casa imperial. Has recorrido un largo camino desde entonces. —Lo miró de arriba abajo—. Te has convertido en todo un hombre. Hombre y soldado. Más que soldado, héroe.

Cato sintió una cierta incomodidad ante las alabanzas que le dispensaba, y se removió, inquieto.

—Es un placer verte también, señora. Pero, perdóname, tenía la impresión de que había sido invitado a cenar con el legado. ¿No está aquí?

Domicia lo miró unos segundos antes de responder:

—No, Vespasiano se ha ido hoy de Roma a cazar con algunos compañeros del ejército. Así que nadie nos molestará.

La cosa era muy incómoda, pensó Cato. Estaba solo en una habitación con la mujer de un senador, y todo aquello olía a escándalo. Ella leyó la expresión de su rostro y soltó una risita.

—Puedo asegurarte que no te he pedido que vengas para seducirte, Cato. Resulta que soy uno de esos ejemplares cada vez más raros en Roma en estos tiempos... Una esposa fiel y amante.

—Entonces, ¿por qué me han dicho que tu marido me había invitado a cenar?

—Un subterfugio necesario. Habría sido muy inadecuado pedirte que vinieras a verme a solas, y a estas horas. Además, dudo que hubieras aceptado la invitación, ¿verdad? Pero aquí estás. Ahora ven, siéntate.

Ella volvió a su diván, pero Cato no se movió.

—¿Por qué estoy aquí entonces?

—Ya llegaremos a ello en su momento. Pero, primero, ¿tienes hambre? Puedo enviar a buscar comida y bebida, si quieres.

Cato no quería darle una excusa para permanecer allí, por si tenía que salir rápidamente. En ese momento, sin embargo, su curiosidad sobrepasaba a su ansiedad.

—Gracias, pero no.

—Como deseas... Por favor, hijo, siéntate. No se puede llevar una conversación cómoda cuando uno está sentado y el otro de pie como un portador de féretros.

—Señora, no hay nada cómodo en esta situación, francamente.

—Más motivo aún para que te sientes.

Hubo un momento de silencio, pero al fin Cato cedió y ocupó su lugar en el diván frente a Domicia.

—Así está mejor. —Ella sonrió otra vez—. Eres muy suspicaz, Cato.

—¿Puedes culparme por ello?

—Muy bien. Pues iremos al grano. —Domicia se quedó pensando un instante—. Por lo que recuerdo de los primeros días que estuviste en la legión con mi marido, eres un idealista. La mayoría de los soldados deciden alistarse por el botín, la aventura o por escapar al duro trabajo o el escándalo. Pero a ti no te dieron opción, creo recordar. Te enviaron por una disposición del testamento de tu padre. Y, sin embargo, serviste de buena gana, y con una devoción ejemplar a tu deber. Demostraste tu valor y tu habilidad desde el principio, y te han promovido a tu rango actual con lo que algunos podrían considerar una velocidad increíble. Pero no es culpa tuya, mi querido Cato. Siempre existirá la envidia por aquellos que sobresalen. Esas personas tienden a hacernos sentir a los demás un poco inadecuados. Mi pregunta es: ¿estarías dispuesto a dar tu vida por el bien de Roma?

—Ya he arriesgado mi vida por Roma a menudo, y llevo varias cicatrices que lo prueban.

—Eso veo. Pero mi pregunta tiene un matiz ligeramente distinto. Te he preguntado si estarías dispuesto a dar tu vida «por el bien» de Roma.

—Ah, ya veo... Pues depende de cómo definas el bien.

—Precisamente. Es fácil ser patriota. Cualquier idiota puede amar a Roma y estar dispuesto a morir por ella. Pero eso no basta. Lo que importa es determinar lo que es bueno para Roma y lo que va en su detrimento, y entonces actuar para impulsar lo primero y evitar lo segundo. Ese es el auténtico trabajo del patriota. Esa es la causa por la que vale la pena luchar y, si es necesario, morir.

—Ya... ¿Y tú eres quien va a determinar lo que es bueno para Roma?

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, Cato. ¿O preferirías que fuese Agripina, o ese odioso hijo suyo, Nerón? ¿O ese desgraciado de Palas?

Cato casi da un respingo ante la mención del nombre del liberto, y recordó el temor enfermizo que había sentido ante la amenaza de hacer daño a Lucio. Despreciaba a Palas, y era consciente con claridad de cómo era: un repugnante oportunista con la astucia de una serpiente. Pero eso le hacía más peligroso aún y, por tanto, Cato sería un idiota si lo convertía en su enemigo.

—Señora, yo soy un soldado. He jurado obedecer las órdenes de mis superiores. A ellos corresponde decidir qué es lo bueno para Roma, no a mí.

—Tonterías. No eres ningún bobo, Cato, ni yo tampoco lo soy. De modo que no insultes mi inteligencia asegurando que no tienes opiniones políticas.

—Si las tuviera, serían sólo mías y no tendría que compartirlas contigo.

—Entonces es que sí las tienes... —Ella se inclinó hacia él y lo señaló con un dedo—. Si ése es el caso, tu deber es actuar según tus principios. Hacer lo que creas que es mejor para Roma.

—Como ya he dicho, soy un soldado. Mi deber es muy sencillo. Es obedecer órdenes. Nada más.

Domicia no ocultó su frustración.

—¿Qué es esto, Cato? ¿Por qué eres tan obstinado? Puedes hablar con total libertad conmigo.

—Eso que dices es un poco cómico, señora. Cuestionas mis puntos de vista y sin embargo no me has dicho cuál es el objetivo de invitarme aquí, en secreto. Interpreto que es mucho más que una charla agradable sobre mis opiniones políticas. ¿Qué quieres de mí? Habla claramente, o, si no, me voy ahora mismo.

—Está bien... Como quieras. —Ella juntó las manos—. Hace ya muchos años que me di cuenta de que los intereses de Roma y los de los emperadores no eran los mismos. Cuando el poder está encarnado en un solo hombre, ese hombre tiene la tentación de gobernar sólo para sí mismo. Me temo que no tengo fe alguna en la idea de un dictador benévolo. La experiencia me ha enseñado que tal concepto en realidad es un oxímoron. No se puede confiar a ningún hombre el destino de Roma. Esa es una verdad que ya conocían nuestros antepasados, y por eso Roma se convirtió en una república. También por eso los libertadores mataron a César. Por eso su ejemplo pervive todavía

hoy en día. Hay gente como yo que todavía cree que Roma tiene futuro si volvemos a un gobierno republicano. De otro modo..., está condenada a un proceso de tiranía, corrupción y decadencia que finalmente acabará con la caída del Imperio. Por eso mi deber es oponerme a los emperadores. Por eso es tu deber, también. Si quieres servir de verdad a Roma.

Cato respondió con frialdad.

—Desafío a cualquiera a que cuestione el servicio que ya he prestado a Roma.

—No lo cuestiono, Cato. Roma te necesita más que nunca. Por eso debo pedirte que me ayudes a mí y a otros como yo.

—No. No puedo.

—¿Que no puedes? Por supuesto que puedes. Siempre puedes elegir actuar como quieras.

—Mi respuesta sigue siendo no.

Ella suspiró, e hizo una pausa antes de intentar otra vía.

—No se trata simplemente de una cuestión de servir bien a Roma. Habría algo para ti además, Cato. Sé que andas justo de dinero. Que has tenido que vender tu hogar para cubrir las deudas en las que incurrió Julia. Siento su muerte, por cierto. Todos los que la conocíamos la echamos muchísimo de menos.

—Yo, no —dijo él, con los dientes apretados.

Domicia lo escudriñó con la mirada.

—No te creo... Sea como sea, si te unes a nuestra causa y cae Nerón, junto con todos aquellos que lo siguen, entonces la Guardia Pretoriana necesitará un nuevo comandante. No puedo pensar en nadie mejor para reemplazar a Burrus.

—¿Yo?

—¿Por qué no? Tienes un expediente excelente. Eres un soldado de pura cepa, como se suele decir. Has demostrado tu valor, y los hombres de tu cohorte te respetan y te seguirán allá donde decidas conducirlos. Y a donde ellos vayan, irán otros también. Podrías ser el soldado más poderoso del Imperio. Y recibirías una rica recompensa, estoy segura.

—¿Y qué tendría que hacer para conseguir tal recompensa? ¿Qué tenéis pensado exactamente tú y tus compañeros conspiradores?

—¿Conspiradores? —Domicia frunció el ceño—. No, somos patriotas, como te he explicado. Nuestra ambición es quitar a Nerón del poder y poner en su lugar a Británico.

—¿Cambiar un emperador por otro? Creía que querías la república...

—Y la quiero. Pero las revoluciones tienen mucho más éxito cuando la gente está con ellas. Hemos tenido emperadores durante mucho tiempo y el pueblo se ha acostumbrado a ellos. Británico preparará el terreno para el regreso al poder del Senado y el pueblo de Roma.

—¿Y por qué iba a acceder él a hacer tal cosa? Si algo sé de los emperadores es que les gusta aferrarse al poder.

—Británico es distinto. El cree en la república.

—Británico es un niño... —Cato se echó a reír—; ¿qué sabe él de lo que cree o lo que no cree?

—No es un niño corriente. Es mucho más sabio de lo que corresponde a su edad, y sabe que Roma debe convertirse de nuevo en república si el Imperio pretende sobrevivir. En cuanto esté en el trono, poco a poco devolverá el poder al Senado. Cuando llegue el momento, el Senado votará con poder supremo en todos los sentidos, y Británico accederá a dejar su título.

—¿De verdad crees que hará tal cosa?

—Lo creo —respondió Domicia muy seria—. Apuesto mi vida por ello. Y también los demás que apoyan la causa. Somos centenares, Cato. Senadores, ecuestres, algunos comandantes de legiones, y muchos de tus compañeros oficiales de la Guardia Pretoriana.

Cato se frotó la frente, cansado. Podían salir mal muchas cosas. El plan no estaba detallado, se confiaba demasiado en Británico y sus intenciones. Todo aquello estaba plagado de peligros e incertidumbres.

—No puedo ayudarte. En realidad, comparto tu deseo del retorno a la república, pero temo que sea demasiado tarde para que la marea de la historia dé la vuelta. Los emperadores están aquí para quedarse.

—No puedes creer eso de verdad, Cato.

—Pues sí... Además, no puedo arriesgarme a ayudarte. Palas ya ha venido a verme. Quiere mi lealtad. Y ha amenazado a mi hijo si lo rechazo. Sólo por ese motivo ya no puedo ayudarte. Ni siquiera puedo permitirme que

sospechen que estoy asociado contigo y con tu causa. Así que, ya ves, no tengo elección. Pero tranquila, no tengo simpatía alguna por Palas ni deseo alguno de ayudarlo. Pero no voy a convertirlo en mi enemigo. Por el bien de Lucio.

—Entiendo. —Domicia lo miró fijamente tanto rato que Cato se sintió incómodo. Al fin, asintió—. Comprendo que tu situación es muy delicada, Cato. Así que no diré nada más, por ahora. Lo único que te pido es que consideres lo que te he dicho. Si lo deseas, podemos volver a hablar. Pero primero júrame, por la vida de tu hijo, que no dirás una sola palabra de lo que te he contado esta noche.

—Lo juro —replicó Cato, solemne. Luego se puso en pie—. Debo irme.

—Muy bien. —Ella se quedó sentada e inclinó la cabeza como despedida.

Cato salió de la habitación y Domicia oyó sus pasos alejándose en dirección al atrio.

—¿Bien? ¿Qué opinas? —preguntó en un susurro.

La puerta que estaba junto al escritorio se abrió y de aquella oscuridad salió una figura vestida con una túnica sencilla.

—Acabará convenciéndose. Estoy seguro. Sólo necesita la motivación suficiente para ver lo que debe hacer. Y eso lo puedo arreglar muy pronto...

CAPÍTULO DOCE

A lo largo de los dos días siguientes, la atención de Cato se centró en los detalles de los últimos testamentos que le quedaban por leer, confirmando promociones y trabajando en los nombramientos de aquéllos que querían ocupar los lugares de los hombres de la Segunda Cohorte que habían caído en Hispania. Aunque muchas de las vacantes las llenarían soldados promovidos desde las legiones, seguiría habiendo posibilidad de reclutar a algunos directamente. Estos tenían que reunir determinados criterios físicos, pero lo más importante es que necesitaban la referencia de alguna persona destacada. La mayor parte de los documentos eran auténticos, pero también había algunas falsificaciones de diversa calidad. A menudo había también promesas adicionales de soborno, que los oficiales más venales estaban dispuestos a aceptar. Pero la prioridad de Cato era procurar que la Segunda Cohorte fuera el mejor cuerpo de soldados posible. Si los llamaban de nuevo para entrar en combate, la calidad de los hombres importaba mucho más que la cantidad que pudieran permitirse pagar a Cato por ocupar un lugar en la Guardia Pretoriana.

Mientras tanto, Macro trabajaba duramente con los guardias limpiando y reparando los barracones, así como llevando a cabo instrucción e inspecciones regulares, para asegurarse de que estaban tan en forma como antes de viajar a Hispania. Después de haber recibido tan mal la noticia de que el cobro de su prima se iba a retrasar, era intención de ambos oficiales mantener a los hombres ocupados en la medida de lo posible. Los soldados aburridos tienden a hablar y a beber, y basta con un solo exaltado o un agitador para que se provoque un alboroto. Cato era consciente de la atmósfera febril de la ciudad, pues las tensiones entre Nerón y Británico crecían día a día. Había enfrentamientos en las calles entre bandas rivales, que las cohortes urbanas sofocaban rápidamente. Británico se había

marchado de palacio y ahora se alojaba en la gran casa del Aventino que había heredado de su madre. Allí estaba rodeado por la compañía de guardaespaldas germanos que en tiempos protegieron a su padre y que ahora se sentían obligados por su juramento de honor a servir a su hijo. Su número se veía suplementado por algunos veteranos de las legiones que habían servido en Britania y habían jurado también lealtad al chico que llevaba el nombre que honraba su campaña.

A última hora de la tarde del segundo día, Cato fue convocado al cuartel general por el comandante de la Guardia Pretoriana. Burras estaba sentado en su escritorio cuando un escribiente hizo pasar a Cato, y apenas levantó la vista, pero le hizo señas de que entrara.

—Sólo un momento... —Terminó de leer unas cifras en una tableta encerada y luego colocó el sello real al final; cerró la tableta y la dejó a un lado—. Mira. —Levantó la vista hacia Cato entregándole una hoja de papiro—. Órdenes de palacio. Vas a llevar media centuria a casa del senador Granico y lo vas a arrestar. Hay que llevarlo ante Palas para que lo interrogue. Tienes órdenes de no hacerle ningún daño, ni a él ni a ninguno de su casa, a menos que oponga resistencia. ¿Entendido?

—¿Quieres que yo arreste al senador?

—Eso es lo que he dicho. Parece que dudas. Estoy seguro de que tus órdenes son bastante fáciles de comprender.

Cato recogió la hoja y leyó las instrucciones. La orden estaba autorizada con el nombre y el sello del emperador. Incluso especificaba que tenía que ser Cato quien dirigiese la partida para el arresto.

—Directo desde arriba, como ves —dijo Burrus, lacónicamente.

—Desde Palas, en cualquier caso... Pero ¿por qué enviar a un comandante de cohorte a hacer este trabajo, señor?

—¿Crees que eres demasiado bueno para hacer este tipo de trabajos?

—No, señor, yo...

—Sin duda debe de ser porque se arresta a un senador. Merece a alguien de rango superior. Así se hacen estas cosas.

—Me disculpo, señor. No estoy familiarizado con el protocolo de este tipo de situaciones.

—Pues te vas a familiarizar pronto. Es un requisito común para los pretorianos. —Los labios de Burrus se fruncieron en una ligera sonrisa—. Hasta a los héroes de guerra les toca su turno. Así que, si no te importa, coge a tus hombres y arresta al senador de inmediato. Puedes retirarte.

* * *

Macro paseó la vista por los soldados que estaban formando a la sombra que ya se alargaba fuera de los barracones. Cato había dado órdenes de que dejaran sus lanzas y escudos. Después de todo sólo iban a arrestar a un anciano, no a pelear en una batalla. Con sus cascos y armaduras, y con las espadas que llevaban, ya resultaban bastante intimidatorios.

—¿Estás seguro de que no quieres que me ocupe yo de esto?

Cato negó con la cabeza.

—Las órdenes eran claras. Palas quiere que esto lo haga yo. Tal y como están las cosas, será mejor no atraer la atención hacia nosotros. Cumpliremos con nuestro deber, obedeceremos las órdenes y no nos meteremos en líos, por lo menos mientras Nerón, Británico y sus seguidores sigan peleándose. No es nuestra lucha, Macro.

—No es nuestro circo... —El centurión sonrió.

—... ni nuestros monos.

Se rieron por un momento, y Macro dio unas palmaditas en la bolsa que colgaba de su cinturón.

—Te invito a una jarra de vino cuando vuelvas a casa de Sempronio.

Cato levantó una ceja.

—Parece que haces muchas visitas a casa del senador estos días...

—La casa tiene sus atractivos.

—¿La casa o la niñera de mi hijo? Venga, amigo mío... Creo que nunca hemos tenido secretos el uno con el otro en esas cosas...

Macro se frotó la barbilla.

—Es una mujer estupenda. Me gusta bastante, y parece que yo le gusto también.

—Pero es una esclava...

—Sí. Tu esclava. —La expresión de Macro se tornó seria.

—Y a ti te gustaría que no lo fuera, ¿verdad?

Macro asintió.

—¿Quieres comprármela?

—Te vendría bien el dinero...

—Cierto. Ya me lo pensaré... Pero me alegro de que te guste. Te vendría bien una buena mujer. Y, mientras tengamos un buen alojamiento en la Guardia Pretoriana, podrías tener la oportunidad de disfrutar de una vida familiar.

Macro parecía algo indeciso.

—No estoy seguro de ser de los que sientan la cabeza...

—Muchos hombres lo hacen, al final. Yo también había esperado eso para mí mismo, pero... —Cato dejó la frase sin terminar y dio una palmada ligera a su amigo en el brazo—. Ya tomaremos esa bebida más tarde, si puedes apartarte un rato de Petronela, ¿eh?

Intercambiaron un saludo y Cato avanzó hasta ocupar su lugar al frente de la pequeña columna de soldados.

—Destacamento... ¡Avanzad!

Macro los siguió con la mirada mientras marchaban hacia la puerta que conducía a la ciudad; no desaparecieron de su vista hasta que doblaron la esquina de los barracones adyacentes. Le dolía mucho ver a su amigo tratado de una manera tan desdeñosa por el liberto imperial y el comandante de la Guardia Pretoriana, pero Cato tenía buenos motivos para seguirles la corriente. No podía permitirse crearse enemistades entre los actores políticos más poderosos de la ciudad. Era mejor permanecer fuera de todo aquello, sufrir la humillación y sobrevivir.

—Ah, bien. —Macro suspiró mientras sus pensamientos volvían a la perspectiva de compartir una jarra de vino. Un poquito de vino del bueno hacía que las dificultades parecieran menos graves. Pero primero pasaría unas cuantas horas con Petronela. Ella sí que tenía una forma de hacer que los problemas del mundo desaparecieran cuando estaba entre sus brazos...

* * *

A medida que el sol de la tarde se iba ocultando tras el horizonte, Cato conducía a sus hombres por el Vicus Patricus, con el aire ya teñido del tono azul de las tardes de invierno. Hacía frío, además, y los habitantes de Roma

se guarecían en el interior de sus casas para mantener el calor, mientras preparaban la cena en los espacios comunes para cocinar, el único sitio donde los plebeyos tenían permitido encender un fuego, debido al riesgo de incendio en el corazón de la ciudad, densamente poblado. A Cato le habían indicado dónde estaba la casa del senador Granico, en el monte Janículo, no lejos de la casa de Vespasiano, al otro lado del Tíber. Era una de las partes más adineradas de la ciudad desde hacía generaciones, con bonitos parques públicos, legados para el público por ricos patronos que sin duda buscaban una posteridad que les fuera favorable.

Se preguntaba qué estaría haciendo el senador aquella noche cuando llegaran. ¿Estaría cenando a solas? ¿O bien con su familia y amigos? Cato se dio cuenta de que no sabía quién era aquel hombre, aparte de los escasos detalles que le había dado Sempronio unos días antes. Granico parecía haber causado problemas al plantear la posibilidad de limitar los poderes de los dos príncipes. Eso bastaba para que le sacaran de su casa por la noche y se lo llevaran a rastras para interrogarlo. Si ése era el tipo de lugar en el que se había convertido Roma, quizá Domicia tuviera razón al desear un cambio. Desear el regreso a una época en la cual ningún hombre tenía el poder absoluto ni escapaba a la posibilidad de que le pidieran cuentas.

Los pretorianos descendieron por el monte Viminal y entraron en el Foro, por el otro lado de la masa imponente del palacio imperial. Ya se habían encendido antorchas y braseros a lo largo de las terrazas que daban a la ciudad, y Cato observó que el número de hombres que custodiaban las entradas y patrullaban por el perímetro del palacio se había doblado. Una partida de jueguistas borrachos se apartó vitoreando a los pretorianos mientras estos pasaban y continuaban por la calle que discurría a los pies de la colina Capitolina. Por delante se encontraba el Tíber y, al cruzar el río, la brisa trajo consigo el hedor de la desembocadura de la gran alcantarilla, situada a corta distancia siguiendo la orilla. Cato aceleró el paso y pronto estuvieron subiendo la inclinada colina, en dirección a la casa del senador Granico.

Un alto muro rodeaba su hogar. La pintura blanca se había desvanecido hacía mucho tiempo y parte del yeso se había agrietado y caído. Algunas partes de aquel muro estaban garabateadas y llenas de anuncios, palabrotas y

burdas caricaturas. Por encima sobresalían las ramas de unos álamos, oscuros contra el cielo crepuscular y aterciopelado. Cato ordenó a una sección que cubriese la pequeña puerta trasera de la casa mientras él y el resto de los hombres se acercaban por delante. La entrada tenía un pequeño pórtico, con dos pilares a cada lado de los amplios escalones que conducían hacia una puerta desgastada por la intemperie. Cato destacó a una sección para cubrir cada extremo de la calle frente a la casa, condujo a los restantes escaleras arriba y sacó la espada. Dio unos golpes con el pomo contra la puerta, varias veces, luego enfundó el arma y esperó una respuesta.

Poco más tarde se abrió la verja y una voz dijo desde dentro, trémula:

—¿Quién anda ahí?

—La Guardia Pretoriana. Abrid. Traigo una orden imperial para arrestar al senador Granico.

—Le... le haré saber que estás aquí, señor.

—¡No! Abre la puerta de inmediato o la echaremos abajo.

Cato estaba fanfarroneando. Tenía pocas dudas de la reciedumbre de la puerta. Necesitarían un ariete para abrirla a la fuerza.

—¡De inmediato!, ¿me oyes?

Hubo una conversación en voz baja en el interior, y enseguida el sonido de unos cerrojos que se descorrían. La puerta se abrió y un chico de aspecto nervioso apareció en el umbral. Llevaba una túnica sencilla e iba descalzo.

—¿Dónde está tu amo? —preguntó Cato—. No tiene sentido que intente escapar. Tengo hombres rodeando la casa. ¿Dónde está?

El chico abrió la boca, pero no le salían las palabras, así que sacudió la cabeza. Temblaba. Cato dio un par de pasos y lo apartó a un lado, y luego se volvió hacia sus hombres.

—¡Registrad la casa!

—¡Esperad! —Una voz sonó dentro del oscuro vestíbulo, y una figura se adelantó arrastrando los pies. A la poca luz que aún quedaba en el cielo, Cato distinguió a un hombre alto, con unos mechones de cabello blanco en torno a una calva moteada. Estaba tan delgado que la carne parecía colgarle de los huesos. Llevaba también una túnica sencilla, pero iba calzado con unas zapatillas ligeras. Encarándose con Cato, se irguió mucho y miró con altivez a sus visitantes.

—Soy el senador Marco Granico Sapex. ¿Dices que has venido a arrestarme? —habló en voz bien alta, como si estuviera declamando ante el Senado—. ¿De qué se me acusa?

Cato sacó la orden del zurrón que llevaba y se la tendió.

—Traición, señor.

—¿Traición? No he cometido ese delito. Simplemente he ejercido mi derecho a hablar en el Senado. Joven, yo soy un patriota. He servido a Roma lealmente durante más de sesenta años. Es una ofensa repugnante que se me acuse de traición.

Cato volvió a guardar la orden.

—Lo siento, pero no me compete a mí cuestionar la validez de ninguna acusación. Yo simplemente tengo órdenes de arrestarte y llevarte al palacio imperial. ¿Vienes conmigo, señor, por favor? —Y señaló hacia la calle.

Granico no respondió; tan sólo se quedó quieto y miró a Cato con expresión severa. Cato suspiró.

—Señor, puedes venir conmigo o puedo ordenar a mis hombres que te obliguen a acompañarnos. Yo preferiría no someterte a tal indignidad, si puedo evitarlo.

—Esto es un insulto —respondió Granico con frialdad—. Pero no espero menos de la retahíla de tiranos que han humillado nuestras tradiciones y han hecho que Roma no sea mejor que cualquier reino oriental despótico y corrupto. Llevo mucho tiempo preparado para este momento. Vamos.

Sin esperar una respuesta, muy erguido, bajó los escalones hacia la calle. El chico lo miró, ansioso.

—Amo, ¿qué debo hacer? ¿Debería pedirles que...?

—No hagas nada —soltó Granico—. Simplemente quédate aquí y espera a que vuelva.

El chico asintió y desapareció inmediatamente en el interior, cerrando la puerta con un chillido de las viejas bisagras. El senador miró mordazmente a sus captores, que lo rodeaban.

—La Guardia Pretoriana, ¿eh? Esta gentuza no habría durado ni un segundo contra mis chicos de la Duodécima Legión cuando servimos en Panonia. Aquellos sí que eran hombres de verdad, y no patanes consentidos

como esta pandilla. Y tú... ¡sí, tú! —Señaló con un dedo nudoso a Cato—. Tú eres su oficial, supongo. ¿Cómo te llamas?

—No importa cómo me llamo.

—Te ruego que tengas la cortesía de decirme quién es el responsable de este ultraje. Me enteraré de tu nombre, joven. Soy senador de Roma, de una de las familias más antiguas del maldito Senado, y debes mostrarme el respeto debido.

Los gritos del anciano habían alertado a algunos de los vecinos. Una puerta del otro lado de la calle se abrió un poco y apareció una cara ansiosa tras una rendija. Cato se cuadró ante Granico.

—Muy bien. Soy el prefecto Quinto Licinio Cato, Segunda Cohorte.

Un brillo de reconocimiento apareció en los ojos del anciano, y asintió.

—El héroe de guerra, ¿eh? ¿Y estos hombres también?

—Acabamos de volver de la campaña de Hispania, señor.

Granico miró de nuevo a los soldados y, tras inspirar aire con fuerza, siguió hablando, ahora con una voz mucho más calmada.

—Ha sido un buen trabajo, hijos míos. Un buen trabajo, verdaderamente... Yo... me disculpo si hace un momento me he precipitado un poco.

—¿Precipitado? —gruñó una voz—. Ni la mitad de...

—¡Silencio ahí! —gruñó Cato en dirección al comentario, aunque no había identificado al que hablaba. Se volvió al senador—. Será mejor que nos vayamos, señor.

Granico asintió, imperioso, y la partida echó a andar, dobló la esquina y siguió por un lado de la casa, hasta reunirse con el pelotón que estaba detrás y volver sobre sus pasos cruzando el Tíber. Cato se acercó a los hombres que habían vigilado la puerta de atrás.

—¿Alguna señal de problemas?

—No, señor. Sólo alguien que nos miraba a través de la reja, eso es todo. El resto del tiempo, tranquilo.

Era lo que había sospechado, pensó Cato. Granico tenía invitados cuando llegó la Guardia Pretoriana. Gente que no había querido que ellos vieran. Pero ése no era problema de Cato. Sus órdenes eran arrestarlo, no otra cosa, y aquella noche no pensaba ser la causa de la desgracia de nadie más.

Apretó el paso y se unió al senador. El viejo iba muy altivo, como si los soldados fueran su escolta personal y él su comandante. Era una actuación muy buena. Cato se divertía, y hasta empezó a sentir un poco de admiración por su prisionero. Cuando llegaron al puente, se dirigió al senador, en voz baja:

—¿Por qué has hecho esto, señor? ¿Por qué presentar una moción tan incendiaria frente al Senado? Debías de saber que las cosas acabarían así.

—Por supuesto que lo sabía. En cuanto al porqué, he vivido una vida muy larga y plena. Tres esposas, cuatro hijos, todos muertos ya, por cierto. Dirigí una legión estupenda y fui gobernador de Sicilia durante un tiempo. No tengo nada de lo que avergonzarme. O eso pensaba yo, hasta que repasé mis años en el Senado. Hubo un tiempo en que, si nos hubiéramos alzado el número suficiente de nosotros, se habría podido restaurar la república. Pero nos quedamos sentados y no dijimos nada. Y ahora mira dónde estamos. Gobernados por un monstruo sonriente, más niño que hombre.

Hizo una pausa y miró de soslayo a Cato mientras atravesaban el antiguo puente que salvaba el Tíber.

—Me queda ya poco tiempo en el este mundo, de todos modos. Si Palas no acaba conmigo en los próximos días, Caronte seguramente lo hará. ¿Qué puedo perder? Y, sin embargo, puedo recuperar un poco el orgullo antes de irme al mundo de las sombras. Ser el hombre que fui en tiempos, por última vez. Así que solté mi discurso y, para mi sorpresa, unos cuantos compañeros me apoyaron. Te digo, Cato, que no he sentido tanta determinación y paz mental desde hace décadas. Si tengo que pagar el precio ahora mismo, creo que valía la pena.

—Me alegro de que te sientas así, señor.

—¿Ah, sí? ¿Por qué te alegras? ¿Estás de acuerdo con mi forma de pensar?

Cato se maldijo por su comentario, demasiado espontáneo, y miró a los pretorianos más cercanos buscando alguna reacción, pero nadie parecía prestar atención al comandante y su prisionero.

—Señor, tienes mi simpatía por tu sufrimiento, pero eso es todo. No opino nada al respecto —bajó la voz al responder.

—Eres un hombre muy inusual entonces, si eso es cierto —bufó Granico.

Cato se encogió de hombros y no dijo nada más. Caminaban entonces por la calle que discurría en torno a la parte posterior del palacio imperial. Se sintió aliviado al pensar que pronto habría cumplido su desagradable tarea y podría volver a los barracones. Por delante ya veía la modesta puerta que conducía hacia los cuarteles de la administración. Un pelotón de pretorianos estaba de guardia a la luz de un brasero, a un lado. Al verlos, Granico empezó a avanzar más despacio y a hablar con un tono bajo y urgente.

—Escucha, quizá no vuelva a ver la luz de un nuevo día. Si éste es mi final, entonces escúchame, prefecto Cato. Quizá seas un soldado, pero también eres romano. Es sangre romana de la buena la que corre por tus venas, no vino aguado y malo. No tienes excusa para permanecer al margen mientras nuestro Imperio es el juguete de un heredero incompetente. La gente debe actuar y poner fin a esto. Y eso te incluye a ti. Estoy seguro de que no eres ningún tonto. Seguramente te darás cuenta pronto de que el nuevo régimen será un desastre para Roma. Y, si lo ves, entonces por conciencia debes hacer algo.

—Ya te he dicho que soy un soldado, y eso es todo. Y no quiero oír nada más de lo que tengas que decir. —Cato aceleró el paso y dejó al anciano senador tras él rápidamente.

Cuando la columna se acercaba ya a los centinelas, Cato dio la voz de alto, y luego sacó la orden de su zurrón y la sacó para que la inspeccionaran.

—Tengo un prisionero que debe ser entregado al secretario imperial, Palas.

El optio al mando examinó brevemente la orden y se la devolvió.

—Me dijeron que debía esperarte. Tus hombres pueden quedarse aquí, señor. Haré que alguien os acompañe a ti y al prisionero.

—Gracias.

El optio se volvió para asignar un hombre a la tarea mientras Cato hacía que condujeran al senador hacia delante, y los tres hombres entraron en palacio y subieron una escalinata de piedra hacia las oficinas que usaban los escribientes y consejeros del emperador. El camino estaba iluminado por lámparas de aceite sobre soportes en las paredes, y Cato se fijó en que las habitaciones a ambos lados permanecían silenciosas y oscuras. Al final de un

largo pasillo se detuvieron ante una puerta, y el centinela la abrió e hizo un gesto al senador para que entrase.

—Esperarás aquí, señor.

Cato hizo el gesto de seguirlo, pero el centinela avanzó medio paso bloqueándole el paso.

—Sólo el senador, señor. Eso es lo que me ha dicho el optio. Tú tienes que esperar aquí a Palas.

Cato hervía de indignación ante aquella conducta tan displicente, pero se tragó su irritación y asintió.

—Muy bien... Sólo un momento.

Pasó junto al hombre para inspeccionar la habitación. Era bastante sencilla, con una ventana alta en la pared de enfrente. Demasiado alta para que Granico intentara escapar. Aparte de dos largos bancos en los lados opuestos de la habitación, no había más muebles. El senador estaría seguro allí, pensó Cato. No tenía salida. Retrocedió y ordenó al centinela que cerrara la puerta.

—¿Dónde está el secretario imperial?

—Lo buscaré y le haré saber que el prisionero está aquí, señor. ¿Me disculpas?

Cato asintió brevemente y el centinela se alejó por el pasillo. Entonces, Cato se relajó, se apoyó contra la pared y se frotó los ojos. Estaba cansado y ansiaba una primera noche de sueño reparador desde que volvió de Hispania. En el interior del palacio hacía frío, y el silencio era opresivo. Estiró los hombros y se consoló con la idea del blando lecho que le esperaba en sus aposentos. Al mismo tiempo, intentó descartar todo pensamiento acerca de los comentarios anteriores del senador: no quería verlo como nada más que un deber cumplido.

Un débil grito de sorpresa llegó del interior de la habitación, luego un golpe sordo y el roce de pies en uno de los bancos.

Cato se quedó helado y aguzó el oído. Luego se apartó de la pared y se volvió hacia la puerta, puso la mano en el cerrojo y lo abrió. La puerta empezó a girar hacia él, y llamó hacia la habitación oscura.

—¿Señor? ¿Estás bien?

De repente, una explosión de movimiento entre las sombras, y un hombre muy robusto golpeó la puerta, dando a Cato con ella. El impacto hizo salir todo el aire de sus pulmones. Cayó al suelo y el hombre intentó saltarlo, pero Cato tuvo tiempo de agarrarlo por el tobillo y el otro se derrumbó pesadamente encima de él, con el hombro por delante. El golpe dejó a Cato aturdido, que quedó casi inerte en el suelo, parpadeando mientras jadeaba en busca de un aire que le faltaba. La manga de la túnica de su asaltante se había desgarrado, y Cato fue capaz de distinguir que en la parte superior del brazo llevaba un tatuaje. Un escorpión. Entonces el hombre se apartó de Cato, se puso de pie, echó a correr por el pasillo y dobló la esquina hacia otro pasadizo.

Cato quedó caído de espaldas, intentando respirar con desesperación, y poco a poco consiguió volver a mover sus miembros. Dejó escapar un gemido estrangulado, se incorporó y se abrazó las rodillas un momento, y después se puso de pie. Apoyó una mano en el marco de la puerta y se quedó de pie en el umbral de la habitación.

—Senador... ¿Señor...?

Gracias al charco de luz que arrojaban las lámparas de aceite del pasillo, vio que el banco había caído de lado; muy cerca el cuerpo de Granico estaba tendido en el suelo, boca abajo. El mango de una daga sobresalía entre sus omoplatos, y la sangre, oscura y resbaladiza, se extendía poco a poco, manchando la tela de su túnica. Más allá, en la pared de enfrente, una cuerda colgaba de la alta ventana. Cato atravesó la habitación a toda prisa y se arrodilló junto al cuerpo. Granico todavía se movía débilmente, de modo que con suavidad Cato lo ayudó a ponerse de lado, notando el calor de la sangre en las manos al hacerlo. La garganta del senador se agitaba convulsamente y una espuma roja brotaba de su boca.

—Oh, Roma... Oh, dioses... —se atragantaba—. Todavía no...

Cato había visto a muchos hombres heridos en los campos de batalla, y sabía que, si había alguna esperanza de salvar a Granico, había que detener la hemorragia. Se arrancó el pañuelo que llevaba al cuello mientras sujetaba el mango de la daga y la sacaba con un solo impulso. Granico dejó escapar un gemido profundo y arqueó la espalda. La sangre manaba de la herida, y Cato metió un pliegue de tela en la carne desgarrada, apretándolo hacia dentro y

presionando mientras trataba de evitar que el anciano se convulsionase. Estaba tan concentrado en su tarea que no oyó el ruido de pasos hasta que unos hombres casi se encontraron dentro de la habitación.

—Aguanta, señor. —Cato habló con urgencia al oído de Granico—. Está llegando la ayuda.

El frágil cuerpo del senador temblaba incontrolablemente y su respiración se transformaba una abrupta serie de jadeos borboteantes conforme la sangre llenaba sus pulmones y su garganta. De repente su cuerpo se envaró, luego se agitó con un violento espasmo y finalmente se quedó flácido en brazos de Cato.

—¿Qué significa toda esta locura? —exigió una voz, cuando la puerta se abrió de par en par—. ¿Por qué has traído al senador a esta habitación...?

Cato levantó la vista y vio a Palas junto a la puerta. En la expresión del secretario imperial estaba marcado el horror ante el sangriento espectáculo. Tras él, firmes, dos pretorianos muy robustos, con unas túnicas desgarradas manchadas con sangre seca. Torturadores.

Hubo un instante de intensa quietud en el cual Cato sólo fue consciente de los latidos e su corazón en los oídos. Luego Palas lo señaló con la mano.

—¡Asesino!

CAPÍTULO TRECE

No le costó más de un segundo darse cuenta de lo que podía parecer aquella situación para Palas y sus acompañantes. Cato tenía las manos manchadas de sangre y, aunque dijera la verdad, el hecho de que lo hubiesen descubierto con el cuerpo y el arma llevaba a conclusiones muy distintas.

Su instinto se hizo cargo del momento, y se puso de pie de un salto, corrió hacia la pared que quedaba debajo de la ventana, agarró la cuerda y empezó a subir por ella. Lo repentino de su acción sobresaltó a Palas, pero sólo por un instante, así que el liberto imperial se hizo a un lado y gritó a sus hombres:

—¡Atrapadlo!

Inmediatamente los pretorianos irrumpieron en la habitación. Uno saltó por encima del cuerpo, mientras su camarada resbalaba con la sangre y caía hacia adelante a cuatro patas. Cato ya tenía una mano en el marco de la ventana y, justo cuando empezaba a impulsarse hacia arriba, notó que la cuerda se agitaba violentamente por debajo de él. La soltó y, con la otra mano, buscó un lugar donde agarrarse. Apretando los dientes, se aupó. Los postigos estaban medio cerrados, así que tuvo que abrirlos con un cabezazo. Unos dedos le agarraron entonces la pantorrilla derecha, y luego se deslizaron hacia abajo y lo asieron por el tobillo, tirando con fuerza. Cato notó que su presa se iba aflojando, y tensó los dedos dolorosamente, mientras iba dando patadas. Al segundo intento cogió los nudillos de su asaltante entre su bota y la pared, y el hombre soltó un quejido de agonía, lo soltó y cayó resbalando por la cuerda.

—¡No dejéis que se escape! —gritaba Palas desde la puerta—. ¡O, si no, os despellejo!

Cato apoyó la punta de su bota izquierda en la pared de yeso, muy rugosa, y subió la otra pierna hasta el alféizar. Entonces, con mucho cuidado, se levantó a pulso y consiguió llegar arriba, echado sobre el estómago y

jadeando por el esfuerzo. Se fijó en que la cuerda estaba atada; en torno al soporte central de los postigos, uno de los extremos colgaba hacia la habitación y el otro caía formando anillos detrás de uno de los arbustos que corrían a lo largo de un jardín con bancales que daba al Foro, mucho más abajo.

Mientras tanto, los hombres de Palas habían descubierto una forma mejor para atrapar a su presa, y al tiempo en que uno se apoyaba en la pared y unía las manos, su camarada cogía impulso y se lanzaba rápidamente hacia Cato.

—No. Tú. ¡No! —Cato levantó la pierna izquierda y le golpeó con fuerza. La suela claveteada de su bota dio al torturador de lleno en la cara, aplastándole la nariz, de forma que éste echó la cabeza hacia atrás. Parpadeó, aturdido por el golpe, y Cato lo golpeó de nuevo. Esta vez el hombre soltó la cuerda y cayó hacia atrás, llevándose con él a su compañero. Cato agarró la cuerda y tiró fuerte de ella, hasta que quedó fuera del alcance de los pretorianos, que hacían un último intento de llegar a él.

No pudo evitar sonreír triunfante cuando, tras arrojar el rollo de cuerda hacia fuera, hacia el muro exterior, se dejó colgar por el alféizar y empezó a descender, pasándose la cuerda de mano en mano.

—¡Idiotas! —gruñó Palas—. ¡Se va a escapar! ¡No os quedéis ahí! ¡Dad la voz de alarma!

Rápidamente las botas resonaron por el suelo de piedra y se alejaron por el pasillo. Cato hizo una pausa y se volvió en redondo para examinar el jardín. Había dos centinelas en cada extremo custodiando las entradas al palacio. Dudó. Era aventurado continuar bajando y arriesgarse a que lo vieran. Cómo había conseguido introducirse en el jardín el asesino de Granico era un misterio para él ahora mismo, pero Cato no sería capaz de salir de allí sin ser visto. De eso estaba completamente seguro.

Sólo podía hacer una cosa, así que tomó aire, se volvió a subir a la ventana y entró de nuevo. La habitación estaba desierta, a excepción del cuerpo de Granico, bajo el cual la sangre iba formando un charco poco a poco. Cato echó la parte corta de la cuerda hacia la habitación y se deslizó por ella, dejándose caer de golpe el último trozo. El arma del asesino todavía seguía junto al cuerpo del senador, así que la recogió. Secó la hoja y el mango. Era una daga normal del ejército, pensó mientras se la metía en el

cinturón en el lado opuesto de la espada. Luego corrió hacia la puerta y miró con precaución hacia el pasillo. No había movimiento alguno, sólo el suave oscilar del resplandor de las lámparas de aceite. Se dirigió entonces hacia la esquina por la cual había desaparecido el asesino, y se sumergió en las sombras de un estrecho pasillo.

Allí apenas había iluminación, únicamente el débil resplandor de unas pequeñas lámparas intercalaba sombras con zonas de total oscuridad. Pero no tenía tiempo para proceder con cautela. Tenía que alejarse del palacio tan rápidamente como fuera posible, y le pareció lógico ir en la dirección opuesta al lugar por donde Palas dirigiría sus grupos de búsqueda. Era también la ruta que había tomado el asesino de Granico, que quizá estuviese aún a poca distancia por delante de Cato. Echó a correr, y el sonido de sus botas hizo eco en las paredes cercanas. De repente vio un resplandor que enmarcaba el final del pasillo. Una mujer con una túnica azul propia de la servidumbre de palacio pasó por allí, llevando una bandeja pasó por la abertura. Luego otra, en el sentido opuesto. Cato bajó el ritmo y caminó con pasos cortos hacia el cruce, respiró hondamente y sacudió su manto con la mano.

Al llegar a la zona iluminada, se dio cuenta de que estaba en un pasillo de uso de esclavos y sirvientes de palacio. Lo reconoció de cuando era niño, y supo que la sala de banquetes estaba a su izquierda, y las cocinas a la derecha. Los esclavos se atareaban de aquí para allá con comida y bebida, con bandejas y jarras vacías. Pocos de ellos le dedicaron una sola mirada. Se volvió hacia las cocinas, donde una joven estaba de rodillas junto a un cubo, limpiando una mancha de sopa que se había derramado. Se detuvo junto a ella.

—¿Has visto a un hombre salir de este pasillo hace unos momentos?
¿Corriendo, quizás?

Ella levantó la vista y su expresión exhausta se convirtió en ansiedad cuando vio al oficial pretoriano que se inclinaba hacia ella. Cato señaló el pasillo y volvió a preguntar.

—Sí, amo. Lo he visto. ¿Con un manto rojo y el pelo oscuro?

Cato apenas podía recordar el color del manto, y nada de la cara del hombre, pero no era probable que fuese ningún otro.

—Sí, ése.

La esclava señaló hacia atrás, por encima de su hombro.

—Se ha ido por ahí, amo.

Cato echó a correr. Se le ocurrió que, si habían dado la alarma, podía fingir que iba corriendo con los perseguidores, buscando al fugitivo. ¿Quién se cuestionaría nada de un prefecto de la Guardia Pretoriana?

Sintió el calor de las cocinas al descender el breve tramo de escaleras que conducían a la entrada. Una enorme vaharada de aire caliente trajo consigo el pesado aroma de humo de leña y carne asada. Se detuvo cuando dos esclavos que llevaban un cochinillo en una bandeja de plata pasaron junto a él. Aunque había visitado las cocinas de niño, el recuerdo se había desvanecido ya, y él había olvidado el inmenso trajín necesario para alimentar al emperador y sus invitados. El vasto espacio estaba interrumpido por gruesos pilares de apoyo y techos bajos en arco. Sartenes y calderos burbujeaban y humeaban sobre unas rejillas de hierro, vigiladas por cocineros sudorosos, y había niños corriendo de aquí para allá con fajos de leña cortada que alimentarían los fuegos. Cerca de allí, unos esclavos desnudos hasta la cintura, con el cuerpo chorreante de sudor, convertían en espetones cerdos, cabras y piernas de buey y venado. Se gritaban órdenes en toda la sala, apenas distinguibles por encima del estruendo de los cacharros, el bullir de los calderos y el chasquido de la leña que ardía. El vapor y el humo se mezclaban y creaban una neblina casi imperceptible, iluminada desde dentro por el resplandor de las llamas. Cualquier esperanza de divisar a su presa allí quedó descartada.

Cerca de la entrada se encontraba una mesa en la que se había sentado un hombre grueso y sudoroso que estaba supervisando el despacho de comida para asegurarse de que el banquete se celebraba de la manera más perfecta posible. Cato se dirigió a él; el hombre parecía estar sumando una serie de columnas en una tableta encerada grande.

—¿Puedes...?

No levantó la vista de su trabajo, sino que levantó un dedo para indicar a Cato que debía esperar. La ira le calentó la sangre y golpeó la mesa con los puños. El esclavo dejó caer el estilo y se encogió en su taburete, a punto de caer del susto.

—Ha pasado un hombre por aquí hace un momento. No del personal de cocina. Manto rojo, pelo negro. ¿Lo has visto?

—Sí... Sí, señor. —Las gruesas mejillas del hombre temblaron con el movimiento.

—¿Y dónde está? ¿Adónde ha ido?

El escribiente levantó la vista y examinó la cocina, y luego señaló hacia algunas mesas largas que había más allá de los espetones, donde los esclavos seguían cortando la carne asada y disponiéndola en unas bandejas. A treinta pasos de distancia Cato vio un atisbo de rojo y a un hombre con la capucha levantada que comía un trozo de carne apoyado en una columna, intentando no atraer la atención.

—¿Lo conoces? —preguntó Cato, señalándolo.

—No, amo. Pensaba que era uno de los guardias, que lo habían enviado aquí por algún recado. No lo había visto nunca.

Cato se apartó del escribiente y se adentró en la cocina con paso tranquilo para no atraer la atención. Tratando de no perder al hombre de vista, empezó a acercarse a él en ángulo perpendicular, para así poder cerrarle el paso si intentaba huir. A corta distancia por delante una nube de vapor ascendía formando remolinos desde un caldero muy grande, y se movió para que quedar situado entre él y su presa, de forma que pudiera acercarse sin ser visto. Buscó en su cinturón y sacó la daga.

Sólo estaba a tres pasos del caldero y del vapor, y a unos diez en total del asesino, cuando un esclavo muy robusto con una ancha tira de tela envuelta en torno a la sudorosa cabeza se adelantó y colocó con estruendo una tapa en el caldero. El sonido hizo que el hombre levantara la vista justo cuando cesó el vapor, y sus ojos se encontraron con los de Cato.

Su reacción fue la más rápida que había visto jamás Cato. Casi en el mismo instante en que sus miradas se cruzaron, se dio cuenta del peligro, arrojó el trozo de carne y corrió hacia la izquierda, por un extremo de la cocina, donde el espacio estaba menos atestado por todos aquellos que preparaban la comida. Cato se abrió camino y echó a correr tras él. El hombre le llevaba una ventaja de veinte pasos, y se dirigía hacia una escalera muy estrecha, en el extremo más alejado de la gran y oscura cocina. Un joven que se interpuso en su camino fue apartado por el hombre con violencia, y

atterizó de golpe contra una pila de leña. Los troncos cortados cayeron, y Cato tropezó con ellos y casi perdió el equilibrio, pero consiguió superar el obstáculo. El asesino había llegado a los escalones y subía a todo correr, de tres en tres. Cato lo siguió, esforzando al máximo las piernas para no perder más terreno. Al final de las escaleras se encontraba un patio, abierto y lleno de carros, algunos todavía enganchados a unas mulas. Grupitos de esclavos descargaban provisiones supervisados por unos escribientes con tabletas enceradas. Antorchas de juncos ardían en unos soportes de hierro y arrojaban un resplandor chillón y anaranjado a la escena. Cato se detuvo nada más llegar arriba, buscando a su hombre, intentando desesperadamente distinguirlo entre la multitud alborotada que llenaba el patio. Había una puerta en forma de arco al fondo, custodiada por un par de pretorianos, que daba a la calle, y decidió que por allí era por donde habría salido el asesino. Se abrió camino por un lado sin dejar de examinar las caras que pasaban a su alrededor. Estaba a mitad de camino cuando vio una figura envuelta en un manto al fondo del patio, justo por delante de él. Llevaba la capucha subida y se movía con determinación entre los muleros, mercaderes y esclavos. Cato aceleró el paso y, de prisa, cruzó en diagonal hacia la puerta, intentando llegar hasta ella antes que el asesino.

El hombre se volvió a mirar atrás cuando ya estaba llegando a la puerta, y Cato se puso una mano en torno a la boca y gritó a los pretorianos:

—¡Ese hombre con el manto! ¡Detenedlo!

El soldado más cercano vio a Cato, que se apartaba ya de la multitud. Reconociendo su rango, bajó la punta de la lanza hacia el asesino. Este último disminuyó el paso y levantó las manos como si se rindiera, pero luego se echó a un lado, agarró el mango de la lanza y tiró hacia atrás, de modo que desequilibró al pretoriano, que dio media vuelta y cayó de rodillas. Su camarada corrió a ayudarlo con la lanza en ristre para golpear con ella.

—¡No! ¡Lo quiero vivo!

La orden hizo que el soldado se detuviera en seco, y el asesino una vez más demostró una increíble capacidad de reacción. Agarró al vuelo la lanza del pretoriano caído y metió el mango entre las piernas del centinela que quedaba, luego la movió en redondo, levantándole los pies, de modo que el

hombre cayó con estrépito de espaldas. Entonces el fugitivo corrió hacia la calle.

Cato ignoró a los pretorianos y salió corriendo por la puerta tras él. Los carros se alineaban a ambos lados de la calle y a lo largo del muro de palacio, y la figura que corría en dirección al Gran Circo era claramente visible en aquella calle casi desierta. Cato jadeaba mientras lo perseguía a la carrera, y los pasos de ambos hombres resonaban en los edificios cercanos. El corazón le bombeaba en el pecho y los miembros le ardían por el esfuerzo de mantener el ritmo.

Por delante se encontraba la vasta amplitud del Circo, donde las carreras de carros electrizaban a la muchedumbre de Roma; ahora, sin embargo, aquella estructura se encontraba iluminada sólo por el débil brillo de las estrellas, y los arcos eran como oscuras fauces que conducían al inframundo. Al oír que se acercaban, un grupo de prostitutas esperanzadas salieron de la negrura de los arcos y les ofrecieron sus servicios. Pero los hombres pasaron corriendo.

Cato era el más alto de los dos, y estaba seguro de que iba ganando terreno poco a poco. Sabía que debía detener al hombre antes de que se le agotaran las fuerzas, así que hizo un nuevo esfuerzo y alargó aún más la zancada. La ventaja que le llevaba el asesino empezó a menguar a medida que se acercaban al final del Circo, donde los aurigas y sus equipos se preparaban para las carreras. A corta distancia más allá se encontraba el Foro Boario, un laberinto de almacenes y tiendas, ya cerca del Tíber. Si aquel hombre conseguía alcanzar el Boario, Cato temía perderlo.

Aun a la carrera, la calle ahora se inclinaba ligeramente hacia abajo, de modo que la velocidad aumentó. La entrada al Boario era un arco muy antiguo; alguna vez estuvo ricamente decorado, pero la pintura ya estaba desgastada y unos dibujos explícitos cubrían las columnas de ambos lados. No estaban a más de cincuenta pasos del arco cuando apareció una patrulla de una de las cohortes urbanas. Al ver a los dos hombres, el optio que estaba a cargo levantó la porra.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡Parad ahora mismo!

El asesino ni siquiera los miró y giró a la izquierda, hacia un estrecho callejón entre dos edificios de pisos. Cato pensó por un momento en llamar a

la patrulla para que lo ayudaran, pero, en el tiempo que hubiese costado explicarles la situación, el hombre habría escapado. Así que se volvió también hacia el callejón y corrió tras él. Era una zona suburbial, en la que la niebla se mantenía la mayor parte del otoño e infestada de mosquitos en los momentos culminantes del verano. Por la noche el aire frío acentuaba aún más el hedor a alcantarilla, sudor y desechos podridos. Un hilillo de agua corría por el callejón, y las botas de Cato salpicaron en los charcos donde se acumulaba el agua sucia. Podía oír los pasos de su presa y su respiración agitada. El hombre estaba cerca. Muy cerca. Cato asió con fuerza la daga y siguió corriendo.

Entonces, de repente, se dio cuenta de que los suyos eran los únicos pasos en el callejón, y aminoró la marcha hasta detenerse, con el pecho agitado, y miró a su alrededor, esforzando la vista para captar todos los detalles. A poca distancia por delante, justo después de pasar una taberna cerrada, había un cruce. Levantando la daga y en posición agachada, avanzó hacia la intersección, con los músculos tensos, preparado para recibir un ataque desde cualquier parte. Seguía sin escuchar sonido alguno de movimiento, aparte de la sangre que le latía en los oídos y su propia respiración agitada. Al cruzar el arco por donde se entraba a la taberna, algo cálido y suave le tocó la pierna; dio un respingo de sorpresa y sacudió la bota. El maullido agudo de un gato llenó el callejón, y la diminuta silueta se alejó corriendo por el cruce, metiéndose en la calle estrecha del fondo.

—Mierda... —murmuró Cato, y bajó ligeramente la daga y respiró hondo.

Entonces un peso enorme lo golpeó con fuerza en la espalda, y luego notó que lo levantaban y lo estampaban contra la pared más alejada. El yeso le rozó la piel de la frente y el aire desapareció de sus pulmones con un ronco gemido. La fuerza del impacto lo dejó atontado, de modo que se le cayó la daga y se dejó caer hacia delante, dando contra los fríos guijarros y la suciedad y barro del callejón. Su atacante se arrodilló sobre él por encima de sus hombros y lo agarró del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y se acercó hasta la altura del oído de Cato.

—Ya van dos veces que te he pillado por sorpresa, perfecto. —El hombre hablaba con un tono bajo y amenazador—. Se suponía que eras un buen

soldado. Estás tan verde como un recluta.

Buscó y recogió la daga, y le puso el filo de la hoja a Cato en la garganta.

—Podría matarte ahora mismo. Sólo un golpecito de la muñeca, sólo me costaría eso.

—¿Por qué, entonces..., por qué no lo haces? —jadeó Cato.

—Créeme, nada me gustaría más. Me pagan para que silencie a la gente, no para que los reanime. Pero las órdenes son las órdenes. Es importante que te encuentren vivo. Eso ha dicho Palas. Quiere que te lleven ante tus hombres y confieses tu culpa. Serás conocido como el soldado que asesinó a un viejo. Y sólo entonces te ajusticiarán.

—Pero yo diré la verdad... Les diré que..., que no tengo nada que ver con eso.

El hombre se rió ásperamente.

—¡Pues que tengas suerte! Mientras tanto, me quedaré la daga. Un arma tan bonita como ésta se pagará a buen precio en el Foro. —Se movió al tiempo que ponía la mano en el mango del arma y la levantaba—. Adiós, prefecto...

—¡Espera!

La palabra apenas había salido de la boca de Cato cuando el otro lo golpeó con el puño en la nuca, dejándolo inconsciente.

El hombre se levantó despacio y se incorporó junto al cuerpo del prefecto. Le dio un golpecito desdeñoso con la punta de la bota, miró a su alrededor y salió del callejón. El sonido de sus pasos se desvaneció, y sólo quedó entonces la respiración agitada de Cato.

Poco después el gato volvió, caminando silenciosamente. Levantó la cabeza con curiosidad y olfateó, y luego empezó a lamer la sangre que salía de la herida que tenía Cato en la cabeza.

CAPÍTULO CATORCE

Poco a poco, el cuerpo de Macro se fue relajando y, con un suspiro de satisfacción, se apartó de Petronela y se echó de espaldas junto a ella. Era la segunda vez que lo hacían aquella noche, y él se sentía muy satisfecho de sí mismo. Aún jadeaba, y se humedeció los labios antes de hablar.

—Bueno, bastante rico, ¿no?

Petronela se incorporó apoyándose en un codo y lo miró, al tiempo que soltaba un bufido. Sus grandes pechos descansaban al lado del torso de Macro.

—¿Rico? ¿Crees que soy una especie de golosina? ¿Algo que puedes tomar cuando te dé la gana y te entre el gusanillo?

—¿El gusanillo? —Macro sonrió con malicia—. Creo que sería mejor usar otra palabra en este caso...

Ella entrecerró los ojos para mostrar su desaprobación, y él se echó a reír y le dio una palmadita cariñosa en el muslo.

—Tranquila, mujer. Sólo estaba bromeando.

—Bueno, pues será mejor que no te rías de mí, centurión Macro.

Y para remarcar sus palabras le pinchó en el costado, y luego cambió de postura, apoyando la cabeza en su pecho mientras le acariciaba el estómago.

Macro le pasó un brazo en torno a los hombros y apoyó la cabeza sobre el otro. A la luz de la lámpara de aceite de la mesita que había junto a la cama, distinguía apenas los detalles de la habitación de invitados que Sempronio le había asignado. Era un poco más grande que su modesto cubículo en los barracones, con un tocador y una silla, un baúl para la ropa y una alfombra parta con muchos dibujos en el suelo. Un fresco donde se representaban soldados, caballos y diversos enemigos de Roma se dibujaba en la parte superior de la pared. Pero sin duda lo mejor de la habitación era la cama grande, con un grueso colchón y un cómodo cabezal. Para Macro,

acostumbrado a los rigores de dormir en campaña y el alojamiento improvisado de fortines y fortalezas, la comodidad de aquella cama era como una revelación. Y lo mejor de todo era tener a una mujer guapa con quien compartirla.

Sus pensamientos volvieron a la noche anterior, cuando salió del campamento pretoriano silbando contento por la idea de volver a ver a Petronela. Se había parado a comprar una jarra de vino en una taberna cercana con la intención de compartirla con Cato cuando el prefecto volviese de arrestar al senador Granico. Petronela, que jugaba en el atrio con Lucio, lo saludó desde la puerta. Sempronio había recibido una invitación para cenar, de modo que prepararon comida para ellos y para el niño y luego llevaron a la cama a Lucio. Petronela se sentó junto a la cama en un taburete mientras Macro le contaba al niño una historia sobre las tribus salvajes de las montañas de Britania y los siniestros druidas que los dirigían.

—Harás que el niño tenga pesadillas —le advirtió ella.

—Eso no es nada comparado con las pesadillas que los bárbaros niños britanos tendrán cuando sus padres les hablen de mí.

—Eso no ayudará tampoco a dormir al amo Lucio, ¿no te parece?

Macro alborotó el pelo del niño.

—Tú estarás bien, ¿verdad, hijo mío? Llevas la sangre de tu padre...

Lucio asintió feliz y estiró el lóbulo de la oreja de Macro.

—¡Cuéntame otra historia de druidas, tío Mac Mac!

—No, esta noche no, Lucio. Los soldados necesitan dormir...

Tras apagar la lámpara, Macro siguió a Petronela fuera de la habitación del niño, y ambos se dirigieron hacia la parte de la casa con columnas que daba al jardín. El cielo nocturno estaba despejado y las estrellas brillaban en su extensión de terciopelo, frías y con aspecto severo, pero de alguna manera majestuosas y consoladoras en su permanencia. La vida de Macro había sido de continuo azar y cambio, y contemplar el cielo solía darle un poco de consuelo. Llevaba más de veinte años como soldado y pronto expiraría su periodo de alistamiento. Como otros veteranos, podía aceptar la baja y elegir entre tierras o una recompensa en metálico, y retirarse por fin; o bien podía alistarse de nuevo para un periodo más. Estaba tentado de hacer esto último. El oficio de soldado era el único que conocía, y se le daba muy bien. Sin

embargo, estaba empezando a notar los efectos de la edad, y cada vez sería más débil y menos capaz de luchar... Eso no significaba que no pudiera dar una buena paliza a cualquier bárbaro que se cruzase en su camino los años siguientes, al menos, reflexionó, contento. Pero era algo que tenía que pensar.

También estaba la posibilidad de aprovechar su actual puesto en la Guardia Pretoriana, que prometía generosas primas pagadas por el emperador. Gracias a éstas y a sus ahorros, que eran considerables, junto con los botines de las campañas, Macro podría retirarse a lo grande y vivir con mucha comodidad. Y lo único que le faltaría entonces sería una buena mujer.

Echó una breve mirada a Petronela, y notó que su corazón se aceleraba un poco al ver que ella tenía la vista levantada hacia las estrellas, y su piel parecía de la porcelana más fina.

—Hace una noche preciosa —comentó ella.

—Sí, muy bonita, realmente —asintió Macro—. Bonita de verdad.

Se quedaron los dos en silencio un momento, hasta que de repente ella murmuró:

—Tengo frío.

La miró.

—Entonces te iría bien un manto. —Macro la miró—. O bien una copita de vino caliente.

Petronela suspiró, paciente.

—O bien podrías ofrecerte a rodearme con tus brazos, tontaina.

Macro se quedó asombrado ante el descaro de su comentario, pero enseguida se echó a reír a carcajadas. Se colocó frente a ella, dudó un momento, pero rápidamente la envolvió en sus brazos. Ella se apretó contra su pecho, y él fue consciente entonces del leve olor a paja de su pelo. Un olor muy bueno, pensó. Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Entonces...? —Sus labios se abrieron en una sonrisa.

Macro se inclinó a besarla, y ella apretó los labios suavemente contra los de él. Suaves y calientes, pensó él. Agradable..., muy agradable.

Al final ella se retiró y sacudió la cabeza, traviesa.

—Empezaba a preguntarme si no ibas a hacer esto nunca.

—¿Cómo? ¿Por qué no iba a hacerlo? Tú eres... Bueno, eres una mujer muy guapa. Encantadora. Eso me parece, por lo menos.

—¿Pero no buena como amante, entiendo?

Macro frunció el ceño ligeramente. No lo había pensado, en realidad. Se imaginaba que sentía tanto deseo sexual como cualquier otro hombre. Había estado con más mujeres de las que podía recordar, y a alguna de ellas ni siquiera les había tenido que pagar por ese privilegio. Hubo mujeres atractivas y mujeres feas, y a algunas les había tenido un cierto afecto, incluso. Y ahora estaba Petronela, y no sabía por qué motivo se sentía empujado a estar con ella. Ella decía lo que pensaba, le hacía reír, y además estaba esa sensación innegable que chispeaba en su estómago.

Petronela se removió contra su entrepierna.

—Ah, pensaba que se movía algo...

—Sí, bueno... Quizá debería... —Macro hizo ademán de apartarse, pero ella lo sujetó firmemente entre sus brazos. Él se sorprendió ante su fuerza.

—Ya te diré yo lo que deberíamos hacer. —Y lo besó de nuevo. Esta vez, Macro notó que sus reservas empezaban a fundirse, y le pasó una mano por el cuello y le acarició el pelo con suavidad. Ella ronroneó y él dejó que su mano bajara hasta las nalgas.

—Ésa es la idea —susurró ella—. Vamos a buscar un sitio tranquilo.

—Éste es tranquilo... —Macro señaló hacia el jardín.

—Pero también hace mucho frío. Y tú tienes una cama grande y calentita en tu habitación —le guiñó un ojo—. Sería una lástima no darle un buen uso...

Macro sonrió afectuosamente y tomó la mano de Petronela, se la llevó a los labios y le besó los dedos.

—¿Qué pasa? —Ella se inquietó.

—Nada —respondió Macro—. Sólo que me siento feliz. En paz.

—Me imagino que eso es algo inusual para un soldado —susurró ella, y se incorporó y le acarició la mejilla, pensativa—. Me alegro de que esto te dé un poco de paz.

Macro se quedó observando el techo, y desplazó la mirada por el fresco. Los débiles movimientos de la llama del candil hacían que las figuras temblaran ligeramente y parecieran cobrar vida. Notó un soplo de brisa fresca entre los postigos, y luego su mente se llenó de vívidos recuerdos del invierno anterior, cuando él y Cato formaron parte de la retirada de la isla

druídica de Mona. La nieve caía con intensidad en las montañas mientras el ejército romano luchaba por alcanzar la fortaleza legionaria más cercana. Los acosaron en todo momento por el camino. Congelados y hambrientos, habían tenido que mantenerse en movimiento constantemente y luchar contra sus perseguidores. Recordó la imagen de un hacha de guerra celta destrozando el casco del hombre que estaba al lado de Macro, la hoja bajando hasta la clavícula, de modo que la cabeza quedó abierta en dos, como una sandía.

Macro mudó el semblante, angustiado por el recuerdo. No había pensado en aquel incidente en ningún momento desde entonces. ¿Por qué ahora? ¿Por qué allí, en los brazos de aquella mujer por la que ya sentía un considerable afecto?

—¿Qué te pasa? —Petronela le acarició la mejilla.

Macro meneó la cabeza tratando de desterrar el recuerdo rápidamente de sus pensamientos, antes de que aquella imagen tan terrible cobrara más detalles todavía. Se sentía mareado, pero, más que nada, agotado. El cansancio se había abatido sobre él durante el viaje de vuelta a casa desde Hispania, y se quedó con él, aunque intentó ignorarlo todo lo que pudo. Había oído a los veteranos hablar de la enfermedad del combate que los afligía. Se hablaba de ello con un poco de incomodidad y compasión, y él se preguntaba ahora si el verdadero número de afligidos era mucho mayor de lo que estaban dispuestos a admitir sus camaradas. Tal vez estaban demasiado avergonzados como para admitirlo.

—No es nada —mintió—. Es que estoy un poco preocupado por Cato. Debería haber vuelto a casa hace horas.

—Debe de haber un buen motivo para que se retrase. No me parece una de esas personas que tienen incidentes...

—En eso no te equivocas.

Petronela volvió a apoyar la cabeza en su pecho.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—¿Quererlo? Supongo que sí. Aunque no sé si ésa es la palabra adecuada. Es mi oficial al mando.

—Creo que es algo más que eso para ti.

—A veces es más bien como un hermano, o un hijo, o ambas cosas —contestó al fin Macro, tras pensarlo un momento—. Es sólo un hermano de

armas, como cualquier otro soldado junto al que un hombre se ha acostumbrado a servir. Eso es todo.

—Si tú lo dices...

—Y, de todos modos, ya me has hecho bastantes preguntas. Ahora me toca a mí. Hay algo que me gustaría saber.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Tengo la sensación de que llevas tiempo esperando este momento. ¿Me equivoco si creo que te fijaste en mí en cuanto volvimos de Hispania?

—Antes. —Petronela sonrió—. Cuando los dos volvisteis de Britania. Ya entonces pensé que había algo en ti que me gustaba. Tu franqueza, tal vez. Sentí que te conocía de antes. Eso no es algo que haya sentido con muchos hombres.

—¿Has conocido a muchos hombres, entonces? —soltó Macro con ligereza.

—Sí... —Ella apartó la cabeza del pecho de su pecho y se echó a un lado—. Eso fue cuando era más joven, antes de que me vendieran como esclava.

—¿Venderte? ¿Por qué?

—Mi padre. Mi querido padre, decurión y borracho, que no podía soportar que me gustaran los hombres. Decía que lo avergonzaba. Me advirtió que acabara con aquello, porque si no él acabaría conmigo. Dijo que tener como hija a una puta era ya bastante humillante, sin tener en cuenta el daño que hacía a su reputación. Quería ser una figura importante en el Senado. Cuando llegó el momento, mi madre lo convenció de que no me matara. Así que, en lugar de eso, me vendió. Las últimas palabras que me dijo fueron que esperaba que muriera como una puta avejentada en un burdel barato de Subura.

—¿Te dijo eso? —gruñó Macro.

—Eso y más. Intento olvidarlo. Afortunadamente, me compró un anciano que quería una niñera para su hija. Crié a sus hijos antes de ser vendida a la señora Julia, hace dos años.

—¿Y todavía vive?

—¿Mi primer amo?

—Tu padre.

—No. Murió quemado vivo, junto con mi madre, en su casa. Parece que fue un accidente. Por suerte, mi hermana pequeña no estaba con ellos. Se había casado con un granjero local unos años antes. No me enteré de lo del fuego hasta que vino a visitarme a casa de mi señora y me contó las noticias.

—Qué lástima que muriera tu padre —dijo Macro—. Me habría gustado conocerlo. Por una vez.

Ella le apretó la mano.

—No importa ahora. Está muerto y yo soy esclava. La vida sigue.

Macro se agitó, incómodo.

—Eso es algo que se puede cambiar. No tienes que morir como esclava. Hablaré con Cato.

Ella se quedó callada un momento.

—No espero nada de ti, Macro. No estoy en tu cama porque quiera una recompensa. Simplemente querría estar contigo durante el tiempo que tú quisieras. Eso es todo.

—Muy bien. Pero, aun así, hablaré con Cato...

Unos sonoros golpes en la entrada de la casa interrumpieron su conversación. Después de un breve descanso volvieron a sonar otra vez, más largos, más fuertes y más urgentes. Macro echó las piernas al suelo y buscó su túnica.

—¿Quién cojones puede ser a esta hora? —murmuró.

—Que lo averigüe el portero.

—A lo mejor le va bien un poco de ayuda. —Macro se puso la túnica y se acercó al baúl que estaba junto a la puerta, donde tenía el manto, las botas y la espada. Se pasó el cinturón por encima de la cabeza y se ajustó la vaina, de modo que colgase cómodamente en su cadera. Un ruido desde sula cama atrajo su atención y vio que Petronela también se estaba vistiendo.

—No. Quédate aquí —le ordenó.

Ella se levantó y lo miró con dureza.

—Podemos discutirlo más tarde. Ahora, vamos.

—Así me gusta —le sonrió Macro.

Aún descalzos, avanzaron por la casa hacia la puerta principal. Los golpes eran cada vez más fuertes, y ahora una voz gritaba:

—¡Abrid la puerta! ¡En nombre del emperador!

El portero había salido de su celda, como somnoliento e inestable sobre sus pies, y Macro se dio cuenta de que el hombre estaba borracho. El centurión llegó a la puerta primero y se volvió hacia él.

—¿Ha vuelto ya el senador?

—Sí, amo.

—Pues ve y despiértalo. Dile que tenemos invitados.

Mientras el portero se alejaba tambaleándose, Macro abrió la ventanilla con reja y miró hacia la calle. Un optio de la Guardia Pretoriana estaba allí con la daga levantada, dispuesto a golpear de nuevo la puerta con el pomo. Detrás de él veía a un pelotón de guardias.

—¡Abrid! —aulló de nuevo el optio.

Macro cerró la rejilla e hizo señas a Petronela de que se apartara. Entonces abrió los cerrojos, levantó el pestillo y abrió la pesada puerta. El optio entró con descaro en el vestíbulo.

—Vamos, chicos.

Macro dejó entrar al pelotón y enseguida se enfrentó al oficial, de rango inferior al suyo.

—¿Qué significa esto?

El optio lo miró de arriba abajo con expresión desdeñosa.

—Será mejor que te muerdas la lengua, si sabes lo que te conviene. ¿Dónde está tu amo?

Macro se inclinó y dio unos golpecitos en su espada del ejército.

—Será mejor que te muerdas la lengua tú, muchacho. A menos que quieras ser castigado por insubordinación. Soy el centurión Macro, de la Segunda Cohorte, Guardia Pretoriana.

El optio lo miró con escepticismo, pero al poco abrió mucho los ojos al reconocer el nombre y recordar el rostro. Se puso tenso y echó atrás los hombros.

—Lo siento, señor. Pensaba que eras parte del servicio de la casa.

—Eso supongo. ¿Qué estás haciendo aquí, optio?

El hombre levantó un pequeño pergamino.

—Tengo una orden de arresto, señor.

—¿Para el senador Sempronio?

El optio negó con la cabeza.

—No, señor. Para el prefecto Cato.

—¿Cato? —Macro le clavó la mirada, sorprendido—. ¿Para qué puedes querer a Cato, por el Hades? Es uno de los nuestros. Debe de ser un error.

—No sé nada de eso, señor. Lo único que sé es que debe ser arrestado por el crimen del senador Granico. Tenemos órdenes de llevárnoslo vivo si está aquí. —El optio se volvió a sus hombres—. Registrad la casa.

Los pretorianos entraron en fila y empezaron a dispersarse por la casa. Macro se volvió hacia Petronela.

—Ve con el chico y asegúrate de que está bien. Que nadie le toque ni un pelo, o tendrán que responder ante mí.

La niñera asintió y se fue corriendo, dejando a Macro y el optio solos.

—¿Dices que ha habido un crimen?

—Sí, señor.

—Pero a él sólo lo enviaron a arrestar a Granico.

—No sé nada, señor. Simplemente me dijeron que mató al senador en palacio. El secretario imperial nos ha movilizado a cientos de guardias para registrar la ciudad en su busca. A mí me han enviado aquí porque Sempronio es su suegro, y el prefecto puede aparecer en cualquier momento por la casa. Si está aquí, lo encontraremos en seguida.

Acabó la frase con un tonillo que a Macro no le gustó nada. Parecía sugerir que, si Cato se escondía allí, Macro estaba al tanto de todo. Estaba a punto de llamarle la atención cuando el senador Sempronio se acercó a toda prisa, arreglándose aún la toga por encima del taparrabos.

—¿Pero qué demonios es este ultraje? —atronó Sempronio—. ¿Cómo os atrevéis a invadir mi hogar a esta hora de la noche?

El optio se volvió hacia él y tragó saliva, nervioso, mientras le mostraba el pergamino.

—Buscamos al prefecto Cato, señor. Se le busca por asesinato.

—¿Asesinato? —Sempronio alzó las cejas e intercambió una mirada con Macro. Luego cogió la orden y rompió el sello, y se acercó a una de las lámparas que estaban a un lado de la puerta. Leyó con rapidez.

—¿Que Cato ha matado a Granico? Pero eso es absurdo... ¿Por qué iba a hacer una cosa semejante, en nombre de todo lo que es sagrado?

Y más importante aún, pensó Macro. ¿Dónde estaba Cato? ¿Dónde?

CAPÍTULO QUINCE

Lo primero de lo que fue consciente Cato cuando recuperó la conciencia fue del terrible y martilleante dolor en la parte trasera de la cabeza. Rechinó los dientes y cerró los ojos un momento, tratando de respirar profundamente. De inmediato sus pulmones se llenaron del rancio olor de la suciedad sobre la que yacía, y sintió arcadas. Parpadeó y abrió los ojos. Estaba oscuro. Se encontraba en un callejón estrecho, y sin embargo no tenía recuerdo alguno de cómo había llegado hasta allí. Se puso de rodillas y se agarró la cabeza con las dos manos. Le volvieron de nuevo las arcadas y acabó por vomitar en el asqueroso hilillo de agua y desechos que corría por el suelo, notando cómo se le retorció el estómago y el pecho y el abdomen se contraían mientras el contenido ácido de sus entrañas salpicaba todo el callejón. La urgencia por vomitar volvía una y otra vez, y con cada esfuerzo le dolía aún más la cabeza. Al final no le quedó ya más que echar y se sentó apoyado en la pared, respirando con dificultad.

—¿Qué está pasando, en nombre del Hades? —murmuró.

En ese momento, captó un movimiento fugaz. Un escuálido gato callejero trotaba por encima del vómito, lo olisqueó y enseguida retrocedió. Se alejó hacia el otro lado del callejón y se sentó a mirarlo.

—No me ayudas demasiado, ¿sabes?

Se tocó la cabeza. Una espesa costra de sangre seca le enmarañaba el pelo. Un examen más completo y delicado le reveló un buen chichón y un corte en el cuero cabelludo. Hizo una mueca. Tenía frío. Mucho frío. Levantó las rodillas y se las abrazó, e intentó concentrarse. Aunque no recordaba dónde estaba, sí que se acordaba del arresto del senador Uránico, y de lo que le había comentado mientras lo conducía a palacio. Luego se había abierto una puerta y alguien se había abalanzado sobre él. Después, un cuerpo con un cuchillo en la espalda. Granico.

Y así fueron llegando poco a poco a su mente todos los demás detalles, como un torrente. Cato de repente se puso muy alerta, con los sentidos aguzados, y miró con cautela a un lado y otro. No había señal alguna de su atacante. El hombre que había asesinado a Granico y le había tendido una trampa para echarle la culpa de su crimen. No había ni rastro de nadie. ¿Cuánto tiempo había pasado inconsciente? No sabía decirlo, pero lo que estaba claro es que estaba en peligro. Sin duda, Palas tendría pelotones de pretorianos y hombres de las cohortes urbanas registrando la ciudad para encontrarlo. Y, si lo encontraban, no tenía ninguna duda de que lo harían responsable del crimen. Ni tampoco tenía dudas de quién era el que le había tendido la trampa. Aquello era obra de Palas. El liberto imperial había insistido en que Cato arrestara al senador en persona, y que luego escoltara al prisionero a palacio. Una vez allí, había elegido bien la habitación donde Granico debía esperar y, en cuanto el senador entró, se avisó al asesino de que entrara en la habitación y llevara a cabo su cometido. Si Cato no hubiera escuchado los sonidos de la breve lucha, sin duda el asesino habría usado la cuerda para escapar de la misma manera que había entrado.

Cato recordaba los detalles de la persecución en la cocina y por las calles, y luego... Nada. Hizo memoria, y vio de nuevo el tatuaje. Un escorpión, con la cola dispuesta para atacar. El escorpión era el emblema de la Guardia Pretoriana desde que lo adoptara Sejano en honor del signo de nacimiento de su señor, el emperador Tiberio. De modo que el asesino era un pretoriano, pensó Cato. Y no un soldado corriente, además. Estaba soberbiamente entrenado, con las reacciones más rápidas que Cato había visto jamás. Podía haberlo matado, pero decidió dejarlo vivir.

¿Qué era lo que había dicho el hombre? Palas quería que encontraran a Cato y lo apresaran vivo, para poder exhibirlo en desfile ante Roma como asesino del senador Granico. Por supuesto, Cato protestaría, gritaría su inocencia y señalaría con el dedo al asesino, pero Palas seguramente se burlaría de su explicación. ¿Y quién iba a creer a Cato? Lo habían encontrado manchado con la sangre de la víctima, en presencia de dos testigos que respaldarían cualquier testimonio que diese Palas. Era una trampa perfecta, reconoció Cato. Su única esperanza de salvación residía en encontrar al asesino real y obligarlo a decir la verdad. ¿Y qué esperanza de ello restaba?

Era bueno saber que era un pretoriano, pero había varios miles de hombres en el cuerpo. Era posible que se hubiese licenciado, en cuyo caso las perspectivas de encontrarlo eran más desalentadoras todavía.

Para empeorar la situación, si cabe, Cato era un hombre perseguido. No debía dejarse capturar antes de haber descubierto la identidad del verdadero asesino y probar que trabajaba para Palas. Hasta entonces debía desaparecer entre la población de Roma, convirtiéndose en un simple rostro más entre la multitud. Lo primero que tenía que hacer era cambiar de aspecto. Empezando por sus ropas. Su manto y su túnica estaban manchados de excrementos y sangre. Aun así, eran de buena calidad, e instantáneamente lo diferenciarían de los demás en aquel barrio. Necesitaba librarse de todo ello.

Se puso de pie con una mueca de dolor, como con un taladro en la cabeza, y comenzó a avanzar precavidamente por el callejón hacia el corazón del suburbio, probando a abrir los cerrojos de las puertas por las que iba pasando, pero todas estaban cerradas por dentro. Justo antes de llegar al siguiente cruce, oyó unas voces y retrocedió de prisa hasta que llegó a una tienda que tenía un arco delante, y allí, en la esquina, se escondió. Algo de color rojo chillón brilló en el cruce, y un momento más tarde apareció un hombre con una antorcha a la cabeza de una partida armada con porras.

—Bueno, ¿se puede saber dónde está? —gruñó uno de los hombres—. Pensaba que era aquí donde dijo aquel tipo que lo encontraríamos.

—Quizá nos ha tomado el pelo —dijo otro.

—¡Dejad de cuchichear! —los cortó el que llevaba la antorcha.

Hicieron una pausa y debatieron en qué dirección continuar, pero al fin el líder decidió seguir por el callejón y rápidamente se perdieron de vista, y el resplandor de la antorcha se desvaneció tras ellos. Cato aguardó hasta que no pudo oír ya sus voces, y luego emergió desde el arco y anduvo con muchas precauciones hasta la esquina del cruce. La patrulla ya estaba bastante lejos. Dejó escapar un suspiro de alivio y cruzó al otro lado.

A corta distancia más allá se encontró con un arco estrecho que conducía a un patio comunal compartido por los edificios que lo rodeaban. En el centro del patio se levantaba una pequeña fuente, muy antigua, de cuando aquella parte de la ciudad todavía no tenía tantas construcciones. El agua salpicaba un estanque grande, que se desbordaba por una serie de abrevaderos, y la

restante era recogida en un surco que corría fuera del arco. Cato aguardo un momento, pero no oyó nada. Entonces se acercó a la fuente, se quitó el manto y puso la cabeza bajo el chorro. El agua estaba terriblemente fría, y ahogó un gemido cuando le corrió por el pelo, limpiando la sangre. Se pasó los dedos por el chichón que tenía en el cuero cabelludo y respingó al notar un agudo dolor. Estuvo tentado de lavarse, pero se lo pensó mejor. La suciedad contribuiría muy bien a su disfraz.

Miró a su alrededor y vio una zona cubierta al otro lado del patio, más allá de la cual se extendían unas cuantas cuerdas con ropa tendida. Una escasa colección de ropajes colgaba de ella. Al dirigirse hacia allí, oyó el ruido de una cadena y una forma oscura se separó de la oscuridad, trotando hacia adelante, hasta detenerse cerca de él con un sonoro ruido. Un perro guardián. Cato al instante temió que el animal lo delatara y empezara a ladrar. Pero, por el contrario, meneó el rabo y lo olisqueó con curiosidad. Estiró la mano y se acercó cautelosamente. El perro tiró del collar y lamió los dedos de Cato en cuanto estuvo a su alcance. Este fue avanzando poco a poco y acarició la papada del animal, mientras la lengua de éste lamía con entusiasmo su palma.

—Buen chico —susurró Cato—. Ahora quédate calladito.

Después de ocuparse un rato del animal, se acercó a la ropa tendida. Había un surtido de túnicas y mantos, en su mayor parte apedazados y deshilachados, y un gorro de fieltro. También había una bolsa grande de ropa con un asa a cada lado. Cato cogió la túnica y el manto que le parecieron más ajados, y también el gorro. Colgó su propia ropa en su lugar, imaginando con pena el regocijo que sentiría aquel que descubriese el cambio. La túnica tenía un olor agrio y, cuando se la puso, la tela le rozó áspera contra la piel. El broche de su manto era de plata fina, y Cato no quería perderlo, así que se lo guardó en la bolsa y se sujetó el manto con la aguja sencilla de hierro que estaba en la prenda. Notaba el contacto tranquilizador del cinturón con la espada y la daga. Sólo quedaba un último objeto personal que esconder: el brazalete de oro. Se preguntaba por qué su asaltante no le habría robado un objeto tan valioso, pero comprendió que a aquel hombre le habría costado mucho explicar de dónde había sacado algo tan precioso. Cato puso en dentro de la bolsa de ropa el brazalete y se pasó la tira por encima de la cabeza.

Satisfecho con su nuevo aspecto, se volvió al perro y lo acarició suavemente en la cabeza, y luego le dio unas palmaditas en el flanco para tranquilizarlo.

—Dudo de que Cerbero vaya a perder el sueño temiendo que lo puedas reemplazar, mi peludo amigo.

El animal frotó la cabeza contra el muslo de Cato y, tras darle una última palmadita, éste se alejó. El perro levantó la vista y lanzó un gemido mientras la oscura figura cruzaba el patio, y luego se retiró a su rincón, donde se quedó echado entre las patas lanzando profundos suspiros.

Al salir al callejón, Cato levantó la vista y vio los primeros indicios de la aurora en el cielo plateado entre los bloques de pisos que se alzaban a cada lado. La ropa robada que llevaba olía fatal, pero, entre ellos y las manchas de suciedad de la piel que llevaba expuesta, nadie lo tomaría por un prefecto de la Guardia Pretoriana. Se apretó bien la capucha y se encaminó hacia la colina Viminal. No tenía duda alguna de que uno de los primeros lugares donde Palas enviaría un destacamento de búsqueda sería a la casa de Sempronio. Cato tendría que aproximarse con mucho cuidado, pero necesitaba asegurarse de que Lucio estaba a salvo, y también debía hablar con Macro. Necesitaba la ayuda de su amigo para encontrar al asesino de Granico. Si el hombre era todavía un pretoriano en activo, Macro podría continuar la búsqueda en los barracones.

Por supuesto, era posible que Palas tuviera a Macro bajo vigilancia, por si Cato intentaba contactar con él. Eso es lo que él mismo haría si estuviera en la posición del secretario imperial, supuso Cato. En tal caso quizá sería mejor mantenerse alejado del centurión y no implicarlo. Las probabilidades estaban contra Cato. No era correcto poner en peligro a su mejor amigo. Pero ¿a quién más podía pedir ayuda? ¿En quién podía confiar, si no?

Cuando Cato llegó a la calle en la que vivía Sempronio, el sol había salido ya. Unas nubes oscuras de lluvia se aproximaban desde el este y tapaban con rapidez el pálido disco, de modo que una oscuridad heladora se abatía sobre la ciudad. La brisa agitó las hojas caídas y las arrastró por la calle hacia la cara de Cato. Este se arrebujó en el manto mientras se dirigía a una taberna, a corta distancia de allí. Aunque había mucho sitio para sentarse dentro, eligió un banco con vistas a la calle, y se sentó junto a otros

madrugadores, el grupo habitual de clientes que mataban el tiempo antes de dirigirse a las casas de sus patronos a buscar empleo para aquel día o una dádiva para poder volver a la taberna y tomar otra bebida.

Una chica muy delgada con la piel manchada y el pelo fino y grasiento le preguntó qué iba a tomar.

—Vino con miel.

—¿Jarra o vaso?

—Sólo un vaso.

Ella le dirigió una mirada escudriñadora, y volvió a hablar de nuevo:

—Serán dos ases. Por adelantado.

Cato la miró, ceñudo.

—Puedo pagarlo.

—Lo siento, señor. Son las normas del propietario. Si no eres cliente habitual, tienes que pagar por adelantado.

—Muy bien —resopló mientras buscaba la bolsa que colgaba de su cinturón. Sacó un sestercio y se lo tendió a la chica—. Quiero el cambio. Me gustaría dar propina, pero mi norma es que, si no soy cliente de una taberna, primero me guardo el cambio, y luego compruebo si me dan un buen servicio.

Ella lo fulminó con la mirada antes de volverse en redondo y dirigirse a la barra. Volvió con un vaso que colocó bruscamente en el banco que estaba delante de él. Cuando se marchó, Cato dio un sorbo y se quedó mirando la calle con el vaso entre las manos. Un puñado de esclavos salían de diversas casas en dirección al Foro para comprar los alimentos del día. Unos cuantos vendedores ambulantes iban de puerta en puerta con sus mercancías, consiguiendo alguna venta ocasional. A corta distancia, más allá de la entrada de la casa de Sempronio, se agachaba un mendigo, al abrigo de un contrafuerte, con su única pierna estirada ante él. De vez en cuando levantaba una lata y la agitaba ante los viandantes. Mientras tanto, las nubes seguían adueñándose del cielo.

Empezaron a caer las primeras gotas, y la gente se levantaba las capuchas, si las tenía, o bien apretaba el paso para buscar refugio antes de que arreciara. Pronto quedaron muy pocas personas en la calle. Cato observó que el

mendigo no se había ido, sino que sólo se había desplazado un poco para resguardarse un poco más en el rincón del contrafuerte.

—Tiene que ser un mendigo muy entusiasta, o bien alguien que está obedeciendo órdenes —murmuró para sí.

Justo entonces se abrió la puerta de la casa y salió Macro. La niñera se quedó al abrigo del dintel, con Lucio a su lado chupándose dos dedos. Cato sintió un brote de desesperación al ver a su hijo. Era extremadamente doloroso verlo y no poder estar con él. Macro besó a Petronela, dio unas palmaditas a Lucio en la cabeza y se alejó por la calle, en dirección al campamento. Al pasar junto al mendigo hizo una pausa y habló brevemente con él, luego le arrojó una moneda en la lata y siguió su camino.

Cato esperó a que se cerrara la puerta para dejar su copa y levantarse, dispuesto para salir al encuentro de su amigo. El mendigo, sin embargo, ya estaba usando su muleta para levantarse. Miró a ambos lados de la calle, se metió la lata dentro del estropeado manto, se colocó la muleta bajo el brazo y siguió a Macro a cierta distancia, con una velocidad impresionante para un hombre con una sola pierna.

Cato levantó la vista hacia el cielo. La lluvia caía con fuerza, golpeando las losas y cayendo de las tejas de los tejados. Con el gorro bien ceñido y los hombros encorvados, salió a la calle y empezó a seguir a los dos hombres que iban por delante de él.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Macro había estado toda la noche sin dormir, así que se puso a repasar lo poco que había conseguido saber del optio al mando del pelotón de búsqueda pretoriano. Al amanecer Petronela se empezó a remover y se vistió para iniciar sus tareas diarias, pero él se quedó allí pensando. Nada tenía mucho sentido. No podía creer que su amigo hubiese matado a sangre fría a un senador anciano e indefenso. ¿Qué motivo podía tener para llevar a cabo semejante canallada? A Macro no le cabía duda alguna de que se trataba de un error, en el mejor de los casos; en el peor, algún bellaco traicionero le había tendido una trampa. Fuera como fuese, alguien pagaría por aquellos problemas que había echado sobre los hombros de Cato. Macro estaba firmemente convencido de ello. Y si resultaba que era obra de aquel reptil asqueroso de Palas, Macro le arrancaría el corazón y se lo daría de comer a los cuervos.

El pelotón de búsqueda había hecho un trabajo exhaustivo: había escudriñado todas las habitaciones de la casa, así como debajo de los aleros y en las polvorientas y húmedas bodegas. Habían movido y tirado algunos muebles, y también habían roto algunos cuencos y ornamentos muy caros. Los ruidos y los gritos de los soldados habían despertado a Lucio, que había estallado en lágrimas antes de que Petronela pudiera ir a consolarlo. Finalmente consiguió calmarlo, pero sólo después de que se fueran los soldados, y siguió a su lado, acariciando su fino cabello mientras el niño volvía a dormirse en un sueño agitado, retorciéndose y gimiendo de vez en cuando.

El optio se había marchado tras hacerles una seria advertencia. El palacio imperial había decretado que cualquiera que ofreciera refugio o auxilio al fugitivo sería condenado a muerte con él. Y eso era llevar las cosas un poco demasiado lejos, pensó Macro, ya que normalmente antes de la ejecución

tenía que celebrarse un juicio. Quizá fuera signo de los tiempos y aquélla fuese la forma que tenía de comportarse el régimen de Nerón. Si sucedía así, entonces era una señal de que Roma se iba a convertir en un lugar tan peligroso como las avanzadillas más alejadas del Imperio.

Macro intentó dejar a un lado unas perspectivas tan siniestras y se puso a pensar en Petronela. Había sido una enorme sorpresa para él. Es cierto que era la niñera de Lucio y, además, propiedad de Cato, pero era muy ingeniosa y con una personalidad fogosa, sobre todo cuando se la provocaba. También había demostrado ser una tigresa en la cama, y Macro, que normalmente solía respetar los papeles asignados a hombres y mujeres por la naturaleza, se había sorprendido a sí mismo permitiendo que ella se pusiera encima y lo cabalgara hasta exprimirlo, momento en el cual ella se había inclinado hacia adelante y, tomándole la cabeza entre las manos, lo había besado hasta que él se recuperara lo suficiente como para volver a disfrutar de sus encantos. Sólo con recordarlo un cosquilleo le recorría la entrepierna, pero no era aquél el momento de regodearse con esos ensueños. Aunque la cohorte había reemprendido su rutina diaria, todavía tenía que ocuparse de las pesadas tareas administrativas. Y tendría una mejor posición para averiguar más cosas de la búsqueda de Cato en el campamento pretoriano que holgazaneando allí, en casa de Sempronio.

Echando atrás las sábanas de la cama, se levantó, se vistió y fue a reunirse con Petronela en la cocina, donde Lucio desayunaba. El niño no había dormido bien por intrusión de la noche anterior, y estaba malhumorado y se negaba a cooperar. Sentado, con los brazos cruzados y los labios apretados, negaba con la cabeza mientras la niñera le ofrecía una cucharada de gachas.

—Venga, hombrecito... ¿Qué dirá tu padre si sabe que te has portado mal?

—No me importa.

—Pero a él sí. Y te voy a decir una cosa: por muy valiente que seas, no debes negarte nunca a hacer lo que quiere tu papá.

Los ojos de Lucio se abrieron mucho.

—Yo tampoco debo hacerlo. Me asusta de muerte. Le he visto cortar a hombres en dos por no comerse la ración. —Y Macro se echó a temblar

teatralmente, y un momento después Lucio se inclinó hacia adelante y abrió bien la boca para que Petronela le diese la comida.

—¡Así me gusta! —sonrió Macro, y se sirvió un cuenco también.

—Así vas a aterrorizar al pobrecillo, no seas animal. —Petronela negó con la cabeza.

—Mientras sirva...

Macro comió con fruición y enseguida se preparó para marchar. Ya en la entrada de la casa, se abrochó el cinturón y se envolvió en el manto, y luego abrió la puerta. Llovía fuera y Petronela hizo una mueca.

—Te vas a empapar.

—Un poco de lluvia nunca ha hecho daño a un soldado. —Macro la besó y luego sonrió a Lucio y le dio unas palmaditas en la cabeza—. Sé un buen soldado hoy y obedece a tu niñera, ¿entendido?

—Sí, señor. —Lucio sonrió.

Macro salió a la calle y se encaminó hacia el campamento pretoriano. A pesar de la lluvia, sus pensamientos volvían a la situación de su amigo, huido y sin duda falsamente acusado. Estaba decidido a hacer lo que pudiera para ayudar a Cato. Pero necesitaría ayuda. Podía contar con Sempronio, y estaba también Vespasiano. El antiguo comandante de la Segunda Legión los tenía en mucha estima, y Macro confiaba en que hablaría a favor de Cato cuando volviese a Roma. Sin embargo, en cualquier caso, no se podía negar que su amigo corría un gran peligro.

—Un as para un viejo soldado que no ha tenido suerte.

Macro miró al patético mendigo que se acurrucaba al abrigo de un contrafuerte que sujetaba el alto muro del jardín de uno de los vecinos de Sempronio. Se acercó a él, conmovido al ver la prueba viviente de la dura vida y las pocas recompensas que tenían los hombres que habían combatido con gran esfuerzo por Roma.

—¿Con qué unidad estabas, hermano?

El mendigo levantó una mano para saludar.

—La Décima, señor. Estuve con ellos quince años antes de perder la pierna.

—¿Y cómo ocurrió?

—Un hacha de un bárbaro hijo de puta casi me la cortó del todo por la rodilla, que los dioses te bendigan, señor.

—Qué lástima. —Macro buscó en su bolsa y le dio un sestercio al hombre—. Protégete de la lluvia y que te sirvan una comida caliente.

—Gracias, señor. Muy generoso.

Macro inclinó la cabeza como despedida y siguió su camino, bajando la cabeza para guarecerse de la lluvia. Un sestercio era una cantidad muy elevada para dársela a un mendigo, pero era poco en realidad para un antiguo camarada de armas, especialmente cuando éste no tenía dónde ir en medio del invierno. Macro esperaba que Cato tuviera comida y cobijo, al menos. Dondequiera que estuviera en aquel preciso momento.

* * *

Cato no se atrevió a seguir al mendigo demasiado de cerca por si el hombre se volvía y lo veía y empezaba a sospechar, así que mantuvo una distancia segura, con Macro a similar distancia por delante, y así fueron subiendo por las calles hacia la muralla de la ciudad. En la Puerta Viminal, los centinelas dejaron pasar a Macro intercambiando un saludo con él. El mendigo relató un poco su historia antes de cruzar, y luego echó a correr hacia delante para no perder a Macro. Cato dudó un momento, pensando con rapidez, mientras se dirigía a la puerta. La fortuna estaba de su parte, ya que no reconoció a ninguno de los hombres de guardia. Uno de los soldados le cortó el paso.

—Bien, majo, ¿por qué tanta prisa?

—El funeral de mi padre es esta mañana. Tendría que estar allí ya. Lo van a quemar hoy.

El pretoriano levantó la vista hacia la lluvia.

—Eso es lo que tú querrías.

—Por favor, mi familia me espera.

—No tan rápido. Espera aquí. —El soldado se volvió a llamar a su optio—. Este dice que va a un funeral.

El optio se adelantó y miró a Cato de arriba abajo.

—Al menos podías haberte vestido para la ocasión.

—Es lo único que me puedo permitir. —Cato levantó la manga—. Trabajo en una lavandería. ¿Sabes lo que me pagan?

—No. Y no me importa demasiado. —El optio movió el pulgar hacia la puerta—. Sigue tu camino.

Cato asintió como dando las gracias y, echando a correr, pasó bajo el arco y se fue por la calle del fondo. Durante un trecho, las columnas del acueducto de Marte le proporcionaron una cierta protección del viento y la lluvia, hasta que la estructura dio un giro abrupto a la derecha, al otro lado de la calle, y se alejó hacia las colinas del sur. Cato caminó lo más rápido posible para alcanzar al mendigo y a Macro, y luego mantuvo el mismo ritmo que ellos. El suburbio no estaba tan densamente poblado como la parte de la ciudad dentro de las murallas, y allí no se aplicaban las mismas estrictas normas sobre el fuego, de modo que el humo se elevaba desde muchas chimeneas, pues la gente hacía lo que podía para mantenerse caliente durante los meses de invierno. El campamento pretoriano estaba a menos de un kilómetro de la puerta, y Cato ya podía distinguir sus muros y torres por encima de los tejados de los edificios.

Por delante el terreno era abierto, y Macro fue a lo largo de un lado del campamento hasta llegar a la puerta que se abría desde la carretera. El centinela se acercó a él, le dio el santo y seña, entró y desapareció de la vista. El mendigo encontró un lugar resguardado justo enfrente del campamento, bajo un cobertizo con tejas, en la parte de atrás de una taberna, el Regreso del Guardián, donde se instaló para hacer guardia. Consiguiendo no ser visto, Cato se internó en una calle lateral, y entonces dio la vuelta hasta volver a la carretera, unos cien pasos más allá de donde se encontraba el mendigo. El único refugio que pudo encontrar fue un ciprés, y se escondió a esperar detrás del tronco.

La mañana fue pasando y la lluvia continuó sin parar. La ropa de Cato, barata y gastada, estaba empapada tras el paseo por la colina Viminal, y sentía cada ráfaga de frío viento con intensidad, de modo que al poco rato empezó a tiritar. Le consolaba muy poco saber que el mendigo debía de estar soportando unas penalidades similares. En cualquier caso, era muy probable que fuera un espía de Palas, y eso conseguía eliminar cualquier asomo de compasión que pudiera sentir por él. El secretario imperial había calculado, acertadamente, que su presa estaría ansiosa por contactar con Macro, y Cato ahora se arrepentía de su plan de buscar a su mejor amigo. Si vigilaban a

Macro, resultaría difícil llegar hasta él. Además, pondría en peligro su vida. Lo conocía lo bastante como para saber que si la situación hubiese sido la inversa Macro acudiría a él para buscar ayuda, y Cato hubiera respondido sin dudar ni un solo instante. Aun así, no pudo evitar sentir cierta culpabilidad por sus actos mientras esperaba a su amigo. Podían pasar horas, podía pasar todo el día. La única esperanza que tenía era que al llegar la noche seguro que Macro buscaría el cálido abrazo de Petronela.

* * *

Pasaron las horas interminablemente y el frío le penetraba la carne y los huesos, de modo que al mediodía no había parte alguna de su cuerpo que retuviese una pizca de calor. Poco más tarde cesó la lluvia intensa y sólo una fina llovizna insistente caía del cielo plomizo. De vez en cuando, algún individuo o un pelotón de pretorianos salía del campamento para cumplir con sus deberes, y Cato los observaba con mucha atención, por si Macro se encontraba entre ellos. Pero no vio señal alguna del físico robusto e inconfundible de su amigo, y Cato se resignó a sufrir más incomodidad y más aburrimiento.

A última hora de la tarde sonó la trompeta del cambio de guardia. Poco después, una multitud de soldados con permiso salió y cruzó la calle hacia la taberna, y pronto se empezaron a oír risas, canciones y gritos. Una mirada cuidadosa e inquisitiva en torno al tronco del árbol le reveló que el mendigo seguía en su puesto, en guardia, aunque también aprovechaba la situación para aceptar monedas de los soldados, además de la recompensa que seguramente le había ofrecido Palas, pensó Cato torvamente.

Empezó a sentir hambre, y recordó que no había comido nada desde el día anterior al mediodía. Ahora su estómago empezaba a quejarse, y se unía al latido doloroso de su cabeza. Intentó distraer su mente de la triste situación que vivía pensando en las posibles razones para que le hubiesen intentado cargar el crimen del senador Granico. Era difícil creer que Palas urdiera algo tan retorcido sólo porque Cato no estuviera dispuesto a trabajar para él. Después de todo, el liberto imperial parecía muy seguro de que su velada amenaza de hacer daño a Lucio bastaría para obligar a Cato a hacer lo que deseaba. De modo que ¿por qué intentar destruirle? No tenía sentido...

A menos que tuviera algo que ver con el respeto del que disfrutaba Cato entre las filas de la Guardia Pretoriana. A lo largo y ancho del Imperio los soldados tendían a ser leales a los comandantes que habían demostrado su valor. No era distinto en el cuerpo de los Guardias, aunque la generosidad también ayudaba a ganarse lealtades, como había descubierto Sejano cuando dispuso que se repartieran bonificaciones imperiales a los pretorianos. En la situación presente, era lo contrario lo que motivaba a los soldados. El no haber recompensado la lealtad de las unidades recién llegadas de Hispania había resultado realmente un asunto muy grave. Los soldados estaban descontentos. Y, mientras tanto, uno de sus comandantes disfrutaba del favor público. Cato sabía que todos esos factores Palas los percibía como una amenaza para Nerón, en cuyo caso se le podía haber ocurrido que una solución sería librarse de él destruyendo su reputación. Y el asesinato de un senador anciano a sangre fría bastaría para condenarlo a ojos de la multitud y, mucho más importante, a ojos de las unidades pretorianas. Podía sacar otro beneficio de un plan así: la eliminación de un senador dogmático cuyo comportamiento descarado estaba causando bochorno al nuevo emperador y su régimen, a la vez que animaba a otros a hablar en favor de limitar el poder de Nerón. Algunos hablaban incluso a favor de volver a la república.

En cuanto a ese asunto, Cato no sabía muy bien qué opinar. La república había desaparecido hacía cien años, y Julio César había asumido poderes dictatoriales de por vida. Y durante décadas, después de aquella fatídica decisión, se habían encarnizado las guerras civiles. Fue Augusto el que se dio cuenta de que no había vuelta atrás, que la única forma de llevar la paz a la sociedad romana era a través de un gobierno con mano firme y corazón de hierro. Si la plebe era feliz, la cuestión de cómo se les gobernara seguiría siendo un asunto absolutamente indiferente para ellos. Si se mantenía a las capas superiores de la sociedad viviendo con miedo, se acobardarían y mostrarían indiferencia. Algunos de ellos, como Granico, a lo mejor levantaban la voz, y pagaban el precio por hacerlo; otros, como Domicia y sus compañeros, seguirían luchando contra el emperador, en secreto. Quizá asegurasen que sus conspiraciones se vieran animadas por ideales elevados, pero Cato era lo bastante cínico como para pensar que su auténtica ambición

era reclamar el poder que ostentaba la aristocracia antes de la época de los emperadores.

Cato suspiró. Creía en los ideales de la república, pero en la práctica ya no veía que fueran en mayor interés de Roma y de su gente. Habían cambiado demasiadas cosas. Roma había llegado a depender mucho de sus emperadores y sus libertos imperiales.

Justo entonces una figura abandonaba el campamento.

CAPÍTULO DIECISIETE

Era Macro, no había ninguna duda. Cato vio salir a su amigo, que caminaba hacia la Puerta Viminal. Pasó junto al Regreso de los Guardianes, se detuvo, dudó un momento y luego dio media vuelta y entró en la taberna.

—Fiel a sí mismo —murmuró Cato castañeteando los dientes. Había deseado fervientemente que Macro se hubiera marchado directo a casa. Al menos así hubiera tenido la oportunidad de mover de nuevo sus miembros, y de que algo de calor volviera a su cuerpo. Pateó el suelo con los pies y se frotó los brazos vigorosamente mientras seguía esperando. Afortunadamente, los encantos de Petronela superaban los placeres de pasar una noche bebiendo, y Macro salió pronto, secándose la boca con el dorso de la mano. El mendigo esperó un momento y luego empezó a seguir al centurión, cojeando. Cato los siguió.

En cuanto estuvieron de vuelta en el interior de la muralla, entre los edificios atestados de la calle, acortó la distancia con los dos hombres que iban delante de él, temiendo perderlos entre el gentío que corría con las capuchas de los mantos levantadas. Sabía que había pocas posibilidades de hablar con Macro si volvía a casa de Sempronio, pues seguramente estaría vigilada tanto por delante como por detrás. Debía encontrar una forma de llegar a él antes. Cien pasos por delante ya se veía el cruce donde Macro tenía que girar a la izquierda, hacia una calle menos frecuentada. Aquélla era su oportunidad, se dio cuenta Cato con rapidez.

Giró por el primer callejón lateral y corrió por el sucio empedrado, colocándose en paralelo con Macro y el mendigo, tratando de mantenerse por delante de ellos y así poder cortarles el paso. Había una abertura hacia la calle por donde cruzarían. Cato retrocedió y se sumergió en las sombras, conteniendo el aliento, y notó la familiar tensión corporal ante la perspectiva de la acción. Pasaron unas cuantas personas; luego oyó el crujido de las botas

militares y se apretó bien contra la pared del edificio que estaba en la esquina de la calle. Macro caminaba con una sonrisa de satisfacción en la cara. Soltó un eructo y se dio unos golpes en el pecho. Y entonces desapareció de su vista. Cato dio un paso adelante, mientras sonaba el sordo golpeteo de la muleta en las piedras de la calle. El mendigo apareció justo entonces, mirando fijamente al frente mientras pasaba.

Cato apretó el paso, miró hacia atrás, pero no había nadie a la vista por lo menos en cincuenta pasos; sólo una pareja de ancianos que iban del brazo, y que era muy poco probable que intervinieran. Apretó de nuevo el paso, acercándose más al mendigo. En el último momento el hombre se volvió, nervioso, y Cato se arrojó hacia él, le agarró la muleta y se la arrancó de la mano. Con un agudo grito, el mendigo cayó al suelo con las manos extendidas, agarrándose a los pliegues de la túnica de Cato, pero sus dedos se deslizaron y entonces se agarró con todas sus fuerzas al tobillo del pretoriano.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Ayudadme!

La pareja de ancianos se detuvo y miró hacia delante sin saber qué hacer.

Cato intentó liberarse de la presa del mendigo, pero el hombre era mucho más fuerte de lo que le parecía, y siguió agarrado. Arriesgándose a perder el equilibrio, Cato le dio una patada en el costado con el pie que tenía libre, pero no sirvió de nada. Entonces, desesperado, levantó la muleta y le dio con ella en la cabeza. El hombre se agachó y recibió los golpes en el hombro, y siguió intentando gritar para pedir ayuda, mas sin aire ya en los pulmones.

—¡Ya basta, hijo de puta! —rugió la voz de Macro, y antes de que Cato pudiera levantar la vista, su amigo le había dado un puñetazo en los riñones, lo cogió por los hombros y lo arrojó con toda su fuerza hacia el otro lado de la calle. Cato se dio un golpe contra la pared y cayó con un gruñido. La muleta también cayó a su lado. Macro la tomó y la blandió como si fuera una porra.

—¿Qué coño le pasa al mundo, que sinvergüenzas como tú deciden robar a un tullido indefenso? —Hizo una pausa y miró al mendigo—. Espera..., ¿a ti no te he visto antes? Ah, sí, el tipo de la Décima... —Se volvió de nuevo hacia Cato—. Has cometido un grave error, amigo mío. Nadie se mete con un veterano del ejército y sale ileso. No si lo puede evitar el centurión Macro.

Cato levantó un brazo para resguardarse la cara.

—¡Espera!

—¡Y una mierda!

La muleta bajó con fuerza, y Cato sólo tuvo tiempo de arrojarse a un lado, de modo que el golpe aterrizó en sus costillas. Aun así, gritó lleno de dolor:

—¡Alto!

Macro se echó atrás, preparándose para golpear otra vez.

—¡Joder, Macro!

Su amigo paró en seco.

—¿Cato? ¿Eres tú, muchacho?

Cato se incorporó apoyándose en un brazo y se quitó el gorro de la cabeza con la mano libre.

—Sí, y gracias. Podrías haberme matado...

—Bah, no exageres... Dejarte lisiado, lo mismo sí... —La expresión de Macro se tornó seria—. ¿Qué demonios está pasando? Te buscan por asesinato y, de repente, apareces dando palizas a inválidos... Será mejor que hablemos.

—Seguro, pero primero debemos tener unas palabritas con nuestro amigo.

—Cato señaló al mendigo, que poco a poco se apartaba de ellos.

Macro se volvió hacia el hombre.

—¿Él? ¿Por qué?

—Porque lleva todo el día espiándote. —Cato se puso de pie y se tocó el costado con suavidad. Hizo una mueca.

—¿Espíandome? ¿Espíandome para quién? —preguntó Macro.

—Palas. ¿Verdad que no me equivoco?

El mendigo los miró con gesto nervioso mientras conseguía alcanzar la pared del edificio más cercano y se apoyaba en ella para levantarse, tan firmemente como pudo.

—Dejadme en paz. Sólo soy un veterano, chicos, que mendiga para poder vivir, eso es todo. No trabajo para nadie.

—¡Mentiroso! —escupió Cato—. Vamos a algún lugar tranquilo y te contaré lo que ha ocurrido, antes de hablar con éste.

Macro asintió, y ya estaba agachándose para levantar al mendigo del suelo cuando lo sorprendió un movimiento súbito, un relampagueo de metal, y retrocedió asombrado ante la brecha en su antebrazo. La sangre surgió del

corte en la carne, y Cato se dio cuenta de que el hombre había sacado un cuchillo que llevaba escondido y que ahora lo empuñaba amenazador.

—¡Apartaos de mí si valoráis vuestras vidas!

Macro levantó la muleta y sonrió con brutalidad.

—No me voy a ningún sitio, amigo mío. ¡Ni tú tampoco!

Golpeó con todas sus fuerzas la parte lateral de la cabeza del mendigo con la muleta, y el hombre se derrumbó de lado con un largo suspiro; el cuchillo resbaló de sus dedos y él se quedó quieto.

—¡Por Júpiter! Espero que no lo hayas matado.

—Claro que no —repuso Macro, confiado—. Sólo ha sido un golpecito en la cabeza. Si es un veterano, como dice, ya estará acostumbrado. Sólo tendrá un moretón muy feo y un dolor de cabeza fuerte, si no me equivoco.

Cato levantó la vista y miró a ambos lados de la calle. La pareja de ancianos había retrocedido hacia la calle principal, y él temía que hubiesen encontrado a alguien que pudiese ayudar al mendigo golpeado.

—Será mejor que nos vayamos...

* * *

Cuando el crepúsculo extendía sus sombras por la ciudad, Macro y Cato encontraron un burdel pequeño, pero bien cuidado, y hablaron con el propietario para que les alquilara una habitación privada por unas pocas horas. El hombre les echó un vistazo y luego chasqueó la lengua al ver al tullido que, con una sola pierna, colgaba desmayado entre ellos.

—Lo que queráis, amigos.

Macro frunció el ceño y pidió un par de jarras de vino, y luego le pagó con monedas sacadas de la bolsa del mendigo. Con Macro agarrándolo por los hombros y Cato por el pie, subieron las estrechas escaleras hasta el primer piso y recorrieron el pasillo hasta la puerta de la habitación. Gemidos ahogados y no tan ahogados, y gritos de placer y dolor que quizá fueran auténticos, resonaban en las otras habitaciones ocupadas, y Macro tomó nota mentalmente de que debía probar aquel sitio algún día. Entonces se acordó de Petronela y la culpabilidad dejó a un lado tal perspectiva. Sospechaba que ella era de ese tipo de mujeres a las que no les gusta compartir a su hombre

con otras. Igual que a él tampoco le hacía ninguna gracia la idea de compartirla a ella.

La habitación era pequeña, apenas de dos metros y medio de largo y dos de ancho, y sin ventilación. El único mueble era un colchón de paja muy sucio que apestaba a sudor. También había una pequeña hornacina sobre el colchón, con unos frascos de perfume barato y aceite lubricante, y tres consoladores de madera de diferentes tamaños y medidas. Una vela ardía suspendida de un soporte en la pared del fondo, dando sólo la luz suficiente como para distinguir los objetos. Echaron al mendigo inconsciente en el colchón y apoyaron la muleta contra la pared, y luego se sentaron en el suelo. El propietario apareció en la puerta con dos jarras y tres vasos de cuero muy baqueteados, y los dejó allí. Se quedó un momento, dudando, hasta que Macro habló:

—Si estás buscando una propina, olvídale.

—No es eso. Es que... Ejem, no quiero que pase ninguna cosa rara con ese amigo vuestro. No quiero que mi establecimiento coja una reputación desagradable.

—¿Reputación desagradable? —Macro se rió—. ¡Anda, vete, cabeza hueca, antes de que te la rompa!

El propietario se retiró a toda prisa cerrando la puerta tras él. Macro cogió una jarra, quitó el tapón y olisqueó.

—No es tan malo como se podría esperar de un lugar como éste. —Sirvió dos vasos y le tendió uno a Cato—. Toma. Eso te reconfortará.

—Gracias. —Cato dio un sorbo. Era un vino basto, pero una vez dentro sabía bien. Se quitó el manto empapado—. Mientras esperamos a que se despierte, será mejor que te explique lo que ha pasado.

—Me imagino que será una historia larga, a juzgar por el estado en el que te encuentras, hermano.

Cato pensó un momento y luego le contó todo lo ocurrido desde el arresto hasta el momento en que Macro se le había echado encima, literalmente. Su amigo lo escuchaba con atención, con las manos en tomo al vaso de cuero. Cuando hubo terminado, Cato se bebió todo el vino y se echó hacia atrás, apoyándose en la pared con las manos en las rodillas.

—Pensaba que Narciso era malo, pero este Palas hace que la vieja serpiente se quede pequeña. La cuestión es: ¿qué podemos hacer para limpiar tu nombre?

—Empezaremos con el asesino. Estoy seguro de que es un pretoriano. Y lleva ese tatuaje que te he dicho.

—Un escorpión —asintió Macro—. No me hace gracia tener que decirte esto, chico, pero son muchos los hombres que llevan el tatuaje de un escorpión.

—Quizá, pero la postura era muy concreta: un escorpión atacando, y en esta parte del brazo. —Cato señaló el lugar en su propio brazo—. Estoy de acuerdo en que no es mucho para empezar, pero por ahora es todo lo que tenemos. A menos que saquemos algo en limpio del saltarín este cuando se despierte.

Macro se apretó el puño derecho con la palma de la mano izquierda.

—Ah, sí, algo sí que vamos a sacarle. Ya me aseguraré yo de eso.

—También tenemos que hacer otra cosa —prosiguió Cato—. Quiero llevar a Lucio a algún sitio donde esté a salvo de Palas. Creo que Palas piensa que me va a encontrar enseguida. Si eso no ocurre, temo que aprese a Lucio y amenace con hacerle daño para que yo me entregue. Quizás ya esté pensando en eso...

—Eso es una bajeza, incluso para un cabrón como él. —Macro hizo una mueca.

Cato se encogió de hombros.

—Es exactamente lo que yo haría si estuviera en su lugar.

—A veces no estoy seguro de comprender del todo cómo piensas, muchacho. Una cosa es ser listo, otra cosa es ser un hijo de puta retorcido.

—Si quieres ganar a gente como Palas, tienes que pensar como ellos. Viven siguiendo unas normas distintas, Macro. El truco consiste en aprenderse las reglas del juego y luego jugarlas mejor que nadie. Sólo un tonto cree que hay alguna virtud en ser un buen perdedor. —Cato suspiró—. Quiero que Lucio esté bien protegido hasta que todo esto se resuelva, de una manera o de otra.

Macro calló un momento y luego asintió.

—Creo que conozco a alguien que puede ayudarnos. Petronela tiene unos familiares que viven en una pequeña granja no lejos de la ciudad. Lucio estaría a salvo allí.

—¿Petronela? No tenía ni idea de que su familia poseyera algo. Y tampoco sabía que tuviera familia, la verdad.

—¿Por qué ibas a saberlo? Es sólo una esclava. —Ya mientras pronunciaba aquellas palabras Macro sintió un brote de simpatía por aquella mujer, y al mismo tiempo una ligera decepción por el hecho de que su amigo no supiera nada de su vida antes de haberse convertido en esclava.

Cato se había dado cuenta del cambio de tono en la voz de Macro. Miró a su amigo fijamente; aquello le dolía.

—No quería parecer grosero. Apenas la conozco, y la verdad es que no había pensado mucho en ella. Sé que significa algo para ti. Lo siento.

La disculpa era bienintencionada, se dio cuenta Macro.

—Ya lo sé. Es que la situación es un poco difícil.

Cato guardó silencio unos segundos y luego dijo:

—Esto no es un capricho pasajero, ¿verdad?

—No lo creo. —Marco negó con la cabeza—. Es una buena mujer. Hay algo en ella que no me cansa nunca.

Cato esbozó una sonrisa astuta.

—Centurión Macro, creo que hay un alma romántica escondida bajo ese bronco exterior.

—Si quieres burlarte de mí te puedes ir a la mierda —espetó Macro frunciendo el ceño.

—No, créeme. Es que es una faceta tuya que nunca había visto. Mira, si Petronela puede ocuparse de Lucio y mantenerlo a salvo, es tuya. Te la regalo.

—¿De verdad? —El corazón de Macro latió con fuerza ante aquella idea al principio. Pero luego se sintió culpable. Sería rebajarlos a ambos, tanto a él como a Petronela, que pasara de un amo a otro para que él pudiera aprovecharse del hecho de que ella fuera una esclava. Y no era eso lo que quería. Si su relación tenía algún futuro, debía basarse en que ella eligiera estar con él.

—Escucha, Cato, si ella hace lo que tú quieres, debes darle la libertad. Sólo probaré suerte con ella si es así.

—Podrías elegir tú, si te la regalase.

—No. Si ella accede a ayudarnos, tú la liberas.

Cato asintió en silencio.

Justo entonces un gemido procedente del colchón atrajo su atención hacia el mendigo, que se removía. Movi6 la cabeza despacio de lado a lado y parpade6 mucho hasta abrir los ojos.

—¿Qué ha pasado...? —call6 al momento en cuanto vio a los dos hombres tan cerca, y retrocedió en el colch6n—. Vosotros...

Macro sonri6 con crueldad.

—SÍ, nosotros. Y ahora, amigo mío, creo que es hora de que charlemos un poco. Pero ¿d6nde est6n mis modales? Primero compartamos un vaso de vino.

Vertió el vino en el tercer vaso, llen6ndolo casi hasta el borde, y luego se lo pas6 al mendigo.

—Toma. Métete esto entre pecho y espalda.

El hombre dud6, y Macro apret6 el vaso en su mano, derram6ndole algo de vino en la manga de la túnica.

—He pagado un buen dinero por esto. Es de mala educaci6n rechazar la bebida de un antiguo camarada de armas. Bebe.

El mendigo neg6 con la cabeza.

—No lo quiero.

—No es una oferta, compaÑero. Es una orden. —Macro sac6 la daga con la mano libre y dio unos golpecitos con ella en el muÑ6n del mendigo—. Hazlo.

El hombre se llev6 el vaso a la boca y dio un trago.

—Eso est6 mejor —dijo Macro, para animarlo—. No est6 tan mal, ¿eh? Sigue.

Sin dejar de mirar a Macro con ansiedad, el mendigo vació el vaso rápidamente, salpicando algunas gotas a cada lado de su barbilla. En cuanto hubo terminado, Macro cogió la copa y Cato la volvi6 a llenar.

—Otra vez.

Repitieron el proceso hasta que ambas jarras estuvieron vacías, y al cabo de poco rato el mendigo mostraba una mirada neblinosa y hubo de apoyarse hacia atrás en la pared.

—Nada como un buen trago, ¿eh? —Macro le dio unas palmaditas en la mano—. Bueno, pues ya podemos hablar. Empecemos con tu nombre. Tu nombre real.

—Cayo Feno.

—Encantados de conocerte, Feno. Creo recordar que dijiste que eras veterano de la Décima Legión. ¿Es verdad?

El hombre cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Ya decía yo que no. No me acaban de gustar los hombres que mienten sobre si son antiguos camaradas. Entonces, vamos a aclarar las cosas: ¿trabajas para Palas?

Feno frunció los labios un poco y su respuesta sonó algo pastosa:

—Sí.

Cato se inclinó hacia delante.

Espías para él. Y eso significa que casi con toda seguridad conoces a otros espías que trabajan también para él. Dime, ¿has visto a uno que es más o menos de mi altura, con el pelo oscuro? Es pretoriano y lleva un tatuaje en el brazo. Un escorpión. ¿Lo conoces?

—No... Nunca lo he visto. —Feno cerró los ojos y apoyó la barbilla en el pecho.

Cato lo cogió por el cuello de su túnica y lo sacudió con firmeza, golpeándole la cabeza contra la pared.

—¡Ay! ¿Po-por qué haces eso? —El hombre abrió los ojos y miró a Cato, ofendido—. No-no hace falta que hagas eso, amigo.

—Entonces dime la verdad. ¿Conoces a ese hombre?

—No. Es la verdad. Lo juro.

Cato miró a Macro y este último levantó las cejas. Cato volvió a sacudir al mendigo.

—Y una mierda. O me dices la verdad o estampo tus sesos contra la pared.

—¿Qué-qué? —Feno levantó una mano y la agitó débilmente como protesta etílica—. No-no hace falta... Te he dicho que es la verdad.

Cato se quedó callado un momento.

—Está bien. ¿Qué pasa en casa de Sempronio? ¿Hay hombres de Palas vigilándola?

Feno asintió.

—Y uno por de-detrás.

—¿Y hay más?

—No.

—¿Seguro? Si me mientes, lo pagarás caro.

—No miento. Sólo uno.

Cato lo soltó. Feno cayó hacia atrás. Se volvió a Macro.

—No nos sirve de gran ayuda.

—Pues no. ¿Qué hacemos ahora?

Cato pensó un momento.

—Tú sigue con tus obligaciones y averigua si alguien sabe algo de un guardia con ese tatuaje. Y también habla con Petronela. Si puede esconder a Lucio, dile de mi parte que la liberaré.

—Gracias. ¿Y tú?

—Voy a quedarme apartado. Encontraré un lugar donde esconderme. Nos reuniremos aquí en cuanto te hayas asegurado de que Lucio está a salvo, lejos de aquí.

Macro señaló a Feno.

—¿Y él? ¿Qué hacemos con él? No es buena idea que vuelva a informar a Palas y le cuente lo de nuestra pequeña sesión de borrachera. Quizá sería mejor que desapareciera.

—Sí. Es hora de que salgamos a dar un corto paseo.

* * *

Cato dio un denario al encargado del burdel para comprar su silencio. Luego, con Feno cogido entre ambos, salieron de la taberna y se aventuraron por las calles oscuras en dirección hacia el Foro, hasta que llegaron a una pequeña plaza con una fuente pública. No había nadie a la vista. Cerca de la fuente Cato encontró lo que buscaba: una sólida puerta de madera que cubría la abertura hacia uno de los túneles de las alcantarillas que corrían por debajo de la ciudad, y que desaguaban en el Tíber.

—Sujétalo —ordenó, y transfirió el peso del hombre a Macro. Tanteando hacia abajo, metió los dedos en el hueco que servía para abrir la portezuela y la dejó en el suelo al abrirla. Un hedor nauseabundo surgió de la negra abertura. Feno se agitó.

—¿Qué es ese olor tan malo?

Cato se preparó y luego lanzó el puño con un gancho tremendo que cerró de golpe la mandíbula de Feno e hizo que su cabeza cayera hacia atrás. El mendigo dejó escapar un gruñido y quedó inconsciente en brazos de Macro. Cato sacudió el puño e hizo una mueca por el dolor del impacto. Luego echó un último vistazo a la plaza vacía, se volvió hacia Macro y asintió. El centurión levantó su carga hacia las oscuras fauces de la alcantarilla, hizo pasar el pie del mendigo y el muñón por encima del borde de la abertura y lo soltó. Feno cayó golpeándose la cabeza en el borde de la abertura, y luego desapareció de la vista. Un chapoteo hondo resonó desde abajo, luego un remolino de agua, luego el silencio. Cato volvió a colocar la tapa de la portezuela en su sitio y miró a Macro.

—No podemos correr el riesgo de volver a vernos, a menos que sea absolutamente necesario.

—Estoy de acuerdo. Necesitaremos algún tipo de señal. Podemos usar la casa de baños que hay en la calle siguiente a la de Sempronio. Hay un cobertizo en el patio trasero. Si tienes que hablar conmigo, pinta una C con yeso en la pared, justo debajo de las tejas. Si soy yo quien quiere hablar, dibujaré una M.

Cato asintió.

—Bien. Si cualquiera de los dos hace su marca, nos reuniremos en la sala de vapor al mediodía del día siguiente. ¿De acuerdo?

Macro pensó brevemente.

—Parece que con eso bastará. Sólo necesitaré asegurarme de que no me sigan.

—Eso es.

—Mientras tanto, ten cuidado, Cato. Que no te pillen. —Se sujetaron por el antebrazo.

Cato sonrió con tristeza.

—No te preocupes por mí. Preocúpate por los hijos de puta que me tendieron la trampa. Cuando los encuentre, haré con ellos lo mismo que he hecho con Feno. Por Júpiter, el mejor y más grande, lo juro.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—¿Irnos de Roma? —Petronela levantó las cejas, sorprendida—. Pero ¿por qué?

Macro miró a su alrededor en el jardín, pero la única presencia era la de un esclavo que estaba recogiendo las hojas secas bajo los manzanos, al fondo. La mañana era fría, el cielo estaba nublado y el aire era húmedo. Se volvió hacia Petronela y le tomó la mano con suavidad.

—Tenemos que sacar al niño de la ciudad. No está a salvo aquí. Y tenemos que irnos hoy mismo.

—¿Por qué tan pronto?

Macro había ensayado aquella conversación desde las primeras luces del día, y había decidido contarle a la niñera sólo lo que era imprescindible, por su bien, así como por el de todos los demás.

—Mira, cariño, han puesto una trampa a Cato y lo acusan de un crimen que no ha cometido. Tiene que huir, pero lo buscarán por todas partes. Confían en atraparlo muy pronto. Pero yo no estoy tan seguro. El chico tiene más cerebro que todos los libreros de Alejandría juntos. Y es más astuto que un zorro. Si alguien puede mantenerse alejado de sus garras, ése es Cato. Eso significa que sus enemigos tendrán que buscar nuevas estrategias para apresarlos. Usarán como cebo a Lucio, o bien amenazarán con hacerle daño a menos que su padre se entregue. Por eso tenemos que sacarlo de aquí y mantenerlo a salvo en un lugar en el que no puedan encontrarlo. —Macro hizo una pausa para que ella asimilara lo que acababa de contarle, y luego continuó—: Y no se trata solo del chico. Estoy preocupado por ti también.

—¿Por mí?

Él asintió.

—Ocurra lo que ocurra, aquí no estás segura. Se cuecen problemas. Ya has visto cómo están las calles. Nerón y Británico tienen grupos de

seguidores rivales entre sí que se enfrentan cada vez que tienen ocasión de pelear un poco. El Senado está dividido, y hay rumores de que algunas unidades del ejército quieren alzarse contra el emperador. Si pasa eso, entonces Roma va a ser un lugar peligroso. Será mejor que no estés por aquí, si llega a ocurrir...

—Pero ¿y tú? Tampoco tú estarás a salvo... —Petronela lo miró fijamente, nerviosa.

—Soy un soldado. Estoy acostumbrado, y puedo arreglármelas bastante bien.

Ella no parecía convencida, y Macro notó que su corazón se calentaba ante su obvia preocupación. Le acarició la otra mano y se inclinó para besarla en la frente.

—Estaré bien, te lo prometo. Me he enfrentado a hordas de bárbaros en el pasado y les he dado una buena paliza, de modo que ese pequeño seboso de Palas no va a acabar conmigo.

—Una cosa es tener a tu enemigo de frente, pero que te aceche por la espalda gente como él...

Macro rió.

—De acuerdo. Vigilaré bien todo a mi alrededor.

—¿Y dónde podemos ir, Lucio y yo?

Macro apretó los labios un momento antes de responder.

—Con tu hermana pequeña, de la que me hablaste. La que estaba casada con un granjero. ¿Podemos confiar en ella y en su esposo?

—A ella le confiaría mi vida. No conozco a su marido. Lo único que sé es que Lucila me dijo que es un buen hombre.

—Es lo que necesitamos ahora mismo. Y yo haré que les compense ayudaros a ponerlos a salvo.

—Pero ¿y si no está dispuesta a escondernos?

Macro sonrió.

—Confía en mí. La plata puede ser muy persuasiva, y yo también, si es necesario. Y ahora veamos, ¿a qué distancia de Roma está esa granja?

Petronela pensó un momento.

—Está a unos quince kilómetros al sur de la ciudad, nada más salir de la Vía Apia. La visité una vez poco antes de que me vendiera mi padre.

—Entonces no está lejos. —Macro se frotó las manos—. No hay tiempo que perder. Quiero que prepares unas ropas para ti y para el chico, y cualquier otra cosa que puedas necesitar. Procura que sea un equipaje lo más ligero posible. Y procura que nadie se entere de lo que estás haciendo, y no hables con nadie si puedes evitarlo.

—¿Y el amo?

—El senador Sempronio todavía duerme. Lo he comprobado antes de hablar contigo. Tomé unas cuantas jarras de vino con él después de la cena anoche; no se despertará hasta que haga mucho rato que nos hayamos ido. Es mejor que no sepa nada de esto. No tendría ningún sentido decírselo. ¿Entendido? Simplemente, prepara tus cosas y espérame junto a la puerta trasera de la casa. Llamaré cinco veces. No abras a nadie más.

Ella asintió, y luego notó él apartaba la vista.

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo asegurarme de que nadie nos sigue.

* * *

Había empezado a llover de nuevo cuando Macro salió de la casa. Miró a ambos lados de la calle, pero aparte de unas pocas sombras que pasaban corriendo, no había señal alguna de nadie que vigilase la puerta delantera. Sin embargo, estaban allí. Lo sabía. Ya habrían echado en falta a Feno, y eso significaba que quienquiera que lo reemplazase estaría tomando todas las precauciones posibles para asegurarse de que no lo detectaban.

Se subió la capucha del manto y salió a la calle, caminando hacia el campamento pretoriano. Miraba al pasar las tiendas y tabernas abiertas, intentando descubrir si alguien lo vigilaba. Pero, a pesar de sus precauciones, no vio a nadie sospechoso entre los que pasaban por la calle. Cuando estaba ya a unos doscientos pasos de la casa, giró hacia una calle lateral que conducía al campamento por una ruta más protegida. La lluvia era bastante ligera, así que pudo oír con claridad el sonido de unos pasos que lo seguían un momento más tarde, pero siguió andando sin bajar el ritmo y sin volverse. Por delante, dos hombres empujaban hacia él un pesado carretón de mano. Se apartó a un lado para dejarles pasar y luego volvió al centro de la calzada.

De inmediato se volvió y comenzó a seguir al carretón, agachándose tras él. Al pasar junto a la abertura de una callecita diminuta y oscura, se detuvo y miró entre las ruedas. Su perseguidor se movía hacia un lado de la calle para evitar la carreta, y Macro se dio cuenta de que durante un momento el vehículo bloquearía la visión del hombre. Se apretó contra la pared y sacó la daga. El sonido de las ruedas que retumbaban sobre el empedrado llenó la calle, y entonces oyó un apresurado crujir de botas que daba paso a un paso más rápido, pues su perseguidor se había dado cuenta de que había perdido de vista a su presa y corría para alcanzarlo. Un manto oscuro revoloteó por el callejón, y Macro saltó detrás del hombre y lo golpeó con fuerza en la espalda, de modo que perdió el equilibrio y cayó con estrépito boca abajo en el suelo. Antes de que pudiera reaccionar, el centurión había cogido el pelo del hombre con la mano izquierda y apoyaba la daga en su garganta.

—Levántate. Todo lo rápido que puedas, si quieres vivir.

Su perseguidor estaba sin aliento debido a la caída, y se puso en pie con dificultad, jadeando. De cerca, Macro vio que era un hombre bajo y esquelético de unos treinta años, afeitado y vestido con la túnica azul propia de los miembros de la casa imperial por debajo de un manto sencillo y marrón. Lo arrastró hasta el callejón, y una vez allí Macro le apretó la cabeza con fuerza contra la pared, moviendo la daga por la espalda del hombre, empujando la punta lo suficiente como para que éste pudiera notarla.

—Escúchame con mucha atención —siseó al oído del hombre—. Sé que Palas te ha enviado a espiarme. También sé que hay otro hombre en la parte de atrás de la casa. ¿A que sí?

—No sé de qué hablas... Si quieres robarme, toma mi bolsa y déjame en paz.

—Lo has intentado, chico. —Macro apretó la daga un poco más, y el hombre dio un respingo—. Prueba otra vez. Tu amigo y tú estáis vigilando la casa de Sempronio. Quiero saber dónde está tu amigo, qué aspecto tiene, y su nombre. Y quiero que me lo digas ahora mismo, antes de que tenga que hacerte daño. —Apretó la mejilla del hombre contra la pared de ladrillo para recalcar su exigencia.

—¡Te he dicho que no tengo ni idea de qué hablas! Por favor, coge mi dinero y déjame marchar.

Macro suspiró, echó la cabeza del hombre hacia atrás y la golpeó contra la pared.

—No me estás escuchando, y yo no soy ningún idiota recién bajado de un barco de Macedonia. Así que ésta es tu última oportunidad. Dime lo que quiero saber o empiezo a hacerte daño en serio. —Apretó la daga un poco más y notó una ligera resistencia, y luego la tela del manto y la túnica cedieron y la punta perforó la carne. El hombre dejó escapar un grito ahogado.

—¡Está bien! ¡Hablaré!

Macro aflojó la mano.

—Eso está mejor. Adelante.

—El otro hombre es Tallino, y lleva un manto verde.

—¿Dónde está?

—Vendiendo baratijas junto a una panadería, casi enfrente de la puerta.

Macro se inclinó y se acercó a su oído.

—Será mejor que no me mientas, ¿eh? No soy de los que acepta bien a los mentirosos...

—¡Juro que es la verdad, por mi madre!

—Creo que ella estaría muy decepcionada al ver en qué te has convertido, trabajando para esa rata desalmada de Palas. —Macro retorció la cabeza del hombre hacia atrás y la golpeó contra la pared. Lo volvió a hacer de nuevo, y esta vez los ladrillos aplastaron la nariz del hombre con un suave crujido, y la sangre brotó de ella. Entonces soltó su presa y el cuerpo se derrumbó—. Buenas noches.

Tras enfundar la daga, Macro comenzó a andar. Sus actos no habían atraído la atención del puñado de personas reunidas en las tiendas, a una cierta distancia de allí. Estaba a punto de salir del callejón cuando hizo una pausa, se agachó, recogió la bolsa del hombre, y se guardó las monedas.

—¿Verdad que no te importa? Gracias.

* * *

Colocados encima de una tela roja, puesta a su vez encima de un barril pequeño y al abrigo del tejado de la panadería, se veían un montón de anillos, collares y pulseras de aspecto barato. El espía de Palas estaba apoyado contra

la pared, con los brazos cruzados, mirando la puerta que había en la misma calle, un poco más abajo. Dos mujeres con acento urbano y basto regateaban con el panadero cuando Macro se acercó indiferente por el lado ciego del espía. Esperó un momento para asegurarse de que las mujeres y el desafortunado propietario del negocio estaban ocupados antes de acercarse a él.

—Qué bonito. —Señaló los objetos exhibidos—. Ese collar de ahí, el de la piedra roja. ¿Puedo echarle un vistazo?

El hombre se agachó para levantar el objeto, y la daga de Macro al momento estaba apoyada en su costado.

—Sujeta bien el collar —dijo el centurión, en voz baja—. Con las dos manos, como si lo estuvieran levantando para que yo lo vea. Hazlo, Tallino.

El espía levantó el collar.

—Ahora date la vuelta y ve despacio hacia la casa de Sempronio. No hagas movimientos repentinos, ten cuidado, o si no te destripo aquí mismo.

El hombre miró a Macro por encima del collar. Era joven, con los ojos oscuros e inteligentes y barba rala.

—Lo que tú digas, centurión.

Bajaron por la calle, Macro manteniendo la hoja junto al costado del hombre mientras andaba medio paso por detrás de él. Cuando llegaron a la puerta, llamó cinco veces con los nudillos, manteniendo los ojos fijos en Tallino. Un momento después se descorrió el cerrojo y se abrió un poquito la puerta. La mirada de alivio en la cara de Petronela cuando vio a Macro se desvaneció en el instante en que vio al espía.

—¿Quién es éste?

—Uno de los perros de Palas. Será mejor que nos apartemos de la calle antes de que alguien nos preste demasiada atención.

Petronela abrió la puerta lo bastante para que entrasen los dos hombres, y luego la cerró y volvió a correr el cerrojo. Lucio, que estaba de espaldas a la puerta, estaba en cuclillas muy cerca jugando con sus soldaditos de madera. Había un establo a un lado de la puerta y un cobertizo largo y bajo en el otro lado. La puerta del cobertizo estaba abierta, y Macro hizo señas al hombre de que entrase.

—Ahí. Sube bien las manos, donde yo pueda verlas.

Tallino obedeció y se metió bajo el dintel, justo cuando Lucio se daba la vuelta, sonreía y corría hacia Macro.

—¡Apártate, chico! —Macro miró a un lado.

De repente, Tallino arrojó el collar a la cara de Macro, que instintivamente levantó las manos para protegerse. De inmediato, el espía cogió la muñeca con la que Macro sujetaba el cuchillo y lo arrastró hacia el cobertizo, haciéndole dar la vuelta sobre sí mismo. A pesar de no ser muy alto, era fuerte y diestro, y su súbito ataque había cogido por sorpresa a Macro. Pero ya había terminado la sorpresa, y Macro rechinó los dientes y apretó el puño que tenía libre para golpear de nuevo. Antes de que pudiera moverse, sin embargo, Tallino le metió un pie detrás de la pierna izquierda y tiró con fuerza, obligando al centurión a retroceder, de tal modo que perdió el equilibrio y cayó.

—¡Macro! —gritó Petronela alarmada desde el exterior. Tallino sólo tuvo tiempo para volver a cerrar la puerta de golpe en su cara, y se tiró sobre Macro, quien todavía luchaba por controlar la mano del arma. El impacto fue entumecedor, y la cabeza de Macro golpeó con fuerza el suelo. Luego, el espía cayó con todo su peso encima de él, quitándole todo el aliento que le quedaba en los pulmones, y Macro dio un doloroso respingo. De inmediato, Tallino se retorció; consiguió levantarse y arrodillarse con una pierna a cada lado del centurión, luchando para girar la daga de modo que apuntase a la garganta de Macro. Subió la mano libre del centurión agarrándolo del otro antebrazo, esforzándose al máximo por apartar la hoja. Al mismo tiempo, luchaba desesperadamente por respirar, con jadeos entrecortados. La punta brillante del arma se iba acercando a la piel estremecida de su garganta, y un breve pensamiento atravesó la mente de Macro: lo ignominioso que sería morir en un cobertizo de jardín en Roma, en lugar de enfrentándose a un ejército enemigo con la espada en la mano.

—No... ahora no... amigo... —gruñó, y reunió sus últimas fuerzas mientras sujetaba la muñeca y la rechazaba poco a poco. Por encima de él, los dientes del espía estaban desnudos, y su saliva salpicó la cara de Macro. Tallino se inclinó hacia delante, echándose encima con todo su peso. La punta del arma seguía bajando inexorablemente, y Macro notó que sus poderosos músculos ardían por el esfuerzo de mantener apartada la daga. A

pesar del frío, tenía la frente sudorosa. No podía detener al hombre y, si intentaba sacar la mano izquierda y pegarle, lo único que conseguiría es acelerar su final.

La hoja tembló ligeramente mientras bajaba, y Macro consiguió apartarla en ángulo de su garganta. La punta tocó los pliegues de su manto y los traspasó. Notó una ligera presión en el hombro, e intentó echarse para atrás. Pero entonces llegó la primera sensación punzante y ardiente, cuando la punta desgarró la tela y penetró en la piel. La expresión tensa de Tallino se retorció y se convirtió en una enloquecida mueca de triunfo al ver que las fuerzas de Macro iban menguando.

—Y me advirtieron de que eras peligroso... —dijo desdeñosamente, con los dientes apretados.

La atención de ambos hombres estaba tan centrada en la lucha que ninguno de los dos advirtió que la puerta se abría tras ellos. Petronela se dio cuenta de inmediato que su hombre estaba perdiendo la pelea, y con un chillido se abalanzó desde atrás hacia Tallino y le puso la mano izquierda en torno a la garganta, mientras con la derecha le apretaba los ojos. A la vez, mordió con fuerza alrededor de su oreja y desgarró el cartílago, y un aullido espeluznante salió de la garganta del hombre.

Éste soltó la mano izquierda e intentó darle un puñetazo en la cabeza, pero el movimiento era difícil y los golpes resbalaban. Petronela mantuvo la presión. Debajo de ellos, Macro conseguía al fin refrenar el ataque. Levantó la daga y poco a poco le fue dando la vuelta, de modo que quedó en ángulo recto entre ellos. La niñera había conseguido meter dos dedos en la órbita del ojo derecho de Tallino y apretaba con fuerza, hurgando con las uñas, desgarrando la carne del párpado y presionando el globo ocular, lo que le causaba una agonía terrible. Tallino dejó de intentar pegarle y, por el contrario, se agarró el ojo, intentando soltarse.

—¡Putas asquerosas! —consiguió escupir, pese a todo—. ¡Te voy a matar!

Al oír la amenaza, Macro notó que la rabia inundaba todos los músculos de su cuerpo. Retorció la daga de modo que quedó frente a Tallino de nuevo y, con un movimiento continuo, apretó la punta de la hoja hacia su estómago, hacia la carne blanda y los órganos, hasta la empuñadura. El cuerpo del espía se tensó y se atragantó con un aullido ronco. Macro empezó a bajar la hoja en

diagonal con un ligero movimiento de sierra a través del estómago de Tallino. El olor acre de la sangre y del ácido del estómago asaltó su nariz, y notó que un fluido caliente y pegajoso le empapaba las manos y le chorreaba en la túnica.

El espía soltó la muñeca del centurión y empezó a caer hacia delante. Macro intentó apartarlo, pero Petronela todavía lo estaba asfixiando y apretándole el ojo.

—Suéltalo —jadeó Macro—. Y ayúdame a levantarme.

Hubo una pausa, luego la neblina roja se apartó de la mente de la mujer y Petronela soltó su presa y se incorporó. De inmediato Macro levantó la pelvis y apartó a un lado al espía, mortalmente herido. Tallino cayó de espaldas y se agitó un poco, la sangre y los fluidos brotando de su ojo destrozado. La niñera ayudó a Macro a ponerse en pie y le tomó la cara entre las manos.

—¿Estás bien? ¿Estás herido?

Macro negó con la cabeza, jadeando.

—Sólo sin aliento.

—Gracias a los dioses. —Ella le echó hacia atrás la cabeza y lo besó con fuerza—. Pensaba que te mataba, amor mío.

—¿Amor mío? —Macro levantó una ceja y sonrió.

Entonces los quejidos del espía caído llamaron su atención y se volvió hacia el hombre. La túnica de Tallino estaba desgarrada por un lado, y las vísceras manchadas de sangre sobresalían por debajo de la mano que había puesto encima de la herida. Con la otra mano se tapaba la órbita del ojo, y no paraba de jadear.

—Está acabado. Pero tardará un rato en morir. —Macro tensó su mano en torno a la daga—. A menos que lo ayude...

Se arrodilló junto a Tallino y meneó la cabeza.

—Lo siento, amigo. Pero elegiste trabajar para Palas. Ésta es tu recompensa.

El ojo bueno de Tallino se abrió mucho.

—Tú... hazlo... ya...

Macro asintió y metió la punta de la daga en el tejido blando por debajo de la barbilla del hombre, y luego levantó la vista hacia Petronela.

—A lo mejor quieres apartar la vista.

Ella se retiró hacia la puerta y se limpió la sangre y el fluido del ojo de los dedos, y justo entonces apareció Lucio, con un soldado de juguete en la mano. Antes de que pudiera ver nada, ella lo apartó del cobertizo.

—¿Qué le hace el tío Mac Mac a ese hombre? —preguntó Lucio.

—Le está ayudando a dormir. Sólo eso.

—¿A dormir? Pero es por la mañana...

—El amigo del tío Macro no se encuentra bien... Ven, vamos a jugar.

Macro se volvió hacia el espía. Tallino había arqueado el cuello para exponer su garganta, y Macro vio el pulso que latía bajo la piel.

—A la de tres... ¡Uno!

Y perforó con la hoja piel y hueso, hasta el cerebro, y la fue retorciendo mientras la sangre brotaba de la nariz del espía. Arrancó el arma y el cuerpo de Tallino se agitó con un fuerte espasmo, y luego, tras un último suspiro, quedó completamente inerte. Macro hizo una pausa para limpiar la sangre de la daga, la enfundó e hizo lo que pudo para limpiarse la sangre de las manos y los brazos. Tenía una mancha grande de sangre en la túnica, pero en ese momento no podía arreglarla.

Miró a su alrededor. Había una gran pila de trapos viejos y haces de madera para el fuego al lado de unas escobas, en el rincón del fondo del cobertizo. Arrastró hasta allí el cuerpo, colocándolo tan cerca de la pared como le fue posible, y luego apiló encima los trapos y lo cubrió con la leña hasta que quedó completamente escondido. Entonces, cogiendo la escoba, hizo lo posible por borrar las manchas de sangre de las losas sucias. Hizo una pausa para arreglarse el manto de manera que los pliegues le cubrieran la túnica, se pasó las manos por el pelo para alisarlo y a continuación salió del cobertizo.

Lucio estaba agachado fuera, sujetando a un soldado al que lo hacía luchar con otro que sujetaba la niñera, también agachada. Levantó la vista hacia Macro.

—¿Dónde está el hombre?

—Ah, sí. Bueno, se ha quedado dormido, pequeño. Así que mejor nos vamos, ¿eh?

Macro se dio cuenta de que todavía tenía sangre en las manos. Cruzó hacia el bajo abrevadero que se encontraba frente al cobertizo y rápidamente

se limpió el último rastro.

—¡Ya está! Todo bien. Ahora, vámonos.

Petronela se levantó y recogió una bolsa con su ropa de recambio. Macro cogió el paquete del niño y Lucio rápidamente puso sus soldados en el zurrón y luego tomó a la niñera de la mano. Macro abrió la puerta, los dejó pasar y luego cerró, y los tres partieron en dirección a la Vía Apia, la antigua carretera que conducía al sur, hacia los fértiles campos y viñedos de la Campania. Lucio andaba entre los dos adultos, captando con emoción los detalles de todo lo que veía.

Macro hinchó las mejillas.

—Otra cosa: gracias. Me has salvado la vida allí dentro.

Petronela le sonrió.

—Cualquier hombre que te quiera poner las manos encima responderá ante mí. Y lo mismo ocurre con las mujeres, por cierto.

—Lo tendré en cuenta —se rió Macro. Enseguida su expresión se volvió seria—. Pero primero tenemos que salir de Roma...

CAPÍTULO DIECINUEVE

Una sección de una de las cohortes urbanas estaba de guardia en la Puerta Apia cuando Macro, Petronela y Lucio llegaron allí aquella mañana. Habían conseguido cruzar el centro de Roma sin atraer una atención no deseada. De vez en cuando, Macro miraba disimuladamente a su alrededor para ver si alguien les seguía, pero no distinguió ningún rostro familiar detrás de ellos. Una vez, al doblar una esquina, se retrasó un poco para asegurarse, y un puñado de gente pasó tras ellos, pero nadie ni siquiera los miró. Estudió cada una de las caras antes de volver alcanzar otra vez a Petronela y Lucio, pero no dejó de estar atento por si aparecía alguien sospechoso. Cuando al fin estuvieron ante la puerta, confiaba haber conseguido escapar de la atención de los espías de Palas.

Uno de los centinelas levantó una mano para detenerlos en el momento en que se dirigían hacia el arco que había en la torre de entrada a la izquierda.

—Buenos días, ciudadano. ¿Cuál es tu objetivo al abandonar la ciudad?

Macro hizo un gesto hacia Petronela y Lucio.

—Llevo a mi prima y a su hijo a ver a unos parientes en Lanuvio.

—Ya veo. —El centinela les dirigió una mirada somera y luego volvió a centrarse en Macro—. ¿Eres soldado?

—Pues sí. Sirvo con la Guardia Pretoriana.

—Un momento entonces, señor. —El centinela se volvió y llamó a su optio. Se acercó un hombre robusto, con las mejillas colgantes y los pulgares metidos en el cinturón.

—¿Qué pasa, Nerva?

—Es un soldado, señor. De la Guardia.

—¿Ah, sí? —El optio se puso frente a Macro y lo miró de arriba abajo—. ¿De qué unidad?

Macro ya había decidido que no tenía mucho sentido mentir. Era mucho mejor exhibir su rango en el control para conseguir pasar. Así que se irguió en toda su estatura.

—Soy centurión de la Segunda Cohorte. Y ponte firmes cuando te dirijas a un oficial superior.

El optio se removió con rapidez y puso las manos a los lados.

—Lo siento, señor. ¿Segunda Cohorte, dices?

—Sí, ¿qué pasa?

—Tenemos órdenes de que no cruce la puerta un hombre de esa unidad. Un oficial.

—¿Y creéis que soy yo? ¿Qué descripción tenéis?

El optio pensó por un momento.

—Alto, delgado, de veintitantos años... Se llama Quinto Licinio Cato, señor.

—Bueno, yo me llamo Macro, y no me parezco en nada a esa descripción, ¿verdad?

—No, señor. Supongo que no.

—¿Supones que no? —bufó Macro—. ¿Promueven a cualquier idiota en las cohortes urbanas en estos días o qué?

El optio se sonrojó y, a su lado, el centinela tuvo que esforzarse por ahogar una sonrisa.

—Es obvio que no soy tu hombre. Ni tampoco mi prima, ni su hijito. —Macro dio unas palmaditas a Lucio en la cabeza.

El niño levantó la vista hacia el optio y sonrió con timidez.

—Mi papá es soldado. El tío Mac Mac dice que es el soldado más valiente de todo el ejército.

—¿Ah, sí, hijito? Pues qué suerte tienes.

—Ejem, bueno, sí —respondió Macro con calma forzada—. Pero no tenemos tiempo de detenernos y charlar. No molestemos más a estos hombres, que están muy ocupados.

Lucio miró al optio muy serio y luego anunció:

—Este soldado está gordo, tío Mac Mac. Muy gordo.

El optio frunció el ceño y Macro comprendió que le habría dado un buen cachete al niño de no ser porque estaba presente un oficial superior.

—Sí, algo gordo sí que está. Entrenarse un poco con las legiones le iría bien, pero ese trabajo tendrá que hacerlo otro día. Vamos, pasemos ya.

Pero Lucio seguía, dale que te pego:

—Mi papá es delgado. Y muy valiente. Todo el mundo lo dice.

Macro se dio cuenta de que el optio cada vez fruncía más el ceño y que empezaba a pensar. Se puso delante de Lucio y se inclinó hacia él.

—Sabes, chico, hay veces en que un buen soldado tiene que saber cuándo dejar de hablar y echar a andar.

Lucio levantó la vista hacia él.

—¿Esta vez?

—Sí, es un momento excelente para eso. Así que cierra la boquita y ponte firmes, como te he enseñado.

Lucio juntó las pequeñas botitas y se puso bien tieso, como una estaca.

—Así está mejor. —Macro se puso también firmes e inclinó la cabeza hacia el optio—. Ah, los niños...

—Sí, señor. Yo también tengo unos cuantos chiquillos —replicó el optio, orgulloso.

—Entonces tienes mi más profunda simpatía, hermano. —Y, tomando a Lucio por una mano mientras Petronela le cogía la otra, aulló—: ¡Destacamento de guardia! ¡Marcha rápida! —Y mientras Lucio caminaba riendo, encantado, pasaron bajo el arco y salieron de la ciudad, al tiempo que los hombres de la cohorte urbana los miraban divertidos.

Cuando estuvieron a una distancia segura y los soldados habían desviado ya su atención hacia otros transeúntes, Macro dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Le dio una breve sacudida a la manita de Lucio.

—Casi nos haces caer antes, hombrecito.

—¿Qué? ¿En qué?

Petronela le lanzó una mirada de advertencia y Macro cambió lo que estaba a punto de decir.

—En problemas. Eso es. Mira, Lucio, ¿sabes lo que es un secreto?

El niño negó con la cabeza.

—Significa que hay cosas de las que no debes hablar.

—¿Qué cosas? —preguntó el pequeño.

—Pues cosas como tu papá. Hasta que volvamos a verlo, es mejor que no hables de él con nadie. ¿Está claro?

Lucio pareció algo decepcionado y esbozó un ligero mohín.

—¿Ni contigo tampoco?

—No, si no te lo digo yo.

Lucio levantó la vista hacia la niñera y tiró de su mano.

—¿Ni con Pety?

—Con nadie —respondió Macro con firmeza, advirtiéndole con un dedo.

Lucio se mordió el labio y bajó la vista, negándose a mirar a Macro a los ojos. Un momento más tarde le temblaba el labio inferior y empezaba a llorar en silencio.

—Oh, mira lo que has hecho, bruto —dijo Petronela.

Continuaron el camino en silencio, excepto por el lloriqueo del niño. A cada lado de la Vía Apia se extendían muchas tumbas: imponentes estructuras construidas para inmortalizar a las familias más importantes, y también las más modestas, las de aquellos menos adinerados, o menos preocupados por la posteridad. Repartidas entre ellas se encontraban las lápidas sencillas de la gente corriente, a menudo abandonadas y luego olvidadas por las generaciones posteriores.

Al cabo de un rato, Petronela se paró para hablar con Lucio y consolarlo mientras Macro trepaba a un pequeño montículo y miraba atrás, a la ciudad. Había más personas en la carretera detrás de ellos, pero nadie parecía tener prisa alguna por seguirlos, así que volvió junto a ellos, se subió a Lucio a los hombros y siguieron su camino. De vez en cuando el niño hipaba y lloraba y, al cabo de un rato, Macro murmuró:

—Apuesto a que no le dura mucho.

—¿Cuánto estás dispuesto a apostar? —Petronela se tocó la nariz—. Te acepto la apuesta que quieras hacer. Me iría muy bien el dinero para los ahorros que tengo para comprarme a mí misma y dejar de ser esclava.

Macro miró al niño y asintió.

—Un sestercio a que al mediodía para de llorar.

—¡Un sestercio entero! —se burló Petronela—. Qué valiente eres. Que sean diez.

—Cuatro.

—Siete.

—Cinco.

—¡Hecho! —La niñera se escupió en la mano y Macro le dio con la palma, sospechando que quizá había cometido un error.

* * *

—Tres... cuatro... cinco. —Macro le tendió las monedas cuando hicieron un descanso junto al quinto hito junto al que pasaban desde que salieron de Roma. Después bajó al niño de sus hombros y lo dejó en el suelo con suavidad. El cielo se había aclarado un poco y el sol brillaba a través de los huecos entre las nubes. Era más o menos mediodía, por lo que podían suponer.

Lucio seguía llorando, y Petronela sacó una de las monedas y se la puso en la mano.

—Toma, te lo has ganado. —Las lágrimas del pequeño se detuvieron al momento. Sus ojos brillaron al sopesar la moneda de plata y levantarla para examinarla, y luego se la metió en la bolsa diminuta que llevaba al costado.

—Qué astuta —gruñó Macro—. No sé quién me asusta más, si el niño y tú, o Palas y su banda.

Lucio se sentó y dejó escapar un suspiro teatral.

—Estoy cansado.

—Todos lo estamos, cariño. —Petronela sacó una cantimplora de su bolsa y se la tendió—. Bebe un poco. Te encontrarás mejor. Ahora descansaremos un poco y luego seguiremos.

—No quiero seguir más...

—Tu papá no diría eso, ¿verdad? Intenta ser como él.

—¿Por qué?

—No estamos jugando a eso ahora.

Ya no tenían Roma a la vista, y la campiña a cada lado de la carretera mostraba sobre todo tierras de labor y huertos, cuyos productos alimentaban a las ingentes masas de la capital, aunque de vez en cuando aún se podía distinguir alguna tumba, seguramente donde algún pariente había decidido que había una bonita vista, o que era simplemente un lugar pacífico.

—¿Está muy lejos el sitio donde vive tu hermana?

Petronela bebió un sorbo de agua, y luego volvió a poner el tapón a la cantimplora y se la guardó de nuevo en la bolsa.

—Tomaremos un camino a la izquierda justo detrás de esa colina que tenemos delante. Desde ahí solo faltará un kilómetro y medio, más o menos.

Macro meditó un momento antes de hablar.

—Espero que ella y su marido nos reciban bien. Si deciden rechazarnos, y mi naturaleza encantadora no les impresiona, puedo buscar algún alojamiento de pago, pero preferiría no dejarte en un sitio donde estuvieras entre desconocidos.

Consciente de que debía regresar a Roma el mismo día, Macro sólo les permitió un breve descanso. Lo echarían de menos si no estaba en los barracones para pasar la noche, y tendría que responder algunas preguntas. Como Lucio protestaba sin cesar porque le dolían los pies, se volvió a poner al niño en los hombros y partieron de nuevo, pasando por más tierras de labor entre las que se intercalaban bosquecillos. El cielo empezó a nublarse, y Macro temía que empezase a llover antes de que llegaran a la granja. Al cabo, tras haber caminado un rato, llegaron ante dos pequeños pilares de ladrillo a cada lado de un camino con rodadas que corría por un huerto con manzanos. Apenas visible entre las copas de los árboles, las tejas de una cubierta.

—Es aquí —confirmó Petronela. Ella se adelantó y Macro la siguió, con Lucio fingiendo arrojar flechas a unos bárbaros imaginarios escondidos entre los árboles, con un sibilante «fiú» cada vez que soltaba una «flecha».

Pronto llegaron a un terreno despejado frente a la granja. Una pared a la altura del hombro rodeaba los edificios, y una puerta en forma de arco conducía al interior recinto. Dentro encontraron un pequeño patio, con un limonero que crecía en el centro, y un banco debajo. La casa era de diseño familiar, con un centro abierto en torno al cual se disponían las habitaciones. La puerta delantera estaba abierta, de modo que podían ver el interior a medida que se acercaban. Un fino rastro de humo ascendía en volutas desde una chimenea por la parte de atrás del edificio, y el sonido de un hacha partiendo madera provenía desde el patio interior.

De repente, Macro se paró. Por experiencia sabía que era mejor anunciar que se acercaba uno a un campamento amigo cuando no se le esperaba. Hizo

un gesto a Petronela para que se detuviera, y luego tomó aliento con fuerza y llamó:

—¡Ah de la casa!

Hubo momento de silencio, pero enseguida apareció en la entrada una figura con una larga túnica. Cuando salió a la luz del día, Macro se fijó en que era una mujer muy delgada, con mala cara, el pelo oscuro trenzado y atado hacia atrás. Se detuvo en seco cuando, al ver a Petronela, y se llevó una mano a la boca, completamente sorprendida.

—Bueno, ¿no vas a saludar a tu hermana? —preguntó Petronela, levantando las manos. Avanzó un poco y Lucila corrió hacia ella y la abrazó estrechamente.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

Un hombre atravesaba el pequeño vestíbulo con el hacha en la mano. Debía de ser diez años mayor que su mujer. Tenía el pelo oscuro y rizado, su mirada era penetrante y su cara sencilla y ancha. La vida de granjero parecía cuadrarle; era fornido y se movía con facilidad, observó Macro. En otra vida habría sido un buen soldado. Dudó mientras salía de la granja al ver a sus visitantes.

—Lucila, ¿quiénes son estas personas?

Su mujer soltó a Petronela y se volvió en redondo, con una cálida sonrisa.

—Ella es mi hermana.

Petronela levantó una mano como saludo.

—No nos conocíamos, pero tú debes de ser Mario. Este es el centurión Macro, de la Guardia Pretoriana. Su comandante es mi amo. Y el niño es el hijo de mi amo.

Mario asintió.

—¿Y qué os trae aquí, a nuestro hogar?

—Es mejor explicarlo dentro —repuso Macro—. Junto a un buen fuego, ante un cuenco de sopa o de cocido, y una vez haya podido dejar a este pequeño travieso en el suelo.

El granjero frunció los labios un momento.

—Por supuesto, estáis en vuestra casa, centurión. Por aquí. Lucila, saca algo de comer y beber para nuestros huéspedes.

—Sí, amor mío.

* * *

Unos troncos recién colocados gemían y chasqueaban en el hogar cuando Macro apartó el cuenco y se limpió la boca.

—Ah, qué bueno estaba este estofado. Qué cocinera más buena tienes aquí, Mario.

En el lado opuesto de la mesa el granjero asintió mientras rebañaba su cuenco con un trozo de pan. Petronela, al lado de Macro, parloteaba feliz con su hermana. En el extremo de la mesa, Lucio se había quedado dormido con la cabeza apoyada en los brazos, y respiraba con suavidad. Macro era consciente de que debía regresar a marchas forzadas si quería llegar a Roma al caer la noche, así que se aclaró la garganta.

—Vayamos al asunto. Como habrás imaginado ya, ésta no es una visita social. El padre del niño tiene problemas, y no podemos permitir que Lucio sea retenido como rehén. De modo que necesita un lugar a salvo, donde no puedan encontrarlo. Lo mismo ocurre con Petronela, ya que ella es la responsable del crío. Fue idea suya traerlo aquí. —Macro miró directamente a su anfitrión—. ¿Podéis ayudarnos?

Mario pensó en la petición y chasqueó la lengua.

—Como puedes ver, nuestra granja es pequeña, y apenas cultivo lo suficiente para pagar a mis acreedores y mantenernos. Dos bocas más que alimentar nos harán la vida mucho más difícil.

—Puedo trabajar para ti —interrumpió Petronela—. Y el niño también puede ayudar, a su manera. No seremos ninguna carga.

—Además —añadió Macro—, pagaré por su manutención.

Sacó la bolsa y la abrió, y contó cincuenta monedas de plata.

—Es más que suficiente para cubrir su estancia durante al menos un par de meses. Cuando los problemas se hayan solucionado, te pagaré la misma cantidad. Es dinero fácil, amigo mío. Lo único que tienes que hacer es cuidarlos y mantenerlos apartados de la vista.

Los ojos del granjero relampaguearon al ver el brillo metálico de las monedas. Cuando su mano se movió para atraerlas hacia él, Macro lo agarró por el brazo.

—Así que vamos a hablar con claridad, ¿trato hecho o no? Es que soy de esas personas a las que les gusta estar seguras de que nos hemos puesto de acuerdo. Tiendo a no mirar bien a quien rompe mi confianza. Si la idea te hace feliz, coge el dinero. Si no, ya encontraremos algún otro sitio —sonrió—. No quiero ofenderte, es que no corren buenos tiempos para la confianza.

Mario asintió, solemne.

—Trato hecho, centurión. Además, Petronela es de la familia, y yo no soy de esas personas a las que les gusta olvidar a los suyos.

Era un comentario bastante claro, y Macro se sintió satisfecho. Se hubiera sentido menos cómodo si Mario simplemente hubiera cogido el dinero sin decir nada. Estaba claro que aquel hombre tenía carácter. Macro apartó la mano y al cabo de un momento Mario atrajo las monedas por la mesa hacia él y las apiló en un montoncito pequeño.

—Será mejor que me vaya —anunció el centurión, levantándose del taburete.

—Será ya muy oscuro antes de que llegues a la ciudad —le dijo Petronela—. ¿No podrías quedarte esta noche y salir mañana por la mañana temprano?

—Tengo que volver a Roma. —Macro negó con la cabeza—. Me esperan en el campamento. Además, Cato me necesita a su lado.

—Pero la carretera puede ser peligrosa por la noche...

—No, para mí no. Cualquier bandido que se atreva a meterse conmigo se llevará un buen chasco. —Macro miró a Lucio—. Cuídalo.

—Por supuesto. Lo protegeré con mi vida.

Macro le rozó la mejilla.

—Sé que lo harás.

Se despidió brevemente de Lucila y su marido, y luego Petronela lo acompañó al muro de la granja y se apretó contra él brevemente, aunque enseguida se separó.

—Cuídate mucho, Macro. Procura no meterte en problemas.

Él se echó a reír.

—Ojalá tuviera elección. Pero volveré a por ti, lo juro, y que los dioses ayuden a aquel que intente interponerse en mi camino.

Se ajustó el manto, le guiñó un ojo a Petronela y comenzó a alejarse, metiéndose entre los árboles y desapareciendo rápidamente de la vista. La

niñera captó el distante sonido de su alegre silbido, y sonrió débilmente. Entonces el sordo retumbar de los truenos ahogó los silbidos; levantó la vista, y unas nubes oscuras llenaban el horizonte en dirección a Roma.

CAPÍTULO VEINTE

—Muy bonito... Un trabajo artesanal precioso, de verdad. —El comerciante levantó el brazalete de oro para que le diera la luz que entraba por las altas ventanas de la pequeña habitación en la trastienda de su comercio, justo al lado del Foro. Los finos detalles de los dibujos grabados en el oro, rematados con incrustaciones de plata, se veían con toda claridad—. Si no me equivoco, es obra de Epidauro de Alejandría. Lleva su marca aquí, a lo largo del borde enroscado, ¿lo ves? Por supuesto, eso no es garantía de autenticidad. La mayoría de los imitadores recrean este tipo de marcas. Sin embargo, he visto muestras de sus obras anteriormente y puedo distinguir cuándo un objeto es una falsificación o es real. Este, definitivamente, es una creación de Epidauro. —El comerciante bajó el brazalete y miró a Cato—. Y eso me suscita una pregunta: ¿de dónde lo has sacado? Pareces un hombre educado, aunque vas vestido como un mendigo de la calle. ¿Debo asumir que esta pieza es robada?

—Llegué a poseerlo honradamente —respondió Cato—. La cuestión es: ¿qué me das por él?

El comerciante dejó el brazalete en la pequeña pieza de seda roja que tenía en su escritorio, y se echó atrás en la silla.

—Es una pregunta interesante. Una pieza tan fina como ésta normalmente alcanzaría un precio muy elevado. Yo podría hacer una pequeña fortuna vendiéndosela a algún senador, o incluso al emperador mismo. He oído decir que Nerón tiene unos gustos muy refinados y que lo demuestra pagando generosamente. Pero no puedo venderle esto.

—¿Por qué no?

—Porque vale más que mi propia vida. No sé cómo llegó hasta ti, y realmente no quiero saberlo. Pero estoy tan seguro como que sale el sol de que es robado, digas lo que digas. Si intento venderlo y lo reconocen, como

ocurriría sin duda, me acusarían de aprovecharme de la venta de objetos robados, como mínimo. Me arruinaría, y eso con suerte. Lo más probable es que me exiliaran o incluso me condenaran a muerte. De modo que no puedo venderlo.

Cato estaba perdiendo la paciencia.

—Pues si no quieres comprarlo, se lo llevaré a otro que sí quiera.

—No, creo que no. Todos los orfebres o comerciantes de joyas te dirán lo mismo que yo.

—Ya lo veremos... —Cato fue a coger el brazalete, pero el comerciante fue más rápido y lo cubrió con la tela.

—No te precipites, joven. He dicho que no puedo venderlo así. No tal y como está. Pero sí que podría fundirlo para obtener el oro y la plata. Por supuesto, así se destruiría el valor que lleva añadido de la artesanía, pero esa artesanía es precisamente lo que lo hace invendible. El único valor práctico que tiene para ti este objeto es su peso en metales preciosos. Estaría dispuesto a pagar un precio decente, teniendo en cuenta eso.

Cato sonrió cínicamente.

—Ya me estaba preguntando cuándo llegaríamos a este punto.

—Entonces no existe motivo alguno para que no consideres mi oferta.

—¿Cuánto?

El comerciante tocó el brazalete y lo sacó de debajo del pliegue de seda. Lo sopesó en la mano y frunció los labios.

—Doscientos denarios.

—Hasta yo sé que vale diez veces eso —bufó Cato.

—Si se lo vendiera a un coleccionista, me atrevería a decir que sacarías más, incluso. Pero sólo estoy dispuesto a pagar lo que vale para mí. Doscientos denarios. No conseguirás un precio mejor.

—Trescientos.

—Doscientos, y eso es todo. Mi precio final. O lo tomas o se lo llevas a otro.

Cato aspiró aire con fuerza. Le habría gustado saber negociar más duramente, pero necesitaba el dinero para pagarse el alojamiento y la comida.

—Muy bien, aceptaré los doscientos.

Se dieron la mano con parquedad, e inmediatamente el comerciante envolvió el brazalete en la seda y lo colocó con mucho cuidado en una caja fuerte reforzada con tiras de hierro. Abrió una caja pequeña, contó las monedas y se las tendió a Cato.

—Toma.

Cato se las guardó en la bolsa de cuero grande, tiró con fuerza de los cordones y luego se la ató con firmeza al cinturón.

—Quizás es mejor que las cuentas —sugirió el comerciante—. Sólo para asegurarte de que no te he estafado.

Cato levantó un dedo, amenazador, al tiempo que miraba al hombre fijamente.

—Si me has engañado, volveré y te lo haré pagar. Lo mismo ocurrirá si dejas que alguien más se entere de nuestra pequeña transacción. Tú no sabes dónde encontrarme, mientras que yo sé exactamente dónde estás tú. Será mejor que recuerdes eso.

El comerciante fingió que se sentía herido.

—Soy un comerciante honesto y discreto. No tienes motivos para insultar mi integridad.

Cato apartó la cortina, salió de la trastienda y, cruzando la tienda, salió a la calle. Había otros muchos joyeros y orfebres, así como vendedores ambulantes con pequeños puestos que atestaban toda la zona. Aunque el tiempo era sombrío, el Foro y las calles adyacentes estaban llenas de gente. Además de su ropa desgastada y la suciedad que cubría su rostro, Cato ahora llevaba una barba poblada, y confiaba en que no sería fácil reconocerlo. De todos modos, incluso en una ciudad del tamaño de Roma existía el peligro de tropezarse con algún hombre de su cohorte, o algún otro oficial de la Guardia. De modo que se subió la capucha y se alejó del Foro, camino del distrito Esquilino, muy apartado de la ruta tomada habitualmente por los pretorianos fuera de servicio, que solían dirigirse al corazón de la ciudad para saborear sus entretenimientos.

Al subir por la empinada calle que conducía a la Subura, el arrabal más conocido de Roma, los edificios de pisos se iban haciendo más altos y más apretados entre sí, de tal forma que penetraba muy poca luz natural en las calles mugrientas. También parecía que había poco movimiento del aire, y

Cato arrugó la nariz al respirar el aroma infecto. Las calles entre los edificios destartados donde vivían apiñados los habitantes más pobres de la ciudad eran estrechas y serpenteantes, y tanta proximidad de unos edificios con otros aumentaba la probabilidad de delinquir. Incluso los hombres de las cohortes urbanas eran reacios a patrullar los suburbios, cosa que los convertía en el mejor lugar donde Cato podía esconderse mientras intentaba encontrar al asesino de Granico y limpiar su propio nombre.

No lejos de la Puerta Esquilina, en el corazón del distrito, Cato se encontró en una plaza pequeña. Había una multitud alborotadora de pie ante una taberna, mientras dos hombres, desnudos hasta la cintura, luchaban con las manos envueltas en tiras de cuero. Su técnica era torpe, muy por debajo de la habitual en los boxeadores que luchaban en el circo, pero lo que les faltaba de estilo lo suplían con brutalidad, y la sangre manaba de varios tajos en sus rostros. Frente a la taberna se encontraban tres edificios de pisos tambaleantes, apuntalados por gruesos maderos gastados por la intemperie. Un letrero junto a la puerta del edificio de en medio anunciaba habitaciones de alquiler, y decía que el portero, que estaba dentro, tenía los detalles.

Había un hueco pequeño en el interior de la amplia puerta, con un taburete y una puerta pequeña a un lado. Cato llamó. Poco después, oyó que alguien tosía y enseguida descorría el cerrojo desde el otro lado, y la puerta se abrió hacia dentro. Un hombre encorvado, con una túnica militar sencilla y desgastada, salió cojeando. Cato vio entonces un rostro arrugado y unos ojos de expresión turbia que lo examinaron de arriba abajo.

—No hay trabajo para ti aquí.

—No busco trabajo —respondió Cato—. Hay un letrero fuera que dice que tenéis habitaciones libres. Busco un lugar donde alojarme.

—Tienes que pagar un mes por adelantado, y medio mes de depósito por los posibles daños. ¿Puedes permitirte eso? —preguntó el viejo, receloso.

—Sí, puedo pagarlo.

Cato vio una antigua marca al hierro que tenía el hombre en la frente, que a primera vista había confundido con una arruga.

—Eres un veterano, ¿no?

Los ojos del hombre se achicaron.

—¿Qué pasa si lo soy?

—Nada. Es que mi padre también sirvió —mintió Cato—. He reconocido el corte de tu túnica y la marca de Mitra. ¿En qué unidad estabas?

—En la legión Vigésimo Primera Rapax. Acababan de hacerme centurión cuando un bárbaro hijo de puta me cortó el tendón del corvejón. Me licenciaron con honores.

Cato se sorprendió mucho de que un hombre con el rango de centurión se hubiera visto reducido a sobrevivir en aquel tugurio, subsistiendo a duras penas como portero. El veterano leyó su expresión.

—Ya sé lo que estás pensando. Me dieron la pensión completa, pero un banquero me engañó, hace unos años. Como a mucha otra gente. Luchas por Roma y luego un estafador con una toga elegante te cuenta unos bonitos cuentos para que aceptes un préstamo que en realidad no podrás pagar nunca. No sé cómo pueden dormir cada noche esos hijos de puta.

—Pues con toda tranquilidad, imagino.

El veterano frunció el ceño y agitó la mano.

—Ven, pues, te enseñaré las habitaciones.

Subieron cuatro pisos por una estrecha escalera cuyos tablones crujían sonoramente bajo las botas y se detuvieron en un rellano oscuro. Una de las puertas estaba abierta y, junto a ella, un niño pequeño, de no más de cinco años, estaba sentado con apatía y miraba a los dos hombres.

—No le hagas caso —señaló el veterano—. Es tonto. No sirve para nada. No sé por qué no lo ha vendido ya su familia o se lo ha llevado al otro lado de la ciudad y lo ha abandonado. Ya tienen bastantes bocas que alimentar... — Los lloros de un bebé desde el apartamento subrayaron sus palabras.

El veterano se volvió hacia la puerta que estaba en el extremo más alejado del rellano y la abrió. La habitación apenas tenía tres metros de largo. Una sola ventana, con una cortina de lana mugrienta a un lado, proporcionaba algo de claridad. Una grieta ancha corría desde el techo hasta el suelo por la pared de la derecha, mientras otra puerta se abría a una habitación todavía más pequeña que estaba enfrente. En el suelo se veía un petate de tela de saco, roído por ratas o ratones en algunos puntos, de modo que sobresalían de él manojos de paja gris. Aparte de eso, los únicos muebles de la habitación eran dos taburetes y un cubo con tapa para sus necesidades. Cato la levantó y de inmediato hizo una mueca.

—Haré que el chico lo saque y lo vacíe. Tendría que haberlo hecho cuando se fue el último inquilino.

—¿Qué le pasó?

—Pues que murió. Lo encontré muerto junto a la puerta cuando vine a cobrar el alquiler. Llevaba muerto varios días, a juzgar por el olor. Bueno, es lo que hay. Dos habitaciones. De buen tamaño, con vistas hacia el Foro.

Cato miró por la ventana la plaza que estaba debajo. Los boxeadores todavía seguían peleando, aunque ya se empezaban a cansar, y estaban muy ensangrentados. Lo único que se veía desde allí eran los tejados de los edificios que rodeaban la plaza.

—No veo el Foro.

—Bueno, es lo que he dicho. Vistas «hacia» el Foro, no «del» Foro. Diez sestercios al mes. Y otros tres si quieres que el chico vacíe tu cubo y te traiga agua a la habitación cada mañana. Lo de la comida se puede arreglar. Mi mujer prepara una olla por la noche. Puedo hacer que el chico te suba un cuenco por otros tres denarios.

—Pongamos quince en total y trato hecho.

El veterano fingió que se lo pensaba mucho, pero al fin sonrió con amargura.

—Me vas a arruinar, pero me gusta tu cara. De acuerdo, quince. ¿Los llevas encima?

Cato se fue a la otra habitación para que no lo viera, sacó la bolsa y contó las monedas, y luego volvió y se las tendió al veterano.

—Aquí tienes el depósito de un mes y el alquiler del primer mes. Ah, y otra cosa: no quiero que nadie haga preguntas sobre mí, y no quiero tampoco que ni tú ni nadie le dé respuestas.

—¿Tienes problemas? —El hombre frunció el ceño.

—Digamos sencillamente que hay una chica implicada, con un padre rabioso al que no le hace ninguna gracia ser abuelo.

—Ajá, ya imaginaba que sería algo así... —El veterano se rió y se dio unos golpecitos en la nariz—. Estás a salvo conmigo, joven. Yo también me metí en algún que otro lío, un par de veces, cuando era soldado. —Se metió las monedas en la bolsa con un ligero tintineo, tiró de las cuerdas y se llevó un dedo a la frente como despedida—. Te dejo, entonces.

La puerta se cerró tras él, y Cato dejó escapar un suspiro mientras volvía a observar la habitación. Ahora que el hombre lo había mencionado, se dio cuenta de que ciertamente un ligero olor a podrido flotaba en el aire. O quizá se lo estuviera imaginando. Era difícil distinguir si el hedor que prevalecía era el de humedad, el de sudor o el del cubo, que era espantoso. Las paredes estaban vacías, aunque el anterior ocupante había hecho con rascaduras un dibujo de una montaña con un valle lleno de viñedos y granjas. Cato sonrió. Le pareció reconocerlo: era el Vesubio, en la Campania. Había visitado una vez Herculano con su padre cuando tenía ocho años. Un verano muy feliz, recordó. Jugaron en la playa bajo un sol brillante. La sonrisa se desvaneció enseguida. Su padre llevaba mucho tiempo muerto. Y ahora él era perseguido y tenía que esconderse en aquel edificio destartado en el corazón del suburbio más horrible de Roma.

Esperaba que Macro hubiese encontrado la forma de mantener a Lucio seguro. Con su hijo fuera del alcance de Palas, sería libre de concentrar sus esfuerzos en encontrar al asesino de Granico. Aún no tenía ni idea de cómo conseguir tal cosa, ya que la información al respecto era muy poca. Sólo la probabilidad de que el hombre fuese un pretoriano, y el tatuaje. Correspondía a Macro averiguar lo que pudiese desde el interior de la Guardia. Mientras tanto, Cato investigaría el tatuaje. Era muy probable que el asesino se lo hubiese hecho en Roma. Alguien podía recordar su cara, y mucho mejor aún, su nombre. Y entonces llegaría la hora de la verdad, se prometió Cato.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Al día siguiente el sol finalmente brillaba en un cielo claro. Cato se acercó al Foro y compró una tableta encerada y un estilo, y se sentó en el rincón de una de las tabernas que cerca del Gran Circo y dibujó con mucho cuidado la imagen que había visto en el brazo del hombre. La postura de aquella criatura mortal era bastante específica. Con la cola levantada para golpear, las garras muy extendidas y el cuerpo en ángulo. Tardó casi una hora hasta que estuvo totalmente satisfecho de su trabajo. Entonces se acabó el vino y cruzó la ciudad hacia el barrio del Viminal, cerca de las calles que más frecuentaban los guardias fuera de servicio.

A poca distancia, en el Vicus Patricus, dio con el primer salón de tatuajes. Una serie de imágenes, junto con sus precios, se veían dibujadas con tiza en unas pizarras, a ambos lados de la puerta. Entró y se encontró en una habitación larga y estrecha. Junto a la puerta había una mesa, y en un estante en la pared se ordenaban los botes de tinte, agujas y trapos ensangrentados: las herramientas del oficio. Un hombre con la piel oscura y un gorro de fieltro estaba examinando la imagen de un águila que acababa de completar en el hombro de un adolescente. Limpió un poco de sangre con un trapo e inclinó la cabeza a un lado, luego al otro, y finalmente se enderezó y dio unos golpecitos al joven en la espalda.

—Ya está, joven Skaro. Serás la envidia de los demás reclutas de la tropa de los anglos.

El chico torció el cuello para mirar el tatuaje y sonrió. Pagó, recogió su manto y se marchó del salón, haciendo una seña a Cato al pasar.

El artista del tatuaje examinó a Cato.

—¿Qué puedo hacer por ti, señor? ¿Algo patriótico? ¿El nombre de una persona amada?

Cato negó con la cabeza.

—Busco algo especial. Tengo un compañero que se ha hecho un tatuaje muy bonito. Pero estaba borracho y sólo recuerda que se lo hizo en este distrito. El caso es que me gustaría hacerme a mí el mismo. Mira, te lo voy a enseñar.

Sacó la tableta encerada y la abrió para que el otro hombre la viera. El hombre la contempló unos segundos y se rascó la barbilla.

—No, no es mío, eso seguro. Este tipo de cosas son populares entre los pretorianos, pero no he visto ninguno como éste. Si quieres puedo probar a ver.

—Me gustaría hacérmelo en el mismo sitio que mi compañero.

El artista se encogió de hombros.

—Como quieras. Te sugiero que pruebes con Perseo, al final de la calle. Trabaja mucho con pretorianos.

—Gracias.

Cato cerró la tableta, se despidió y se fue.

El sol parecía haber mejorado el humor de la capital. Había mucha más gente en la calle que en días anteriores, toda ella con las capuchas de los mantos bajadas. Aunque estaba muy tentado de ocultar sus rasgos, Cato se dio cuenta de que era más probable llamar la atención con la cabeza cubierta, así que anduvo intentando parecer tan despreocupado como el resto de viandantes pese a temer ser reconocido. Aquella mañana había visto los primeros letreros de «se busca» pintarrajeados en una pared del Foro. Daban una descripción detallada, junto con la promesa de recompensa de mil denarios por cualquier información que condujera a su captura. Por eso Cato se había cubierto la cara con mugre, para ocultar su cicatriz. La recompensa era una suma tan elevada que podía tentar a muchos de sus conocidos, y animar a muchos más con la perspectiva de ganar lo suficiente como para salir de los suburbios de Roma para siempre. No se detendrían a cuestionar si era inocente o no. Ni tampoco les preocuparía.

El salón de tatuajes de Perseo estaba situado en la esquina de un cruce muy transitado. El nombre del propietario se podía ver pintado con unas letras negras historiadas encima de un brazo blanco cuya mano señalaba hacia la entrada. Dentro, una sala grande con tres mesas, y algunos bancos. Dos de los bancos estaban ocupados, y unos tatuadores estaban inclinados,

concentrados en su trabajo. Una mujer muy robusta, con el vestido bajado hasta el estómago, rechinaba los dientes mientras un hombre creaba un dibujo floral en sus pechos.

Cato tosió para atraer la atención.

—Busco a Perseo...

El hombre que trabajaba en la mujer levantó la vista.

—¿Quién lo pregunta?

—Cayo Antonio.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Busco a un amigo.

—¿No lo somos todos? Pero dudo que Perseo sea tu tipo. —Se echó a reír, y los demás se unieron a él, cómplices. Luego llamó a alguien que estaba en la trastienda—. Eh, jefe, aquí hay un hombre que te busca.

Cato se volvió al oír el crujido de alguien que se levantaba de una silla o de una cama. Un instante más tarde un hombre encorvado, casi enano, entró en la habitación, muy envarado. Tenía el cuello torcido a un lado y el pelo oscuro y grueso atado hacia atrás en una coleta. Sus ojos escudriñaron inmediatamente en Cato.

—¿Quieres algo?

Cato se dirigió hacia la mesa vacía, dejó allí la tableta y la abrió. Perseo se acercó y se quedó de pie a su lado. Apenas era lo bastante alto para ver bien la ilustración. Cato dio unos golpecitos en la tableta.

—Un amigo mío se hizo aquí este dibujo, y estoy intentando averiguar quién hizo el trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué?

—Estoy pensando en tatuarme lo mismo.

—Entonces has venido al lugar adecuado. Es una de mis mejores obras. Diseñada exclusivamente para mis clientes pretorianos —miró a Cato—. Pero tú no pareces un guardia, así que no puedo ayudarte, amigo.

—Qué lástima... ¿Y te piden mucho este dibujo?

—No mucho. Cuesta más que los tatuajes básicos debido al efecto de sombreado. —Y se rascó la barbilla con un dedo—. La mayor parte de la gente quiere dibujos más sencillos, de esos que hacen los aficionados —

comentó con un gesto displicente hacia sus empleados, que se rieron, burlones.

Cato describió lo mejor que pudo al hombre que había huido de la escena del crimen de Granico, y Perseo pensó un momento antes de responder.

—Podrían ser un par de clientes míos. ¿No tienes un nombre?

—Esperaba que tú pudieras ayudarme con eso —dijo Cato, en voz baja.

De inmediato el hombre lo miró suspicaz.

—¿Qué tipo de amigo eres tú?

—Del tipo que paga bien la información que busca. —Cato apartó su manto y dio unos golpecitos ligeros en la pesada bolsa—. Quizá fuera mejor que discutamos este asunto en la trastienda.

Perseo calibró un momento a su visitante y luego asintió.

—Sígueme.

Se dirigieron hacia la puerta. Cato vio que la habitación de atrás era una combinación de oficina y almacén. Un asiento bajo se situaba delante de una mesa con las patas muy cortas, en la cual se habían extendido una serie de tabletas con las cuentas del negocio. Perseo se sentó en el taburete y cruzó sus peludos brazos.

—Bueno, ¿de qué va esto en realidad? ¿Eres un informador?

—Algo parecido.

—Entonces tendrás que estar dispuesto a pagar un buen precio por lo que buscas. Ya conozco a la gente como tú. Sólo salís de la cama por una cuota decente del botín.

—Te pagaré un precio justo por una información que me ayude a encontrar al hombre que busco. ¿Tienes los nombres de los clientes que llevan este tatuaje?

—Sí. Son dos. Uno es un cliente habitual, le he hecho algunos dibujos muy bonitos. Prácticamente es una galería andante hoy en día.

—Entonces el que me interesa es el otro. Sólo tenía un tatuaje, que yo viese.

—Bien. ¿Qué me ofreces por el nombre?

Cato buscó en su bolsa y sacó diez sestercios. Perseo bufó con desdén.

—¿Diez? Me insultas. No vendo a ninguno de mis clientes por menos de veinte.

—Te daré diez ahora. Diez más si lo encuentro.

—Quince ahora, y cinco más tarde. —Perseo se dio unos golpecitos en el pecho—. Tengo una reputación que mantener. No puedo consentir que la gente sepa que los delato por cuatro monedas.

—Pero sí por un precio justo —respondió Cato, cínicamente—. Tienes que mantener tu reputación, amigo. Quince, pues. Pero si averiguo que me has llevado a un callejón sin salida, volveré a por mi dinero y a por algo más. Tengo una reputación que mantener también... —su voz se endureció—, como la mayoría de los que se han atrevido a disgustarme han acabado por averiguar.

—¿La mayoría? —bufó Perseo.

—Eso es. Los otros no han vivido lo suficiente para lamentar su error.

Hubo un silencio breve e incómodo antes de que Perseo hiciera un leve gesto de asentimiento. Esperó a que Cato añadiese cinco monedas más y, cogiéndolas de la mano de su visitante, las guardó directamente en una caja fuerte que tenía bajo del escritorio. Entonces cerró la caja y se puso la cadena con la llave en torno a su cuello, dejándola fuera de la vista debajo de su túnica.

—¿El nombre? —le pidió Cato.

—Marco Prisco. Así dijo que se llamaba, al menos. Vino hace un par de meses. Estaba celebrando una promoción y venía con dinero. Quería algo especial. Por eso me acuerdo del nombre.

—¿Marco Prisco? ¿Estás seguro?

—¿Por veinte sestercios y tu actitud hacia aquellos que te decepcionan? Será mejor que esté seguro.

—Exacto. —Cato se guardó la tableta en el zurrón y se ajustó el manto de manera que tapara la bolsa—. Si lo encuentro, volveré a pagarte el resto. Mientras tanto, no digas ni una sola palabra del motivo de mi visita. ¿Comprendido?

* * *

Cato pasaba la mayor parte del tiempo alejado de las calles, en sus frías y malolientes habitaciones alquiladas. Se aventuraba sólo en busca de comida cuando la luz ya menguada ayudaba a ocultar su identidad, o para acudir a

una de las casas de baños menos concurridas, donde el vapor le proporcionaba anonimato. Varios días más tarde, Cato estaba sentado en la sala de vapor de la casa de baños de Alpicio, no lejos del hogar de Sempronio. Era su segunda visita al establecimiento después de haber dejado una señal para Macro para que se reuniera con él allí. No le gustaba que le vieran dos días seguidos, pero su mandíbula y sus mejillas estaban ahora cubiertas de espeso vello, y también se había comprado una tira de cuero para llevar alrededor de la cabeza para completar su disfraz. Como los pretorianos tenían su propia casa de baños junto al campamento, el riesgo de que alguien lo reconociera era mínimo, y el espeso vapor que se arremolinaba en la sala ayudaba también a ocultarlo.

Aquella mañana había ocultado la mayoría de las monedas que le quedaban bajo unas tablas del suelo, en un rincón de la habitación, y dejó en la bolsa sólo lo suficiente para cubrir los gastos diarios. Era una precaución necesaria, ya que ninguno de los apartamentos tenía cerraduras en las puertas, sólo cerrojos con los que asegurarlos por la noche. Al recordar su lúgubre alojamiento, Cato hizo una mueca. Por la noche, la habitación en la que dormía era muy fría, y la delgada manta que había comprado en el mercado apenas resultaba adecuada. Y mucho peor aún: aquel sitio estaba lleno de cucarachas, y algunas salían incluso del interior del maltrecho colchón en el que intentaba dormir. Había notado cómo le rozaban la piel desnuda, y pronto dejó de tratar de apartarlas. En contraste con los barracones y los campamentos a los que estaba acostumbrado, llenos de ronquidos y conversaciones en sordina, en el edificio resonaban los lloros de los niños, las voces que se alzaban en las peleas y los gritos de los que recibían palizas o disfrutaban de placeres carnales. El ruido constante, junto con su preocupación por la seguridad de Lucio y el desasosiego de pensar en su triste situación, habían impedido a Cato conciliar el sueño a Cato, así que cerró los ojos, se recostó en el banco de mármol y empezó a dejarse ir...

Una mano lo sacudió con brusquedad. Parpadeó hasta abrir los ojos, y entonces vio a Macro de pie ante él.

—Despierta, despierta, chico —rió el centurión—. Estabas dormido como un tronco. ¡Si hasta me he asustado porque pensaba que estabas muerto!

Cato se frotó los ojos y se recolocó.

—Por las pelotas de Júpiter... Necesito una buena noche de sueño.

—¿No has encontrado un buen alojamiento?

—Ni te lo imaginas... ¿Cómo está Lucio?

—Está a salvo. Petronela se lo ha llevado a la granja de su hermana, al sur de Roma. Nadie sabe dónde está.

—¿Y Sempronio?

—Le he dicho que, antes de huir, tú le habías dado órdenes a Petronela de sacar a Lucio de Roma por un tiempo, hasta que las cosas se tranquilizaran. No le hizo demasiada gracia, pero no puede hacer nada al respecto. Yo le aseguré que no tenía ni idea de adonde podía haber ido.

—Bien. Cuantos menos lo sepan, mejor. —Cato se secó el sudor de la frente y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus gruesos muslos, para acercarse a Macro, sentado delante de él—. ¿Alguna noticia de los barracones? ¿Cómo se están tomando los hombres la noticia de que yo maté a Granico?

—La mayoría de ellos no se lo creen. Te conocen, muchacho. Saben que no eres un asesino. Estricto y exigente, quizá. Pero no un asesino. Se rumorea que alguien te ha tendido una trampa y algunas de las historias son tan disparatadas como se podría esperar. Oí decir a dos muchachos que te pilaron in fraganti con la madre del emperador, y que ésta es la forma que tiene Nerón de vengarse de ti.

Cato meneó la cabeza.

—Ojalá supiera toda la verdad. Pero ahora sí que sé algo. El nombre del asesino. O al menos el nombre que dio cuando le hicieron el tatuaje. Guardia Marco Prisco.

Macro tomó nota mentalmente.

—Comprobaré las listas de las cohortes en cuanto pueda. Si es nuestro hombre, tendremos que tener unas palabritas con él.

—No podemos ocuparnos de él de la misma manera que nos ocupamos de Feno. Lo necesito vivo, para que pueda confesar el crimen y decirnos quién le daba las órdenes.

—¿Y después?

—Después podrá reunirse con Feno.

* * *

Cuando Macro abandonó la casa de baños, Cato decidió quedarse unas cuantas horas más; prefería estar allí antes que pasar el tiempo con las cucarachas en su alojamiento. Usó un rato las pesas del gimnasio, y luego fue de nuevo en la sala caliente y acabó sumergiéndose un rato en la piscina fría. Cuando la noche cayó sobre Roma, salió de la casa de baños sintiéndose relajado y de mucho mejor humor que en cualquier otro momento desde el crimen de Granico.

Sólo quedaban unos pocos días para las vacaciones anuales de Saturnalia y ya se estaban engalanando las estatuas, templos y santuarios con guirnaldas. Cato pasó junto a una cadena de esclavos cargados con unos grandes trozos de buey y de cerdo destinados a la mesa de algún patrón rico que pensaba dar un festín a sus clientes. Serían seis días de celebraciones, más otros dos días después, cuando el festín del Cumpleaños del Hijo No Conquistado marcara el final del año. Un año que no echaría de menos, pensó Cato con pesar. Empezó con la amarga retirada de la isla de Mona en Britania y después había sido enviado junto a Macro a casa para informar del desastre. Poco después de su regreso a Roma Cato había descubierto que su mujer muerta le había sido infiel. Luego lo enviaron a Hispania para sofocar una rebelión en la región minera de Astúrica. Y ahora le habían tendido una trampa y cargado un asesinato, y se había visto obligado a abandonar a sus hombres y a su hijo y sobrevivía a escondidas. No era la primera vez que se preguntaba qué habría hecho él para merecer la atención no deseada de tantos hados malévolos. Seguramente habría otros por ahí que merecieran más todas esas desventuras acumuladas sobre sus hombros, ¿no?

Unos gritos en la calle por delante de donde él se encontraba interrumpieron sus pensamientos, y estiró el cuello, alarmado, temiendo instintivamente que lo hubieran reconocido. Pero lo único que vio fue a una banda de jovencitos borrachos que caminaban hacia él del brazo, riendo y hablando con un tono de voz mucho más alto de lo necesario, como suelen hacer todos los jóvenes que han bebido demasiado. Al pasar junto a un vendedor de pescado, uno de ellos tropezó con el mostrador, apoyado en unos caballetes, y una lluvia de sardinas cayó al suelo. De inmediato, una anciana con el delantal ensangrentado apareció blandiendo su cuchillo de desventrar.

—¡Eh! ¡Tú, hijo de puta, mira por dónde vas!

El joven retrocedió con las manos levantadas, sin perder la sonrisa.

—Guárdate eso, abuela. Vas a hacerle daño a alguien con ese cuchillo.

—Recoge ese pescado y vuelve a ponerlo donde estaba.

—Oblígame si puedes.

—No pienso soportar tu descaro, chulito.

—¿No te has enterado? Estamos en una nueva edad dorada. Con un nuevo emperador. Ahora que Nerón está al mando, dice que va a hacer Roma grande de nuevo. Roma pertenece a los jóvenes. De modo que jódete y recoge tú el pescado.

Los jóvenes siguieron su camino y Cato se apartó a un lado de la calle para dejarlos pasar. Pero uno de ellos lo vio y levantó una cantimplora.

—¡Toma un trago, amigo!

Cato negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¡Una mierda! Toma algo con nosotros.

Cato se dio cuenta de que algunos de los que pasaban por la calle miraban hacia ellos. Temiendo los problemas que podían atraer más atención de la deseada, fingió una sonrisa, cogió la cantimplora, la levantó y dio un sorbo rápido. El vino era basto como ninguno que hubiese bebido en su vida, y le quemó la garganta. Devolvió la cantimplora con una mueca.

—¡Por los dioses! ¿Qué es esto? Parece meado de caballo.

Los jóvenes lanzaron fuertes carcajadas, y hubo un momento espantoso en el que Cato pensó que quizá lo hubiesen engañado y realmente hubiera bebido orina.

—Pues sí, podrían ser meados —afirmó el joven—. Pero es el vino más barato de Roma, y correrá como el agua en cuanto empiece la Saturnalia.

Dio una palmada a Cato en el hombro y al fin la banda se alejó. Cato carraspeó un poco para aclararse la garganta de aquel brebaje infecto y escupió en la alcantarilla. Al menos, si había fiestas, las calles estarían repletas de gente y se podría perder entre la multitud. Y los pretorianos y hombres de las cohortes urbanas estarían demasiado ocupados manteniendo el orden como para perder el tiempo buscándolo. Notó que su humor mejoraba con ese pensamiento, y continuó su camino hacia su alojamiento.

Ni siquiera el hedor agrio del suburbio Esquilino pudo disminuir su optimismo, y silbó contento mientras subía las escaleras. Tras cerrar la puerta tras él, colgó el manto en la única percha, y entonces, mientras la noche caía sobre la ciudad, se acurrucó en el colchón, tapado con la manta. Estaba exhausto y ni siquiera la perspectiva de pasar otra noche más en aquel edificio infestado de cucarachas le impidió caer en un sueño profundo y sin ensoñaciones.

Tan profundo era su sueño que no lo despertaron los gritos de alarma, ni el ruido de pies que corrían por las escaleras, ni se movió cuando el humo entró en su habitación. Por el contrario, su cuerpo se relajó con el aire caliente mientras las llamas empezaban a lamer el edificio y acercarse a él.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El estruendo de la mampostería que caía despertó a Cato, que se incorporó de golpe, sobresaltado, aún con la cabeza espesa por el sueño y un sordo dolor de cabeza. Bostezó y cogió aire con fuerza, y al instante empezó a toser debido al sabor acre que le quemó la garganta. La habitación estaba a oscuras, pero un tono rosado resplandecía en torno a la gruesa cobertura de lana que cubría la pequeña ventana, aquella que daba a la plaza. De inmediato su estupor desapareció, y Cato se tapó la boca mientras se levantaba del camastro y cruzaba la habitación. Por el camino, tropezó con sus botas y su manto, hecho un ovillo, y apenas pudo mantenerse en pie. Su vista poco a poco se aguzaba, y entrecerró los ojos cuando rozó la improvisada cortina con la mano que tenía libre. La apartó a un lado. Una luz roja y brillante entró en la habitación junto con una ráfaga de aire caliente, y él retrocedió. Ahora veía los delgados zarcillos de humo que se arremolinaban bajo la puerta.

—Oh, mierda —murmuró. Agarró su manto, el cinturón con la espada y las botas, pero se quedó dudando. En el rincón de la habitación estaba el cubo de agua que pagaba diariamente. Lo cogió, con el manto descansando en su brazo.

Se acercó a la puerta, levantó el cerrojo y lo abrió con muchas precauciones. El rellano estaba lleno de humo, y mientras él corría a la parte superior de las escaleras, un resplandor chillón lucía por debajo. Las puertas de otros dos apartamentos estaban abiertas. El calor se elevaba hacia él, sofocante. Empezó a bajar, pero no consiguió ir más allá del piso justo de abajo del suyo, donde se vio obligado a detenerse. Había más puertas abiertas, y se metió en la que estaba más cerca para huir del terrible calor.

Allí sólo había una habitación, y tres camastros ocupaban la mayor parte de la superficie del suelo, junto con un pequeño baúl, que estaba abierto y contenía todo lo que quedaba de valor de las posesiones de los ocupantes. En

el otro lado de la habitación se veía una ventana grande con postigos. Corrió hacia ella y la abrió. El humo entró arremolinado, iluminado desde abajo. Un balcón pequeño y de aspecto desvencijado daba a la plaza, y con mucho cuidado salió a la estrecha tira de tablas. El fuego principal estaba a su derecha, y al estirar el cuello vio que la mayor parte del corazón del edificio ya se había derrumbado, arrojando maderas ardientes sobre la plaza, junto con ladrillos y trozos de yeso. El fuego se había propagado al edificio adyacente. Una multitud de mirones curioseaban a lo lejos, con las caras iluminadas por las llamas, contemplándolo todo con horror y estupefacción.

—¡Mirad! —exclamó una voz—. ¡Todavía hay gente dentro!

El respingo de la multitud fue audible incluso por encima del rugido de las llamas, pero nadie se movió para ayudar. Cato no los culpaba. ¿Qué habrían podido hacer para salvarlo? Tenía que cuidarse solo. El balcón estaba casi quince metros por encima de la calle y no se atrevía a dejarse caer desde tan alto. Podía matarse, o quedar tullido en el mejor de los casos. Tenía que haber otra solución. Si tuviera alguna cuerda... Pensó en cortar su manto y las ropas repartidas por la habitación, pero para cuando hubiese conseguido atar la tela suficiente para bajar por la fachada del edificio, con toda seguridad éste habría sido consumido por el fuego, y él también.

Un estallido de chispas y una lengua de llamas de un amarillo intenso aparecieron delante del balcón, obligándolo a retroceder hacia el interior. Sólo podía hacer una cosa. Debía intentar atravesar las llamas y salir del edificio, o al menos bajar lo bastante como para encontrar una ventana desde la cual saltar a la calle sin descalabrarse.

Lo dejó todo y a toda prisa se puso las botas, el cinturón y el manto. Entonces cogió el cubo y se echó el agua por encima. No había la suficiente para empapar todo el manto, pero se fijó con rapidez en que había un cubo más en cada uno de los rincones de la habitación. El primero también contenía gua, y se la echó por encima, pero el otro estaba lleno de orina, recogida para venderla a una lavandería. Apretando los dientes, levantó el cubo y vertió también el contenido encima del manto, intentando no aspirar el hedor que le llenó la nariz. Luego se apretó la prenda estrechamente en torno al cuerpo y volvió al rellano. El calor era incluso peor que antes, y dudó por un momento antes de echarse la capucha por encima de la cabeza.

En ese momento oyó un grito desde arriba. Una llamada de auxilio. Una voz infantil. Maldijo entre dientes, pero su mente no tuvo ninguna duda sobre lo que iba a hacer. Subió corriendo las escaleras de nuevo, de dos en dos, hacia el sonido del llanto. Un niño muy pequeño, casi un bebé todavía, estaba de pie en el umbral de uno de los apartamentos. Descalzo, llevaba una túnica muy raída y se tapaba la boca con ambas manos porque el humo le hacía correr las lágrimas por las mejillas.

—¿Qué estás haciendo aquí, maldito sea el Hades? —preguntó Cato, furioso al ver que alguien había abandonado al niño. Corrió hacia él y lo tomó en brazos, y volvió a bajar las escaleras. De inmediato el niño empezó a luchar violentamente, señalando con una mano huesuda hacia la puerta.

—¡Mamá! ¡Mamá! —chillaba, con voz aguda.

Cato hizo una breve pausa y se volvió rápidamente. Bueno, de perdidos al río.

El apartamento constaba de dos habitaciones, como el suyo, pero no había señal alguna de nadie en la primera, sólo unos montoncitos de trapos, algunos platos de madera conteniendo comida abandonada y una cesta con algunos objetos baratos. Al pasar a la segunda habitación, Cato vio a una mujer echada de costado. Roncaba. Un hombre estaba tirado junto a ella, bajo una manta manchada. Había mucho menos humo allí, y Cato respiró profundamente. Vio una jarra de vino vacía junto al camastro. Dejó al niño y sacudió a la mujer.

—¡Despierta! ¡Despierta, idiota! El edificio se está quemando.

Ella se movió sin abrir los ojos y tosió, y luego se dio la vuelta, apartándose de Cato y acercándose hacia el hombre, que yacía inconsciente y con la mandíbula colgando, abierta, y respirando hondo. Cato tiró de ella con firmeza y la sacudió de nuevo, más fuerte esta vez.

—¡Joder, que te despiertes!

La cabeza de ella cayó a un lado y a otro, y frunció el ceño, murmurando un insulto. Cato le cruzó la cara con dos fuertes bofetadas. Ella abrió mucho los ojos y se apartó de él, levantando las manos para protegerse la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué haces? ¡No me pegues! ¡Por favor!

Había terror en su mirada, y Cato se imaginó que había soportado muchos abusos. La tomó de las manos y le habló directamente.

—Tienes que venir ahora.

—No...

—¡Ahora mismo, si quieres vivir!

Ella retrocedió hasta la pared y empezó a sacudir al hombre que estaba junto a ella, pero él estaba demasiado borracho para responder, aparte de gruñir en sueños y relamerse los labios. Cato se puso de pie y lo pateó fuertemente, desesperado por despertarlo, pero seguía sin reaccionar. Sólo podía salvar a la mujer con su hijo, decidió. La agarró del brazo e intentó arrastrarla, pero ella intentó soltarse y el niño, que había estado de pie, mirando, saltó hacia ella y le echó las manos al cuello, chillando aterrorizado.

Cuando Cato se echó atrás, impotente, oyó el sonido de unas botas que subían por las escaleras. Un momento después un hombre pasó corriendo por la otra habitación y entró por la puerta. Gracias al resplandor rojo de las llamas que entraban por la ventana, Cato pudo ver las marcas de quemaduras en su manto y su rostro tiznado. Tenía las mejillas muy arrugadas y su barba, cuidadosamente recortada, estaba veteada de gris. Cato supuso que sería una década mayor que él, más o menos.

—¡Cato, tienes que salir de aquí! ¡Ven!

—¿Quién demonios eres tú? ¿Cómo sabes quién soy?

—No hay tiempo para explicaciones. Vamos. —Señaló el rellano—. ¡Tenemos que irnos, señor! Ahora mismo.

Cato negó con la cabeza.

—Tenemos que sacar a esta gente de aquí.

El hombre miró a los ocupantes del apartamento.

—Ya no se les puede ayudar. Si intentamos salvarlos, moriremos también. Por favor, señor. Salgamos mientras aún sea posible.

Cato notó que el hombre tenía entrenamiento militar, y adoptó un tono de voz firme mientras tomaba una decisión.

—Nos llevaremos a la mujer y al niño, entonces. —Se agachó y recogió al niño de los brazos de su madre, y éste soltó un grito de pánico—. Calla, pequeño. También vendrá con nosotros.

Con un silbido de frustración, el otro hombre agarró a la mujer, la puso de pie y la rodeó con una manta.

Fuera se oyó otro estrépito de mampostería, y el suelo se movió bajo los pies de Cato. Empezaba a llover tierra de las tablas del suelo del piso superior.

—¡Vámonos!

Cato dirigió la comitiva hacia el rellano, con el niño metido dentro de su manto, mientras su recién encontrado compañero se echaba a la mujer encima del hombro, pese a los débiles intentos de ella por resistirse a sus esfuerzos.

—¡Suéltame, cabrón!

—Calla la puta boca. A menos que quieras asfixiarte con el humo.

El calor que subía por la escalera parecía la puerta de un horno abierto ante la cara de Cato, y éste retrocedió al ver que mordía su carne. Dudó un momento, pero al final se arrojó entre el humo arremolinado. Intentó respirar por la nariz, pero notó el aire muy caliente y acre en la garganta, y se atragantó y tosió mientras corría a bajar el siguiente tramo de escaleras. Tenían que bajar aún dos pisos más antes de llegar al nivel de la calle, pensó, mientras continuaba bajando. El siguiente rellano estaba en llamas, y las chispas saltaban desde los marcos de las puertas ardientes y las tablas del suelo, al tiempo que el aire se iba llenando de crujidos y rugidos de las llamas que consumían la base del edificio. Intentó abrirse camino, pero ante él el fuego era más intenso aún, y se vio obligado a apartarse.

—No podemos seguir. Volvamos atrás. ¡Atrás!

Abrió una puerta de una patada y entró, a través del humo. Las tablas del suelo bajo sus pies estaban envueltas en el resplandor de las llamas que ardían furiosamente por debajo, y supo que sólo era cuestión de unos minutos que se abrieran paso. Los postigos de las ventanas que daban a la plaza estaban abiertos, y se inclinó hacia fuera para llamar a la multitud.

—¡Traed una manta! ¡Que alguien nos recoja!

Hubo un breve momento de silencio hasta que uno de los mirones corrió hacia la posada de la esquina y arrancó el toldo que estaba a la entrada. Entonces, muchos otros fueron a ayudarlo. Trajeron el toldo lo más cerca que pudieron del edificio en llamas, lo extendieron y lo sujetaron, estirándolo bien.

Cato se apartó de la ventana, se abrió el manto, y soltó al niño. Había un hueco de unos tres metros entre el edificio y el toldo y, tensando los

músculos, calculó lo mejor que pudo. El niño se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar y abrió la boca para chillar.

—¡Calla! —rugió Cato—. ¡Quieto!

Lanzó al niño por la ventana y éste voló por el aire, agitando brazos y piernas en el corto vuelo, pero aterrizó en el toldo, que se agitó bajo el impacto. Al quedarse sin aire en los pulmones y debido a la conmoción sus gritos cesaron, y al principio Cato pensó que se había hecho daño. Luego, con alivio, oyó que volvían los llantos, y se apartó.

—Ahora la mujer.

Su misterioso compañero asintió y la dejó de pie junto a ellos. Los ojos de ella estaban llenos de lágrimas por el humo, y tosía, intentando respirar. Cato la empujó hacia la ventana.

—Tienes que saltar. Es la única forma de salir de aquí.

Ella miró hacia abajo y retrocedió, alarmada.

—¡No!

Cato la presionó, con suavidad.

—Tienes que hacerlo. Tu hijo ya está abajo.

—Demasiado alto... Demasiado alto. Me mataré.

—No. Pero las llamas sí que lo harán.

Como para subrayar el comentario, unas tablas del suelo junto a la puerta cedieron de repente y una lengua amarilla apareció en la habitación.

—¡No puedo! —Se retiró a un lado de la habitación y se apretó contra la pared.

—No hay tiempo para esto —dijo el otro hombre—. Déjala, o moriremos todos.

Cato notó un repentino brote de rabia.

—Pensaba que estabas aquí para salvar vidas...

—Se me ordenó que salvara la tuya.

—¿Ordenó? ¿Quién eres tú? ¿Quién te ha enviado?

Antes de que el hombre pudiera responder, otra parte del suelo se derrumbó, y el humo y las llamas invadieron la habitación. La mujer chilló y Cato al instante se volvió hacia ella.

—Debes saltar. Tu hijo te espera. ¿Quieres que se quede huérfano? —Le apretó las manos con firmeza—. Venga, déjame que te ayude.

Mientras intentaba apartarla de la pared, los ojos de ella miraron hacia la ventana y se apartó, luchando por soltarse.

—¡Suéltame! ¡Suelta! —consiguió soltarse una mano y lo abofeteó con fuerza en un lado de la cabeza, tanto que Cato notó que el oído le zumbaba.

—¡Déjala! —gritó el otro hombre.

—Ve tú primero. Yo me ocuparé de ella. Luego saltaré.

—Déjala, te digo. No te lo volveré a advertir.

Cato ya había tenido bastante.

—¡Joder, qué...!

Se inclinó hacia adelante cuando un fuerte golpe le dio en la parte trasera del cráneo. Hubo un relámpago blanco y brillante, y luego la oscuridad total al perder la conciencia.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Durante un momento no hubo nada. Luego, un poco de luz, y al poco, pensamientos y conciencia. Y una sensación de calor al darse cuenta de que lo movían hasta levantarlo. A pesar de tener una vaga sensación de su entorno, Cato no podía pensar con claridad. Como si su mente fuera una marabunta de percepciones unidas al azar entre sí.

—¡Acercaos más! —aulló cerca de repente una voz—. ¡Más cerca, he dicho!

Entonces levantaron a Cato del todo y el aire se llenó de resplandores y de luces, y sus pulmones ardieron por el humo, y tosió y tuvo arcadas. Un movimiento súbito y quedó flotando un instante, sin peso, y luego aterrizó con fuerza contra algo muy áspero, que cedió sólo un poco, y el aire escapó de sus pulmones. Volvió a desmayarse.

* * *

La pesadilla era larga y no ofrecía un momento de alivio. Cato estaba atrapado en un bosque ardiente donde las llamas saltaban de rama en rama, y Macro y él luchaban por abrirse camino a través del fuego mientras intentaban proteger a Lucio de las ramas en llamas que caían sobre ellos. Justo entonces, por delante, los árboles se separaron y revelaron un río y una barca. Un hombre a quien reconoció como el tribuno Cristus estaba sentado a los remos, y una mujer, de pie, estaba de espaldas a Cato. Él gritó para que los esperasen. Ella se volvió. Era Julia. Sonrió, y mientras ellos corrían hacia la seguridad del bote, ella, con indiferencia, se subió a la popa y empujó la barca para apartarla de la orilla. Un momento más tarde, Cristus remaba y se alejaban hacia la mitad de la corriente, y cuando Cato, su hijo y Macro llegaban a la orilla del río ya estaban muy lejos de su alcance. Sólo pudieron contemplar impotentes cómo los abandonaban a su destino, con las llamas

acercándose cada vez más y más, el resplandor cada vez más intenso... Y poco a poco éste se fue convirtiendo en un rectángulo, el marco de una ventana situado en una pared, muy alto, al otro lado de la cama. La intensidad de la luz se fue ajustando paulatinamente, y Cato por fin, aunque con dificultad, abrió los ojos y se removió.

—Ah, al fin te has despertado.

Cato volvió la cabeza a un lado y pese a ver borroso distinguió a una mujer sentada a corta distancia del lecho. Llevaba un pergamino en las manos, que enrolló y colocó en una mesita lateral, y se puso de pie. Cato tenía los labios resecos y la garganta dolorida, y sólo pudo emitir un áspero graznido al reconocerla.

—Domicia...

Ella se acercó y le sonrió.

—Espera. Primero tienes que beber algo. Mi cirujano te ha preparado una bebida. ¿Puedes incorporarte?

Cato asintió y se levantó un poco, despacio, hasta que sus hombros quedaron apoyados en la pared que había detrás de la cama. En ese momento fue consciente también de cómo le dolía todo el cuerpo. Llevaba una túnica limpia y estaba echado en un colchón blando, con una especie de cataplasma brillante extendida encima de las quemaduras de brazos y piernas.

—¿Cómo...? —empezó a decir, e hizo una mueca ante un nuevo e intenso dolor en la garganta y el pecho.

—Te lo he dicho: espera. —Domicia se inclinó y recogió un frasco pequeño del suelo, junto a la cama, y le quitó el tapón—. Bébetelo.

Cato tomó el frasco, se lo llevó a la nariz y lo olisqueó. Notó un débil olor a menta; un olor no desagradable, de modo que dio un traguito. El líquido era espeso, casi como una crema, y lo notó muy fresco al pasar por su garganta. De hecho, suavizó el escozor, así que dio otro trago. Domicia tendió la mano.

—Es suficiente por ahora. Lo tomarás en pequeñas dosis a lo largo del día, hasta que cese el dolor. —Volvió a poner el tapón en el frasco—. Supongo que te preguntarás cómo has llegado hasta aquí...

—Se me ha pasado por la cabeza... —Cato se removió para ponerse un poco más cómodo, y luego continuó—: ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días. Te diste un buen golpe en la cabeza. Te has estado agitando y murmurando cosas, pero la verdad es que no las he entendido. Mi físico dice que no es raro que después de un golpe así los sentidos queden alterados unos cuantos días. ¿Recuerdas el incendio?

—Sí... —Cato frunció el ceño—. Había una mujer y un niño.

—El niño se salvó. En cambio, su madre, por desgracia, no sobrevivió. La imagen de Lucio relampagueó en su mente.

—¿Qué ha sido de él?

—¿Quién sabe? Si tiene suerte, alguien se ocupará de él. Si no...

Cato notó un súbito pinchazo de compasión por aquel niño sin nombre. Las calles de Roma eran un lugar inmisericorde en el que criarse. Aunque el niño fuese tan afortunado como para encontrar un nuevo hogar, existían muchas posibilidades de que se viera condenado a trabajar en algún taller de alguna callejuela, y suerte tendría si llegaba a ser lo bastante mayor para sobrevivir a tal empleo. Cato estaba muy agradecido porque Lucio no tuviera que vivir nunca una experiencia semejante. Y todo como resultado de un accidente en el nacimiento. Un niño, ahora un huérfano, casi con toda certeza condenado a una vida de desgracias, mientras el otro, bendito por el destino, más que probablemente se beneficiaría de una crianza cómoda y la perspectiva de una próspera carrera. Si Lucio vivía lo suficiente. Y eso dependía, en gran medida, de que Cato probase su inocencia.

Mientras reflexionaba sobre el destino del chico y su madre, recordó al desconocido que había arriesgado su vida para salvarlo.

—Había un hombre allí. ¿Fue él quien me salvó?

—Sí. Te traje aquí después de que saltaras del edificio.

Cato frunció el ceño mientras los detalles volvían a su memoria.

—Yo no salté. Él me tiró.

—Tuvo que hacerlo, fue la única manera de salvarte.

—Pero me golpeó y me dejó inconsciente mientras intentaba salvar a la mujer.

Domicia asintió.

—Ya me lo contó. Dijo que no pudo hacer otra cosa.

—¿Quién es? —preguntó Cato, suspicaz.

Domicia dudó y respiró hondo antes de contestar:

—Trabaja para mí y para mis amigos. Se llama Atalo. Lleva siguiéndote varios días, asegurándose de que estás a salvo. Afortunadamente para ti, estaba cerca cuando se produjo el incendio. Como no saliste con los demás del edificio, entró a buscarte. De otro modo habrías compartido el destino de la mujer a la que intentabas salvar.

Cato trató de asimilar tanta información.

—¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—Lo envié a vigilar la casa de Sempronio. —Domicia sonrió—. Estaba segura de que intentarías ver a tu hijo o contactar con el centurión Macro. Tú viste enseguida a los hombres de Palas y te ocupaste de ellos, pero Atalo es un agente mucho mejor y consiguió mantenerse escondido mientras te seguía.

—¿Y por qué lo enviaste a seguirme? ¿Por qué quieres que esté a salvo? Especialmente después de decirte que no quería formar parte de tus planes.

—¿Por qué crees tú? Sabemos que Palas quería captarte para su bando. También supusimos que, si no conseguía convencerte, haría todo lo posible por destruirte. —Domicia juntó las manos—. Parece que teníamos razón.

—Entonces, ¿por qué no traerme aquí cuando necesitaba un lugar donde esconderme?

—Porque no estábamos seguros de que aceptaras nuestra ayuda. Nos rechazaste la última vez. Mi opinión era que mejor esperar hasta que tú te acercaras a nosotros. Es mejor ser voluntario que obligado, como se suele decir. Pero el incendio precipitó las cosas, y aquí estás. Lo principal es que estás a salvo. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

—Mientras me una a ti y a tus amigos, supongo.

Domicia se encogió de hombros.

—Eso depende de ti, Cato. Preferiría que te nos unieras, claro está. De todos modos, como ya estás huyendo y te buscan por asesinato, yo diría que lo sensato sería aliarte con nosotros.

—Soy inocente. Palas me tendió una trampa para cargar ese crimen sobre mis espaldas.

—Te creo. De verdad. Tu problema es que debes convencer a todos los demás.

Cato cerró los ojos un momento, notando el peso de la desesperación de nuevo sobre sus hombros.

—Tengo que encontrar al hombre que mató a Granico y obligarlo a confesar.

—Yo diría que eso no te va a resultar fácil. Por supuesto, si Británico se convirtiera en emperador, estoy segura de que se le podría convencer para que te exculpara. Y entonces podrías recuperar tu vida y tu carrera en paz. — Hizo una pausa y rió suavemente—. Bueno, paz relativa, claro, dada tu profesión, pero al menos no te verías obligado a vivir escondido como un criminal normal y corriente, siempre mirando por encima del hombro por temor a que te descubran. Y me imagino que echarás mucho de menos estar con los tuyos...

—Lucio, al menos, está a salvo —contestó Cato intentando mantener una expresión neutra.

—Ya lo sé. Estoy segura de que la hermana de su niñera lo cuidará muy bien.

Cato notó que un escalofrío le pellizcaba el corazón.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy sencillo. Atalo no es el único agente que trabaja para nosotros. Otro siguió a tu amigo Macro.

—¿Y lo seguía alguien más?

—Si te refieres a algún hombre de Palas, no, que yo sepa. Lucio está a salvo. Al menos en eso puedes dar gracias.

Era un alivio saber que su hijo estaba fuera del alcance de las garras de Palas. Pero no había ninguna oportunidad de que Cato pudiese criar a su hijo mientras lo estuvieran persiguiendo. Y hasta que pudiera localizar al auténtico asesino y obligarlo a decir la verdad, sería un fugitivo. Ya estaba empezando a tener la sensación de que su búsqueda era inútil. De mala gana, empezó a reconsiderar si tal vez debía aliarse con la causa de Domicia. Ella y sus amigos estaban haciendo una apuesta muy importante, y si ganaban y él estaba de su lado, con toda seguridad su nombre se limpiaría y recibiría además grandes recompensas. Pero primero tenía que saber más. Su mirada volvió a quedar fija en Domicia con perspicacia.

—¿Lucio está a salvo?

Ella se quedó callada un momento y luego respondió:

—¿De nosotros, quieres decir?

—Sí.

—Pues claro que sí, Cato. ¿Por quién me has tomado? Mis amigos y yo queremos que termine el gobierno arbitrario de los dictadores hereditarios, monstruos como Calígula e idiotas como Claudio, todos por igual. Y temo que existen todas las posibilidades de que Nerón se vuelva tan loco y cruel como los anteriores. Roma no puede permitirse otro emperador así. Británico es un peligro menor, en el mejor de los casos. Él entiende que el poder imperial debe ser restringido y que Roma debería volver a ser una república lo antes posible. El objetivo de nuestra causa es terminar con la aberración de una dinastía de déspotas y devolver el poder al Senado y el pueblo de Roma. ¿No estarías de acuerdo en apoyar esa causa? Por lo que sé de ti, creo que lo deseas tanto como yo. ¿Acaso me equivoco? —Arqueó una ceja.

Cato mantuvo la cara inexpresiva mientras meditaba en aquellas palabras. Era cierto que no sentía demasiado cariño por una institución que Augusto había sido el primero en imponer a Roma, pero tampoco tenía demasiada fe en los aristócratas que habían gobernado Roma con anterioridad. Fueron sus errores y su inmensa ambición los que condujeron a los sangrientos conflictos entre una serie de señores de la guerra antes de que Octavio se impusiera como dictador, asumiendo el título de Augusto. ¿Quién podía asegurar que no se repitiera aquel proceso calamitoso si Británico era el que acababa ganando y abolía el principado, devolviendo el poder al Senado? Y sin embargo, en aquellos momentos el futuro de Cato y de su hijo parecía depender del éxito de Británico, Domicia y sus compañeros conspiradores.

—¿Cómo puedo estar seguro de que existe una oportunidad real de que tengáis éxito?

—En política no existe la certeza. Lo único que te puedo decir es que hemos preparado el terreno lo mejor que hemos podido, y que llevamos varios años ya planeando este momento. Han sido muchos los preparativos... Las piezas del juego han sido colocadas con paciencia, y lo único que esperamos es el momento adecuado para hacernos con el poder.

—¿Y cuándo será eso?

—Pues el día en que Británico cumpla catorce años.

Cato asintió. Era la ocasión que tradicionalmente marcaba el paso de la niñez a la edad adulta. El cumpleaños de Británico era en febrero, faltaban

menos de dos meses.

—¿Y qué ocurrirá exactamente ese día?

Domicia guardó silencio un momento antes de responder:

—Todo empezará con una votación en el Senado. Sempronio presentará una moción cuestionando la legalidad del acceso al trono de Nerón. Ya te puedes imaginar la falsa indignación que provocará eso. No existe posibilidad alguna de que la moción prospere, tal y como están las cosas, pero eso nos permitirá identificar a nuestros oponentes más radicales, de los que nos ocuparemos más tarde. Al mismo tiempo, la Sexta Legión estará acampada fuera de la ciudad, en la carretera que va a Ostia. Su legado y la mayor parte de los oficiales de mayor rango ya se han decidido por nosotros. Entrarán en Roma para dar apoyo a las cohortes pretorianas que están a favor de Británico.

»Y ahí es donde entras tú, si decides unirme a nuestra causa. Tus hombres te son leales. Si apareces en el desfile de la mañana y les pides que juren lealtad a Británico, imagino que su ejemplo decidirá a la mayor parte de unidades de pretorianos restantes. Y en el peor de los casos sembrará la semilla de la confusión el tiempo necesario para que los legionarios tomen la ciudad. Después ocuparemos el palacio, depondremos a Nerón y lo arrestaremos; a él, a su madre, a Palas, a Séneca y a Burrus. Proclamaremos que Británico es el verdadero heredero de Claudio, y así lo presentaremos ante el Senado. Llegados a ese punto imagino que el apoyo sobre la moción de Sempronio ya será mayoritario. Ponerle la espada en la garganta a un senador tiene un efecto mucho más directo que cualquier retórica, por muy bien construida que esté.

—Ya me lo imagino —sonrió Cato brevemente—. Sin embargo, no veo que mi papel sea crítico para el éxito de tu empresa. Ya tienes a la Sexta Legión en el bolsillo.

—Pero no nos servirá de gran cosa... No a menos que controlemos las puertas de acceso a la ciudad y nos aseguremos de que están abiertas cuando la legión marche. Por eso necesitamos controlar a los pretorianos, o al menos a los suficientes para que nos garanticen el acceso a la capital. Además, si puedes ganártelos, existen muchas posibilidades de que nos hagamos con el control sin derramar sangre. Podrías salvar muchas vidas, Cato.

—Pero no las de Nerón y su círculo, entiendo.

—No se les puede permitir vivir. —Domicia suspiró—. O si no, sufriremos las consecuencias de lo que precisamente queremos evitar. Serán arrestados y diremos que los hemos llevado a Capreae. Sin embargo, no llegarán vivos a la isla. Cuando se conozca su destino, Británico ya habrá cimentado su poder y nadie en Roma tendrá las agallas para intentar resistirse al nuevo régimen. En cuanto al resto del Imperio, las legiones y sus comandantes aceptarán el resultado, o los podremos comprar fácilmente.

Cato pensó en todo aquello.

—Parece que habéis pensado en todo.

—Lo hemos intentado. Como he dicho, hemos estado preparando este momento hasta el detalle durante algunos años. Como prueba de ello, es hora de que conozcas a una de las personas más importantes que están detrás de nuestros planes. Volveré dentro de un momento.

Domicia salió de la habitación y la mirada de Cato volvió a la ventana. Fuera, el cielo era claro y alguna alondra pasaba volando de vez en cuando. Se oía el sonido de pasos distantes y voces, y se dio cuenta de que lo debían de haber alojado en una parte de la casa de Domicia y Vespasiano que apenas se usaba. Eso era lógico. Los esclavos cotilleaban de lo lindo en Roma, y su presencia pronto sería traicionada si se estuviese recuperando en la parte principal de la casa. De nuevo le molestaron las quemaduras, e hizo una mueca cuando el dolor se intensificó. Flexionó los miembros y se incorporó un poco. Aparte de las quemaduras y el dolor de garganta y la irritación de los pulmones, estaba en buena forma. Podía perfectamente ocuparse de los deberes que Domicia y sus amigos le asignasen, si se unía a su conspiración.

Al rato unos pasos sonaron fuera. Unos más ligeros, de las sandalias de Domicia, y el paso más pesado de un hombre. Entonces unas sombras aparecieron en el pasillo que daba a la habitación, y enseguida Domicia apareció en el umbral.

—Aquí lo tienes, Cato. Un viejo amigo.

Se hizo a un lado, y una figura esbelta salió del pasillo escasamente iluminado y entró en el charco de luz que arrojaba el sol, que entraba por la ventana.

—Saludos, Cato.

Cato notó una súbita mezcla de asombro y la conciencia repentina y fría de que aquello no tenía que haber sido una sorpresa en absoluto debido a lo que sabía de su visitante.

—Me dijeron que estabas muerto, Narciso...

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Macro miró a su alrededor por última vez para comprobar que no lo seguía nadie. Era ya tarde y los últimos rayos del sol poniente bañaban los edificios más altos con un resplandor cálido. Pero todo lo demás quedaba entre sombras y un tono de un azul frío parecía teñir el aire de las calles. La entrada al patio detrás de la casa de baños se encontraba junto a una tranquila calle secundaria, y además de Macro sólo callejaban por allí un puñado de personas. Nadie parecía prestarle atención, y nadie se entretenía de su paseo. Asintió para sí antes de entrar en el patio. Un esclavo anciano era el responsable de atender el fuego que ardía bajo la casa de baños y que mantenía caliente el sistema de hipocausto para los clientes. Como de costumbre, Macro le dio de propina un sestercio para que se ocupara sólo de sus asuntos.

—Gracias, amo. —El viejo se tocó la frente con la moneda.

—¿Alguna señal de mi compañero? —preguntó Macro.

—No desde la última vez que preguntaste por él.

—¿No? —Macro frunció el ceño. No había sabido nada de Cato desde hacía varios días, a pesar de haber dejado su marca y esperado en la sala de vapor, como habían acordado. Aunque Macro confiaba en la habilidad de su amigo para cuidar de sí mismo, se estaba empezando a preocupar de verdad. Si habían localizado a Cato, lo habían matado y se habían desecho de él, Macro nunca lo sabría. Se agarró a la esperanza de que, si realmente encontraran a Cato, le sería de más utilidad a Palas vivo que muerto, e intentó consolarse con la idea de que la falta de noticias sobre su amigo no era necesariamente mala cosa. Suspiró y desvió su atención de nuevo al esclavo.

—Si lo ves, dile que se ponga en contacto conmigo de inmediato. ¿De acuerdo?

—Sí, amo. ¿Y qué hay del otro hombre?

—¿Del otro hombre? —Macro notó que el estómago se le encogía—. ¿Qué otro hombre?

El esclavo sonrió y se dio unos golpecitos en la nariz.

—Tendrás que pagar, amo.

Macro suspiró y apretó los dientes. Adelantándose un paso, cogió un mechón del hirsuto pelo del hombre y le echó la cabeza atrás contra la pared, junto a la puerta abierta del horno del hipocausto. Con la mano libre sacó la daga y puso la punta junto a los suaves pliegues de carne de la barbilla del esclavo. Una gota de sangre resbaló por el borde de la hoja bien afilada. El calor del horno bañaba las piernas de ambos hombres.

—No juegues conmigo, inútil de mierda. Responde: ¿qué otro hombre? Habla o vas a notar un desagradable olor a carne asada desde la casa de baños.

—Ha-había un ho-hombre que vino aquí después de que te fueras, hace unos días —dijo el esclavo, precipitadamente—. Decía que te conocía y que quizá hubieras dejado algo para él. Le dije que no sabía nada, pero que tú dejabas marcas en las paredes.

Macro bufó, lleno de ira.

—¿Le dijiste eso?

—Sólo son marcas de tiza, amo —gimió el esclavo—. ¿Qué daño podía hacer decírselo?

—Pues mucho daño, viejo idiota. Sin duda te pagó por la información, ¿no?

El esclavo bajó la vista, y Macro le echó la cabeza a un lado, lo arrojó al suelo y se quedó encima de él, apuntando con la daga a su cara.

—Si ese hombre vuelve, no le dirás nada. Negarás que me has visto, a mí o a mi amigo. Luego lo seguirás y averiguarás dónde va. Y me informarás la próxima vez que venga. ¿Entendido?

—Pero, amo, debo mantener el fuego encendido. Si hago lo que me dices y el propietario de la casa de baños lo descubre, hará que me azoten.

—Ésa debe ser la menor de tus preocupaciones, amigo mío. Si intentas hacerme alguna otra jugada, acabarás con este cuchillo metido en las tripas. Pero si averiguas dónde vive ese otro hombre, habrá una recompensa para ti. ¿Está claro?

—¡Ss-sí, amo!

—¿Cómo era ese hombre?

El esclavo pensó unos instantes.

—Alto, con la cara oscura. Llevaba barba. Y una túnica marrón, manto y botas militares.

—¿Un soldado?

El esclavo se encogió de hombros.

—No lo sé seguro, amo.

Macro bufó y enfundó su arma.

—Ya conoces tus órdenes. Harás lo que te digo, si sabes lo que te conviene. Y ahora, vuelve al trabajo.

Se dio la vuelta y se acercó al cobertizo mientras el esclavo se ponía de pie, frotándose la cabeza allí donde Macro le había tirado del pelo. Macro se agachó bajo las tejas, y buscó el lugar donde Cato y él habían dejado antes las marcas cada uno para el otro. Estaba su «M» de hacía dos días, pero nada más. Frustrado, se dio una palmada en el muslo y volvió al centro del patio, y allí se quedó de pie, pensativo, mientras el esclavo echaba más troncos a la puerta del horno abierta sin dejar de lanzar miradas nerviosas en su dirección.

Macro pensó, asombrado, cómo podía ser que alguien llevara varios días vigilándolo sin que él se hubiera dado cuenta. O bien el hombre había sobornado al esclavo o algún compañero suyo, o quizás hubieran seguido a Cato hasta aquí. Inmediatamente volvió a sentir una grave preocupación por la seguridad de su amigo. Quizá Palas ya lo hubiera capturado y estuviera preparándose para ponerlo a prueba. Si era ése el caso, entonces Macro debía buscar la pista de Prisco, encontrarlo y obligarlo a confesar el crimen del senador Granico.

Espoleado por aquella resolución, salió del patio hasta la calle. Consciente de lo que acababa de saber, tomó un rumbo tortuoso, deteniéndose regularmente y regresando sobre sus pasos un par de veces, para ver si alguien lo seguía. Pero no vio nada extraño, de modo que volvió a su ruta habitual hacia al campo Pretoriano, y al llegar fue directamente a los barracones de la Segunda Cohorte. Ahora que era comandante en funciones, tras la desaparición de Cato, tenía más deberes que cumplir y poco tiempo para dedicarlo a la búsqueda de Prisco. Y tampoco podía pasar mucho tiempo

con Petronela. Eso tenía que remediarlo lo antes posible, pensó Macro, antes de que el afecto que ella sentía por él empezase a enfriarse.

El optio Metelo estaba firme ante su escritorio y saludó cuando Macro entró en su despacho.

—Descansen —respondió Macro. Se quitó el manto y lo colgó detrás de la puerta—. Todo en orden, supongo, ¿no?

Metelo asintió.

—La lista de turnos está actualizada. Ya hemos llevado el último testamento de los hombres que perdimos en Hispania al templo de Júpiter. Me han notificado que la cohorte recibirá el primer lote de nuevos reclutas y transferidos a finales de enero. No tendremos aún todas nuestras fuerzas, pero no andaremos lejos. En cuanto a las malas noticias, todos los permisos han sido cancelados. A algunos muchachos no les hace ninguna gracia, señor.

—Ya me lo imagino. —Macro lo sentía por aquellos que esperaban dejar la capital durante un mes o así para visitar a sus familias en otras ciudades y campos de Italia, pero las tensiones en Roma entre los partidarios de Nerón y los de Británico requerían la presencia de todos los soldados—. ¿Se sabe algo de tus amigos del cuartel general sobre un nuevo comandante para la cohorte?

Metelo negó con la cabeza.

—Parece que Burrus está intentando encontrar un sustituto, señor.

—Créeme, nadie puede sustituir al prefecto Cato. Y mucho menos un portento sin barbilla nombrado a dedo para ser tribuno sólo porque su padre tiene amigos en el palacio imperial.

Metelo asintió con vehemencia. Ambos estaban familiarizados con el exagerado nepotismo de la Guardia Pretoriana, a todos los niveles. Los soldados profesionales transferidos allí desde las legiones disimulaban poco y mal su desdén hacia algunos de sus camaradas, aquéllos nombrados directamente para la Guardia. El hecho de que los hombres todavía se refirieran a Cato por su antiguo rango de prefecto de una cohorte auxiliar, en lugar de su rango oficial de tribuno, era prueba del respeto que le profesaban.

—Bueno, esperemos que pronto se limpie su nombre y que pueda volver a cumplir sus deberes. Tal y como están las cosas, lo vamos a necesitar.

—Sí, señor.

Macro se sentó ante el otro escritorio.

—¿Tienes algo más para mí?

—Sí, señor. El recuento de castigos. —Metelo cogió una pizarra—. Dos hombres borrachos estando de servicio, dos cargos de insubordinación con oficiales de otras cohortes y ocho hombres acusados de pelearse en los barracones.

—A ver si lo adivino: todo esto tiene que ver con el pago de las bonificaciones, o la falta de pago, más bien. —La tensión todavía era palpable entre los hombres que habían recibido su paga extra del nuevo emperador y los que no. Las discusiones eran habituales, y tras ellas ya habían empezado las peleas entre hombres de distintas cohortes.

—Me temo que sí, señor. —Metelo dudó antes de aventurar una opinión—: Si en palacio no consiguen solucionar esto pronto, habrá más comportamientos de este tipo. No es bueno para la disciplina ni para la moral, señor.

—Claro que no. Confiemos en que Nerón descubra un baúl mágico lleno de monedas un día de éstos y entregue a los chicos la plata que les debe. Si puede permitirse los banquetes lujosos que ha estado celebrando últimamente, también será capaz de encontrar dinero para sus soldados. —Macro hizo una pausa y lanzó una mirada inquisitiva al optio—. Este último comentario debe quedar entre nosotros dos.

—Por supuesto, señor.

—Y hay otro asunto —continuó Macro, informal—. Ese asunto del guardia del que informé por insubordinación. Ese tal Prisco. ¿Has averiguado en qué cohorte está?

—Sí, señor. He consultado al cuartel general y parece que es soldado en la Cuarta Cohorte. O al menos, lo era.

—¿Lo era?

—Se ausentó sin permiso hace más o menos un mes, señor. Parece que se metió en una pelea y mató a uno de sus camaradas. No ha vuelto a los barracones desde entonces. Y nadie lo ha visto tampoco. Y lo raro es que todavía no se le ha acusado de nada...

—¿Cómo? ¿Después de un maldito mes entero? —Macro no pudo ocultar su sorpresa.

—Sí, señor. Me he asegurado de eso. Nunca había oído nada parecido. En las legiones no pasaría nada semejante, ni en la cohorte auxiliar más descuidada de todo el ejército.

—Tienes razón, maldita sea. Bueno, ¿de qué va esto, entonces? ¿Por qué le han dejado pasar todo a ese tal Prisco?

—Parece que el tribuno no ha tenido tiempo de firmar la acusación.

—Y una mierda. Tiene que haber algo más.

Metelo chasqueó la lengua.

—Si lo hay no estoy al tanto, ni tampoco ninguno de mis compañeros del cuartel general. Lo siento, señor. Ojalá pudiera ayudarte más.

—Bueno, has hecho lo que has podido, chico. ¿Quién es el tribuno de la Cuarta, por cierto?

—Pues de eso se trata, señor... El mundo es un pañuelo, podríamos decir. Macro miró fijamente al optio.

—Dímelo.

—Es Cristus.

—Pero ¿cuándo ha sido eso? —Macro se inclinó hacia delante—. Pensaba que se había ido de permiso.

—Parece ser que no. Fue transferido a la Cuarta como tribuno en funciones después de que el nombramiento del prefecto a nuestra cohorte fuera permanente. El actual comandante de la Cuarta es compañero de copas de Nerón. Apenas ha pisado los barracones, y desde luego no se interesa nada por sus hombres, de modo que Cristus ha conseguido el trabajo, y la verdad es que tampoco es mucho mejor, dado que no ha hecho nada contra Prisco, señor.

—Bien, entonces tendré unas palabras con él yo mismo en cuanto tenga oportunidad...

* * *

Ya había anochecido cuando Macro terminó los informes disciplinarios y pasó revista a los hombres que estaban haciendo la primera guardia. Hizo saber a Metelo que se iba de los barracones y se dirigía a casa de Sempronio, y se abrió camino por las calles oscuras, rumiando de nuevo sobre por qué Cato no había conseguido reunirse con él en la casa de baños, sobre la

identidad del hombre que había aparecido en el patio donde dejaban sus señales, y sobre el hecho de que el tribuno Cristus no hubiese emprendido acción alguna contra Prisco, quien, según todas las normas vigentes, era un desertor, sin duda. Se le encogía el corazón al pensar que Prisco se les había perdido, y por tanto disminuían las posibilidades de probar la inocencia de Cato.

Pese a estar sumido en sus pensamientos mientras recorría las calles, estaba pendiente sin embargo de cualquier señal de que lo siguieran. No suponía ninguna diferencia, porque su regreso nocturno al alojamiento no oficial en la casa del senador se había convertido en una parte establecida de su rutina. De todos modos, quería saber quién lo seguía, y por orden de quién.

Cuando llegó a la casa el portero lo esperaba en los escalones y se puso de pie en cuanto lo vio aproximarse.

—¡Gracias a los dioses, amo...! ¡Por favor, ven rápido!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Macro mientras seguía al hombre al interior.

—En la cocina, amo. Petronela te está esperando.

—¿Petronela? ¿Qué está haciendo de vuelta en Roma?

—No lo ha dicho, amo.

Macro dejó su manto al portero y corrió por la casa principal hacia los aposentos del servicio. La puerta de la cocina estaba ligeramente entreabierta y conforme se acercaba le llegó una conversación en voz baja y sollozos. Abrió la puerta y entró en la gran sala donde el muro del fondo estaba lleno de hornos y parrillas para aquellas ocasiones en que el senador tenía muchos invitados. Aquella noche sólo un fuego estaba encendido, y delante de él, sentados en unos taburetes, vio a Petronela y a dos más, de espaldas a él: un hombre y una mujer.

Petronela se puso de pie en cuanto lo vio. Su rostro reflejaba desconsuelo y ansiedad. Los otros se volvieron a mirarlo, y a Macro le costó un momento reconocerlos debido a la escasa luz. El hombre llevaba la cabeza vendada, y en su rostro se veían hematomas lívidos. Pero la mujer era inconfundible. Eran la hermana de Petronela y su marido.

—Macro... —Petronela corrió hacia él y le cogió de las manos—. Es Lucio. Alguien se lo ha llevado...

CAPÍTULO VEINTICINCO

—¿Que se lo han llevado? —gruñó Macro—. Explícate.

Petronela se quedó muy desconcertada ante la fría mirada del centurión y retrocedió, soltándole las manos. Él la cogió del brazo y la empujó suavemente hacia donde estaban los demás, obligándola a sentarse, mientras que él se quedó de pie ante ellos. Intercambiaron unas miradas entre ellos. Macro escrutaba su expresión de cerca.

—Cuéntame, Petronela.

Ella juntó las manos en el regazo al empezar.

—Fue ayer, al hacerse de noche. Estábamos a punto de cenar cuando alguien llamó a la puerta. Mario fue a abrir.

—¿Mario? Entonces será mejor que hable Mario. —Macro dirigió una mirada penetrante hacia el hombre—. ¿Y bien? ¿Qué pasó?

Mario, nervioso, se aclaró la garganta e hizo lo posible por mirar a Macro a los ojos.

—Había un hombre y un carro junto a la puerta. Dijo que le habían atacado unos bandidos, y que su amigo estaba herido y necesitaba ayuda para sacarlo de la parte trasera del carro. Corrí hacia allí con él y, al salir por la puerta, los otros saltaron encima de mí. Me derribaron, me dieron patadas y me pusieron un cuchillo en la garganta, y me preguntaron quién estaba dentro de la casa. Se lo dije. —Hizo una mueca, impotente—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Macro no respondió nada, de modo que Mario se vio obligado a continuar:

—Me levantaron a la fuerza, me sujetaron los brazos a la espalda y, con el cuchillo en la garganta, volvimos a la casa. Lucila estaba en la puerta y chilló en cuanto vio lo que estaba pasando. Antes de que pudiera hacer nada, el primer hombre la empujó a un lado y entró. Cuando me llevaron a la

cocina, ya había sacado la espada, y los otros estaban en el rincón. Me preguntó si había alguien más en la casa. No le dije nada. Entonces me preguntó si Lucio era el hijo del prefecto Cato. Le contesté que era mi sobrino..., y entonces me pegó con la parte plana de la espada. —Mario señaló el vendaje que llevaba en la cabeza, y Macro vio una mancha grande y oscura en la tela—. Entonces amenazó a Lucila con la espada, pero ella estaba demasiado aterrorizada para hablar.

Macro se volvió a Petronela.

—¿Fue eso lo que ocurrió?

Ella asintió.

—Yo intentaba proteger a Lucio, pero él habló el primero. Soltó que era hijo de Cato, con todo descaro. Les dijo a los hombres que se fueran antes de que su papá se enfadara con ellos. —Una triste sonrisa vagó por su rostro—. El pobrecillo no entendía lo que estaba pasando.

—Si es como su padre, sí que lo sabía —dijo Macro—. Sigue.

—El que parecía el líder de aquellos hombres lo agarró. Yo intenté detenerlo, pero me golpeó en el estómago. No podía ni respirar. Tiraron al suelo a Mario, que sangraba mucho por la cabeza. Entonces el viejo nos dijo que nos quedásemos donde estábamos, y que nos mataría si hacíamos algún intento de seguirlos. Se fueron con Lucio. En cuanto se marcharon, Lucila y yo fuimos a atender a Mario, y luego yo aparejé su carro y nos vinimos directamente a Roma. Tenía que contártelo cuanto antes.

Macro pensó un momento y asintió.

—Has hecho bien... ¿Qué hay de los hombres que se llevaron al niño? ¿Reconociste a alguno de ellos?

—No.

—¿Y vosotros dos?

Mario y su mujer intercambiaron una mirada y menearon la cabeza negativamente.

—No los habíamos visto nunca.

—¿Y qué aspecto tenían? ¿Algo que los diferenciase? ¿Cicatrices, tatuajes quizá?

Petronela se retorció las manos.

—Eran hombres normales y corrientes, Macro. Como cualquiera que te encuentras en las calles de Roma. Y pasó todo muy rápido. Se fueron antes de que pudiera pensar con claridad.

Macro bufó, impaciente, frustrado por la falta de inteligencia de aquella gente. Pero tuvo que recordarse que eran civiles. La sorpresa y la reacción rápida era algo propio de su oficio. Pero había algo que no le acababa de encajar en todo aquello. Había tomado todo tipo de precauciones para procurar que no les siguieran, cuando él, Petronela y el niño partieron de Roma. Miró con dureza a Mario.

—Me pregunto cómo es posible que aparecieran en tu granja y supieran quién era el niño.

Sólo le costó un momento a Mario darse cuenta de la dirección que estaban tomando los pensamientos del centurión, y se levantó de inmediato.

—Eh, espera, no pensarás que se lo he contado a alguien...

—Precisamente eso es lo que estoy pensando. Me imagino lo tentador que puede resultar aprovecharse de la recompensa que ofrecen por la información que conduce al arresto de Cato... Una vez capturado su hijo, se vería obligado a entregarse. Y Palas ofrecería un buen dinero a cambio, ¿verdad?

—¡Por Júpiter, te doy mi palabra de que nosotros hemos cuidado al niño!

—No sería la primera vez que alguien me da su palabra y luego la rompe. Y que no ha vivido lo suficiente para cometer semejante error...

—¡Ya basta! —le cortó Petronela—. Yo le confiaría mi propia vida a mi hermana, y a Mario también. Es tan probable que traicionen a Lucio como que lo haga yo misma. —Señaló a Macro con un dedo—. ¿O es que no confías tampoco en mí?

Macro apretó los labios un momento.

—Sí que confío en ti. Sin embargo, mi experiencia es que, si pasas mucho tiempo en Roma, pronto descubres que no hay nadie que no esté dispuesto a traicionarte siempre y cuando el precio sea bueno... ¿Se lo has contado a alguien más? ¿Al senador Sempronio?

—Pues no. No tenía ni idea de cómo reaccionó cuando descubrió que Lucio y yo no estábamos...

Macro recordó la tarde que había hablado con el senador sobre la necesidad de trasladar a Lucio a un lugar seguro mientras perseguían a su padre. Sempronio apenas había podido ocultar su rabia, pero estuvo de acuerdo en que Cato tenía razón al preocuparse por su hijo y pedir a Macro que lo sacara de Roma. Y ahora el niño había sido secuestrado a punta de espada... Macro tosió, incómodo, antes de responder:

—Será mejor que se lo diga ahora. Mientras tanto, quiero que los tres os quedéis aquí. No le digáis a nadie lo de Lucio, y manteneos alejados de la vista.

Mario se agitó un poco.

—¿Y la granja? No podemos dejarla sin más...

—Si estuviera en tu lugar me lo pensaría dos veces antes de volver allí, al menos durante un tiempo. Si Lucio está en manos del hombre que creo que es responsable de su secuestro, no es de los que suelen dejar cabos sueltos. Ya has visto las caras de los hombres que ha usado para este trabajito. Es una verdadera suerte que no te haya matado de inmediato. Tú decides, pero, si yo estuviera en tu lugar, me aseguraría de tener una buena espada a mi lado en todo momento a partir de ahora. —Macro se frotó la frente y dejó escapar un hondo suspiro—. Bueno, será mejor que hable con el senador. Júpiter sabe cómo va a reaccionar ante este giro de los acontecimientos.

* * *

—Ésta no es una situación aceptable, centurión —dijo al fin Sempronio, con forzada calma—. Primero sacáis a mi nieto de mi hogar sin mi consentimiento. Después no me cuentas que mi yerno y tú estáis intentando encontrar a los auténticos culpables del asesinato del senador Granico, y ahora esto. ¿No se os ha ocurrido a ninguno de los dos que yo podía ayudaros en vuestra búsqueda de justicia?

—Cato era de la opinión de que era mejor no implicarte, señor. Cuanto menos supieras, mejor. Por tu propio bien.

—¿Ah, sí? ¿O es que Cato y tú pensabais que no podíais confiar en mí?

—Señor, él creía que te pondría en grave peligro.

—Todos estamos en peligro en estos tiempos, ya seamos inocentes transeúntes o conspiradores plenamente implicados. —Sempronio cogió aire

con fuerza—. Bueno, el caso es que debemos concentrarnos en encontrar a Lucio y rescatarlo.

—Sí, señor, por supuesto —afirmó Macro con vehemencia, feliz de hallarse en terreno menos cuestionable.

El senador se echó atrás en su asiento y miró más allá de donde se encontraba Macro, hacia unos estantes cargados de pergaminos que forraban toda la pared del estudio.

—Por muy preocupante que sea la noticia de su secuestro, hay algunas pequeñas migajas de consuelo que podemos extraer de ello.

—¿Señor?

—Piénsalo, centurión. —Sempronio miró a Macro—. ¿Por qué llevarse al niño, a menos que sea para presionar a su padre? Al menos, eso demuestra que Palas no ha encontrado a Cato. Al menos, todavía no. Puedes consolarte con eso, aunque no hayas tenido noticias suyas desde hace unos días, según dices.

—Sí, supongo que es así —respondió Macro, indeciso.

—Y luego está el hecho de que la niñera de Lucio y los demás salvaron la vida. Fue un acto deliberado. Sea quien sea el responsable, querían asegurarse de que vinieran corriendo para avisarte lo antes posible. Y el único motivo por el que pueden querer tal cosa es para que tú se lo comuniques a Cato. Yo procuraría no intentar reunirme con él durante un tiempo, porque estarán esperando para seguirte y que los lleves hasta él. Aunque consigas evitar que te sigan, Cato podría querer proteger a Lucio y estar dispuesto a intercambiar su vida por la de mi nieto. Sea como sea, tienen una forma de atraparlo... muy astuta. Eso hay que reconocérselo a Palas. Es muy astuto.

—Demasiado astuto para mí, señor. Ese hijo de puta es más rastrero que el vientre de una maldita serpiente. Y la mejor manera de tratar con una serpiente es cortarle la cabeza.

Sempronio levantó las cejas ante el tono brutal de la voz de Macro, y luego respondió:

—O bien vas pisando con mucho cuidado a su alrededor, y dejas que se vaya deslizando, y luego te enfrentas a ella cuando ya no te presta atención. Y entonces le cortas la cabeza.

Macro pensó un momento y se encogió de hombros.

—Sea como sea, el cabrón pierde la cabeza. Eso es lo único que me importa.

—Bueno, sí. Veo que es importante para ti.

—Ya lo creo.

Sempronio juntó las manos y apoyó la barbilla en ellas un momento, luego asintió y pareció que había tomado una decisión.

—Ahora mismo lo que necesitamos es protección para la niñera y el matrimonio. Como ya han servido para su propósito, me atrevería a decir que Palas se sentirá libre de deshacerse de ellos. No es seguro que vuelvan a su granja.

—Supongo que no, señor. Y gracias.

—Tienes que esperarme aquí una hora, más o menos —dijo Sempronio tras un silencio—. Tengo que hablar con alguien de todo esto. Alguien en quien podemos confiar, te doy mi palabra. No tardaré mucho.

Y sin más, se levantó del escritorio y salió del estudio. Macro oyó cómo sus pasos se iban desvaneciendo por el pasillo, y se sentó pesadamente en un diván, debajo de los estantes, y dejó escapar un suspiro exasperado. Rogó a los dioses que el senador tuviese razón y el secuestro de Lucio fuera la prueba de que Cato no había sido capturado todavía. Pero con el chico en manos de su enemigo, sólo era cuestión de tiempo que el liberto imperial lo usara como cebo para atraerlo hacia sí y meterlo en una trampa. Después de eso, Cato moriría sin duda alguna, y el destino de Lucio sería muy incierto. Tal perspectiva hacía arder la sangre de Macro, pero esperó sentado, cada vez más furioso, a que volviera Sempronio.

Era ya noche cerrada cuando volvió el senador. Macro calculó que debía de ser la tercera hora. La puerta que daba al estudio se abrió y Sempronio se quedó de pie en el umbral. Macro se quedó sorprendido al ver que empuñaba una espada; la vaina colgaba de su hombro. Antes de que pudiera hacer ningún comentario, el senador le hizo un gesto.

—Ven conmigo.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo hacia la parte trasera de la casa. Macro corrió tras él, y cruzaron el jardín hasta el patio vallado detrás del cual se encontraba el alojamiento de los esclavos, así como los almacenes y establos. Una litera esperaba junto a la puerta, junto

con los portadores y una pequeña escolta de esclavos armados con gruesas porras y antorchas, que encendieron en cuanto vieron acercarse a su amo. Petronela estaba de pie, preparada, con dos mantos sencillos marrones doblados en el brazo. Incluyó la cabeza al tenderle el primero a Sempronio y luego el otro a Macro.

—Póntelo y súbete a la litera —le ordenó el senador.

Macro se echó el manto por encima de los hombros y Petronela se acercó a sujetarle el broche. Ella lo miró suplicante, luego le cogió la cara entre las manos, la acercó a la suya y lo besó en los labios.

—Ten cuidado, mi amor.

—Los que se crucen en mi camino son los que deben tener cuidado. — Macro forzó una sonrisa—. No te preocupes.

Subió a la litera y se sentó frente a Sempronio, e inmediatamente éste último ladró una orden:

—¡Vámonos!

La litera se movió con brusquedad cuando los portadores la levantaron y comenzaron a caminar hacia las puertas. A través de los gruesos pliegues de las cortinas, Macro oyó que las bisagras gemían y las puertas se abrían, y la pequeña procesión salió a la calle.

—No te acomodes demasiado —dijo Sempronio, colocando la mano encima del pomo de su espada—. Prepárate para moverte en cuanto te dé la orden.

—¿Qué está pasando, señor?

—Todo a su debido tiempo. Por ahora, haz lo que te digo, sin preguntas. ¿Está claro?

Macro dudó, porque no sabía lo que ocurría y no le gustaba un pelo, igual que nada de lo que había sucedido desde que Cato y él volvieron a Roma. Sempronio se dio cuenta de su expresión y se acercó más a él.

—¿Confías en mí, centurión?

Macro se mordió el labio.

—Eres un buen hombre, señor. Pero he conocido demasiados políticos en Roma y estoy harto... Sin embargo, Cato confía en ti, y eso para mí es suficiente.

Sempronio lo miró serio a la débil luz de la antorcha que ardía junto a la litera.

—Está bien, pues haz lo que te pido. Por Cato.

La litera continuó avanzando por la calle y dio la vuelta hacia una avenida más ancha. Las sombras de los transeúntes revoloteaban en los pliegues de las cortinas. Bajaron un poco el ritmo al llegar a un cruce, y una voz en el exterior murmuró:

—Prepárate, amo.

Sempronio se subió la capucha del manto por encima de la cabeza y levantó las rodillas. Cuando la litera giró hacia la derecha, apartó a un lado la cortina y él movió las piernas a un lado, las sacó fuera y se levantó. Justo enfrente de él mantenían abierta una puerta, y se precipitó hacia el interior, seguido de cerca por Macro. Por encima del hombro, el centurión vio que uno de la escolta cerraba las cortinas y la litera continuaba su camino.

En cuanto Macro atravesó la puerta, ésta se cerró tras él y los postigos se corrieron. Gracias a la luz de algunas velas colocadas en un estante, se dio cuenta de que estaban en una panadería. Las estanterías se alineaban en las paredes rebosante de toda una gama de hogazas, panecillos y pastas. El hombre que había cerrado la puerta tenía la cara pegada a la rejilla y miraba hacia fuera, hacia la calle, mientras Sempronio atraía la atención de Macro y se llevaba un dedo a los labios. Macro asintió y volvió su atención hacia su anfitrión. Era achaparrado y llevaba un casquete colocado encima de la cabeza, y se veían las lazadas del delantal que llevaba atado a la espalda.

Todo quedó en calma un momento, y entonces el panadero sacó un poco la cabeza y miró algo que pasaba delante de su local cerrado. Echó una última mirada, cerró la portezuela de la rejilla, y se dio la vuelta.

—Parece que tenías razón, señor. Había dos tipos que seguían la litera. No cabe duda.

Sempronio miró a Macro.

—Ahora ya ves por qué tomo tantas precauciones.

—Con todos los respetos, señor, no tengo ni idea de lo que está pasando.

—Vamos a casa de un amigo mío, y es importante que no nos sigan hasta allí. Espero que pase un rato antes de que nuestros perseguidores se den cuenta de que les hemos tendido una trampa y que están persiguiendo un

falso cebo por las calles de Roma. Mientras tanto, Matías es uno de mis clientes. Era esclavo, le di la libertad hace muchos años y le ayudé a montar este negocio.

—Y te doy las gracias por ello, amo.

Sempronio agitó la mano, desdeñando su gratitud.

—Será mejor que nos vayamos por otra puerta, por si acaso.

—Desde luego. Seguidme.

Matías los llevó por una puerta trasera hasta una despensa llena de enormes tinajas de harina, semillas y otros ingredientes, y desde allí salieron a un patio. Tres hornos grandes estaban colocados en fila, con las puertas abiertas y el brillo de unas brasas moribundas visibles en su interior. Luego pasaron por otra puerta, a la casa del panadero, sorprendiendo a su mujer, que estaba amamantando a un bebé mientras otros tres niños armaban escándalo en un lecho compartido. Apenas hicieron una pausa para mirar a los desconocidos que pasaban, y Macro les regaló un rápido guiño mientras Matías los conducía por un corto pasillo que acabó en otra puerta.

—Esto da a la calle de los plateros. Id a la izquierda hasta el cruce, luego a la derecha, y ya conoces el resto del camino, amo.

Sempronio le dio una palmada en el hombro.

—Gracias.

El panadero corrió el cerrojo, abrió la puerta con cuidado y miró a ambos lados.

—Está despejado.

Macro siguió al senador hacia la calle y echaron a correr en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Estaba ansioso por averiguar qué estaba pasando, pero no se atrevía a cuestionar a su superior. Sempronio seguía el camino hacia el Tíber, que fluía bajo la fatídica luz de una luna creciente. En el extremo más alejado, tomaron una calle que trepaba por la colina Janículo. Por aquel entonces Macro ya había adivinado su destino, pues de ello había conversado con Cato varios días antes.

Les dejaron pasar por la puerta trasera de la propiedad de Vespasiano, y los escoltaron a través de los alojamientos de los esclavos hacia la casa principal un criado anciano que, según explicó Sempronio, no podía hablar porque un antiguo amo le había cortado la lengua cuando era niño.

—Algunos pagan un precio muy elevado por la discreción —explicó el senador.

Macro asintió, compadecido.

—Ya lo veo.

—Quería decir que le costó sus buenos denarios a Domicia —repuso Sempronio, mirándolo.

—Ah.

Pasaron bajo una columnata que daba al jardín y se acercaron a una gran puerta que conducía a una sala interior, iluminada por numerosas lámparas de aceite y velas. Un pequeño grupo de hombres estaban echados o sentados en divanes en torno a una mesa baja, en la cual se habían colocado algunas bonitas botellas de cristal y vasos, así como un puñado de tabletas de cera y estilos. Allí también había una mujer, y ésta se volvió al oír a los recién llegados. Macro reconoció a la mujer de Vespasiano. Ella se levantó para darles la bienvenida.

—Mi querido Sempronio. Y tú, centurión Macro.

—Un placer, señora —respondió éste, con una ligera inclinación de la cabeza—. O lo sería si supiera por qué me han traído aquí.

—¿Por qué? Porque Roma necesita la ayuda de todos los patriotas, y uno entre nosotros ha respondido por ti a ese respecto. Ha dicho que si Roma necesitaba un hombre bueno que la salvara, ese hombre eras tú, Macro.

—Bobadas, si me perdonas.

—¿Bobadas? —La frente de Domicia se frunció, pero había un guiño travieso en su expresión al continuar—: Tengo que decir que temo que nos has engañado sobre la calidad de tu amigo, prefecto.

Se apartó a un lado y Macro vio a dos hombres que dejaban de conversar y lo miraban. Su corazón dio un vuelco al ver a su amigo, bien afeitado y bien vestido, y sus labios empezaron a esbozar una sonrisa, pero ésta quedó congelada.

—Joder... ¿Por qué en el Hades no estás muerto, como se suponía? —Tocó la empuñadura de su espada—. Puedo arreglarlo ahora mismo, si nadie se opone.

Los que estaban en la sala se quedaron en silencio, conmocionados, y Cato meneó la cabeza. Narciso lo miró y sonrió nerviosamente antes de

responder:

—Encantado de volver a verte también, centurión. Estoy vivo debido a que me preparé para evitar la posibilidad de que Palas intentara deshacerse de mí. Cuando llegó el momento, dije que estaba enfermo y que tenía que descansar en mis propiedades, junto a Capua. Tenía allí un esclavo que se parecía bastante a mí. Cuando llegó el momento, él acabó envenenado y se le cortaron las muñecas. El escuadrón de la muerte pretoriano llevó la cabeza a Roma, y la corrupción de la carne acabó con cualquier posible duda sobre la identificación. Yo me escondí unos días, y luego volví a Roma y acepté la oferta de refugio de la señora Domicia..., como puedes ver.

—Tenía que haber supuesto que algún pobre desgraciado sufriría con la espada para que tú pudieras continuar viviendo.

Narciso se encogió de hombros.

—El bien de Roma requiere el sacrificio de todos, de una forma u otra.

Domicia puso una mano en el brazo de Macro antes de que éste respondiera, e hizo que se sentara en un sofá entre Cato y Narciso.

—Todos estamos del mismo lado ahora —dijo con suavidad—. No hace falta que te presente a mis invitados, Macro, ya que Cato les ha contado a todos lo que había que decir sobre ti.

—¿Ah, sí? —Macro arqueó una ceja—. No todo, espero.

Cato rió.

—Saben lo bastante como para confiar en ti, amigo mío. Qué alegría volver a verte. —Le tendió la mano y se cogieron de los antebrazos, y entonces Macro señaló a los demás—: Y ¿podría saber quiénes sois vosotros? Ya conozco al senador y a la señora Domicia.

Algunos de los hombres se molestaron por su franqueza, hasta que la anfitriona se aclaró la garganta y habló:

—Todos y cada uno de nosotros somos leales a los ideales de la república, centurión. Por tanto, todos patriotas. Estamos decididos a acabar con la línea de emperadores que han causado tanto deshonor a la gloria de Roma.

—¿Y cómo esperáis hacer eso, señora?

—Deponiendo a Nerón, a su madre y a su séquito corrupto. Los sustituirá Británico, que reinará entretanto, mientras se hacen todos los arreglos

necesarios para volver a proclamar la república.

—Ya veo —asintió lentamente Macro—. ¿Y si Británico decide que prefiere ser emperador, y no ciudadano?

Uno de los otros invitados se dirigió a él.

—Conozco de toda la vida a Británico. Su corazón pertenece a nuestra causa. Ha hecho un juramento sagrado de servir a la misma causa a la que nosotros entregaremos nuestras vidas, si es necesario. Creo que deberías pensar en ello antes de menospreciar sus motivos.

Macro se volvió hacia Cato.

—¿Has hecho tú ese juramento?

—Todavía no.

—Entonces quizá quieras pensártelo con calma.

—¿Por qué?

—Tengo noticias para ti. Malas noticias, me temo.

Cato vio la expresión entristecida del rostro de su amigo y al instante adivinó lo peor.

—¿Lucio?

Macro asintió.

—Se lo han llevado. Lo tiene Palas.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—Más motivo para que adelantemos nuestros planes —decidió Narciso después de que Macro le hubiera contado a su amigo los detalles del secuestro de su hijo—. Dadas las circunstancias de antes.

—¿Antes? —Sempronio se inclinó hacia delante—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha habido un atentado contra la vida de Británico —explicó Narciso—. Alguien ha intentado apuñalarlo de camino al teatro, esta tarde. Si no hubiera sido porque nuestro hombre ha intervenido antes de que el asesino pudiera pasar a través de su escolta, Británico hubiera muerto. En ese caso, nuestros planes quedarían en nada. Necesitamos al príncipe vivo si queremos tener alguna oportunidad de eliminar a Nerón.

Sempronio asintió.

—Todo depende de que Británico siga en el juego. Y si Palas ya se siente lo bastante confiado como para intentar atentar contra su vida en público, entonces podemos esperar que lo intente de nuevo en cuanto se presente la oportunidad. Nos estamos quedando sin tiempo. Tenemos que actuar, y pronto.

—¿Y qué pasa con el asesino? —preguntó Domicia—. ¿Está en nuestras manos?

Narciso negó con la cabeza.

—Ha muerto en la escena del crimen. Nuestro hombre ha tenido que actuar con rapidez y escapar antes de que la escolta pudiera atraparlo. No podemos permitirnos que uno de los nuestros sea tomado en custodia y que Palas lo averigüe todo. No perdería ni un segundo en poner a trabajar a sus torturadores. Pueden hacer hablar a cualquiera, hombre o mujer —añadió, con un gesto hacia Domicia—. Así que hemos tenido mucha suerte de que el intento fallase.

—¿Y dónde está Británico ahora? —preguntó Sempronio.

—Ha vuelto a casa de su madre. Tendrá que quedarse allí durante un tiempo, ahora que está bien claro que Nerón y sus seguidores lo quieren muerto. El príncipe se ha rodeado de guardaespaldas germanos. Ya eran leales a su padre y han jurado protegerlo a él con su vida.

—Quizá, pero no consiguieron salvar a Claudio —dijo otro de los conspiradores, un hombre calvo con las mejillas gruesas.

—Claudio fue envenenado por su mujer, senador Sulpicio. Británico está avisado de tal peligro. Y ahora sabe que no puede aventurarse a viajar, porque no es seguro. —Narciso hizo una pausa y se volvió a llenar la copa—. Eso es bueno para nosotros. Está bastante a salvo donde está, pero tenemos que asumir que Palas ya está planeando otra forma de llegar hasta él. Y por eso necesitamos llevar a cabo nuestras propias disposiciones. No podemos permitirnos esperar hasta el cumpleaños del príncipe. Deberíamos avisar al legado Pastino de que traiga su legión a Roma de inmediato. A estas alturas deben de estar ya de camino. Si la Sexta viene a marchas forzadas, puede alcanzar la ciudad en los próximos diez días.

—Es demasiado pronto —protestó Sulpicio—. Muy, muy pronto. Necesitamos tiempo para ganarnos el apoyo de todos los senadores que podamos. No debemos permitir que haya quien se cuestione la legitimidad de Británico cuando lo pongamos en el trono.

—No creo que nadie se cuestione el resultado —intervino Domicia con una débil sonrisa— en cuanto se den cuenta de que tenemos con nosotros a la Guardia Pretoriana y la Sexta Legión. La amenaza del frío acero cambia la opinión de la gente enseguida, ya lo verás.

—Suponiendo que tengamos el respaldo de los pretorianos... —respondió Sulpicio.

—Ahí es donde entra nuestro amigo, el prefecto Cato. —Narciso ofreció una rápida sonrisa a Cato—. En cuanto él convenza a los pretorianos, nada podrá interponerse en nuestro camino.

Sulpicio encogió sus gordos hombros.

—Me parece que eso es un poco difícil de conseguir mientras lo buscan por clavar un cuchillo en la espalda de un respetado senador, digo yo.

Macro se indignó.

—Es inocente. Cato no ha clavado ningún cuchillo en la espalda de nadie. Es más bien el tipo de cosas que son tu especialidad, y de desgraciados como Narciso.

Sulpicio se echó atrás en su asiento y sacudió las mejillas.

—¡Cómo te atreves!

Macro lo miró con frialdad.

—Pues me resulta muy, muy fácil...

—Ya basta, gracias, centurión —intervino Narciso—. Nadie está acusando a Cato de asesinato. Sabemos que Palas le tendió una trampa, y el motivo es obvio. Los hombres de su cohorte lo seguirían hasta las mismísimas fauces del Hades; y donde ellos se atrevan, muchos otros los seguirán también de buen grado. Sobre todo, si ese llamamiento a los instintos patrióticos viene respaldado por la promesa de mil denarios para cada uno.

—¿Mil denarios? —Sulpicio abrió mucho los ojos—. ¡Pero eso es ridículo! Es el rescate de un rey.

—Más bien el rescate de varios reyes.

—¿Y de dónde vas a sacar una fortuna tan inmensa? No podemos arriesgarnos a hacer semejantes promesas. ¿Qué ocurrirá cuando los pretorianos averigüen que no van a tener ese dinero? Ya hay mal ambiente en el campamento entre aquellos a los que Nerón no ha pagado todavía. Si hacemos promesas que no podemos cumplir, se volverán contra nosotros en cuanto descubran la verdad.

—Pero sí que podemos permitirnoslo, mi querido senador Sulpicio. —Narciso sonrió—. Has llegado recientemente a nuestra causa, pero llevamos años preparándonos para esta ocasión, desde el momento en que Palas convenció a Claudio de que se casara con su sobrina. Entonces fue cuando me di cuenta por primera vez de que el auténtico interés de Roma no era seguir bajo el reinado de los emperadores. Por eso me uní a vuestra causa. Poco a poco hemos ido amasando un tesoro de guerra, el suficiente para comprar la lealtad de todos los soldados necesarios para conseguir nuestro objetivo. Los que nos apoyan han hecho grandes sacrificios. Han ofrecido sus vidas, junto con sus fortunas. Han acabado sabiendo, literalmente, que hay que pagar un precio muy alto por volver a instaurar la república. De modo

que cuando el prefecto Cato aparezca ante los pretorianos y les pida su apoyo para derrocar a Nerón, quiero que quede garantizado que el trato quedará endulzado con un soborno que los soldados no puedan rechazar, y que nuestros rivales tampoco podrán superar.

Sulpicio asentía conforme escuchaba la aclaración de Narciso.

—Muy bien. Pero ¿mil denarios? Ningún soldado vale eso... —Eché una ojeada rápida a Macro y Cato—. No os ofendáis.

—No —dijo Macro—. Después de todo eres un político, y se te puede comprar y vender fácilmente. La lealtad de un soldado se paga con sangre, pero supongo que eso tú no lo entiendes.

—Ah, Macro, una vez más te manifiestas tan quisquilloso como suelen ser los de tu profesión —murmuró Narciso—. Si tuvieras razón... Pero, tristemente, es evidente que a la mayor parte de tus camaradas sí se les puede comprar. Los pretorianos simplemente tendrán una paga extra. Es la única diferencia entre ellos y los hombres de tus preciosas legiones. Pregúntale a tu amigo, si no.

Cato había estado muy callado durante la conversación. Sobre todo, porque estaba muy preocupado por Lucio, y hacía grandes esfuerzos por atender a lo que se estaba diciendo. A toda prisa compuso sus pensamientos.

—Necesitamos examinar esto desde todos los ángulos. La lealtad se gana y se compra también. El dinero conseguirá mover vuestra causa, pero sólo hasta cierto punto. Necesitaréis a hombres como Macro y yo para conseguir que avance. Y Narciso tiene razón. Hay que seguir adelante con los planes. Nerón y sus seguidores se están envalentonando y los días de Británico están contados. Necesitamos actuar lo antes posible.

Sulpicio los miró fijamente.

—¿Y todo esto no tiene que ver con la noticia de que Palas haya secuestrado a tu hijo?

Cato se volvió hacia él.

—Para mí tiene que ver con eso, claro. Pero nuestras necesidades se superponen, y deberías estar agradecido de que sea así. Mi única esperanza de ver a Lucio con vida de nuevo es que esta conjura tenga éxito y que podamos acabar con Palas y con Nerón. Aparte de eso, sólo tengo un interés relativo en la bondad del regreso a la república. Esa es tu responsabilidad y la

de tus amigos cuando acabe todo esto. Por mi parte, no tengo deseo alguno de permanecer en Roma. Me buscaré una granja en algún sitio donde vivir con mi hijo, para poder educarlo allí, o volveré al ejército. Pero no formaré parte del régimen que reemplace a Nerón.

—Un auténtico Cincinnato —comentó Sulpicio—. Cómo me gusta ese héroe humilde que salva Roma y luego discretamente entrega el poder y vuelve a su vida privada.

Domicia dio unas palmadas.

—Ya está bien, Sulpicio. Deberíamos dar gracias de que Cato esté de nuestra parte, sean cuales sean sus motivos.

El senador se rascó los pliegues de carne de su cuello.

—Si tú lo dices...

—Entonces, todo arreglado. Narciso enviará instrucciones a Pastino para que traiga sus fuerzas a Roma lo antes posible. Golpearemos en el momento en que estemos preparados para entrar en la ciudad. El prefecto Cato se presentará ante sus hombres en el desfile matutino, se declarará a favor de Británico y anunciará el premio extra que les promete el príncipe. Cuando los pretorianos estén de nuestra parte, se unirán a los legionarios y marcharán hacia palacio y el Senado. Una vez Nerón y sus seguidores sean arrestados, los pretorianos aclamarán a Británico, con el apoyo del Senado, y habremos ganado.

—¿Y si Cato no consigue convencer a los pretorianos? —preguntó Macro—. ¿Ni siquiera ofreciéndoles un soborno?

—Entonces tendremos que confiar sólo en los legionarios.

—¿Aunque eso conduzca a un conflicto con la Guardia? —Sulpicio hizo una mueca.

—Aun así —intervino Narciso—. A veces es imposible evitar el derramamiento de sangre. El truco está en mantenerlo en el mínimo posible.

Miró a su alrededor para asegurarse de que habían entendido la situación.

—Entonces no hay nada más que decir esta noche. Nos reuniremos de nuevo en cuanto Pastino llegue a la ciudad. En ese momento haremos los preparativos finales antes de actuar. ¿Está claro?

Los otros asintieron o murmuraron su consentimiento.

—Entonces, adiós.

Mientras Narciso picoteaba unas olivas que quedaban en un cuenco, Domicia escoltó a sus invitados fuera del salón y poco a poco consiguió que se dirigieran hacia la puerta de atrás y que fueran saliendo a intervalos a la calle. El senador Sempronio dudó y se quedó un poco retrasado.

—Centurión, ¿te vas a quedar aquí?

—De momento sí, señor. Tengo que hablar con el prefecto.

—Muy bien. Se lo haré saber a la niñera.

Macro asintió, dándole las gracias. Conforme el pequeño grupo de conspiradores abandonaba la sala, meneó la cabeza y habló:

—No me inspiran demasiada confianza.

—Son buena gente —dijo Narciso—. Creen en una causa, y harán todo lo que puedan para conseguir que tenga éxito.

Cato lo miró y bufó.

—¿Buena gente? ¿Y desde cuándo te asocias tú con buena gente y con causas honradas?

Narciso fingió que se sentía herido.

—Siempre he hecho lo que he considerado mejor para Roma. A veces eso significa cambiar mi lealtad de una facción a otra. Esa es la realidad de la política.

—Esa es la realidad de pensar ante todo en tu propio interés, querrás decir. Sospecho que tu supuesto cambio de lealtad se debe más bien a que reconoces haber perdido influencia en palacio y necesitas encontrar una forma de recuperar tu posición. Cuando Británico llegue a emperador, si es que llega, recuperarás tu puesto como secretario imperial, ¿verdad?

—El joven emperador requerirá el consejo de mentes experimentadas. Si me elige, lo serviré con honor.

—Apuesto a que sí.

—En cualquier caso, Cato, tú no estás en esta causa simplemente por principios. Lo que quieres es salvar a tu hijo. De modo que no cuestionemos cada uno los motivos del otro. Si yo vuelvo a recuperar el favor y consigo más dinero, y tú salvas a tu hijo y vuelves al ejército, y Roma se convierte de nuevo en una república, al final todos ganamos. Y ¿qué tiene eso de malo?

—¿Qué tiene eso de malo? —le interrumpió Macro—. Pues la parte en la cual tú vives. Eso tiene de malo. Tendrías que haber seguido muerto...

—Y entonces ¿quién habría supervisado los esfuerzos de esos conspiradores en los que acabas de decir que confías tan poco? El hecho es que somos indispensables, los tres. Yo soy el cerebro y tú eres la fuerza. Nos necesitamos el uno al otro. Especialmente si Cato quiere volver a ver a su hijo. Si no quieres luchar por la causa, entonces lucha por eso.

—¿La causa? —se burló Macro—. Sois un hatajo de chacales sarnosos peleándoos por un saco viejo y lleno de mierda.

La frente de Narciso se frunció un poco.

—Está claro que te he juzgado mal, centurión. Tienes una forma de expresarte a veces incluso poética...

—Mejores hombres que tú me han juzgado mal.

—Ya basta, Macro —le cortó Cato—. Tanto pelearse no tiene ningún sentido. Y él tiene razón. La causa es irrelevante. Lo hacemos sólo por salvar nuestra propia piel. Se te puede atragantar tanto como a mí, pero no podemos hacer otra cosa. Al menos, no sin probar antes que soy inocente. Y no podemos hacer tal cosa a menos que encontremos a Prisco.

Macro siseó entre dientes.

—Y eso no va a ser fácil. He averiguado una cosa de él.

Cato se inclinó hacia adelante, anhelante.

—¿Sí?

—Es soldado, como tú pensabas. Pero ha estado ausente sin permiso un mes, y no hay información alguna sobre su paradero. Tú eres el único que lo has visto desde entonces. Ahí es donde acaba el rastro, por ahora.

Los hombros de Cato se abatieron, lleno de desesperación.

—Mierda...

Los tres se quedaron sentados en silencio hasta que Domicia volvió y recuperó su lugar en el diván de los invitados.

—¿Quieres comer algo, Macro? Puedo enviar a por más.

—No, gracias.

Hubo otro silencio, y al fin Domicia lanzó una mirada inquisitiva a Narciso, y el liberto asintió levemente. Ella se dio la vuelta para situarse frente a Cato, mirándolo a la cara.

—Hay algo que tienes que saber. No he podido decírtelo antes porque habría puesto en peligro nuestra causa. Pero como ahora ya eres uno de los

nuestros, puedo hablar.

Cato frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—Concierne a tu difunta esposa.

Cato frunció el ceño con más fuerza todavía. Las heridas infligidas por la traición de Julia y su pérdida estaban muy lejos de haberse curado.

—Ella era una de los nuestros —continuó Domicia—. Como su padre. De hecho, a través de ella reclutamos al senador.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó Cato.

—Mientras estabas de campaña en Britania. Cuando estaba en cinta de vuestro hijo. La visité en vuestra casa en varias ocasiones y hablamos de quién sucedería a Claudio. Un tema llevó a otro a lo largo de los días que siguieron, y ella estuvo de acuerdo en hablar con su padre porque necesitaba todo el apoyo que pudiera conseguir en el Senado.

—Entonces la reclutaste deliberadamente... La usaste para llegar hasta Sempronio.

Domicia asintió.

—Te puedo asegurar que Julia en realidad no necesitó que la convenciera para unirse a la causa. Y me dijo que, si tú hubieras estado en Roma entonces, te habrías unido a ella de buena gana.

—No estoy seguro de eso.

—¿No? Pues ella sí que lo estaba. Dijo que eras un hombre de principios. Que habrías hecho lo que era mejor para Roma. A causa de su convicción, contribuyó generosamente a nuestro tesoro de guerra. Muy generosamente.

Cato aspiró aire.

—¿Me estás diciendo que las deudas que me dejó se debían a su apoyo a tu conspiración?

—Sí. Y hay más. Julia necesitaba una tapadera. Un motivo para ser vista en compañía de uno de los miembros de nuestra causa. Un joven tribuno.

Cato notó un nudo amargo en el estómago, tratando de hacerse cargo de lo que le estaba diciendo.

—¿Cristus? ¿Así que se hicieron amantes a causa de tu conspiración? —Notó que su pulso se aceleraba debido a la rabia que le crecía en el interior—.

¿Y tienes la desfachatez de implicarme incluso ahora? ¿Acaso no he pagado lo suficiente? ¿No he pagado con casi todo lo que tengo?

—No todo. Aún tienes a Lucio. Si tenemos éxito, él vivirá. Si fracasamos, entonces sí que lo perderás todo, incluyendo la vida. Pero tienes que saber algo más. Julia y Cristus no fueron nunca amantes.

—Pero vi sus cartas. Las encontré debajo del lecho de Julia.

—Las escribieron siguiendo mis indicaciones. Julia necesitaba tener pruebas de su tapadera. Temíamos que pudiera haber un informante entre los esclavos de Sempronio, y existía también la posibilidad de que Palas hiciera que sus espías registraran el hogar. Las cartas se escribieron precisamente para ser encontradas. Pero no por ti, Cato. Y cuando las descubriste, ¿qué podíamos decir sin traicionarnos a nosotros mismos? —Ella le acarició la mano con suavidad—. Lo siento muchísimo...

Él apartó la mano de repente, y la miró con la mandíbula apretada.

—Por los dioses —dijo Macro en voz baja—. ¿No os detenéis ante nada? Sois todos unos hijos de puta.

Cato cerró los ojos y agachó la cabeza, procurando calmarse y recuperar el control de los pensamientos y emociones que daban vueltas en su cabeza. Notaba que empezaba a marearse.

—¿Me estás diciendo que nunca me fue infiel? —preguntó al cabo—. ¿Que todo lo que he soportado este último año era una mentira? ¿Que me rompisteis el corazón y me dejasteis sufrir durante todo ese tiempo, creyendo que la mujer a la que amaba tanto como a mi propia vida me había traicionado?

—Teníamos que hacerlo, Cato. Lo comprendes, ¿verdad? —Domicia juntó las manos—. Habría dado cualquier cosa para ser libre de contarte la verdad, pero no podía arriesgarme a exponer nuestra causa y poner en peligro las vidas de tantas personas. ¿Qué iba a hacer, si no? ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

Cato estaba demasiado consternado para contestar. Se sentía corroído por la culpa, por la amargura que había dirigido contra Julia y por la rabia del engaño que habían practicado con él Domicia y Narciso. ¿Por qué no había encontrado alguna forma de decírselo? ¿Por qué no enviarle un mensaje

explicándoselo todo? El mareo fue dejando paso a las náuseas, y temió ponerse a vomitar. Tragó saliva con fuerza y abrió los ojos.

—Debería mataros a los dos ahora mismo. No os merecéis menos.

Macro asintió, y empezó a sacar la espada.

—¿Y cómo ayudaría eso a Lucio? —preguntó Narciso—. Julia se ha ido, pero él todavía vive, y te necesita, Cato. Tu única oportunidad de salvarlo es trabajar con nosotros. Sabes que eso es cierto.

Cato apretó los puños y dejó escapar un doloroso gemido.

La hoja de Macro quedó libre, y apuntó con ella directamente a Narciso.

—Matemos a este asqueroso cabrón y salgamos de aquí. Ya encontraremos al chico nosotros mismos. Cueste lo que cueste. Lo juro.

—¿Y cómo lo vais a encontrar, exactamente? —preguntó Domicia—. No tenéis ni idea de dónde lo tienen. Cato es un hombre perseguido, y Palas no descansará hasta que lo hayan capturado, obligado a confesar y ejecutado. ¿Y te imaginas que una vez haya ocurrido todo eso Palas será capaz de mostrar alguna compasión por el niño? Lucio te seguirá a la otra vida tan seguro como que la noche sigue al día. Su única esperanza es que sigas con nosotros hasta derrocar a Nerón y a Palas.

La espada de Macro apenas osciló mientras Cato gruñía.

—Dame la orden, muchacho.

Pero Cato se quedó callado, y luego golpeó el diván con el puño.

—Tienen razón, ¡malditos sean los pozos más oscuros del Hades! Envaina tu arma, Macro.

—¿Cómo?

—Hazlo. Ahora. Por nuestra amistad.

Macro dudó un momento pero, al poco, aún enfadado, bajó la punta de la espada y la volvió a meter en su vaina con un agudo roce metálico.

Cato señaló a Narciso con un dedo.

—Te ayudaré. Haré lo que me pides. Y después de encontrar a Lucio, pagarás por todo esto.

Narciso se humedeció los labios.

—Si tú lo dices... Pero harás bien en recordar quiénes son tus nuevos amigos y qué es lo que pueden hacer por ti y por cualquiera que nos ayude en nuestra causa. Del mismo modo, no mostrarán tampoco ninguna piedad con

nadie que les suponga una amenaza. Sería una buena idea no olvidarse de eso tampoco.

—No hay necesidad de hablar tanto —intervino Domicia—. No sé lo que ocurrió antes, pero ahora estamos del mismo lado. Es tarde ya. Tengo un alojamiento preparado para ti, Macro.

—No nos quedamos aquí —dijo Cato—. Volvemos a casa de Sempronio. Domicia frunció el ceño.

—No es seguro.

—Quizá, pero no nos alojaremos bajo el mismo techo que él. —Cato señaló hacia Narciso—. En interés de nuestra seguridad, Macro y yo nos iremos ahora mismo.

Domicia y Narciso intercambiaron una mirada, y este último asintió con un gesto casi imperceptible.

—Muy bien. Pero quédate dentro de casa, Cato. Fuera de la vista. Y tú, Macro, ve a cumplir con tus obligaciones, como de costumbre, hasta que recibas nuevo aviso. Os enviaremos a buscar a ambos cuando llegue el momento. Tened mucho cuidado de vuelta a casa de Sempronio, por si todavía están vigilando. Te sugiero que cojas una pieza de carne de la cocina y os hagáis pasar por repartidores. —Se incorporó e hizo un gesto hacia la parte trasera de la casa de su marido—. Marchaos.

Cato se levantó del sofá y seguido de Macro salió de la zona iluminada por las lámparas hacia el pasillo. Ninguno de los dos miró atrás y no volvieron a hablar hasta que estuvieron en la calle, a alguna distancia de la casa de los conspiradores.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cato levantó la vista cuando Sempronio entró en el pequeño comedor privado. No había nadie más en el ala para invitados de la casa del senador; estaba cerrada para hacer unas reparaciones en el tejado, y todos los esclavos de la casa habían recibido órdenes estrictas de no entrar para evitar el peligro de las tejas que caían. La única excepción era Petronela, que disimuladamente le llevaba comida y bebida a Cato cuando los otros esclavos estaban más ocupados con sus deberes matutinos. Fuera ya estaba ya oscuro. Habían pasado seis días desde la reunión con los conspiradores y, aparte de las visitas nocturnas de Macro, en cuanto éste volvía a los barracones Cato no veía a nadie más. Su paciencia se estaba siendo puesta a prueba por aquel aislamiento forzado. Sus pensamientos se veían consumidos por la ansiedad por su hijo, y le costaba un enorme esfuerzo pensar en cualquier otro asunto.

—¿Alguna noticia? —preguntó, directamente.

Sempronio se sentó en un taburete y asintió.

—La Sexta Legión está a un día de marcha de Roma. Acampará fuera de la ciudad mañana al caer la noche, de modo que la acción empezará a la mañana siguiente. Todo está en su lugar. —Miró a Cato y sonrió cansadamente—. Todos nuestros planes están llegando a su fin. Dentro de dos días tendremos un nuevo emperador y empezará el viaje que devolverá a Roma a ser una república.

—Primero habrá que pasar ese día —respondió Cato—. Y como bien sabes, dado tu servicio militar, el plan es siempre la primera baja.

—Y por eso hemos cubierto todas las contingencias que se nos han ocurrido.

—Pero la que te mata es aquélla que no se te ha ocurrido. No hay ningún plan a prueba de fallos. Siempre existe un riesgo.

—Quizá sea así, pero si sopesamos la certeza de vivir bajo un déspota contra el riesgo de restaurar la república, el riesgo vale la pena.

Cato lo miró un momento antes de volver a hablar.

—¿Eso es lo que creía Julia?

—¿Julia? —Sempronio levantó la vista y miró directamente a Cato—. Sí, eso es lo que ella creía, y me convenció para que yo también lo creyera. Si tú hubieras estado aquí, quizás habrías compartido sus convicciones también.

—Quizá. Pero no estaba. Estaba luchando por Roma. En Britania. Y creyendo todo el tiempo que tenía una mujer que me esperaba para darme la bienvenida cuando volviera a la ciudad. Pero cuando volví, me hicieron creer que era una infiel y una adúltera, y que había derrochado el poco dinero que yo tenía, y que me había dejado a solas con mi hijo para que nos valiésemos como pudiéramos. Y en ningún momento tú me dijiste la verdad.

—No podía. Había jurado guardar secreto. Igual que mi hija.

—Podías haberme dado algo a lo que agarrarme. Alguna indicación de que ella no era lo que parecía. Algo que me salvara de la agonía que he soportado.

—Quería hacerlo, pero no podía. Y me disculpo de todo corazón, Cato. Eres como un hijo para mí.

Cato se echó a reír amargamente.

—¿Qué clase de padre miente a su propio hijo? ¿Qué clase de padre le niega la verdad y le causa el dolor y la desesperación más insoportables?

Sempronio se quedó pensativo un momento y luego meneó la cabeza.

—Hice lo que creí que era lo correcto.

—La típica excusa que utilizan todos aquellos que han abandonado la integridad hace tiempo. Tú no eres mejor que Narciso y, ciertamente, no eres un padre para mí, Sempronio.

—Cato, te lo ruego. Intenta verlo desde mi punto de vista. Por Julia...

—¡No vuelvas a pronunciar su nombre delante de mí otra vez! —gritó Cato—. Nunca. Si valoras tu vida.

—Como desees. Lo único que importa ahora es prepararnos para actuar. Nos reuniremos mañana aquí, en mi casa, para discutir las disposiciones finales. Permanece atento.

Sonaron pasos en el pasillo de fuera y un momento más tarde entró Macro en la habitación con una bandeja. Intercambió un breve saludo con el senador y este último murmuró un adiós y se fue.

—Mi chica te ha preparado algo para comer. —Macro dejó la bandeja en el diván de Cato y se sentó pesadamente, con un suspiro, en el taburete que Sempronio había dejado vacío.

—¿Un día ajetreado? —preguntó Cato, levantando la bandeja y aspirando el cálido aroma a queso y a tarta de cebolla.

—Burrus ha hecho una instrucción con la Guardia muy dura los dos últimos días. Todos los hombres que podían. No sólo marcha, sino también ejercicios de combate, incluso acciones en la calle.

Cato estaba a punto de dar el primer bocado, pero hizo una pausa.

—¿Crees que Palas se ha olido algo de la conjura?

—No sabría decirlo. En el cuartel general se dice que intenta mantener ocupados a los chicos para que no refunfuñen por el retraso en la paga del dinero extra. Hay tanta tensión que la cosa ya no es ninguna broma, te lo aseguro. Es casi como si hubiera dos cuerpos de guardias pretorianos ahora mismo, uno echándose al cuello del otro.

—Mmm... Bien, esa división puede jugar a nuestro favor. En cualquier caso, en cuanto se huelan lo del dinero extra que les está preparando Narciso se pondrán de nuestro lado, mansos como corderitos.

—Eso espero, muchacho.

Cato dio un mordisco, masticó rápidamente y tragó.

—Tengo mis dudas sobre todo esto, hermano. Pero si existe alguna posibilidad de salvar a Lucio...

—Claro que sí. Estoy totalmente contigo en eso. Lo encontraremos, Cato.

* * *

La noche siguiente los conspiradores informaron de sus preparativos. Sempronio leyó el borrador de la moción que iba a presentar ante el Senado, nada más empezar la sesión, para que coincidiera con la aparición de Cato en el Campo Pretoriano. Narciso y un grupo de sirvientes armados de Domicia escoltarían los carros de los lingotes hasta el campamento tan pronto como Cato se hubiese ganado a los pretorianos, o al menos al volumen suficiente de

ellos para someter al resto. Mientras Sulpicio y los demás senadores apoyaban a Sempronio, Domicia cabalgaría para unirse al legado Pastino, mientras éste dirigía a los hombres de la Sexta Legión hacia Roma y marchaba con ella al palacio imperial.

Sempronio acabó de leer el pergamino y lo enrolló.

—Es un poco farragoso para mi gusto —dijo Sulpicio.

—Se supone que tenía que serlo. Necesitamos comprar tiempo para dejar que nuestros oponentes demuestren de qué parte están y asegurarnos de que el voto se lleva a cabo después de que lleguen al Senado las noticias de la caída de Nerón. Cuando todo esté rodeado de hombres armados, votarán para salvar el cuello, y el cambio de régimen habrá sido respaldado por el Senado en nombre del pueblo de Roma. Eso nos dará un barniz de legitimidad cuando el nuevo régimen tome el control.

—Me parece bien —asintió Sulpicio.

Narciso se puso en pie.

—Así concluye el asunto. Todos sabemos el papel que tenemos que representar cuando llegue el día de mañana. Nuestros espías están vigilando al emperador y a sus consejeros. Si hay algún cambio de situación en el último momento, me informarán y actuaremos de acuerdo con ello... De modo que sólo nos queda rezar para que los dioses nos bendigan con buena suerte. No veo motivo alguno para que no sea así. Después de todo, hemos jurado devolver a Roma los gloriosos días de la república y erradicar el azote de los emperadores que nos han deshonrado tanto. —Miró a su alrededor y levantó su huesudo puño en el aire—. ¡Por la libertad!

—¡Por la libertad! —corearon los otros.

Macro se inclinó hacia Cato.

—Por la libertad, una mierda —murmuró—. Más bien por salvar su cuello arrugado.

Cato miró a su amigo.

—Por Lucio, entonces.

Macro asintió.

—Por Lucio.

El grupo empezó a disgregarse, dedicándose solemnes despedidas los unos a los otros, y a Cato aquello le recordó a los soldados antes de una

batalla desesperada. Y así era. Si su causa fracasaba, sus enemigos no serían mucho más misericordiosos que la más bárbara de las tribus contra las que habían luchado. Narciso y Domicia fueron los últimos en irse, con poco intervalo entre ellos, y luego Sempronio se acercó a los dos soldados y les apretó el brazo a ambos.

—He dado órdenes de que os despierten una hora antes de amanecer. Pero no creo que ninguno de nosotros duerma esta noche. —Sonrió, cansado—. Estaré en mi estudio. Tengo que escribir unas cuantas cartas a amigos y familiares lejanos, por si acaso. Os deseo muy buenas noches. —Hizo una pausa—. Ocurra lo que ocurra, y pienses lo que pienses, Cato, siempre te he visto como el hijo que nunca tuve. Espero que algún día puedas perdonarme.

Cato suspiró, y no respondió de primeras.

—Con el tiempo, a lo mejor.

—Entonces viviré con esa esperanza.

El senador salió de la habitación y Macro se apretó los nudillos, haciéndolos crujir.

—¿No has sido un poco duro con el abuelo, dadas las circunstancias?

—No lo creo. La verdad me importa mucho, hermano. Cuando me engañó con lo de Julia cruzó un puente que nunca podrá volver a cruzar en el otro sentido. Una mentira es una mentira, y ahora ya nunca podré volver a confiar en él.

—Cato, me fastidia mucho tener que decirte esto, pero estás viviendo en un mundo construido por entero de mentiras. Si eres honrado en Roma, es tan probable que te maten como si vas caminando desnudo por la Subura llevando encima una bolsa bien llena. Lo único que podemos hacer es procurar que no nos apuñalen por la espalda, encontrar a Lucio y salir pitando de Roma para siempre.

Su amigo lo miró y lanzó una risita.

—Sabio consejo, realmente.

Macro se dio unos golpecitos en la cabeza.

—No todo son gachas aquí dentro, chico. Bien, será mejor que descansemos lo que podamos. Te veré antes del amanecer.

Cato levantó las cejas ante las repentinas prisas de su amigo por separarse de él, y de repente se dio cuenta.

—¿Has hecho planes para Petronela?

—Sí, he encontrado un sitio para que se aloje con los otros en el Aventino. Un par de habitaciones encima de una carnicería, en una calle muy tranquila. Allí se quedarán hasta que mande a buscarlos. Y si no lo hago, entonces esperarán hasta que las cosas se tranquilicen lo suficiente para poder volver a la granja. Mario ha enviado un mensaje a un vecino para que se la cuide hasta que ellos vuelvan.

—¿Ya se han ido?

—No, saldrán de la casa al mismo tiempo que nosotros.

—Será mejor que vayas con ellos. Aprovecha el tiempo que te queda lo mejor posible, amigo mío.

—¡Ah, sí, eso me propongo hacer! —Macro le dio una palmada en el hombro y se dio la vuelta. Ya en la puerta, se detuvo un momento y le dedicó un último saludo, y luego se fue. Cato saboreó la tranquilidad, y un poco más tarde vació la copa, cogió una lámpara de aceite para iluminar el camino y volvió a su habitación en la solitaria ala para invitados.

Echado en la cama y con los brazos doblados debajo de la cabeza, no podía evitar encontrar opresivo el silencio. Al día siguiente quizá vieran el feliz amanecer de una nueva era para Roma y le devolvieran a Lucio. Pero, por ahora, su entorno sombrío parecía más bien una tumba, y estaba lleno de aprensión. Era típico de su naturaleza, y deseó por una vez poder creer que la fortuna estaba de su lado. Le había servido bien hasta entonces en la vida, pero no podía evitar sentir el temor de haber agotado por completo su benévola atención.

* * *

—Prométeme que tendrás mucho cuidado —susurró Petronela, acariciando la mejilla de Macro. Estaban desnudos en el lecho de él bajo una gruesa manta para mantener a raya el frío de la noche. Habían hecho el amor poco antes, y entre ellos había una calidez húmeda que producía un extraño consuelo a Macro. Disfrutaban de una intimidad que él no había experimentado nunca, y pensó que en realidad le gustaba mucho. Desde luego, había tenido sexo con muchas mujeres, la mayoría prostitutas. Pero aquello era distinto. Mejor incluso que los revolcones de los que disfrutó una vez durante su breve

relación con aquella mujer icena, Boudica. A veces aquello le había parecido más bien como un combate, y la verdad es que compadecía a cualquiera que entrase con mal pie a aquella feroz mujer de las tribus.

—¿Por qué sonríes? —Petronela acercó su cara hacia la de él—. ¿Amor mío? ¿Qué pasa?

—Ah, nada. Sólo pensaba en cómo me haces sentir.

—¿Y cómo te hago sentir?

Macro la besó y le pasó la mano por la espalda, apretando al final suavemente una de sus nalgas.

—¿Responde eso a tu pregunta?

Ella lo rechazó.

—En serio... A lo mejor no te vuelvo a ver nunca. Tengo que saber qué sientes antes de que nos separemos. Necesito saber qué significa esto para ti.

Macro se sentía muy raro. No estaba acostumbrado a los sentimientos tan poco soldadescos que albergaba ahora su corazón. Era difícil encontrar palabras que le resultasen cómodas de pronunciar.

—Tú lo significas... todo para mí. Eres mi chica. No quiero estar sin ti.

—Levantó una ceja—. ¿Es ese tipo de cosas?

Petronela suspiró hondo.

—Así eres tú. Es lo máximo que puedo esperar, supongo. Pero lo que he dicho hace un rato te lo decía muy en serio. Tienes que tener cuidado, Macro. Si ves que las cosas tienen muy mala pinta, sal corriendo. Sal de Roma, ve a la granja y espérame allí.

—No es tan fácil. Está Cato, y el niño.

—Si las cosas no salen como habéis planeado, ninguno de los dos podrá hacer nada por Lucio. Odio tener que decir esto, pero es la verdad. Tengo mucho cariño por el chico, pero si los dos os ponéis demasiado heroicos, simplemente os matarán, y él acabará muerto también. Mientras Cato y tú estéis vivos, habrá esperanza para Lucio.

—Sí, eso es verdad. Tendré todo el cuidado que pueda. ¿Feliz?

—No. Bésame ahora.

Macro se acercó a ella y la atrajo hacia sí, y sus labios se apretaron contra los de ella. Una vez más la cogió por la espalda y esta vez movió sus caderas hacia él, y notó el ligero roce de su entrepierna contra su muslo.

Un sonido muy fuerte sonó en el centro de la casa de Sempronio.

Ambos se quedaron inmóviles.

Se oyó el sonido otra vez.

En esta ocasión, Macro se soltó y pasó las piernas por encima de la cama.

—Hay problemas.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Vístete. Ve a por tu hermana y Mario y llévalos a la puerta de atrás, ahora mismo.

—Macro...

—Haz lo que te digo —exclamó él mientras se ponía la túnica a toda velocidad. Cogió el cinturón de su espalda y se dirigió a la puerta. Se oyó otro sonido, el ruido de madera astillada, y ahora los primeros gritos de alarma del resto de habitantes de la casa. Petronela se levantó a toda prisa y se puso la estola, uniéndose a él ante la puerta de la habitación. Macro la empujó en dirección a los alojamientos de los esclavos, donde dormía su hermana—. ¡Ve!

Tuvieron el tiempo justo para un apretón de manos rápido, y Macro corrió hacia la parte delantera de la casa. Otras figuras surgieron de las habitaciones cercanas, y cuando llegaron al atrio vieron que Sempronio hablaba urgentemente con un hombre envuelto en un manto. Tres de los esclavos de la casa colocaban un diván volcado contra la puerta delantera mientras se oían golpes de hacha en el exterior. Cato apareció corriendo por el pasillo de enfrente, iluminado por el resplandor de las lámparas que ardían en el atrio. Iba totalmente vestido, todavía con las botas puestas, y con la espada colgando de su funda, atravesada del hombro.

Cuando Sempronio vi a los dos soldados, señaló al hombre junto a él.

—Atalo ha venido directo de palacio. Justo antes que los pretorianos.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Cato.

El agente de Domicia se volvió hacia ellos con los ojos brillantes en señal de alarma y, el pecho jadeante por el esfuerzo de su carrera para llegar a casa del senador a tiempo.

—¡Nos han traicionado! Saben lo de la conjura. ¡Vienen a por nosotros!

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—¿Traicionados? —Macro agarró al espía por el manto—. ¿Quién nos ha traicionado?

—No importa —le cortó Cato—. Más tarde. Ahora mismo tenemos problemas más inmediatos. Van a tirar esa puerta en cualquier momento.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Sempronio, retorciendo el gesto cuando un nuevo golpe a la puerta hizo volar un trozo de madera por encima de las cabezas de los esclavos hasta el atrio. El pesado cerrojo de hierro que aseguraba la puerta ya empezaba a ceder bajo aquel furioso ataque de los hombres que estaban fuera.

Cato se dirigió a Atalo.

—¿Saben lo de los demás?

—No lo sé. Yo vigilaba la puerta principal del palacio cuando vi que salían de la sala de guardia. Palas estaba con un oficial, y yo oí a escondidas la orden de venir a arrestar al senador.

—¿Y a nadie más?

—Sólo al senador.

—De acuerdo, entonces tenemos que advertir a Domicia y a Narciso. Sempronio, manda a uno de tus hombres. Alguien en quien confíes y que sea rápido de pies.

—¿No deberíamos salir de aquí?

—Tenemos que conseguir algo de tiempo para el resto, o todo estará perdido. ¡Macro, Atalo, conmigo! —Con paso ligero fue hacia la entrada principal, donde señaló un baúl grande—. Ahí, pongamos esto de pie contra la puerta. Vosotros, sujetad el diván.

El esclavo que estaba más cerca asintió y se agachó para presionar con el hombro la parte inferior del diván. Enseguida se le unieron sus compañeros, esforzándose todos por mantener la presión contra la puerta. Cato y el resto

enfundaron las armas y arrastraron el baúl lejos de la pared, hacia la puerta. Entretanto, los hachazos continuaban y seguían volando más astillas por encima de la cabeza de los esclavos, apretados contra el diván. Ya casi tenían el baúl en posición para empujarlo hacia delante cuando de repente una parte dañada de la puerta cedió y una de las hachas irrumpió a través de la madera, hiriendo a uno de los esclavos en la cabeza. El cráneo se abrió con un crujido y la sangre y los sesos salpicaron a los sirvientes que estaban a su lado. Instintivamente, éstos retrocedieron, y el diván se apartó unos cuantos centímetros.

—¡Sacadlo de ahí! —ordenó Macro, y en cuanto los esclavos hubieron arrastrado a su compañero hasta el atrio, volvieron a empujar el baúl hacia delante con todo su impulso, contra el diván. Pero ahora el hueco abierto en la puerta era ya lo suficientemente grande como para que la luz parpadeante de las antorchas fuera visible, así como las caras de los pretorianos y el resplandor de sus armas, a la espera de que cediera la puerta. El siguiente golpe hizo saltar el cerrojo, que cayó entre el baúl y el diván.

—¡Manteneos firmes! —gritó Cato, agachándose y empujando el baúl con el hombro. Justo en ese momento, la puerta chocó contra el sofá con fuerza y a duras penas consiguieron mantener el terreno.

—¿A qué estáis esperando, hijos de puta? —ladró una voz desde fuera—. ¡Poned la espalda ahí!

La presión aumentó, y Cato oyó los gruñidos de los pretorianos mientras presionaban las maderas destrozadas.

—No podemos contenerlos —bufó Atalo con los dientes apretados.

Cato frunció el ceño.

—Un empujón más, y luego lo dejamos. ¿Preparados? A mi orden... — Sus compañeros asintieron en silencio—. ¡Empujad!

Y empujaron con todas sus fuerzas, consiguiendo ganar unos centímetros más de terreno. El baúl raspó las losas del suelo.

—¡Atrás! —chilló entonces Cato.

Y él se apartó del baúl al tiempo que sacaba la espada a toda velocidad. Sus camaradas siguieron su ejemplo y se prepararon para defender el parapeto improvisado, bloqueando la entrada. Cato miró a los esclavos que se encogían junto a su compañero mortalmente herido.

—Vosotros dos, buscad algo con lo que luchar, y ayudadnos.

Junto a la puerta encontraron un par de estacas gruesas, las cogieron y ocuparon su lugar junto a los demás defensores. Sempronio se adelantó al lado de Cato, espada en mano.

—He enviado a un hombre a avisar.

—Bien. Mantendremos a raya a esos hijos de puta todo el tiempo que podamos.

El senador tragó saliva y preparó el arma.

—Ha pasado mucho tiempo desde que fui soldado...

—Entonces te sabes la teoría, señor —dijo Macro—. Una batalla es igual que otra.

—Odio admitirlo, pero es la primera vez que empuño una espada tan lleno de rabia.

—¿En serio? Mierda... —Macro meneó la cabeza—. Entonces ten cuidado con dónde apuntas esa arma, ¿eh?

No hubo tiempo para que el senador respondiera. Los pretorianos avanzaban de nuevo, empujando a un lado las puertas destrozadas, y de repente se abalanzaron por el atrio con las armas en alto, iluminados por el resplandor de las antorchas, que dibujaban sombras saltarinas de los cascos con los penachos. Un optio iba a la cabeza, con la espada levantada para golpear; Cato levantó su propia espada y paró el golpe, y el primer entrechocar de aceros resonó entre las paredes de la casa. Al poco, más soldados se abrieron camino por las puertas astilladas para entablar combate. A la derecha de Cato, el senador atacó al hombre que estaba junto al optio, y la punta de su espada rebotó en un casco y obligó a retroceder a su adversario.

—¡Así me gusta! —dijo Cato.

A su izquierda, Atalo intercambiaba golpes con un robusto guardia; empuñaba la espada con mucha habilidad, de modo que fácilmente bloqueó un golpe y rajó el antebrazo del pretoriano con un corte hondo. El hombre gruñó de dolor e intentó retroceder, lejos del diván, pero sus camaradas empujaban por detrás y quedó indefenso, y Atalo se inclinó hacia adelante y pinchó con fuerza al soldado en el hombro. Retorcó la hoja, la saco y la levantó en posición de guardia, mientras esperaba a que se adelantase su

siguiente oponente. Más allá, Macro mantenía el terreno, enfrascado en una lucha feroz con un enemigo nervudo. Los esclavos todavía no participaban en la pelea; se mantenían rezagados, indecisos, hasta que Macro les chilló:

—¡Luchad!

Al oírlo, el que estaba más cerca agarró una estaca y se la estampó en la cara al hombre que estaba frente a Macro. El pretoriano esquivó el golpe con un gruñido desdeñoso, y con un movimiento rápido atravesó con su espada los nudillos del esclavo, llevándose con ella piel y hueso. Con un chillido de dolor, el esclavo soltó la estaca y retrocedió, sujetándose la mano herida.

—¡Ocupa su sitio! —ordenó Macro al otro esclavo. Pero el hombre negó con la cabeza y se retiró un paso; arrojó su estaca al suelo y echó a correr hacia el extremo más lejano del atrio, seguido de cerca por el otro esclavo que aún quedaba.

Macro se aprovechó de la distracción del pretoriano y atacó, apuñalándolo en el pecho. La punta de la espada se enganchó en el chaleco de cota de mallas, de forma que dejó al hombre sin aliento, pero no llegó a cortar los anillos de metal. El pretoriano se tambaleó y se agarró el pecho, mientras uno de sus camaradas lo empujaba a un lado y se enzarzaba con Macro.

El diván y el baúl continuaban inclinados hacia dentro, lo que obligaba a los defensores a retroceder, y Cato se dio cuenta de que los pretorianos serían capaces de rodear la barrera en cualquier momento. Empujó su espada hacia delante: la punta entró en la mejilla del optio, cortándole hasta el hueso por debajo del ojo, y éste retrocedió. El baúl resbaló por el suelo de piedra una vez más, y Cato vio que uno de los pretorianos se abría camino por el estrecho hueco entre el diván, vuelto del revés, y la pared. Sempronio se dio la vuelta para ocuparse de él. Le propinó un torpe mandoble con la espada, pero consiguió golpearle fuerte con el borde en el ángulo entre el hombro y el cuello, hiriéndole de gravedad. Al lado contrario de Cato, otro pretoriano lanzó una estocada a Atalo, dándole en la parte baja del pecho, por debajo de las costillas; la punta de la espada penetró por la túnica y la carne y se hundió en sus órganos vitales.

—¡Retroceded! —gritó Cato—. ¡Sempronio, ocúpate de Atalo! ¡Que vaya hacia atrás! ¡Marchaos!

La sangre manchaba la túnica del espía. Atalo se tambaleaba hacia atrás, y el senador se desembarazó de sus oponentes y corrió a auxiliarlo, y lo ayudó a huir por el atrio. Cato usó el espacio extra que se le había dado para mover su espada en un arco feroz, a derecha e izquierda, despejando las armas de los pretorianos que tenía frente a él.

—Ahora tú, Macro.

—¡Y una mierda, vete tú! —Macro se hizo a un lado, apoyando a su amigo hombro con hombro, y al tiempo que emitía un rugido fue lanzando estocadas como un bárbaro rabioso, retando a los pretorianos a que se enfrentaran a él.

Cato se apartó, algo mareado, pero se recuperó enseguida y, tras una brevísima duda, siguió a los demás, que habían llegado ya a la entrada del pasillo y corrían a través de la casa hacia el jardín. Macro dio un último golpe brutal y sus ojos captaron el soporte que se encontraba a un lado, donde ardían todavía cuatro lámparas de aceite. Saltó hacia él y lo tiró, de tal modo que cayó atravesando el baúl. El aceite salpicó el diván, desvencijado y con varios cortes debidos a los filos de las espadas, de manera que se veía el relleno espeso de crin de caballo. Una llama corrió por el aceite y pasó al diván, y al instante se prendió fuego, las llamas se alzaron y una humareda acre empezó a formarse en la entrada.

Macro retrocedió unos pasos protegiéndose de las llamas con el brazo libre. Viendo que había conseguido un poco más de tiempo, se dio la vuelta y corrió en pos de los demás. Cato había alcanzado al senador, que sujetaba al espía; Sempronio se había detenido y apremiaba a los que aún iban por el pasillo:

—¡Corred!

Un momento más tarde Macro estaba a su lado enfrentándose a los pretorianos que habían sido echados hacia atrás por las llamas.

—Tú también —ordenó Sempronio—. Échale una mano a Cato. Yo los mantendré ocupados.

—¿Señor?

—Ya me has oído. ¡Ve, centurión! —Y empujó a Macro hacia los otros. Había poco tiempo para pensar, así que Macro se limitó a despedirse con la

mano y echó a correr detrás de las figuras apenas visibles que se retiraban ante él.

El senador salió hacia el resplandor chillón de las llamas y se dirigió por el atrio hacia el pasillo que daba al ala de invitados. Se detuvo un momento junto a un hueco que se abría en el pequeño santuario de los dioses familiares, donde se encontraban alineadas las máscaras funerarias de sus antepasados y de su esposa, y allí, directamente encima del modesto altar, el rostro blanco como la perla de su hija. Levantó la mano, acarició la firme curva de cera de la mejilla y sonrió con tristeza.

—Julia... Te veré muy pronto, hija mía. —Miró a su alrededor, a las otras máscaras funerarias—. Y a todos los demás.

Y entonces volvió a avanzar, hasta detenerse en la entrada del ala de invitados. Las llamas de la barrera iban creciendo y los pretorianos se enfrentaban al calor, tratando de mantenerlo en un solo lado. Surgieron de repente en torno al resplandor y empezaron a desperdigarse por el atrio. Sempronio dio un paso hacia adelante, de modo que pudieran verlo con mayor facilidad.

—¡Ahí!

Uno de los pretorianos lo señalaba. Detrás de él el optio se agarraba la mejilla con una mano. Tomó aliento con fuerza y gritó:

—¡Tú, ahí! ¡Suelta la espada!

Sempronio se giró un poco para chillar por encima del hombro.

—¡Corred, chicos! Yo los entretengo.

Y entonces se puso en guardia, tenso, y con expresión furiosa levantó la espada e inclinó ligeramente la cabeza, decidido a enfrentarse a los pretorianos.

—¿Queréis mi espada? ¡Pues venid a por ella!

—Como deseas, viejo loco —respondió el optio—. Prendedlo, chicos.

Los pretorianos recorrieron el atrio en pocos pasos y Sempronio se agachó un poco, retirándose a la entrada del pasillo para proteger sus flancos. El primer guardia se acercó a él cautelosamente y levantó la espada.

—Tu última oportunidad, senador. Suéltala.

Sempronio apretó la mandíbula. Una ligera sonrisa se formó en sus labios mientras negaba con la cabeza.

El pretoriano hizo una finta y el senador le lanzó un mandoble salvaje para bloquear el golpe, pero su espada cortó el aire y el soldado se libró con limpieza y apuntó hacia él. Sempronio retrocedió justo a tiempo de evitar la punta, y echó atrás su espada. Las hojas se encontraron con un sonoro ruido y saltaron las chispas antes de que ninguno de ellos pudiera recuperar su arma. El senador se preparó y saltó hacia adelante.

—¡Muerte a los tiranos!

Lanzó su espada hacia la cabeza del pretoriano. El soldado consiguió mover hacia arriba el brazo de la espada para parar el golpe y, cuando el senador avanzó, golpeó al anciano a un lado de la cabeza con el pomo. Sempronio se tambaleó hacia atrás, aturdido, sangrando por un boquete en la sien. El pretoriano, con desprecio, apartó la espada de su adversario y apoyó la punta de su espada en el hueco que había justo debajo de la garganta del senador.

—Déjala ya, idiota.

Sempronio jadeaba, pero lo miró fijamente e hizo ademán de levantar el arma. De sus labios escapó suavemente el aire cuando el pretoriano empujó su espada contra él, atravesándole la garganta de un lado a otro. La mandíbula de Sempronio se abrió, e intentó decir alguna última palabra desafiante, pero ya se ahogaba con su propia sangre y sólo consiguió emitir un gorgoteo, antes de notar una corriente cálida que invadía sus labios.

El pretoriano recuperó su espada y retrocedió un paso. Sempronio se tambaleó hacia atrás, se le cayó la espada y se agarró la garganta con ambas manos. La sangre brotaba a borbotones hasta salpicarle la túnica. Primero las piernas le temblaron, luego se derrumbó y cayó de rodillas. Notaba una sensación de aturdimiento, pero no sentía dolor alguno, sólo la garganta dormida, como si le hubieran dado un puñetazo con fuerza en lugar de apuñalarlo. La oscuridad iba tomando posesión de él, y el último pensamiento fue una breve plegaria para que los dioses respetaran a sus camaradas y les dejaran presenciar la caída de Nerón. Al fin, cayó hacia adelante sobre el hombro se convulsionó, y se relajó con la muerte mientras la sangre se encharcaba alrededor de su cabeza.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Salieron corriendo por la puerta de atrás y bajaron la calle, sujetando a Atalo en todo momento. Y justo a tiempo, porque el sonido de botas por una calle lateral les anunció que se acercaba otro escuadrón de pretorianos a la casa para cortar la huida a los fugados. Corrieron por un estrecho pasaje entre dos casas, luego volvieron a bajar por la misma calle poco antes de que los soldados aparecieran a la vista.

—Qué trabajo más chapucero —gruñó Macro sin bajar el ritmo por aquella calle oscura, húmeda y llena de un olor acre a verduras podridas—. Tendrían que haber cubierto primero la retaguardia de la casa.

—Supongo que no esperaban que nos defendiéramos —respondió Cato—. Sólo era un arresto rápido.

Giraron por una calle que subía a la colina y los alejaba de la casa, y continuaron por ella hasta que estuvieron a una distancia segura, y sólo entonces se detuvieron a tomar aire.

—¿Por dónde vamos ahora? —jadeó Cato, apoyándose contra la pared a un lado de Atalo. El agente de Domicia respiraba con dificultad, con jadeos irregulares, y se agarraba el estómago con la mano. Estaban a varias calles de distancia de la calle de Sempronio, pero un débil resplandor naranja en el cielo por encima de los tejados que los rodeaban les señaló dónde ardía el fuego. Incluso podían escuchar los gritos a lo lejos, a los pretorianos en su búsqueda y el tañido ahogado de una campana cuando uno de los coches de bomberos de propiedad privada se acercaba a las llamas, esperando vender sus servicios al impotente propietario de la casa a cambio de una prima.

—No podemos quedarnos mucho rato aquí —comentó Cato—. Necesitamos un refugio.

—¿La casa de Vespasiano? —sugirió Macro.

—No. Los pretorianos están entre nosotros y ella. Además, no sabemos si será segura. Palas puede haber enviado a arrestarlos también.

—No... —dijo Atalo, con los dientes apretados—. Yo los he escuchado. Sólo iban a por Sempronio.

—Pero, aun así, no podemos arriesgarnos. Estando tú herido, además. Tenemos que llevarte a un lugar donde puedan atenderte esa herida. Hay que parar la hemorragia.

Atalo asintió.

—¿Crees que Sempronio se habrá librado? —preguntó Cato.

Macro recordó la expresión resuelta de la cara del senador cuando le instó a escapar.

—No lo creo. Quería caer luchando.

—Esperemos que haya sido así. Sería preferible que no lo cogieran vivo. No le costaría nada a Palas sacarle toda la información. Es mejor que Sempronio haya muerto.

—Eres todo corazón, muchacho.

Cato se apartó de la pared.

—Tenemos que irnos.

—De acuerdo, no estamos muy lejos de donde he enviado a Petronela. Podemos intentar ir allí. Pero no me gustaría que llamásemos mucho la atención y ponerla en peligro a ella y a los otros.

Se vieron interrumpidos por más gritos, esta vez más cerca.

—Mala cosa —dijo Cato—. Tenemos que apartarnos de las calles lo antes posible. Vamos.

Macro los guió hacia la travesía que corría desde el risco del monte Esquilino al Aventino. Se vieron obligados a esconderse varias veces para no llamar la atención, cuando veían que se acercaba alguna patrulla de las cohortes urbanas iluminando su camino con antorchas. Y en un momento dado se encontraron con una banda de asaltantes que les bloqueó el camino hasta que Cato y Macro sacaron las espadas y los desafiaron a que les prohibieran el paso por la ciudad. Al final, cuando el primer resplandor de la aurora ya teñía el cielo más allá de las colinas, hacia el este, arribaron al edificio de pisos donde Macro había pedido a Petronela que se refugiara.

—Aquí es —anunció, respirando pesadamente por el esfuerzo—. Pronto te curarán, Atalo.

El agente asintió con un gesto de gratitud, y el pequeño grupo subió varios escalones hasta la entrada. Era un barrio humilde y la mayor parte de los propietarios no se podían permitir el coste de un portero. Y eso era precisamente lo que le gustaba a Macro. Nadie que fisgoneara las entradas y salidas de Petronela o cualquier otro visitante. Subieron las escaleras hasta el segundo piso y llamaron a la puerta con suavidad. No hubo respuesta inmediata, y Macro volvió a llamar y murmuró:

—Soy yo, Macro.

Un instante más tarde se descorrió el cerrojo y la puerta se abrió. Petronela miró por la abertura, iluminada por el resplandor de la lámpara del interior. El alivio de su rostro rápidamente se desvaneció al ver a Cato y al hombre herido. Abrió la puerta completamente y los dejó pasar, y luego la cerró de nuevo de inmediato. El interior del apartamento estaba amueblado con dos petates, una mesa y dos bancos. Lucila y Mario estaban sentados en uno de los petates, abrazados, y miraron angustiados cómo los dos soldados quitaban el manto a Atalo y lo conducían al otro camastro.

—¿Quién es? —preguntó Petronela.

—Uno de los nuestros —explicó Macro—. Y está herido. ¿Hay algo de agua y alguna tela?

Ella asintió y desapareció en la habitación adyacente, y volvió enseguida con una cesta de mimbre y un cubo.

—Bien. Ahora acerca aquí la lámpara.

Ella sujetó la lámpara sobre el camastro, al tiempo que Macro y Cato se agachaban a ambos lados de Atalo. La cara del agente mostraba su sufrimiento, apretaba la mandíbula. La túnica la tenía empapada de sangre, y Cato la levantó con delicadeza por encima del taparrabos. Al pálido resplandor de la lámpara, cogió un trapo y limpió la sangre, y entonces vio que tenía una brecha de cuatro dedos de larga más o menos. Macro se inclinó hacia adelante y lo olió, y luego levantó la vista hacia Cato.

—¿Hueles eso?

Cato bajó la cara e inspiró hondo. Un olor a ajo y cebolla mezclado con el olor metálico de la sangre.

—¿Una herida de sopa?

Macro asintió con la cabeza.

Petronela le dio un golpecito con la rodilla.

—¿Herida de sopa?

Macro se apartó de Atalo y susurró su respuesta.

—Algunos de los auxiliares germanos se tomaban un estofado preparado con ajo antes de entrar en combate. Cualquier herida en el vientre que huela a estofado indica que el estómago está perforado. Suele ser fatal.

—Encantador.

Cato se dio cuenta de que Atalo había cerrado los ojos y le dio una ligera sacudida para que los volviera a abrir.

—Haremos lo que podamos, por ahora. Lo primero es cortar la hemorragia. Esto te va a doler, así que prepárate.

Tomó su espada y cortó con ella la capucha del manto de Atalo, presionándola ligeramente en la herida y luego doblándola por encima, haciendo que el agente tensara los músculos y dejara escapar un agudo gemido.

—Sujétala bien —dijo a Macro y, tras cortar una ancha tira de tela del manto con la que sujetar el vendaje improvisado, la ató muy tirante en el extremo opuesto. Cuando terminó, Atalo se echó hacia atrás y respiró hondo.

—Joder... Sí que ha dolido.

—Ya te lo he dicho. Hemos parado la hemorragia, pero tendrás que ir a un físico para que te trate la herida como es debido.

Atalo asintió y se humedeció los labios.

—Me iría bien algo de beber.

Cato miró a su alrededor y vio un estante bajo la ventana con los postigos cerrados. Allí había un par de vasos de cuero y unos platos de madera. Cruzó la habitación, cogió uno de los vasos y lo sumergió en el cubo, y luego se lo ofreció al agente. Atalo se dio la vuelta para apoyar la espalda en la pared y sostuvo el vaso. Al levantar el brazo, Cato se fijó en que tenía una marca cerca del hombro. Sin decir nada, cogió la lámpara que aún sostenía Petronela y la movió para iluminar al agente desde un lado. Se quedó helado. Un súbito estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Allí, a la luz de la lámpara, veía claramente el tatuaje de un escorpión, igual que lo recordaba de la noche del

asesinato de Granico. Notó que todos sus músculos se tensaban, como si estuviera a punto de entrar en combate, y poco a poco retiró la lámpara y la dejó en el suelo junto al camastro.

Tras beberse el agua, Atalo dejó caer el brazo a un lado y sonrió débilmente.

—Lo necesitaba.

—También necesitas descansar un rato —dijo Cato con voz neutra—. Quédate aquí e intenta descansar. Te ayudará a detener del todo la hemorragia.

Se levantó y miró al agente. La cabeza le daba vueltas ante lo que significaba lo que acababa de ver. Atalo se relajó, apoyado contra la pared, y cerró los ojos. Cato inspiró con fuerza y se dirigió a Macro sin quitar los ojos del espía.

—Macro, tenemos que hablar. Debemos decidir qué hacer. Vamos ahí, para no molestarlo. Petronela, vigílalo, ¿de acuerdo?

Ella asintió y Cato señaló la otra habitación, adonde condujo a Macro. Tras meterse bajo el dintel, se quedaron en las sombras, pero desde allí Cato aún podía ver al agente. Bajó la voz hasta que sólo fue un susurro:

—Tenemos problemas.

—¿Sí? ¿De verdad? —le respondió Macro, irónicamente—. La casa de Sempronio atacada, el senador muerto, y quién sabe qué más para trastocar nuestros planes. Sí, yo diría que tenemos problemas...

—Es peor que eso. Mucho peor... —Cato todavía no podía asimilar las ideas que corrían por su cabeza—. El nombre de nuestro amigo de ahí no es Atalo.

—No, ya me lo imaginaba. Con tanto secreto y complot y conspiraciones...

—Es Prisco.

—¿Prisco? —Macro lo repitió, abrió mucho la boca y los ojos—. ¿Ése? Cato asintió.

—El tatuaje del escorpión: lo lleva en el hombro. Lo acabo de ver.

—Mierda... —Macro frunció el ceño—. Pero si ése es Prisco... ¿qué hace trabajando para Domicia y Narciso, por el Hades? Debería estar espionando para Palas...

Cato meneó la cabeza.

—¿Por qué nos ha avisado antes? ¿Por qué ha combatido a nuestro lado? Nunca se habría puesto en un riesgo semejante de haber trabajado para Palas. No, es un hombre de Narciso, de eso estoy seguro. Lo ha sido todo el tiempo...

—Pero ¿por qué matar a Granico? ¿Por qué engañarte para echarte la culpa a ti?

Cato notó que las náuseas invadían la boca de su estómago.

—Por Júpiter, ahora lo veo todo claro.

—¿Ves el qué?

—Su plan, Macro. Han estado jugando con nosotros todo el tiempo.

—¿Quiénes?

—Narciso y los demás. Querían que nos uniésemos a su conspiración y, como nos negamos, temían que Palas nos presionara para trabajar para él. Por eso querían que me acusaran de haber matado a Granico: para asegurarse de que no pudiera trabajar para Palas. Y cuando tuve que salir huyendo, sabían que agradecería la oferta de refugio. Atalo no me rescató del incendio porque Domicia le hubiese ordenado que me vigilara; es muy posible que el muy hijo de puta fuera incluso el que iniciara el fuego... Necesitaban sacarme de allí, echarme en sus brazos y maniobrar para que sirviera a su causa. Y son ellos quienes tienen a Lucio. Es la última pieza del rompecabezas. Esos hijos de puta tienen a Lucio, Macro. Me han quitado a mi hijo. Para asegurarse de que cumpla mi parte cuando se hagan con el poder.

Macro echó un vistazo a Atalo, que había abierto los ojos de nuevo y se estaba frotando la cabeza. Petronela le daba palmaditas en la mano y le murmuraba palabras de consuelo. Notó que su corazón ardía de rabia al pensar que los amigos de Prisco habían sido los que irrumpieron en la granja, secuestrando al niño y amenazando a la mujer que amaba. Sí, ahora se daba cuenta de que la amaba... Y ese intrigante hijo de puta de Narciso estaba detrás de todo aquello, como siempre. Posó la mano en la espada y dio medio paso hacia la otra habitación, gruñendo:

—Le voy a arrancar el corazón a ese cabrón malnacido.

Cato lo agarró del brazo con firmeza, inmovilizándolo.

—No, espera. Déjame pensar un momento.

—¿Qué es lo que hay que pensar?

—Macro, aquí tenemos elección. Todavía podemos seguir con el plan y, cuando acabe, Narciso encontrará una forma de devolverme a Lucio fingiendo que había sido Palas quien lo había secuestrado. Pero estoy empezando a preguntarme si estamos en el lado equivocado...

—¿Después de todo lo que acabamos de averiguar? Yo diría que está asquerosamente claro que estamos en el bando equivocado.

—Desde luego, pero hay asuntos más pragmáticos. ¿Quién es más probable que sobreviva los próximos días? ¿Nerón o Británico? Está claro que Palas ya ha descubierto que pasa algo. Si se mueve rápido, puede aplastar a los conspiradores. Si no, podría pasar cualquier cosa. Para nosotros, la cuestión es a qué bando debemos servir si queremos sobrevivir. ¿Qué bando es más probable que gane y nos permita salvar a Lucio?

Macro pensó brevemente.

—Supongo que Narciso no se sentirá muy seguro teniéndonos cerca cuando averigüe que sabemos lo del senador Granico.

—Efectivamente, yo también creo que no —accedió Cato—. Con lo cual no tenemos mucha elección, ¿no?

—No, me parece a mí.

—Entonces será mejor que actuemos mientras todavía podemos.

Cato volvió a la otra habitación y dio a Prisco con el pie.

—Vamos, ponte de pie. No podemos quedarnos aquí, tenemos que irnos.

El agente de Domicia se despertó de golpe e hizo una mueca, intentando incorporarse.

—¿Ir? ¿Ir adónde?

—Lo averiguarás enseguida. ¡En pie!

CAPÍTULO TREINTA

El sol apenas había salido por encima de los tejados de los templos y basílicas más altos de la ciudad y sólo unas pocas tiendas y puestos callejeros habían abierto. La habitual muchedumbre de comerciantes esperaba junto a las puertas de entrada de servicio del palacio imperial, con los carros cargados con diferentes alimentos para las cocinas, así como grandes trozos de carne y ánforas de vino, garum y aceite, cuidadosamente embaladas y rodeadas de paja para evitar que se rompieran al chocar entre sí mientras los carros traqueteaban por las calles empedradas. Sólo se les admitiría cuando el mayordomo jefe de la casa saliera a inspeccionar sus cargas y diera el visto bueno a aquellos cuyos artículos merecieran su aprobación, o a los que estuvieran dispuestos a sobornarlo bien.

Se abrieron las puertas y un pelotón de pretorianos se apostó junto a la entrada mientras esperaban a que aparecieran los sirvientes. De repente hubo una pequeña conmoción, y un momento más tarde tres hombres salieron de la multitud y se acercaron a la puerta. El hombre que estaba en medio iba apoyado en los otros dos, y estaba claro por la cara gris que traía y su túnica manchada de sangre que estaba malherido.

—¡Alto! —gritó un centinela, adelantando su lanza—. ¿Qué está pasando aquí?

Los tres hombres se detuvieron y el más joven de los tres repuso:

—Necesitamos ver a Marco Antonio Palas, de inmediato. Déjanos pasar.

El pretoriano se mantuvo firme.

—¿Y quién demonios piensas que eres, amigo?

—¡El prefecto Cato, comandante de la Segunda Cohorte! —aulló Macro—. ¡Y yo soy su centurión superior, y tú te pondrás firme cuando un oficial se dirija a ti!

La fuerza del hábito y el entrenamiento obraron efecto inmediato en el centinela, que se puso firme y apoyó la lanza en el suelo. Algunos de sus camaradas hicieron lo mismo; otros, con más presencia de ánimo, dudaron, y uno de ellos llamó a gritos a su optio. Un momento más tarde, un hombre alto y robusto avanzó hacia ellos y se puso los puños en las caderas.

—¿Qué es esto? ¿Se ha convertido de repente el palacio imperial en un hospital sin que nadie se haya dignado a informarme? Vosotros tres, ya os estáis yendo.

El centinela hizo un gesto hacia Macro.

—Dice que es un centurión pretoriano, optio. Y el otro es el prefecto Cato. Quieren ver al secretario imperial.

—Y una mierda. —El oficial de menor graduación se adelantó con expresión altiva; y entonces se detuvo en seco, miró a Cato y exclamó—: Que me maten, es el prefecto. Lo siento, señor. Pero, espera, te buscan por asesinato...

—Soy inocente, y ya habrá tiempo de explicarlo más tarde. Pero necesitamos ver a Palas de inmediato. Déjanos pasar.

El optio frunció el ceño brevemente y luego asintió.

—Dejadlos pasar, chicos.

El pelotón se hizo a un lado y Cato, Prisco y Macro entraron, y luego el optio ordenó cerrar la puerta. Gritos de protesta sonaron entre los comerciantes reunidos, y se dirigió a ellos y le señaló con un dedo.

—No quiero oír ni una palabra más, u os mando a todos a paseo. Y ahora callaos y esperad al maldito mayordomo.

En cuanto las puertas se cerraron y estuvieron atrancadas, se volvió hacia Cato y señaló algunos bancos junto al puesto de guardia.

—Espera aquí, señor. Enviaré al centurión que está hoy a cargo de la guardia.

—¡No! —exclamó Cato—. Tengo que hablar con Palas ahora mismo. Es un asunto de la máxima urgencia.

—Señor, con respeto, te buscan por asesinato. Estoy seguro de que el centurión sabrá lo que hay que hacer.

Cato rechinó los dientes. No podía saber quién estaba al tanto del complot y quién no. El centurión podía ser leal a Narciso. También el optio. No se

atreví a hablar con otro que no fuera Palas.

—Mira, si no traes a Palas de inmediato, podría ser demasiado tarde. Y si es ése el caso, rodarán cabezas, y la tuya estará entre las primeras. No quiero tener que volver a repetírtelo, optio. Envía a buscar a Palas.

El optio se lo quedó pensando unos instantes.

—No veo que pueda salir de ello ningún daño. —Se volvió hacia uno de los centinelas—: Tú, ve a la oficina del liberto imperial y dile que tengo aquí al prefecto Cato.

El pretoriano saludó y salió corriendo. No lo bastante rápido para el gusto del optio, sin embargo.

—¡Mueve el culo, maldita sea!

Cuando el hombre echó a correr, el optio se volvió hacia Cato.

—Siéntate en el banco, por favor, señor. Sentaos los tres. Y no os mováis de ahí. Y por favor, entregadme vuestras espadas y dagas.

Le tendieron las armas, ayudaron a Prisco a sentarse, y ellos se colocaron uno a cada lado. La respiración del agente era fatigosa, y Cato le buscó el pulso en el cuello. Era débil e irregular, y le dio una pequeña sacudida a Prisco en el hombro.

—Quédate con nosotros. Ten los ojos abiertos.

El agente asintió, parpadeó y miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos? Esto es el palacio.

—Eso es.

Prisco se agitó, nervioso.

—Yo pensaba que me ibais a llevar a buscar ayuda para mi herida.

—Claro. Aquí los físicos son de lo mejor. Te cuidarán estupendamente. Pero primero vamos a tener una pequeña charla con Palas.

La expresión del agente mostró signos de alarma y quiso levantarse, pero lanzó un gemido y se volvió a recostar, con la cara tensa por el esfuerzo de dominar el dolor.

—Maldito traidor...

Cato se volvió hacia él.

—No soy ningún traidor. No me apunté a tu causa: me engañaron para meterme en ella. Sé quién eres, Prisco. Sé muy bien que te ordenaron matar al senador Granico para que me echaran la culpa a mí. Y sé que trabajas para

Narciso. Y también sé que vas a desembuchar ante Palas, en cuanto llegue aquí.

Prisco sonrió.

—Creo que no.

—Sí que lo harás, porque si no morirás con mucho dolor.

—Voy a morir de todos modos. No pienso desembuchar ni ante ti ni ante nadie. Y mucho menos ante ese desgraciado de Palas.

Macro le dio un empujoncito.

—Pues lo de hacer desembuchar a la gente se le da muy bien a Palas, tiene unos métodos infalibles..., por si no lo sabías.

—No me das miedo.

—No intentaba darte miedo, machote. Sólo te informaba de lo que hay.

—Macro se encogió de hombros.

—Tú no le debes nada a Narciso —continuó Cato—. Me atrevería a decir que te ha pagado bastante bien por tus servicios. Y ahora que estás aquí, se lava las manos contigo.

—Buen intento, prefecto. Pero yo creo en la república. Es una causa por la que estoy dispuesto a morir, como todos los demás. Y no los traicionaré, ni tampoco a la causa.

—Valientes palabras. Ya veremos. Ahora mismo, quiero que me respondas a una pregunta: ¿dónde está mi hijo?

—No lo sé.

—Mentiroso. —Cato presionó con fuerza el vendaje sobre la herida, y Prisco dio un respingo, dolorido, hasta que él soltó la presa—. Prueba otra vez. ¿Dónde está?

—Juro por Júpiter, el mejor y el más grande, que no sé dónde lo tienen.

—¿Entonces es verdad que lo tienen?

—Sí. Yo estaba con los hombres que se lo llevaron. No le hicieron ningún daño. Sólo se lo llevaron a la señora, como les habían dicho que hicieran.

—¿A Domicia?

Prisco asintió.

—Fue la última vez que lo vi.

Cato lo miró a los ojos buscando cualquier signo de engaño, y luego miró a Macro.

—¿Qué opinas? ¿Está diciendo la verdad?

—Será mejor que sea así. O, si no, le arrancaré las tripas con mis propias manos, y lo estrangularé con ellas.

Prisco tragó saliva e intentó recuperar el aplomo, y volvió a hablar:

—Es demasiado tarde para detenerlos ahora. Irán a por Nerón, Palas y vosotros dos. Y a por tu hijo.

Cato notó que su ira aumentaba, e instintivamente fue a sacar la espada, hasta que recordó que se la habían quitado.

—Tú habrías matado a mi hijo, ¿verdad?

—¿Qué importa eso? Un cuerpo más en los cimientos de la nueva república. Un pequeño precio que hay que pagar.

Cato lo agarró por el cuello de la túnica y se lo acercó tanto que sus caras no estaban a más de un centímetro la una de la otra.

—Es mi hijo. No hay precio que no pague para asegurarme de encontrarlo. ¿Comprendido? Si el precio de tu república es la vida de mi hijo, entonces no significa nada para mí. Y tú tampoco significas nada para mí. — Arrojó al hombre a un lado, se levantó y dio un par de pasos alejándose del banco, incapaz de confiar en sí mismo y en que no le haría daño.

El agente sonrió torvamente.

—Si no significo nada para ti, mátame ahora mismo.

—Ni hablar.

El optio se acercó a ellos.

—Siéntate en el banco de nuevo, por favor.

Cato se enfrentó a él con una expresión amenazadora, y el optio levantó una mano.

—De acuerdo. Pero no me causéis problemas.

* * *

No tuvieron que esperar mucho, pues al poco el pretoriano volvía ya con Palas. El liberto imperial no podía ocultar su sorpresa al descubrir que el hombre que había eludido su registro por toda la ciudad se había entregado voluntariamente.

—Bueno, así que aquí estás, Cato. Ahora podemos llevarte ante la justicia y asegurarnos de que pagas por asesinar al senador Granico. ¿Tienes algo que

decir antes de que se te lleven y te metan en una celda? Supongo que sí, ya que no existe ninguna otra explicación razonable para que estés aquí. Al menos no se me ocurre nada. ¿Y bien?

Cato ordenó sus pensamientos rápidamente. No tenían tiempo para más detalles que los estrictamente necesarios. Se acercó a Palas y le habló muy bajo, de modo que no pudieran oírlos.

—Hay una conspiración para derrocar al emperador. Pretenden arrestarlo, a él, a su madre, a ti y al resto de vuestra facción, y sin duda asesinaros.

—Siempre hay alguna conspiración —dijo Palas—. Por eso tengo espías por todas partes. No creo que tengas nada que decir que no sepa ya.

—¿Ah, no? Entonces sabrás que la misma conspiración pretende volver a la Guardia Pretoriana contra Nerón, y que tus enemigos han amasado una fortuna para asegurarse de comprar la lealtad de los pretorianos. También sabrás que el legado Pastino y la Sexta Legión estarán entrando en Roma para apoyarlos... Supongo que sabes todo esto, así como cualquier información que hayas podido reunir sobre Sempronio y que ha hecho que asaltaran su casa esta noche. Dime, ¿hasta dónde has llegado a la hora de detener a los demás conspiradores?

La expresión de Palas se oscureció.

—No tengo sus nombres todavía. Pero los tendré muy pronto.

—No lo bastante pronto para salvar tu cuello. A menos que actúes inmediatamente.

Palas entrecerró los ojos y miró a Cato, luego miró a los dos hombres que estaban sentados en el banco.

—Ya veo que tienes contigo al centurión Macro. Nunca está lejos de ti. Me pregunto si fue cómplice del asesinato de Granico... Y no reconozco al otro hombre, pero no parece que vaya a estar mucho tiempo más en este mundo.

—Pues no. Por eso tienes que hablar con él. Se llama Prisco. Es, o era hasta hace poco, pretoriano. Ahora mismo espía para Narciso.

Palas medio se rió y medio se burló.

—Parece que ese reptil está decidido a acabar conmigo desde la tumba. No volveremos a verlo nunca.

—Cuidado con lo que deseas. Narciso está vivo.

—¿Vivo? Imposible. Yo mismo vi su cabeza.

—Viste una cabeza, pero no era la suya. Narciso te engañó. Sabía que sus días estaban contados en el momento en que Claudio nombró heredero a Nerón, así que planeó falsificar su muerte para poder coordinar la conjura con la que conseguiría derrocar al nuevo emperador, sin preocuparse de que le intentaras clavar un cuchillo en la espalda. Está muy vivo, te lo aseguro. Lo he visto yo mismo.

—¿Dónde? —exigió Palas—. No te creo.

—No tienes que creerme a mí —señaló con el pulgar a Prisco—. Créelo a él. Es un hombre de Narciso. Se le ordenó asesinar al senador Granico para que me echaran las culpas a mí.

Palas se quedó pensativo.

—Tú arrestaste a Granico y me lo trajiste hasta aquí. ¿Y esperas que me crea que esos conspiradores sabían por adelantado en qué habitación lo pondríamos cuando llegasteis a palacio? Qué maravilla, oye.

—No, realmente no —respondió Cato—. No hacía falta, si tenía a alguno de sus hombres trabajando en palacio, alguien que supiera que se iba a arrestar a Granico. Alguien que quizá pudo haberte informado de que el senador era un traidor para que tú emitieras una orden de arresto. Se podía arreglar fácilmente.

—Sí, podía ser —concedió Palas—. Y hablaré con el hombre implicado muy pronto. Pero hay otro tema más importante aquí: ¿por qué? ¿Por qué intentar ponerte una trampa?

—Porque los conspiradores ya me habían sondeado y me negué a ayudarlos. No estaban dispuestos a correr el riesgo de que fuera leal al emperador, de modo que me pusieron la trampa para que no pudiera negarme cuando hicieran el siguiente movimiento contra Nerón. Me dejaron pasar apuros el tiempo suficiente para que estuviera desesperado y aceptase su ayuda cuando me la ofrecieron.

Palas juntó las manos a la espalda.

—Si sabías lo de su conjura antes de que te tendieran una trampa, tu deber era informarme. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque soy soldado, no un político conspirador, y no quería tener nada que ver con ellos, ni contigo. Mi deber es defender a Roma de sus enemigos,

no de su propia gente.

—Tu deber es defender a Roma y al emperador. Ese es el juramento que hiciste. Si alguien aquí en Roma conspira contra el emperador, entonces, por definición, son tus enemigos. Tú no tienes que elegir, prefecto Cato, precisamente porque eres un soldado. Tu sentido de la integridad, tan fino, quizá no te salve cuando la conjura sea aplastada.

—«Si» se aplasta —respondió Cato—. Por mucho que me guste discutir contigo todo el día, tienes que actuar ahora mismo. Haz que interroguen a Prisco antes de que se desangre. Tus enemigos ya se habrán enterado del asalto a la casa de Sempronio. Quizá ya se estén moviendo para adelantarse a ti.

El secretario imperial asintió.

—Necesito oírlo todo de boca de tu espía, suponiendo que lo sea. Por ahora, puede ser simplemente alguien preparado para desviar la atención de ti. Lo averiguaré en seguida. ¡Optio!

—¿Señor?

—Llévate a este desgraciado al cuartel. Espera... ¿Tiene experiencia como interrogador alguno de tus hombres?

—Yo mismo, señor. Cuando estaba en la Décima Legión. Se me daba bastante bien, aunque esté mal el decirlo.

—Pues eres el hombre que necesito. Llévalo dentro. El resto, custodiad al prefecto y al centurión.

El optio apoyó su bastón y levantó a Prisco con rudeza. El agente dejó escapar un gemido de dolor cuando le retorcieron el brazo a la espalda y lo metieron en el sombrío interior. Palas lo siguió dentro y cerró la puerta. Cato se sentó junto a Macro con un suspiro.

—Ya no depende de nosotros —dijo Macro—. Esperemos que el optio sea tan bueno como él cree.

Cato se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Será mejor que haga hablar a Prisco enseguida. No tenemos tiempo que perder. Narciso ya estará haciendo nuevos planes, puedes apostar. Y necesitamos que Palas aplaste a los conspiradores tan pronto como sea posible si queremos tener una posibilidad de salvar a Lucio.

—¿Por qué no se lo contaste a Palas?

—Porque ya es bastante malo que Narciso conozca mi punto débil. Mejor encontramos a Lucio y lo sacamos de Roma para siempre. No tengo ninguna intención de dejar que Palas lo prenda como rehén para obligarme a trabajar para él cuando..., si cogen a Narciso y sus amigos.

La conversación se vio interrumpida por un grito de agonía procedente del interior del cuartel. Subió de intensidad un momento, hasta que supusieron que Prisco se había quedado sin aliento, y entonces se apagó, pero se alzó de nuevo, una y otra vez. Ni Cato ni Macro ni los pretorianos encargados de custodiarlos mostraron señal alguna de estar oyendo el tormento del hombre, y todos esperaron en silencio, roto sólo ocasionalmente por los nudillos de Macro al crujir.

* * *

Al final, se abrió la puerta del cuartel y salió Palas, intentando limpiarse unas manchas de sangre que tenía en el dobladillo de su túnica. Cato se puso de pie y se encaró con él. Por encima del hombro del secretario imperial podía ver cómo Prisco se retorció débilmente entre un charco de sangre, en el suelo. Le habían quitado la túnica y también los vendajes, le habían vuelto a abrir la herida y le habían hecho nuevos tajos en el cuerpo.

Cato se volvió a mirar a Palas.

—¿Y bien?

—Confirma todo lo que tú me has dicho. No sabe más de lo que tú ya me has contado. Realmente es un empleado de poca monta. Pero nos ha dado los nombres y ubicaciones suficientes para que podamos trabajar. Redactaré las órdenes para que detengan a los cabecillas, y luego haré que el emperador firme las condenas de muerte necesarias. La mejor manera de cortar esto de raíz es arrancar completamente esa raíz. —Palas hizo una pausa y miró a Cato a los ojos—. Nos has hecho a mí y a tu emperador un gran servicio, prefecto Cato. Roma necesita a hombres como tú.

—A Roma la serviré de buen grado. A ti, nunca.

—Ya lo veremos... Mientras tanto, voy a ordenar que cese la persecución. Al fin y al cabo, eres un hombre inocente.

—Pues claro que lo es, joder —intervino Macro, poniéndose en pie junto a su amigo—. ¿Realmente crees que es capaz de asesinar a un anciano a

sangre fría?

—Centurión, todos somos capaces de cualquier cosa. Simplemente se requiere el incentivo apropiado para comprometerse a realizar una acción semejante... Y ahora, el tiempo es esencial, de modo que...

—¡Señor! ¡Señor!

Los tres se volvieron en redondo y vieron que un escribiente bajaba a todo correr las escaleras de la parte trasera del palacio imperial.

—¡Gracias a los dioses que te encuentro, señor! —jadeó el hombre, colocándose ante el secretario imperial—. Burrus te está buscando. Quiere que vayas a la sala de audiencias de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—Nos informan los centinelas de la Puerta Flaminia... Dicen que ven legionarios marchando hacia la ciudad, señor. Miles de ellos.

Palas miró hacia el nordeste, hacia la puerta, como si pudiera ver por allí él mismo la amenaza que se aproximaba. Frunció el ceño.

—¿Soldados? ¿Qué soldados?

—Es la Sexta Legión —dijo Cato—. Han llegado rápido. Y ahora van a cumplir sus órdenes: entrar en Roma. Parece que Narciso ha decidido hacer el primer movimiento.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

El comandante de la Guardia Pretoriana ya estaba rodeado de oficiales y servidores de palacio e intentaba entender con todo detalle lo que estaba ocurriendo. Escuchaba un informe recién llegado de un mensajero jadeante de una de las cohortes urbanas, cuando Palas, Cato y Macro entraron en la sala de audiencia.

—... La legión entera, señor. Estoy seguro.

—¿Alguna señal del legado Pastino? ¿Algún mensaje suyo?

—No, señor.

—Entonces puede que sus hombres lo hayan detenido, o quizá lo hayan matado a él y a los demás oficiales de mayor rango. ¿Estaban muy cerca de la puerta? —preguntó Burras.

—A no más de cinco kilómetros cuando me enviaron a informar, señor.

—Pueden llegar a la ciudad en una hora. Muy bien, pues quiero que vayas directamente al campamento pretoriano. Busca al oficial de mayor rango allí, y dile que convoque una asamblea general. Los hombres tienen que estar completamente armados. Deberán esperar allí a que yo me una a ellos, o a recibir más órdenes. Pero cuidado: no responderán ante nadie más. Y no harán nada a menos que yo se lo ordene. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Entonces, ve. No te detengas por nada.

El soldado saludó, se volvió y echó a correr. Burrus lo miró un momento, con expresión tensa, y luego vio que Palas y sus dos acompañantes se acercaban a él.

—Así que has capturado a Cato. Bueno, algo es algo. Será mejor tenerlo custodiado en algún sitio hasta que podamos ocuparnos de él. Ahora no es el momento... ¿Es sangre eso que veo en tu túnica?

Palas miró hacia abajo y asintió, y luego respondió:

—Resulta que no fue Cato quien mató al senador Granico. Pero tienes que saber más cosas. Muchas más. Tengo que hablar contigo...

—Ahora no —interrumpió Burrus—. Tenemos que ocuparnos de un motín.

—Ah, es algo mucho más serio que un simple motín. Es traición, Burrus. —Palas bajó la voz—: No sabemos en quién podemos confiar. Así que hablemos en privado. De inmediato.

Burrus parecía estar a punto de denegar la oferta, pero miró a su alrededor y vio que muchos funcionarios y personal de palacio los miraban llenos de curiosidad.

—Muy bien.

Se volvió y se dirigió a un rincón de la habitación donde un arco amplio conducía a un balcón con balaustrada que daba al corazón de la ciudad. En cuanto estuvo seguro de que nadie podía oírlos, apuntó con un dedo al pecho de Palas.

—Venga, dime.

El secretario imperial explicó brevemente lo que le había contado Cato y le había confirmado Prisco. Burrus lo escuchó con expresión preocupada y, cuando Palas hubo terminado, hizo una seña hacia Cato y Macro.

—¿Y por qué tengo que creerlos?

Cato no pudo contenerse más.

—Porque la Sexta Legión está marchando hacia Roma para entrar en la ciudad y apoderarse del palacio. Actúan bajo las órdenes de su legado, y Pastino actúa siguiendo las instrucciones de sus compañeros conspiradores. Probablemente ya estarán de camino hacia el campamento pretoriano para sobornar a tus hombres y que éstos abandonen a Nerón y proclamen emperador a Británico en su lugar. No hay tiempo para traer pruebas ante tus ojos. Debes actuar, señor. De inmediato. Antes de que sea demasiado tarde.

—Tiene razón —repuso Palas—. Ya se nos han adelantado en algo. Y, si perdemos a los pretorianos, todo habrá terminado. Pero primero debemos intentar detener a los cabecillas. Empecemos por la casa del senador Vespasiano.

Hubo una conmoción en la sala de audiencias y Cato miró hacia atrás, a través del arco, donde un pelotón de guardaespaldas germanos formaba en

torno al estrado del trono. Cuando estuvieron en posición, un mayordomo de palacio dio unos golpes con su bastón en el suelo de mármol.

—¡Su majestad imperial, el emperador!

Cuatro de los guardaespaldas de aspecto más fiero entraron por una puerta a un lado de la sala, y entonces apareció Nerón, envuelto en una túnica color púrpura bordada con historiados diseños en hilo dorado. De inmediato, los que estaban en la sala hicieron una profunda reverencia hacia su gobernante, y Burrus y los demás lo imitaron. Nerón subió el pequeño tramo de escalones hasta el estrado, se sentó en el trono y apoyó las manos en los leones dorados que formaban los reposabrazos. En cuanto se hubo instalado, los soldados y sirvientes de palacio se pusieron firmes y lo miraron en silencio, esperando sus instrucciones.

—¿Dónde está el prefecto Burrus?

El comandante de los pretorianos retrocedió hacia la sala y se detuvo frente al estrado. Palas hizo una seña a Cato y Macro, y éstos le siguieron, quedándose a cierta distancia de Burrus.

Nerón se inclinó hacia adelante, frunciendo el ceño.

—Me han dicho que hay unos legionarios que se están acercando a la ciudad.

—Sí, señor —replicó Burrus.

—¿Podría preguntar por qué están haciendo tal cosa?

Burrus dudó.

—Yo... Temía que se tratara de un motín, señor. Ahora parece que el asunto es más grave.

—¿Más grave? ¿Qué podría ser más grave que un motín?

Palas se adelantó y se quedó medio paso delante de Burrus.

—Traición, señor. Entiendo que los legionarios y su comandante forman parte de una conjura para deponerte y colocar en el trono a Británico.

Nerón se lo quedó mirando, con la boca ligeramente abierta, y luego se echó a reír y negó con la cabeza.

—¡Ridículo! Nadie se atrevería jamás a una cosa semejante. Debes de estar borracho, Palas. Tú y Burrus, los dos.

—No, señor —respondió Palas con firmeza—. La conjura contra ti es muy real, y ya está en marcha. Los legionarios no son más que una parte de la

conspiración. Hay muchos senadores y otros aquí, en Roma, que son enemigos tuyos. Entre ellos, y lamento muchísimo tener que decir esto, está tu hermano.

Nerón sacudió la cabeza.

—No, Británico no. Tiene la ambición de un ratón. La simple idea de que ese pequeño ratón de biblioteca tome las armas contra mí es risible.

—Entonces debemos asumir que está siendo manipulado por esos conspiradores, señor. Sea como sea, el juramento que han hecho es reemplazarte por él. Y están en proceso de hacerlo, ahora mismo. Veo tu sorpresa ante este giro de los acontecimientos. Y tu conmoción ante la traición de aquellos que fingían aclamar tu acceso al trono mientras conspiraban para tu caída. Pero éstos son los hechos.

—¿Y quién lo dice?

Palas medio se volvió para señalar a Cato.

—El prefecto Cato, señor.

Nerón se removió, incómodo.

—¿El asesino del pobre y viejo Granico? ¿Por qué no está en un calabozo?

—Porque ha venido a revelar la conjura.

—¿Y cómo llegó a saber de ella, si puedo preguntar?

—Cato se vio atrapado en la conjura, señor. Los conspiradores asesinaron a Granico para obligarlo a esconderse, y luego maniobraron para que se uniera a su causa. En cuanto descubrió la verdad, vino directamente a palacio a advertirme. Justo a tiempo para sofocar la conjura, espero. Pero debemos actuar rápidamente para aplastar al enemigo inmediatamente, señor. Incluso ahora mismo están intentando sobornar a la Guardia Pretoriana. Es posible también que apelen al Senado para apoyarlos. Pero para entonces esperan que el legado Pastino y sus hombres hayan tomado el control de Roma, con la ayuda de los pretorianos.

Cato miraba el joven emperador, mientras éste iba absorbiendo la información; luego se echó hacia atrás y se frotó las manos con nerviosismo.

—Entonces... tenemos que hacer algo. ¿Qué nos aconsejas, Palas?

El liberto imperial respondió de inmediato, y Cato no pudo evitar sentirse impresionado al ver que se había hecho cargo al instante de la situación.

—En primer lugar, debemos enviar órdenes a los hombres que están de guardia en las puertas de la ciudad. Todas ellas deben quedar selladas de inmediato. Quizá lleguemos tarde para evitar que Pastino se abra camino a través de la Puerta Flaminia, pero al menos sabremos dónde concentrar a los hombres que permanezcan leales a nosotros. En segundo lugar, debemos arrestar a los conspiradores que conocemos ahora mismo. En tercer lugar, debemos poner a Británico a en custodia protectora para mantenerlo fuera de las garras de los conspiradores, hasta que podamos averiguar con toda precisión hasta qué punto está implicado en la traición... o no. Cuarto, el prefecto Burrus debe volver al Campamento Pretoriano de inmediato para tomar el control de sus hombres y evitar que deserten al enemigo. Quinto, la emperatriz Agripina y tú tenéis que quedaros aquí, en palacio. Manteneos bien cerca de vuestros guardaespaldas germanos. Se puede confiar en ellos. Pero debes estar preparado para huir de la ciudad enseguida, si hace falta. Si es necesario, ve a Ostia y embarca hasta Miseno. Finalmente, debes dar la orden de vaciar las calles, y pide a la gente que se quede en casa hasta que se haya aplastado la conjura.

Nerón, que lo había escuchado atentamente, asintió.

—Procura que se haga todo eso. Da las órdenes. Pero no me iré. Me niego a abandonar Roma. Soy el emperador, y no me dejaré acobardar por un puñado de traidores que acechan entre las sombras.

—El chico tiene más agallas que ideas —susurró Macro, al lado de Cato.

—Cosa que no le servirá de mucho si los conspiradores toman Roma —respondió Cato, sin mover apenas los labios.

Palas cruzó las manos.

—Hay una cosa más, señor: Narciso.

—¿Qué hay de él?

—Es el cerebro que está detrás de la conspiración.

—¡Imposible! Narciso está muerto.

—Según el prefecto Cato, está vivo y bien vivo. Fingió su propia muerte.

—Pero yo vi su cabeza...

—La cabeza era de un esclavo, comprado por Narciso precisamente para este fin. El hombre se le parecía mucho, y varios días de putrefacción hicieron el resto. Nos engañaron, señor.

—Engañado... —Nerón apretó el puño—. Haré que ese maldito bellaco muera mil veces la próxima vez.

—Sí, señor. Podemos ocuparnos de eso más tarde. Pero ahora tienes que dar los primeros pasos.

—Sí, por supuesto. Procedamos con todo lo que has dicho.

Palas estaba a punto de dar las órdenes necesarias cuando Nerón habló de nuevo:

—Burrus se quedará aquí conmigo.

—¿Señor?

—Necesito un buen soldado a mi lado. Alguien en quien pueda confiar.

—Pero señor, Burrus debe tomar el control del campamento. Debe partir de inmediato.

—Si el enemigo ya está volviendo a los pretorianos en mi contra, es que es demasiado tarde. Estaríamos enviando a Burrus a la muerte. Será mejor que se quede aquí, donde puede hacer algo de provecho.

—Burrus es un soldado. Su deber es correr riesgos.

El comandante de la Guardia Pretoriana hinchó el pecho.

—Si el emperador lo manda, entonces mi lugar está a su lado, con la espada en la mano, dispuesto defenderlo con mi vida.

Palas luchó por contener su ira.

—Tu lugar está al frente de los pretorianos. Necesitamos enviar a alguien allí que tome el control mientras todavía tenemos oportunidad.

—Pues sí —accedió Burrus, y se volvió y señaló a Cato—. Mándalo a él. Sabemos que el prefecto Cato despierta mucho más respeto entre las filas que yo mismo. Si alguien puede unirlos para que apoyen al emperador, es él.

—¿Estás loco? —respondió Palas—. Todavía creen que lo están persiguiendo por el asesinato del senador Granico.

—Entonces manda al centurión Macro con él. Los hombres lo respetan casi por igual y, si él responde por Cato, lo escucharán. Si el emperador envía también su estandarte personal, entonces ¿quién podrá dudar de que Cato habla en nombre de Nerón?

—Muy bien —habló Nerón—. ¿Prefecto Cato?

Cato se adelantó, asombrado por el giro que estaban tomando los acontecimientos.

—Sí, señor.

—Tú y el centurión partiréis al campamento de inmediato. Enviaré a diez de mis germanos con vosotros, para que custodien el estandarte. Convencerás a los pretorianos y les ordenarán que aplasten a los traidores de la Sexta Legión, y a cualquier otro que me traicione. ¿Comprendido?

—Sí, señor. Pero...

El emperador frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—De inmediato, prefecto.

—Sí, señor.

Burrus miró a los dos oficiales.

—Será mejor que os equipéis y vayáis a la puerta principal. Yo llevaré el estandarte y la escolta se reunirá allí con vosotros. Que la Fortuna te acompañe, Cato. El destino de Roma descansa sobre tus hombros.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Macro levantó el brazo derecho y Cato ajustó la hebilla y movió las placas de la espalda y del pecho hasta que quedó satisfecho de cómo encajaban. Él mismo iba equipado de una manera similar, con grebas, botas militares y el casco emplumado de un oficial. Y, además, les habían devuelto sus espadas.

—Para ser un individuo encargado de mandar la mejor unidad del ejército romano, nuestro amigo Burrus está notablemente carente de agallas — comentó Macro—. He visto abogados más valientes que él, y todos sabemos que son unas comadreja sinuosas.

—Pues sí. —Cato retrocedió un paso y dio unas palmadas a Macro en la espalda—. Ya estás listo para el combate, hermano.

—Cierto, pero cuando me alisté esperaba luchar contra bárbaros, no contra romanos.

—Somos soldados. No nos dejan elegir a nuestros enemigos.

—Parece que se eligen ellos mismos.

—Una perspectiva interesante. —Cato se echó a reír—. Resulta que estoy muy agradecido de que Burrus no interfiera. Ya has visto cómo es. Esto hay que resolverlo a lo grande, y nuestro amigo el prefecto siempre se anda con chiquitas, si me perdonas que mezcle las metáforas.

—¿El qué?

—No importa. —Cato miró a su alrededor, y se centró en la entrada con columnas del palacio. No había señal alguna todavía del estandarte imperial o su escolta—. ¿Dónde están, por el Hades?

—Perdiendo el tiempo al estilo de palacio, imagino. Vaya grupo de flojos. Eso es lo que le hace a un hombre la vida en Roma: elimina al soldado que hay en él y deja sólo un bonito uniforme y una armadura pulida. Esta gente no duraría ni una hora en un combate contra una legión decente.

—Quizá tengamos que poner eso a prueba muy pronto.

El resonar de las botas sobre las losas del suelo anunció la llegada que esperaban. Eran en total veinte germanos, no diez, hombres enormes, armados con largas espadas y hachas, a la manera de su pueblo. Aunque llevaban muchos años sirviendo en Roma y sabían hablar latín con bastante fluidez, parecían unos bárbaros, que es lo que eran en el fondo: el pelo largo, barbudos, con túnicas estampadas y pantalones. Su aspecto estaba destinado a intimidar a los habitantes de la ciudad, y al no tener vínculo alguno con facciones políticas y ganar generosas recompensas, su lealtad al amo que les pagaba era absoluta. Buenos hombres para tener a tu lado en tales circunstancias, pensó Cato. Con ellos llegaba un pretoriano portando el estandarte personal de Nerón.

—Oh, qué vergüenza —dijo Macro—. Aquí estoy, diez años en la frontera del Rhenus peleando con los germanos, y ahora tengo que marchar con estos perros. Pero la necesidad manda...

El optio a cargo de los germanos saludó a Cato y se dirigió a él en latín con un acento muy marcado.

—¿Prefecto Cato?

Él asintió.

—Mis órdenes son actuar bajo tu mando, señor.

—Muy bien, entonces escuchad —levantó la voz—. Permaneced bien juntos, y no saquéis las espadas ni las uséis a menos que yo lo diga. Si la Fortuna nos sonrío, no habrá necesidad alguna de derramar sangre. Pero, si se nos oponen, no dejaremos que ningún hombre se interponga en nuestro camino. Acabaremos con ellos. ¿Entendido?

Los germanos dejaron escapar un rugido gutural y agitaron sus escudos. Los que llevaban hachas golpearon la cabeza de éstas contra el borde del escudo, y el eco rebotó en los muros a cada lado de la puerta de palacio. Cato dio un último tirón al barboquejo para asegurarse el casco firmemente en la cabeza, y luego dio la orden a la sección que custodiaba la puerta:

—¡Abrid!

Los hombres levantaron la pesada barra de madera y abrieron las puertas hacia dentro, y ante ellos apareció el Clivus Palatinus, que descendía hacia el templo de Venus en el extremo este del Foro. Macro se puso al lado de Cato, y éste levantó el brazo y lo movió hacia delante, y la pequeña columna se

puso a trotar suavemente, pasó por la puerta y bajó la rampa hacia el corazón de la ciudad. Los civiles con los que se cruzaban se volvían ante el ruido de botas y el tintineo de los equipos y, luego, rápidamente se apartaban a un lado para dejarles pasar. Cato era consciente de algunas expresiones de curiosidad, pero no hubo gritos de apoyo al ver el estandarte del emperador, ni tampoco insultos que pudieran arrojar desde una distancia segura. Parecía que la gente de Roma era consciente de la precariedad del corto reinado de Nerón, y esperaban a ver si sobrevivía o seguía el camino del igualmente juvenil Calígula.

Llegaron al fondo de la rampa y pasaron por encima del terreno abierto que se encontraba entre las fachadas con columnas del templo de Venus y Roma y el templo de la Paz. Cato contuvo una breve y cínica sonrisa al pensar que apenas había conocido paz alguna desde que se unió al ejército. Ni tampoco Roma. Y ahora se enfrentaba al peligro de otra guerra civil más. Estaba claro que el espíritu de paz era una criatura frágil que raramente se dignaba hacer acto de presencia.

Cuando él y sus hombres se volvieron hacia la calle que conducía al monte Viminal, hacia el campamento pretoriano, el frío de la mañana no era ya tan crudo gracias al ejercicio con la armadura completa. Cato empezó a resoplar, y notó la primera sensación de ligera quemadura en los músculos de sus muslos, pero se esforzó por mantener el paso regular, concentrándose en lo que debían hacer cuando llegasen al campamento. A él le correspondería hablar a los pretorianos y apelar a ellos para que siguieran siendo leales a su emperador. Era una tarea desalentadora. Cato no era ningún político criado por caros tutores y profesores de técnicas retóricas y trucos destinados a ganarse los corazones, y, ocasionalmente, las mentes, de su público. Sólo podría hablarles con el crudo lenguaje de un compañero, un soldado, y esperar que respetasen su historial y su rango lo suficiente como para escucharlo con imparcialidad. De otro modo, su indulto de la inevitable sentencia de muerte por el asesinato de Granico muy probablemente sería de corta duración.

Habían recorrido un poco menos de dos kilómetros desde el palacio al campamento, y pronto Cato pudo ver las torres del muro sur abajo, por la carretera. Sudaba intensamente y el corazón le latía con fuerza en el pecho

mientras seguía avanzando. A veinte pasos por delante había un cruce de caminos con una fuente pública en el centro, donde un puñado de civiles estaban reunidos, sentados y cotilleando. Una litera surgió de una calle lateral y se dirigió hacia el campamento. Una pequeña escolta de hombres acompañaba la litera, sin duda con armas escondidas, pues abultaban bajo sus mantos. Detrás iba una carreta cubierta. Tal vehículo no era nada inusual, aunque era ilegal que el tráfico rodado estuviera por las calles de la ciudad a la luz del día. Sin embargo, aquella norma raramente se respetaba, especialmente cuando la parte culpable tenía la fuerza suficiente para golpear a cualquiera que se atreviera a reprenderle por su transgresión.

—¿Qué pasa? —jadeó Macro, a su lado.

—Son ellos, los conspiradores. Van por delante de nosotros.

Macro entrecerró los ojos para examinar al detalle de la litera, el coche y a los hombres que los escoltaban.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como se puede estar.

—¿Y qué piensas hacer?

No había duda alguna en la mente de Cato.

—Prenderlos ahora mismo. Los lingotes están en la carreta. No podemos dejar que lleguen hasta los pretorianos.

Cato sacó la espada y Macro lo siguió, y echaron a correr para alcanzar la retaguardia del grupo, que ya pasaba más allá del cruce. Las calles ya se llenaban de los ruidos habituales de los vendedores ambulantes, los gritos de los mercaderes, de mujeres que chillaban a un niño, de hombres gritando a las mujeres para que dejaran de chillar, así como por el repiqueteo de los herreros y los martillos de los artesanos. Todo ello cubrió el barullo de Cato y sus hombres mientras se acercaban por detrás a los conspiradores. A la retaguardia del grupo, un hombre se detuvo junto a la fuente para coger un poco de agua con la mano y refrescarse la cara. Meneó la cabeza de un lado a otro, salpicando gotas de agua, y luego se quedó pasmado al ver que el estandarte imperial ondeaba por encima de un grupo de soldados. Se volvió para gritar una rápida advertencia a sus camaradas, y rápidamente se echó a un lado la capa y sacó una espada. Por delante, el resto de los hombres que escoltaban la litera y la carreta se volvieron y formaron en la calle. Se movían

con rapidez, con la agilidad propia de soldados experimentados, según vio Cato. Veteranos del ejército, entonces. Detrás de ellos, la litera se detuvo y la dejaron en el suelo, y un hombre salió de ella y subió unos escalones junto a la calle para ver mejor.

—Narciso —gruñó Macro—. Cato, ¿lo ves?

—Lo veo —Cato se volvió a gritar una orden—. ¡Conmigo!

Disminuyó el paso para permitir que los germanos que iban delante se pusieran a su altura y formaran un frente a través de toda la anchura de la calle, mientras rápidamente acortaban la distancia con la escolta, cuyos miembros ya habían desenvainado la espada. Algunos blandían también porras con hierro incrustado en la otra mano, preparados para el combate. Macro estaba a su derecha, y dos germanos a cada flanco, con los escudos al frente y las espadas levantadas, enseñando los dientes.

—¡En el nombre del emperador —gritó Cato—, dejad vuestras armas y apartaos!

—¡Oblíganos, joder! —se burló uno de los veteranos.

Los que estaban en la plaza se dieron cuenta del peligro y corrieron a ponerse a cubierto, llevándose a los niños y abandonando sus cestas. Los vendedores ambulantes recogieron lo que pudieron y se apartaron a toda prisa del camino de los guardaespaldas germanos, que seguían avanzando por el espacio abierto. A unos diez pasos, el optio aulló su grito de guerra y sus hombres rugieron como respuesta, con las bocas abiertas entre sus abundantes barbas, y cargaron.

El mayor ímpetu lo llevaban los germanos, que golpearon con los escudos a sus oponentes, sajaron miembros y los echaron hacia atrás. Cato y Macro no tenían escudo y sólo habían tenido tiempo de parar y desviar las espadas que los esperaban antes de estrellarse contra los hombres que había más allá, empujados hacia delante por los germanos que venían tras ellos. Cato tropezó y trastabilló hacia delante, y habría caído al suelo de no haber estado tan apretados con sus compañeros. Consiguió plantar sus botas con firmeza y se lanzó hacia delante, aprisionado por todos lados. A no más de unos centímetros de su cara, uno de los escoltas de Narciso luchó para liberar el brazo izquierdo y empezó a levantar la porra.

Cato se dio cuenta del peligro e intentó retroceder, pero luego se dio cuenta de que, si lo hacía, sólo daría a su oponente más espacio para mover la porra. Se armó de valor y, en el momento en que ésta empezó a bajar, se arrojó hacia delante, golpeando con la punta de su casco la frente del hombre. Casi en el mismo instante notó que el mango de la porra golpeaba la armadura por la parte del hombro sin hacerle daño.

—Cabrón... —gruñó el hombre mientras la sangre se le agolpaba en un boquete de la piel, debajo del flequillo. Cato echó la cabeza atrás y se impulsó hacia delante, esta vez en ángulo, de modo que aplastó la nariz del hombre. A su lado, Macro había conseguido introducir la punta de su espada en el vientre de su enemigo, y estaba metiéndola hasta el fondo, retorciendo salvajemente la hoja de lado a lado. Su víctima no podía hacer otra cosa que jadear y gemir, con la cabeza inclinada hacia delante. Los germanos apretaban con sus escudos y ganaban terreno regularmente. Mientras, el aire se llenaba del aliento tenso de los hombres de ambos bandos.

Cato empujó con fuerza, luego sacó el cuello y vio que la retaguardia de la carreta estaba a corta distancia de la reyerta. Narciso todavía miraba desde su escalón, con expresión angustiada. Se volvió a los hombres que todavía permanecían de pie junto a la litera vacía.

—¡Sacad eso de en medio! ¡Dejad pasar a la carreta! ¡Ahora!

Los esclavos se agacharon, recogieron la litera, luego se enderezaron y la empujaron hacia delante y luego hacia la abertura de un patio. El conductor pegó con su corto bastón en las grupas de las mulas y la carreta dio un salto hacia delante y tomó velocidad.

Narciso miró hacia atrás por la calle y su mirada se encontró con la de Cato; inmediatamente, señaló con un brazo y gritó:

—¡Matad a los oficiales! ¡No deben llegar al campamento! ¡Matadlos! — E inmediatamente se escabulló hacia la carretera y corrió detrás del carro. Había un giro hacia la derecha a poca distancia, y señaló hacia allí desesperadamente al conductor de la carreta, que agarró el ronzal del animal que iba en cabeza y lo condujo donde le indicaba, fuera de la vista.

Mientras tanto, el líder de los veteranos ordenaba a sus hombres que siguieran hacia delante, y luego se abrió paso a codazos entre los cuerpos apelotonados de sus camaradas y se dirigió hacia los cascos con cresta de los

dos oficiales a la cabeza de los mercenarios germanos. Cato los vio llegar espada en alto, dispuestos para golpear, pero no podía hacer gran cosa para evitar la amenaza que se aproximaba. Justo delante de él, la cara del hombre al que había golpeado en la cabeza estaba ahora cubierta de sangre, que le goteaba desde la frente hasta la mejilla mientras intentaba de nuevo balancear su porra. Esta vez consiguió dar en la parte superior del casco de Cato con un sonido resonante, y éste rechinó los dientes por el impacto. Tenía poco tiempo para actuar, pero Cato consiguió levantar la mano izquierda y meterla entre los cuerpos. Haciendo un esfuerzo, extendió los dedos e impulsó al hombre hacia atrás con tanta fuerza como pudo. Al mismo tiempo, consiguió liberar el brazo de la espada lo suficiente como para volver la hoja hacia su enemigo y apuñalarlo hacia arriba, en ángulo recto. Notó que la tela se resistía brevemente, pero luego la punta desgarró la carne y las tripas del hombre. No era una herida profunda, ni siquiera incapacitante, pero la expresión del hombre se convirtió en pánico e intentó liberarse desesperadamente. En ese momento Cato aprovechó la ventaja y lo apuñaló con la espada. Captó un parpadeo de acero pulido y levantó la vista justo cuando el líder de los veteranos le iba a golpear en la cabeza.

—¡Abajo, chico! —aulló Macro, agarrando el hombro de Cato y apartándolo a un lado. La hoja silbó a través de su penacho y sajó hondo en la cabeza del germano que luchaba junto a él. El cráneo del hombre cedió con un suave crujido, y la sangre, el cartílago, el hueso y los sesos cayeron encima del hombro y el brazo de Cato al tiempo que el bárbaro se desplomaba y caía entre los hombres que lo rodeaban. Uno de sus camaradas lo empujó bruscamente hacia atrás, alejándolo de la lucha, mientras otro germano se levantó en el hueco y golpeó con su escudo al más cercano de los veteranos. Cato dio las gracias a Macro y se puso de pie, con precaución.

Vio entonces claramente al líder enemigo, una fila por detrás; levantaba la espada para golpear de nuevo. Cato arrancó la punta de su propia espada del estómago del hombre que tenía enfrente y la echó atrás con la mano izquierda. Levantó el arma a la altura de la cabeza, con la hoja paralela al suelo, y pinchó por encima del hombro del enemigo la cara del líder. Le dio en los dientes, le atravesó la boca y salió por el cuello. Los ojos del veterano se abrieron mucho, e intentó concentrarse en la hoja plana que sobresalía por

debajo de su nariz. Luego se agitó con un espasmo, sus piernas cedieron bajo su cuerpo y se derrumbó, llevándose con él la espada de Cato.

—¡Porcino ha caído! —gritó una voz desde la retaguardia—. ¡Corred, chicos!

—¡Corred! —aulló Macro, haciéndose eco del grito.

Una serie de gritos de guerra procedentes de los germanos se añadieron al tumulto y los veteranos comenzaron a retroceder sin orden alguno, aquéllos que estaban en la retaguardia tratando de seguir al carro. Sin ellos para defender a los camaradas que todavía peleaban contra los germanos, no había forma de que pudieran contener el avance. El último cayó bajo un brutal hachazo, y la desbandada fue completa.

Cato pasó por encima de un cuerpo para retirar su espada, apoyó la suela en la frente del hombre y consiguió al fin liberar la hoja. Macro estaba de pie junto a él, respirando pesadamente, mientras los germanos pasaban a ambos lados persiguiendo aún a los secuaces de Narciso. El portaestandarte se acercó y Cato le hizo un gesto para que siguiera a su lado mientras él y Macro corrían hacia la esquina y miraban hacia abajo, a una calle que bajaba en pendiente suave.

El carro ya estaba a casi cien pasos de distancia. Traqueteaba sobre el empedrado. El conductor intentaba controlar a las mulas mientras la gente corría a su paso, gritando, llena de pánico. Narciso iba sentado en el asiento del conductor, agarrándose con fuerza. Miró un momento hacia atrás, a los dos oficiales, y luego se volvió de nuevo. Los veteranos avanzaban desordenadamente detrás del carro, corriendo para salvar sus vidas mientras los germanos los perseguían con gritos de triunfo y sed de sangre.

—¡La carreta! —Macro señaló con el brazo—. ¡Tenemos que pararla! Y a ese hijo de puta de Narciso.

Empezó a bajar la colina, pero Cato tendió el brazo para detenerlo.

—No. Casi estamos en el campamento. Necesitamos hablar primero con los pretorianos. La plata puede esperar.

Jadeaba, así que tuvo que coger aire con fuerza antes de gritar:

—¡Optio! ¡Optio, reúne a tus hombres!

El oficial germano iba en la vanguardia de sus hombres, haciendo girar la espada por encima de la cabeza y aullando una arenga para sus camaradas

mientras bajaban la calle masacrando a aquellos veteranos demasiado lentos para escapar de ellos. Cato se llevó una mano en torno a la boca y llamó de nuevo, pero el optio estaba demasiado lejos para oírlo.

—Y por esto —jadeó Macro— esos hijos de puta de culo peludo no sirven en las legiones. Bien para una escaramuza. En combate, un lastre.

No tenía sentido seguirlos e intentar restablecer la disciplina, se dio cuenta Cato. Era demasiado tarde para eso. Para cuando hubiesen saciado su sed de sangre, los germanos estarían ya a mitad de camino de la ciudad. Tendrían que arreglárselas sin ellos. Era una lástima que Narciso hubiese escapado con el tesoro. Pero suponía cierto consuelo para Cato que los conspiradores hubieran fracasado en su intento de sobornar a los pretorianos.

Con un silbido impaciente, enfundó su ensangrentada espada, se irguió, echó los hombros atrás y señaló la calle que los conducía al campamento. Miró a Macro y al portaestandarte.

—Ya sólo quedamos los tres.

Macro guardó su espada en la vaina.

—Entonces esperemos que los pretorianos estén todavía dispuestos a honrar el estandarte imperial, pues de otro modo te encontrarás cargado de cadenas por el asesinato de Granico, y eso con suerte. Si no es así, tu cabeza decorará la entrada del campamento dentro de nada.

Cato miró a su amigo y frunció el ceño.

—Gracias por esa idea tan estimulante. Bien, pues vamos allá.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—Baja el estandarte y cúbrelo —ordenó en voz baja Cato cuando ya se acercaban a la extensa superficie del campo de entrenamiento que se encontraba justo antes del campamento.

El portaestandarte dudó un momento, así que Cato repitió la orden. Esta vez el hombre bajó el estandarte, lo puso en horizontal, cambiando su forma de agarrarlo, y luego cubrió la parte superior con su manto. Con la piel de lobo que llevaba encima del casco y el bastón en la mano, nadie podría dudar ni un momento de cuál era su rango, pero había montones de portaestandartes en la Guardia Pretoriana, y uno más no atraería la atención.

Tres cohortes habían formado ya en el campo de entrenamiento, y más hombres salían desde los arcos de la puerta principal para ocupar sus posiciones. La mayoría llevaban el equipo completo, pero algunos todavía luchaban con las hebillas y ataduras mientras sus compañeros les llevaban las armas. Una escena bastante familiar en todos los rincones del Imperio, pensó Cato, mientras él, Macro y el portaestandarte se dirigían al campo de entrenamiento.

—¿Por qué esconder el estandarte? —preguntó Macro—. Pensaba que estábamos aquí para hacernos notar...

—No hasta que tengamos alguna idea de cómo están las cosas —respondió Cato—. Por ahora somos sólo oficiales que llevamos a cabo nuestras rutinas diarias.

Se abrieron camino entre la multitud de hombres que se extendían por el terreno de entrenamiento, e intercambiaron saludos con los soldados y gestos con otros oficiales al pasar. En la puerta, Macro lanzó una advertencia:

—¡Dejad pasar! ¡Vienen unos oficiales!

Los pretorianos se apartaron, obedientes, y un momento más tarde los tres hombres estaban en el campamento. Cato hizo gestos a sus acompañantes de

que se apartaran a un lado para poder dar sus instrucciones. Vio la expresión nerviosa en el rostro del portaestandarte y se dirigió primero a él:

—¿Cómo te llamas?

—Herio Rutilio, señor.

—Bien. Ahora escúchame, Rutilio. Eres el portaestandarte del emperador. Has sido elegido para este honor porque has debido destacar. Ahora tu emperador necesita que vuelvas a hacerlo otra vez. Haz exactamente lo que digo, sin dudar, y saldremos de ésta. Si alguien ve la más mínima duda en tu expresión, estamos muertos, te lo aseguro. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Entonces echa los hombros atrás, saca pecho y levanta bien la cabeza. Y cuando dé la orden procura que el estandarte imperial quede bien alto y que todo el mundo pueda verlo.

—Así lo haré, señor.

—Bien. Macro, quiero que te dirijas a nuestros barracones. Reúne a tu centuria y únete a mí en el cuartel general. Despide a los centinelas y sustitúyelos por tus hombres. No dejes que nadie te impida la entrada en el edificio principal. Quiero que tú y el resto de la centuria estéis preparados para respaldarnos si las cosas no salen como esperamos.

Macro chasqueó la lengua.

—Las cosas no han salido como esperábamos desde que nos nombraron para la Guardia Pretoriana. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Pero no te preocupes, que allí estaré, muchacho. No te preocupes. —Dio unas palmadas a Cato en el hombro y echó a correr hacia los barracones de la Segunda Cohorte.

Cato hizo un gesto en dirección al cuartel general.

—Allá vamos.

Rutilio y él avanzaron por la calle principal hacia un lado de la corriente de hombres que surgían de los barracones y se dirigían hacia la puerta. Cato mantenía la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo para esconder sus rasgos de aquéllos con los que se cruzaba. Azuzados por sus oficiales más jóvenes, apenas tenían tiempo para echar más que una simple mirada a los dos hombres, y Cato y el portaestandarte llegaron a la entrada arqueada del complejo del cuartel general sin incidente alguno.

Había dos hombres allí, uno a cada lado, de guardia, y se pusieron firmes cuando Cato pasó. El otro lado del arco se abría a un amplio patio con columnas, en el extremo más alejado del cual se alzaba un edificio de tres pisos. Cuatro pretorianos más estaban de pie junto a la entrada con sus columnas, y Cato mantuvo el paso regular, cruzó el patio y subió el breve tramo de escaleras.

Dentro de la sala principal, unos rayos de luz brillaban a través del espacio abovedado y penetraban por las ventanas que había mucho más arriba. Nada más cruzar la entrada, una mesa, y detrás de ella un optio se puso en pie precipitadamente al ver que se aproximaba un oficial. Cato sacó la pequeña pizarra encerada que llevaba al cinto y la sujetó en alto para que el optio la viera.

—Órdenes de palacio. Para los oficiales más veteranos. ¿Están en la sala de reuniones?

—Sí, señor. Según las órdenes del prefecto Burrus.

Cato asintió y se volvió hacia el pasillo que conducía al comedor de oficiales.

—¡Espera, señor! ¿No eres el prefecto Cato?

Cato notó un nudo en el estómago, pero hizo un esfuerzo por permanecer tranquilo al encararse al optio.

—Exacto. Imagino que no te habrás enterado de la noticia: el asesino del Senador Granico ha sido capturado y mi nombre ha quedado rehabilitado.

—Eh... pues no, señor.

—Bueno, pues ya lo sabes. Estoy aquí bajo órdenes expresas del prefecto Burrus y el emperador. Rutilio, es hora de que mostremos nuestros colores.

El portaestandarte apartó el manto y levantó el bastón, de modo que el disco dorado que llevaba la cara de Nerón por encima de un sol ardiente, sobre un fondo azul, quedó bien visible. Cuando levantó el mango, el disco captó un rayo de sol y resplandeció enormemente entre las flotantes motas de polvo.

—¿Reconoces el estandarte imperial?

—Sí, señor.

—Entonces ya tienes todas las pruebas que necesitas de mi autoridad. Sigue en tu puesto y asegúrate de que nadie me interrumpa.

—Sí, señor. —El optio saludó e inclinó la cabeza ante el estandarte, al tiempo que Cato hacía señas a Rutilio de que le siguiera.

Los dos hombres pasaron por las puertas abiertas del comedor y se acercaron a la entrada de la sala de reuniones. Cato bajó el ritmo e inspiró hondo, agarró el tirador de la puerta y empujó. En el extremo más alejado de la larga habitación había un estrado, y se habían colocado bancos en filas ante él. Se oían murmullos de conversaciones procedentes de los centuriones y tribunos reunidos, que esperaban que llegase Burrus y les informase del propósito de aquella asamblea general matutina. Cuando entró Cato, los que estaban al final de la sala se volvieron y se lo quedaron mirando.

Él hizo una pausa para desabrocharse el barboquejo que le sujetaba el casco, y se lo quitó.

—Por Júpiter... —Un centurión casi se levantó de su banco—. Es él, el prefecto Cato.

Más cabezas se volvieron, y las conversaciones cesaron de inmediato. Cato marchó entre los bancos hasta el estrado y subió los dos escalones, y entonces miró a su alrededor con firmeza, a los oficiales reunidos. Indicó a Rutilio que se quedara a su derecha, a dos pasos de distancia. Cuando su mirada se paseó por la sala, notó una expresión sorprendida y asombrada en los rostros de los que le rodeaban. No había todavía alarma ni hostilidad. En la primera fila distinguió a un tribuno joven a quien reconoció.

—Cecilio, ven aquí.

El tribuno se puso de pie, indeciso, sin acercarse aún, mirando a sus compañeros oficiales en busca de una pista.

—¡Rápido, hombre! —soltó Cato.

El tribuno corrió hacia él y tomó la tableta encerada que Cato le tendía.

—Léela en voz alta y clara.

Cecilio carraspeó un poco y empezó:

—Su majestad imperial ordena que todos los oficiales y hombres de la Guardia Pretoriana obedezcan las órdenes del portador de este mensaje, que actúa en nombre del emperador y transmite su voluntad. A aquéllos que se nieguen a obedecer se les considerará traidores, y se les condenará por ello. Yo, Nerón Claudio César Augusto Germánico, confirmo esto con mi sello...

—El tribuno bajó la pizarra encerada—. Y está firmado también por el prefecto Burrus.

Cato recogió de nuevo la pizarra y se quedó de pie, con los pies separados, dispuesto a dirigirse a los oficiales.

—Éstas son mis credenciales, caballeros, confirmadas por la presencia del estandarte imperial. He sido nombrado temporalmente comandante de la Guardia Pretoriana. Estáis todos bajo mis órdenes.

—¿Dónde está Burrus? —gritó una voz desde el centro de la sala.

—¡Sí! —exclamó otra—. ¿Dónde está el prefecto?

—¡Silencio! —gritó Cato, fulminándolos con la mirada—. Burrus está custodiando al emperador debido a la emergencia que vivimos.

—¿Qué emergencia? —El tribuno Tertilio, comandante de la Tercera Cohorte, se levantó y señaló directamente a Cato—. ¿Qué está pasando aquí? Lo último que supimos de ti es que se te buscaba por asesinato.

Hubo un coro de preguntas y gritos de otros oficiales. Cato se llenó los pulmones de aire.

—¡Silencio! ¡Silencio, maldita sea!

Las voces cesaron y él continuó:

—No tenemos tiempo de cuestionar las órdenes del emperador. Ni tampoco es éste el lugar para hacerlo. Baste decir que tengo su completa confianza, y por tanto haréis exactamente lo que yo ordene hasta que recibamos otras órdenes. Mientras hablo, unos traidores están intentando apoderarse de la ciudad, deponer al emperador y colocar en su lugar a Británico, que actuaría como gobernante marioneta de los que dirigen la conspiración. Los pretorianos protegerán el palacio imperial y tomarán el control del Senado, las puertas de la ciudad y el frente del río. También reunirán a los traidores y los tendrán en custodia hasta que el emperador decida su destino. —Hizo una pausa—. Deberíais saber que un cierto número de oficiales y hombres pretorianos están entre los traidores. Se les tratará exactamente igual que a los demás. Pero debéis estar en guardia contra ellos. Mientras, vosotros obedeceréis mis órdenes, y solamente mis órdenes, sin duda alguna. ¿Queda claro?

Tertilio levantó la mano.

—Cato, estoy seguro de que hablo en nombre de unos cuantos de los nuestros cuando te pregunto por qué la orden no está explícitamente a tu nombre. Podrías haber interceptado al portador original y quitársela. Podrías estar trabajando para los que conspiran contra el emperador.

Cato señaló el estandarte imperial.

—Por eso está aquí Rutilio con el estandarte. Algunos lo reconoceréis, y sabréis que se ha ganado la confianza de Burrus y de Nerón. Para responder a vuestra pregunta, yo no he sido el único oficial enviado hasta aquí para dar la voz de alarma. —Señaló las salpicaduras de sangre seca de su rostro y de su peto—. Si no hubiera conseguido salir victorioso, mi compañero habría asumido el mando en mi lugar.

Tertilio meneó la cabeza.

—Con eso no basta. No estoy dispuesto a confiar en tu palabra. Quiero la confirmación del palacio imperial antes de levantar un solo dedo para hacer lo que dices.

Algunos de los otros asintieron, apoyándolo, y Cato apretó la mandíbula.

—Como he señalado, eso será contemplado como traición. Además...

El ruido de botas que se acercaban por la entrada principal llegó a los oídos de los que estaban en la sala de reuniones, y Cato sonrió vagamente cuando Macro y sus hombres aparecieron ante la puerta un momento más tarde. El centurión los conminó a que se colocaran en las paredes, y frente a los oficiales, y a que luego apoyaran sus lanzas en el suelo.

—Creo que esto responde a cualquier pregunta sobre mi autoridad —dijo Cato—. Si Tertilio o alguien más quiere desafiarme, que lo diga ahora mismo...

El tribuno no respondió nada y se limitó a negar con la cabeza. Nadie más habló, y Cato asintió.

—Bien, asumo que no hay más preguntas. Ahora hablaré a los hombres, y tendréis vuestras órdenes inmediatamente después. —Y antes de que nadie pudiera interrumpirlo de nuevo, ordenó—: ¡Retiraos!

* * *

No hubo ningún intento de ir a un paso ceremonial, sino que Cato subió corriendo los escalones del estrado de revista y se acercó a la barandilla. Los

demás oficiales de rango superior formaron tras él, y el último de los centuriones encabezó a sus hombres y se puso a la derecha de sus unidades. Macro y sus hombres se quedaron de pie tras el estrado de revista, por si los oficiales de alto rango cambiaban de idea e intentaban causar algún problema. Todo estaba tranquilo en el enorme campo de entrenamiento, salvo el suave ondear de los estandartes y el brillo del sol que se reflejaba en los cascos pulidos. Casi seis mil hombres en total, y Cato notó el peso enorme de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros, como Atlas agachado bajo la carga del mundo. Un paso en falso y quedaría aplastado y deshecho. De niño a menudo había leído grandes discursos pronunciados por estadistas romanos ante el Senado y el pueblo de Roma, o generales que arengaban a sus hombres antes de la batalla, y nunca había soñado que algún día le correspondería a él seguir esa tradición. Sintió terror por ese momento con el que nunca había pensado, y el miedo se apoderó de su cuerpo como un puño de hielo mientras miraba hacia fuera, por encima del océano de rostros.

Cogió aliento con fuerza y se apartó un poco de la barandilla, levantó la mano derecha y exclamó, con la voz más adecuada que pudo para el campo de entrenamiento:

—¡Camaradas de la Guardia Pretoriana! Soy Quinto Licinio Cato, tribuno de la Segunda Cohorte y prefecto de auxiliares. —Al anunciar su nombre hubo un cierto movimiento entre las filas y algún que otro murmullo, algo que Cato consideró peligroso, así que continuó con rapidez—: Algunos de vosotros servisteis conmigo cuando erais legionarios. Muchos más habéis servido conmigo en la reciente campaña de Hispania, cuando la Segunda Cohorte desafió el poderío de la hueste rebelde en Argentium y fue honrada por su valor por el emperador Nerón. El resto sabréis que el emperador Claudio me recompensó con una lanza de plata por mis hazañas en Britania. No necesito que ningún hombre atestigüe mi lealtad a Roma, al pueblo de Roma y a su emperador. Lo he probado permaneciendo hombro con hombro con mis camaradas, y derramando mi sangre junto a ellos. Roma es mi señora, y a Roma dedico mi lealtad y mi vida..., como debería hacer todo soldado. Todo romano. Hasta nuestro último aliento. Sin embargo, hay traidores en nuestra capital. Aquellos que quieren traicionar a la sagrada Roma y al emperador al que los dioses han elegido para que nos gobierne. —

Se agarró a la barandilla con ambas manos y se inclinó hacia adelante al continuar—: ¡Hermanos, os digo que esos traidores están entre nosotros ahora mismo! En este mismo momento están conspirando para quitarnos a nuestro emperador. Están conspirando para sustituirlo y poner a un usurpador al que controlarán como una marioneta. ¡Están conspirando para entregar el poder a una camarilla corrupta de políticos! —Levantó el puño y lo agitó—. ¿Les dejaremos que hagan eso, hermanos míos?

—¡No! —gritó una voz—. ¡Larga vida a Nerón!

Otros imitaron también el grito, pero Cato vio que no bastaba. La mayoría permanecían quietos y guardaban sus lenguas a buen recaudo. Unos pocos abucheaban, pero los oficiales se volvieron contra ellos enseguida.

—Muy bien —murmuró Cato para sí. Apelar al patriotismo no bastaba, al parecer. Tendría que golpear más de cerca en el corazón de esos hombres. Levantó las manos e hizo gesto de que guardaran silencio. Usó un tono calmado, controlado—: Hermanos, dejadme que os diga que esos conspiradores no sólo traicionan a su emperador, sino que también nos traicionan a nosotros... ¡Quieren dismantelar la Guardia Pretoriana y mandarnos a las legiones!

Esta vez hubo una reacción más general, una mezcla de respingos de sorpresa y gritos ofendidos. Cato dejó que siguieran su curso antes de pedir silencio de nuevo.

—Sí, hermanos. Y lo que es peor: ¡no honrarán la recompensa que Nerón ha jurado pagar a todos los pretorianos aquí, hoy! Nuestro emperador se ha enterado. Comparte vuestra rabia y me ha enviado a deciros que ha hecho un juramento sagrado de pagar toda la prima prometida, y más aún. Esto lo jura con una certeza tan firme como la roca sobre la que está construido el templo de Júpiter. Cada hombre que se cuente como hermano de Nerón será ricamente recompensado, como debe serlo un hermano. ¡Esto lo jura! ¿Estáis con él, hermanos?

Esta vez sonaron vítores más intensos, y cientos de hombres levantaron las lanzas y las agitaron, de modo que el campo de entrenamiento parecía la superficie de un lago en una tormenta.

Cato levantó sus dos brazos hacia los cielos.

—¿Estáis con él, hermanos? ¡Entonces gritad su nombre! ¡Que nuestros enemigos oigan su nombre y sepan que somos leales a nuestro emperador Nerón!

Miles de bocas se abrieron para gritar su nombre, y el sonido hizo eco entre los muros del campamento y los edificios que lo rodeaban, amplificando los vítores, que fue subiendo de intensidad. Cato se unió a ellos, golpeando en el aire con el puño para poner énfasis en el ritmo. Siguió un poco más, y luego bajó el brazo y retrocedió lentamente, volviéndose hacia los tribunos reunidos. Su expresión se volvió fría y mortal.

—Aquí no hay conspiración alguna. Esos hombres harán pedazos a cualquier oficial que no muestre una lealtad total hacia el emperador... Y, en este momento, eso significa hacia mí. ¿Hay aquí algún hombre que cuestione mi autoridad para dirigir la Guardia Pretoriana?

Nadie dijo una palabra.

—Bien, pues entonces os voy a decir cuáles son mis órdenes. Procurad que se obedezcan al pie de la letra. —Hizo una pausa y volvió a mirar sus rostros—. ¿Dónde está el tribuno Cristus?

—Cristus no está en el campamento —contestó Tertilio.

—¿Pues entonces dónde está?

—Recibió órdenes de llevar a media cohorte suya a la Puerta Flaminia. A primera hora de esta mañana.

Cato se acercó más.

—¿Qué órdenes?

—Proporcionar una guardia de honor para dar la bienvenida al legado Pastino a la ciudad. Al menos, eso es lo que dijo.

Cato apretó la mandíbula. Ya era demasiado tarde. Por aquel entonces, Narciso y sus conspiradores habrían abierto el camino a Pastino y toda su legión para que entrasen en Roma y se hiciesen con el poder.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Había una sola unidad en la que Cato podía confiar plenamente para llevar a cabo la tarea de recuperar la Puerta Flaminia: sus hombres de la Segunda Cohorte. Decidió unir a ellos también la Tercera Cohorte, dirigida por Tertilio, como fuerza de apoyo, y en cambio envió a la mayor parte de las demás unidades a asegurar las otras puertas de la ciudad, por si había más traidores. La cohorte que quedaba, la Décima, fue despachada para custodiar el palacio imperial.

—¿Por qué traer a Tertilio con nosotros? —le preguntó Macro, mientras marchaban con rapidez por la calle que llegaba hasta la cima del monte Viminal. Por delante de ellos, los civiles observaban el estruendo de los pasos de las botas militares, para luego retirarse inmediatamente al interior de las casas.

—Ya conoces el dicho: «Ten cerca a tus amigos, pero más aún a tus enemigos». No me fío nada de Tertilio.

—¿Y ése es un buen motivo para que sea él quien nos cubra las espaldas?

—Si hay algún signo de traición, lo atravieso yo mismo con la espada y encuentro a otro que comande la Tercera. Y, ahora, ahorra tu aliento para el enemigo.

Era una forma un poco brusca de terminar la conversación, pero Cato ya estaba ensimismado meditando en todas las fuerzas que estaban en juego. Las defensas de Roma sólo existían nominalmente. La ciudad había crecido mucho más allá de la muralla Serviana durante los últimos doscientos años y, aunque todavía se mantenía en pie, gran parte de ella había sido asimilada en otras estructuras. Quedaban las puertas, y éstas estaban custodiadas por soldados de las cohortes urbanas, entrenados y equipados para evitar el descontento civil, pero completamente incapaces de defender a Roma contra los profesionales más curtidos de las legiones.

Más allá de la línea de la antigua muralla, la ciudad se extendía a través del monte Pinciano hasta el Tíber, y la única barrera real para la Sexta Legión era la puerta de peaje de la Vía Flaminia, junto al río. Eso, un foso y unas torres de vigilancia construidas para supervisar a los que entraban y salían de la ciudad, que aseguraban que se pagase el peaje como era debido. A menos que interviniera Cato, el legado Pastino y sus hombres echarían a un lado a los hombres de las cohortes urbanas con toda facilidad y marcharían por la Vía Flaminia hacia el corazón de Roma. Nada los detendría hasta que llegaran a la línea del muro, en misma la Puerta Flaminia. Ahí era donde se decidiría el éxito o el fracaso de la conspiración, pensó Cato. Eso y la vida o muerte de Lucio.

La idea lo espoleó más aún, y estuvo tentado de ordenar a sus hombres que apretaran el paso y se pusieran a trotar. Pero, a diferencia de aquéllos a los que antes se había enfrentado junto a los guardaespaldas germanos, las tropas de Pastino estaban fuertemente armadas, y era vital que los pretorianos no estuvieran demasiado cansados antes de enfrentarse al enemigo.

Cato era consciente de que, mientras él marchaba para ocuparse de la Sexta Legión, el emperador y sus consejeros debían estar encargándose de otros asuntos concernientes a la conjura, y se sentía frustrado por no saber cómo se desarrollaba el resto de la lucha. No sabía nada, de modo que Nerón podía estar ya muerto, igual que Palas, Burrus y los demás, y él y sus hombres estarían entonces a punto de enzarzarse en una batalla inútil contra los legionarios. A pesar de todo el discurso sobre lealtad y honor que había pronunciado desde el estrado de revista, Cato estaba dispuesto a cambiar de bando tan pronto como fuese obvio que los conspiradores habían ganado. Se había contaminado del cinismo de los que juegan a la política para obtener ganancias personales, pensó. Pero también se daba cuenta de que el único resultado sería la muerte de centenares de sus camaradas, y ningún oficial tenía derecho a enviar a sus hombres a una destrucción insensata, si podía evitarlo.

Por delante se alzaba ya el enorme alero de tejas del Foro de Augusto, junto a la Puerta Flaminia. Dos hombres con túnicas los esperaban en el cruce al final de la calle. Cato los reconoció: eran los pretorianos que había enviado

a hablar con los exploradores. En cuanto se detuvieron, pudo oír el sonido ahogado de las tropas que se acercaban.

El optio que los aguardaba envió a un hombre hacia delante para vigilar, mientras él informaba a Cato.

—Llegamos tarde, señor. El prefecto Cristus y sus hombres han tomado la puerta, y los dirigentes de la Sexta Legión ya han traspasado las murallas.

—¿Y cuántos hombres hay en la ciudad hasta ahora?

—Ya estaban entrando cuando llegamos a nuestra posición, señor. No sé decirte cuántos hay.

Cato hizo una mueca y se acarició la barba que le crecía en el mentón.

—No tenemos, pues, otro remedio... Tendremos que atacar de inmediato. Hay que cerrar la puerta.

—¿Dos cohortes contra diez? —Macro inclinó la cabeza—. No tenemos muchas posibilidades, señor.

—Pero sí algunas, dado que no vamos a luchar en campo abierto. Usaremos las calles para equilibrar las cosas. Los derrotaremos en grupos pequeños, si podemos. —Cato se volvió hacia el optio—. Retrocede por la columna y busca al tribuno Tertilio. Dile que lleve a su cohorte tres calles más arriba y que allí se prepare para cortar la Vía Flaminia de través. Tiene que esperar hasta estar seguro de que nos movemos contra los hombres de la puerta. Y dile que estaremos luchando en dos frentes. Tiene que rechazar a los que ya están en la ciudad, mientras que la mitad de los soldados deberán llegar hasta la puerta luchando, para unirse a mí. ¿Lo has comprendido?

—Sí, señor.

—Pues ve.

Cuando el optio se marchó corriendo por la calle, junto a las apretadas filas de los pretorianos, Cato echó una ojeada cautelosa al otro lado de la esquina, hacia la bifurcación. El otro explorador estaba por delante, a corta distancia, agachado detrás de un carro lleno de pacas de forraje.

—Macro, haz que los centuriones se adelanten. Volveré dentro de un momento.

Cato se acercó a paso rápido al explorador, al tiempo que se desabrochaba el casco y lo guardaba bajo el brazo para evitar que vieran el penacho. Cuando llegó al carro, atisbo por entre la rueda forrada de hierro: la calle

continuaba otros cincuenta pasos antes de acabar en un cruce con una avenida más ancha, la Vía Flaminia. Los legionarios, de cuatro en cuatro en fondo, marchaban al final de la calle. A la derecha de Cato, otra calle discurría hasta un pequeño patio que daba la espalda a la muralla. Se preparó, echó a correr y atravesó el hueco. Justo antes de la entrada al patio se encontraba una estrecha calleja que daba a la puerta; al final de ésta, algunos de los hombres de la cohorte de Cristus custodiaban la entrada.

No tenía tiempo de entretenerse más examinando el terreno, así que volvió de prisa a la columna para transmitir sus órdenes. Macro y el resto de los centuriones lo aguardaban, y Cato, a toda prisa, explicó sus planes, describió el diseño de las calles y asignó el papel que debía representar cada centuria.

—Petilio, Porcino, vosotros dos llevad a vuestros hombres al callejón y cargad contra la puerta. No os detengáis por nada, id a por todas. Sé que esos hombres son vuestros compañeros, pero no podemos albergar ninguna duda de que hacemos lo que tenemos que hacer. Es crucial conseguir que la puerta se cierre. Atacaremos en el intervalo entre cohortes, cuando entren en la ciudad. Eso nos dará la mejor oportunidad de éxito. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—El resto de la cohorte cargará por la calle más cercana. Macro y Placino, vosotros dos iréis a la izquierda y os colocaréis a retaguardia de los legionarios que ya están en la ciudad. Seguid empujándolos hacia atrás mientras podáis. Yo iré al mando del resto y cargaremos contra la puerta. Ignatio y Nicolis, vuestros hombres seguirán a Placino, a la derecha. Atacaremos a Cristus y sus hombres desde los dos lados. Con suerte, se pondrán nerviosos el tiempo suficiente para que nosotros podamos recuperar la puerta, sellarla e impedir el paso a las cohortes que queden todavía fuera de la muralla. ¿Preguntas? ¿No? Buena suerte, caballeros. Tan pronto como oigáis la trompeta, moveos a toda velocidad.

Los centuriones se volvieron y se alejaron al trote, y sólo se quedó Macro junto a Cato.

—Sería un mentiroso si dijera que me siento feliz ante la perspectiva de luchar contra los nuestros... —comentó Macro.

—No lo podemos evitar —replicó Cato lacónicamente, y luego miró a su amigo—. Pero tienes razón. Es una mierda. Esperemos que Narciso y sus compinches respondan por cada gota de sangre que se derrame hoy.

—No creo que haya muchas oportunidades. Ese hombre es tan resbaladizo como un cerdo engrasado, y tiene más vidas que un maldito gato. Hay que tenerlo bien sujeto. Preferiblemente, a una cruz.

—Si llega ese momento, yo personalmente empuñaré el martillo. Pero eso será más tarde. Ahora tenemos trabajo que hacer. Que tus hombres se adelanten hasta ese carro. Y que el trompeta se quede a tu lado.

Cato dejó que Macro organizase a sus hombres y volvió al carro, donde se agachó junto al explorador.

—¿Todavía la misma cohorte?

—Sí, señor. Aunque no pueden faltar por pasar más de dos centurias antes de que llegue la próxima.

Cato asintió y apoyó el hombro contra el yugo del carro, que había quedado levantado en ángulo cuando lo aparcaron, en un lado de la calle, junto a la fragua de un herrero. Miró hacia abajo. Un par de calzos sujetaban las ruedas más grandes, en la parte posterior del carro. El crujido de botas anunció la llegada de los hombres de Macro, y el centurión les hizo señas de que fueran a un lado de la calle y pasó la voz discretamente con la orden de que se preparasen para cargar, antes de unirse a Cato.

—Los chicos están listos.

—Bien. Espera aquí. —Cato se metió entre el carro y la pared, confiando en que a ninguno de los legionarios que pasara se le ocurriera mirar en su dirección. Un arco daba paso al patio del herrero, y corrió hacia allí. En una pared estaban colocadas las herramientas propias del oficio, colgadas de unas perchas de madera y unos ganchos de hierro. En el centro del patio se veía un homo de carbón, del que salía un fino hilo de humo. En la esquina vio una escoba. Fue a por ella y volvió junto al homo. Con una mano, accionó el fuelle, y con la otra metió la escoba por la parte de las ramas en el horno. El aire comenzó a levantar chispas y apareció un resplandor a lo largo del borde de algunos de los trozos ardientes del carbón. Una llama cobró vida entonces, y un momento más tarde toda la escoba ardía.

—¡Eh! ¿Qué cojones estás haciendo?

Cato levantó la vista y vio que un hombre barbudo salía del cobertizo que estaba al otro lado del patio, mientras se bajaba la túnica por la cintura.

—Cállate la boca —susurró Cato—, y métete dentro.

—Y una mierda... —El hombre se acercó a él mostrándole unos brazos como troncos—. Sal de mi patio ahora, si sabes lo que es bueno.

Cato sacó la escoba del horno y la espada de su vaina.

—Y tú vete ahora mismo dentro, si no quieres problemas.

El hombre se detuvo en seco y levantó las manos.

—Eh, tranquilo, amigo.

Cato se apartó de él, manteniendo la escoba ardiente a una distancia segura. Al llegar a la entrada del patio, rodeó la parte delantera del carro. Macro lo miró con expresión curiosa mientras él metía la escoba entre los fardos. El humo empezó rápidamente a enroscarse en el mango de la escoba, y enseguida unas llamas anaranjadas prendieron en el forraje. Cato soltó la escoba e hizo un gesto al explorador.

—Prepárate para quitar esos calzos. Macro, aquí. Ayúdame con el yugo.

—Juntos levantaron el pesado madero y lo quitaron, y entonces Cato ocupó su lugar junto al carro—. Tú nos diriges.

Las llamas se extendían rápidamente y el humo empezó a arremolinarse por toda la calle. Cato afianzó bien los pies en el suelo.

—Quitad los calzos.

El explorador se adelantó, agarró el primer bloque de madera y, luego, alcanzando la parte trasera del carro, lo usó para quitar de un golpe el segundo calzo y liberar las ruedas. De inmediato, el carro se puso en movimiento y empezó a rodar por la suave pendiente hacia los legionarios que marchaban más allá del comienzo de la calle. Macro sujetaba con fuerza la collera de hierro, manteniendo las pequeñas ruedas delanteras alineadas mientras Cato empujaba el carro para que ganara velocidad. Las llamas chisporroteaban y el humo se alzó espeso junto a los dos oficiales, mientras el carro aceleraba.

—¡Quédate con él! —ordenó Cato, decidido a no dejar que el pesado vehículo se desviara sin control antes de salir de la calle lateral. La corriente de aire que pasaba por encima del carro avivó las llamas, que ardieron con intensidad y chamuscaron la piel que tenía expuesta, pero él lo sujetó con

más fuerza y se concentró en procurar que no volcara por el camino. A través del humo ya podía ver el final de la calle a no más de diez pasos de distancia.

—¡Macro, suéltalo!

Y éste lo soltó, y dio un paso a un lado para salvarse del impacto. Se oyeron gritos de alarma en la calle, y justo entonces el carro se incrustó en un lateral de la columna de legionarios, aplastando a algunos de ellos bajo las ruedas y atropellando a otros. Después, el eje delantero osciló, y el carro giró en redondo, de forma que unos cuantos fardos ardientes salieron disparados por el aire. Cato sujetó a Macro y lo empujó hacia atrás, hacia la cuesta.

—¡Da la señal! —ordenó al mismo tiempo al explorador.

Hubo una pausa momentánea, pero enseguida la trompeta resonó y, con un rugido, la centuria de Macro dobló la esquina y cargó en una densa masa. Los dos oficiales empuñaron las espadas y se unieron a los pretorianos que bajaban ya corriendo por la Vía Flaminia. Por delante de ellos, el empedrado de la calle, desgastado y lleno de rodadas, estaba cubierto de forraje ardiendo y legionarios heridos. Otros aún se mantenían en pie, conmocionados por el impacto del carro primero y por la súbita aparición de los pretorianos después y, antes de que pudieran reaccionar, éstos cargaron sobre ellos, y las puntas de las lanzas desgarraron los laterales de la desordenada columna legionaria.

Antes incluso de poder sacar la espada, Macro se estrelló contra la espalda de un soldado que, vista la situación, había echado a correr, y ahora casi volaba de cabeza hacia la calle. El centurión lo dejó allí y se volvió hacia su siguiente oponente: un optio que se puso la mano alrededor de la boca para ordenar a los hombres de su centuria que no se dispersaran. Un corte rápido en el casco lo dejó seco antes de que pudiera pronunciar una sola palabra más, y entonces Macro hizo una pausa para mirar a su alrededor rápidamente, aún con la espada levantada, dispuesto a defenderse de cualquier amenaza. Vio que sus hombres se habían abierto camino por en medio de la cohorte que se encaminaba hacia las puertas. A la izquierda, las filas se estaban desordenando, los hombres se detenían y se volvían a mirar hacia atrás.

—¡A mí! —aulló Macro—. ¡Primera centuria, a mí! ¡Formad a mi lado!

Se abrió camino entre la refriega como pudo hasta que se libró de los restos ardientes del carro, y entonces levantó la espada y empezó a hacer círculos con ella por encima de su cabeza. El portaestandarte de la centuria

corrió a su lado, junto con más hombres, y al final éstos llenaron la carretera de lado a lado. En cuanto fueron suficientes como para llenar cuatro filas, Macro dio la orden de avanzar en dirección a palacio.

—¡Lanzas en posición!

La fila delantera de pretorianos levantó los mangos de sus armas por encima de la cabeza para poder golpear sin arriesgarse a herir a los que estaban detrás de ellos. Enfrente, algunos legionarios se volvían ya para luchar, pero la mayoría se apartaban de los escudos ovales y las puntas de lanza. Macro se dio cuenta de que los oficiales intentaban de todas las maneras posibles que sus hombres volvieran y formaran una línea, algo ciertamente complicado en el calor del combate cuando una formación ya ha sido rota. Y, sin haber superado aún la sorpresa del ataque, se dijo a sí mismo, sonriendo torvamente. La trompeta todavía resonaba en la calle más cercana, y muy poco después estalló otro rugido a pleno pulmón, y Tertilio y su cohorte empujaron doscientos pasos más a lo largo de la Vía Flaminia.

—¡Ya los tenemos, chicos! —gritó Macro a sus hombres—. ¡Seguid echando atrás a esos hijos de puta! No les deis la posibilidad de recuperarse.

La Primera Centuria avanzó otros veinte pasos, encargándose sin piedad de aquellos que se atrevían a interponerse en su camino. No pasó mucho tiempo antes de que dieran con la primera resistencia organizada: una fila de pesados escudos legionarios les cortó el paso. Las hojas de los gladios sobresalían entre los escudos y por encima de sus bordes, y Macro vio la expresión decidida de aquellos hombres, que se preparaban para devolver el golpe.

La parte más fácil ya había concluido, se dio cuenta. Ahora tocaba el combate cuerpo a cuerpo, y en eso sobresalían las legiones de Roma. Sería una auténtica prueba de fuego para sus pretorianos.

—¡Firmes, chicos! ¡En fila! —Macro se detuvo y levantó las manos, esperando a que sus hombres se colocaran en filas regulares. Se volvió hacia el que tenía detrás y le quitó el escudo, lo levantó bien alto, alineado con los pretorianos que tenía a cada lado—. ¡Por el emperador! ¡Avanzad!

La Primera Centuria avanzó marcando el paso, y el hueco entre los dos lados se estrechó y desapareció cuando las filas de escudos chocaron una con otra. Mientras los mangos de las lanzas pinchaban por arriba a un lado y a

otro, las hojas de las espadas atacaban al nivel de la cintura. Macro, justo en medio del montón de cuerpos apretados, afirmó bien el paso, apretó los dientes y se apoyó en su escudo, intentando abrirse paso hacia delante. Pero ninguno de los dos bandos cedía terreno y, por todas partes, debido al esfuerzo, se oían los gruñidos de los hombres, el ligero susurro de su aliento entrecortado y los tensos golpes de los escudos, y a todo ello se superponía el estrépito del entrechocar de lanzas y hojas de espadas. Los dos bandos luchaban con todas sus fuerzas.

Un resplandor cegó momentáneamente a Macro cuando el legionario que tenía por delante, a la derecha, le lanzó una estocada. Sólo un movimiento azaroso de un camarada que lo empujó a un lado le salvó de sufrir una herida terrible. A cambio, pinchó en diagonal con su espada e hirió al legionario justo por encima del codo, haciéndole un corte profundo en el músculo. El hombre hizo una mueca e intentó soltar el brazo, pero sólo consiguió abrir más la herida. Sus dedos se flexionaron involuntariamente y se le cayó la espada de la mano, y ésta primero rebotó en la cadera de Macro y luego dio en las piedras del suelo con un sonido metálico y sordo.

Más a su derecha, Macro vio cómo la punta de una lanza se hundía en el ojo de un legionario; entonces, el casco del hombre saltó hacia atrás a causa de la fuerza del impacto, y el soldado se desplomó, fuera de la vista. Casi de inmediato, el pretoriano que estaba a la izquierda de Macro soltó un jadeo explosivo y se dobló hacia adelante para apuñalarlo en la entrepierna. Lo apartó a un lado el hombre situado detrás de él, y una vez fuera de las filas y de la pelea, se agachó para ocuparse de la herida. Cayeron más pretorianos, y Macro se dio cuenta de que los escudos oblongos de los legionarios, mucho más pesados, eran más efectivos que los ovales y ligeros de los guardias. Sólo el mayor alcance de las lanzas les daba algo de ventaja ante la legión. El avance de los pretorianos se había detenido, y a partir de entonces, pensó Macro, se trataba sobre todo de una prueba de fuerza, cada lado intentando echar atrás al otro.

* * *

Cato se apartó de la escaramuza y subió al pedestal de una pequeña estatua de algún procer local para conseguir una visión más clara de la situación. Las

dos centurias de Macro parecía que aguantaban bien. Aun en la distancia, comprobó que la cohorte de Tertilio se había abierto camino entre la legión y varios centenares de hombres habían quedado atrapados entre las dos formaciones pretorianas. Más allá, ya sobrepasaban la cabeza de la columna de Pastino. Y al otro lado, las centurias de Ignatio y Nicolis iban reduciendo a la retaguardia de la cohorte a la que habían tendido la emboscada, mientras el resto de la unidad de Cato había empujado al tribuno Cristus y a sus hombres de vuelta hacia la puerta. Aparte de esto, la carretera estaba despejada en un tramo de cincuenta pasos antes de llegar a la cabeza de la siguiente cohorte. En ese momento, el oficial al mando detuvo a sus legionarios y se adelantó al trote para comprobar qué eran aquellos sonidos de lucha que se oían al otro lado de la puerta. Cato se dio cuenta enseguida de que tenían una pequeña oportunidad si aprovechaban la precaución de aquel hombre.

Saltó hacia la carretera, hizo señas al portaestandarte imperial de que se mantuviera muy cerca de él y se abrió camino entre las filas hacia el lugar donde sus hombres luchaban contra la desorganizada masa de legionarios.

—¡Segunda Cohorte, retiraos! ¡Retiraos! —gritó Cato mientras seguía avanzando.

Ignatio y Nicolis repitieron la orden, y sus hombres rompieron el contacto y se retiraron fuera del alcance de las espadas legionarias.

—¡Soldados de la Sexta Legión, estáis cometiendo traición! No sé qué os habrá dicho vuestro comandante, pero la verdad es que es un traidor que quiere derrocar a nuestro emperador, el mismo emperador al que habéis jurado servir. ¡Salvaos! Arrojad vuestras espadas y rendíos, o acabaréis muertos. —Cato hizo una pausa para que sus palabras calaran en ellos—. ¡Hacedlo, ahora mismo!

Hubo un breve momento de silencio y Cato centró su atención en un joven soldado que tenía delante. El brazo con el que sostenía la espada temblaba. Cato dio un paso hacia él y le habló con amabilidad:

—¿Por qué vais a morir por una banda de traidores? Vamos, chico, éste no es un buen final para un valiente legionario. Deberías estar luchando por Roma, no contra ella. Arroja tu espada y juro que no se os hará ningún daño.

El legionario dudó por un momento, pero al cabo bajó la espada, se agachó y la dejó en el suelo, junto con el escudo.

—Buen chico. Has hecho lo correcto. —Cato se volvió hacia otro legionario—. Ahora tú.

Sostuvo la mirada del hombre sin vacilar, y ese soldado también dejó caer la espada y el escudo. Poco a poco, muchos de ellos los imitaron, y Cato habló con calma por encima de su hombro:

—Ninguno de nuestros camaradas de la Sexta Legión va a sufrir daño alguno. Desarmadlos y sacadlos de la carretera. Subiendo la calle encontraréis el patio de un herrero. Llevadlos allí hasta recibir nuevas órdenes. Pero recordad: no se les hará ningún daño, o tendréis que responder ante mí.

El centurión Ignatio condujo a sus hombres, que rodearon a los prisioneros y ayudaron a los heridos a ponerse en pie. Nicolis dio órdenes de recoger las armas, sacar los cadáveres de la calle y apagar las llamas del carro y de las pacas de forraje que todavía seguían ardiendo alrededor del vehículo volcado. Pero un pequeño grupito de oficiales, portaestandartes y veteranos cerraban el paso ante la puerta, donde se seguía luchando. Cato se acercó a ellos con precaución.

—No tiene sentido seguir luchando. Vuestras tropas se han rendido. Haced lo mismo, o haré que mis hombres os ejecuten.

El centurión más veterano de la cohorte bufó, arrogante.

—Ya sabes cómo es esto, señor. No te eligen centurión por rendirte. Yo sólo obedezco órdenes del legado, señor. Así son las cosas.

Cato miró a los otros hombres que tenía a su alrededor, no más de una docena en total.

—¿Y los demás? ¿Queréis morir?

No hubo respuesta, sólo un gesto de torvo desafío en sus rostros. Cato notó que su corazón se encogía ante la perspectiva de perder a hombres tan valiosos, pero no había tiempo para intentar persuadirlos. Debían cerrar la puerta antes de que más hombres de la Sexta Legión entrasen en Roma. Suspiró y llamó por señas al centurión Nicolis.

—Intenta apresarlos vivos, pero mátalos si es necesario.

Nicolis ordenó a sus hombres que avanzaran, y los pretorianos rodearon a los legionarios que habían elegido la muerte antes que el deshonor. Cuando el primer estrépito de la refriega resonó entre el humo que surgía del forraje

ardiente, Cato corrió hacia la puerta. Las centurias restantes de su cohorte ya se habían encargado de la mayoría de los hombres de Cristus en el primer ataque. Ahora los supervivientes se habían colocado en un estrecho semicírculo frente al arco que se alzaba por encima de la Vía Flaminia. Cato podía ver el penacho de su comandante, junto al estandarte, gritando para animar a sus hombres. Pero los superaban en número, y los defensores eran empujados hacia atrás inexorablemente.

—¡Presionad, chicos! —gritó Petilio por encima del griterío de la batalla.

El centurión asintió al tiempo que saludaba a Cato cuando éste llegó a su lado.

—No aguantarán mucho más, señor.

—Lo bastante, quizá —respondió Cato, viendo cómo la cohorte de continuación de la Sexta Legión doblaba hacia la puerta. Retiró el escudo de uno de los hombres caídos y llamó a dos de las secciones que todavía estaban formadas detrás de la línea de combate.

—Vosotros, ¡conmigo!

No lejos de la refriega, por detrás, había un abrevadero de madera donde caballos y mulas, según entraban por la puerta, podían calmar la sed. Cato ordenó que la primera sección lo volcara, y el agua corrió por la carretera, embarrándolo todo al mezclarse con la tierra y la suciedad, de forma que se convirtió en un remolino marrón que fluía por las losas de piedra. Entonces, dejando a un lado las lanzas y tras deslizar las correas de sus escudos por encima de sus hombros, los ocho hombres levantaron el abrevadero y siguieron a Cato por un extremo de la lucha, por la carretera. Tuvo que empujar a un lado a sus hombres, pero consiguió despejar el camino hacia la línea de combate, y entonces hizo una pausa para gritar sus órdenes.

Los hombres que portaban el abrevadero dieron veinte pasos para coger impulso y aguardaron preparados mientras Cato les abría camino hacia el frente, golpeando con su escudo a un oponente y luego balanceándolo con fuerza para desequilibrarlo. Fue un movimiento arriesgado, porque dejó al descubierto el torso, expuesto a un golpe rápido, pero sacó la espada y maniobró con ella haciendo un arco a la derecha, para mantener a raya a los hombres de Cristus. Volvió a atraer hacia sí escudo y espada y rugió la orden por fin:

—¡Ariete contra ellos, chicos!

La sección echó a correr con el abrevadero, cada vez a mayor velocidad. En el último momento, Cato se apartó de su camino y el abrevadero golpeó en el escudo del pretoriano que estaba justo enfrente. El hombre cayó al suelo y, golpe a golpe, aquellos que estaban detrás, a derecha y a izquierda, fueron derribados, y así consiguieron penetrar en las líneas enemigas, seguidos de Cato y el segundo pelotón. De inmediato, Cato se volvió hacia el flanco de los hombres de Cristus.

—¡Atacad!

Con un rugido que desgarró los pulmones, cargó hacia la retaguardia de las filas enemigas, derribando a un hombre con un golpe brutal de su escudo. Cuando su oponente cayó de espaldas, Cato lo golpeó en el pecho con el borde del escudo, quitándole el aire de los pulmones y dejándolo sin aliento. Las dos secciones que iban con él se abalanzaron también hacia sus contrarios, con brutales y rápidos movimientos de las espadas. Pretoriano contra pretoriano. Presenciar aquello destrozaba a Cato por dentro, aunque sabía que no tenían otra alternativa.

Cuando se dieron cuenta del brutal ataque que estaban sufriendo por el flanco, los hombres de Cristus empezaron a recular y se apartaron de la lucha. Algunos sí mantuvieron el terreno y siguieron peleando. Pero otros se volvieron y cruzaron la puerta, echando a correr a lo largo de la Vía Flaminia para conseguir refugio entre los legionarios que venían todavía por allí.

—¡Aguantad! —gritaba Cristus tras ellos—. ¡Quedaos y luchad, cobardes!

Pero la batalla ya había concluido. Aquellos que podían, huían. Y poco a pocos más pretorianos empezaron a rendirse: arrojaron las armas y retrocedieron ante los hombres de Cato. Éste señaló con su espada al tribuno.

—Prendedlo. ¡No dejéis que escape!

Cristus oyó la orden. Se quedó inmóvil un instante, pero enseguida se volvió y corrió hacia la puerta, al tiempo que se desataba el barboquejo y dejaba a un lado el casco. Consiguió entrar en un callejón y allí desapareció de la vista. Ya lo buscarían después, decidió Cato. Debían llevar a cabo una tarea mucho más urgente. Corriendo por entre aquellos pretorianos que se

habían rendido, envainó la espada y arrojó a un lado su escudo mientras alcanzaba las puertas. Una vez allí, presionó con fuerza las sólidas maderas.

—¡A mí! ¡Echadme una mano aquí!

Muchos de los suyos corrieron hacia él, soltando sus propios escudos y lanzas, y tiraron de las pesadas puertas, que giraban sobre unos goznes de hierro. Entonces, con un gemido profundo y chirriante, las puertas empezaron a rozar las losas del suelo. Cato levantó la vista y calculó que los soldados de Pastino más próximos estaban a no más de treinta pasos de distancia, y ya echaban a correr para volver a tomar la puerta y así mantener el camino abierto para que el resto de la legión pudiera entrar en Roma. El hueco se estrechó y la puerta se cerró, y cuando colocaron la barra de sujeción encima de los soportes de cada una de las puertas, así como en el hueco en el extremo más alejado del arco, sonaron unos cuantos golpes inútiles en el exterior. Era demasiado tarde. Los hombres de la Sexta Legión que se habían quedado al otro lado de la Puerta Flaminia no desempeñarían un papel inmediato en la batalla que se sucedía en el Foro, bajo de la enorme silueta del palacio imperial.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

La carretera estaba sembrada de los cuerpos de los muertos y heridos, cuando Cato corría hacia Macro y sus hombres. Había dejado a Ignatio y Nicolis custodiando a los prisioneros y guardando la puerta mientras él conducía a las centurias de Petilio y Porcino para que se unieran al combate en el Foro. Al aproximarse a las filas más retrasadas de sus camaradas, Cato detuvo la columna y se abrió paso hacia el estandarte de la Primera Centuria, cerca de la línea de batalla. Macro estaba allí animando a sus hombres. Cato se unió a él, respirando con fuerza, e intercambiaron un gesto de saludo.

—¿Qué tal la situación por aquí?

Macro sangraba por un corte en el labio superior, y escupió un poco de sangre antes de responder.

—Los mantenemos a raya, pero con dificultad. Hay al menos una cohorte entera entre nosotros y Tertilio y su gente. Pero ya están usando los callejones para intentar rodearnos. He enviado a Placino y sus guardias a cubrir los flancos.

Cato miró a un lado, como si pudiera calibrar de ese modo las escaramuzas que estaban teniendo lugar entre los edificios de pisos que los rodeaban. Sonrió fugazmente ante aquella estupidez, y entonces centró su pensamiento en la batalla. Con dos centurias más a mano, Macro sería muy capaz de aguantar en el espacio confinado de la Vía Flaminia y callejas circundantes. Tertilio, por otra parte, estaba atrapado entre dos fuerzas y muy superado en número. Pero Cato no tenía forma de saber, con la visión limitada que tenía, cómo le iba al tribuno. Levantó la vista hacia los edificios de pisos de cada lado y dio una palmada a Macro en el hombro.

—Toma el mando aquí. Volveré enseguida.

Antes de que Macro pudiera responder, ya trotaba por una calle lateral en busca de la entrada del edificio más cercano. La puerta estaba atrancada con

cerrojo, y Cato cogió impulso y dio fuertes patadas a las bisagras. Le costó unos cuantos golpes, pero al final la envejecida madera acabó por ceder y la puerta se desplomó hacia dentro. Arrojó a un lado las tablas de madera rotas y penetró en la oscuridad. Se halló en un vestíbulo pequeño con unas puertas a un lado de una estrecha escalera. Subió corriendo los escalones hasta el primer piso, justo a tiempo de ver una mirada angustiada en una puerta que se cerró de golpe. Corrió hacia el final del descansillo y subió el siguiente tramo de escaleras, y al final llamó a la puerta de un apartamento que daba a la Vía Flaminia.

—¡Abrid! ¡En nombre del emperador!

No hubo respuesta, y Cato retrocedió y golpeó la puerta con la bota. Esta vez cedió a la primera, y entró como una tromba. Se oyó un chillido de terror y, al volverse, vio a una mujer con el pelo revuelto y tres niños pequeños acurrucados en un rincón.

—No nos hagas daño —gimió ella—. Por piedad.

Cato apartó la vista hacia la luz que entraba por una puerta baja que conducía a un balcón endeble. Atravesó corriendo la habitación, salió por encima de la calle y miró hacia abajo, al brillante y frenético movimiento de las armaduras y las armas que se entrechocaban. Los hombres estaban enzarzados por todo el camino hasta el Foro. Se inclinó por encima de la barandilla, intentando ver mejor, y el balcón se movió de una manera alarmante bajo su peso. Agarrándose al marco firmemente con una mano, volvió a mirar. Como Macro había dicho, había quizá cuatrocientos o quinientos legionarios atrapados entre la Segunda Cohorte y Tertilio y sus hombres. Estaban parapetados, con los estandartes en medio, y no parecía que pudieran ser abatidos con facilidad. Más lejos, Tertilio y sus pretorianos también estaban atrapados entre dos fuerzas, muy apretados en una densa masa de soldados, y Cato se dio cuenta de inmediato de que corrían peligro de muerte a menos que se aliviara la presión que se ejercía sobre ellos. Pero antes de que eso ocurriera, había que ocuparse de los legionarios a los que se enfrentaban Macro y sus hombres.

Había un piso solamente por encima de Cato, y luego ya venía el tejado. El corazón y la mente le iban a toda velocidad cuando volvió a entrar en la habitación y corrió hacia la puerta, ignorando los ruegos de misericordia de la

mujer. Bajó corriendo las escaleras y, una vez en la calle, llamó a Petilio y Porcino.

—Centurión Petilio, lleva a tus hombres ahí abajo, al callejón, y toma el primer cruce paralelo a la Vía Flaminia. Empuja hacia delante e intenta contactar con los chicos de la Tercera Cohorte. Si os encontráis a algún legionario, matadlo. Porcino, quiero que vuestros chicos vayan rápido y entren en los edificios que hay a lo largo de la calle. Que se suban a los tejados y usen las tejas para tirarlas a la calle sobre los legionarios. Procurad que esto salga bien. ¡Echadles encima una avalancha de mierda a esos hijos de puta, y enterradlos! ¡Marchad!

Los dos centuriones saludaron y volvieron corriendo junto a sus hombres, a quienes condujeron a toda velocidad por la calle principal. Cuando llegó junto a Macro, Cato se fijó en que la centuria había tenido que retroceder unos pocos pasos. Justo en ese momento, Macro retrocedía de la línea de combate y hacía una pausa, jadeante y salpicado de sangre.

—Están consiguiendo... vencernos... —gruñó.

—Sólo tenemos que contenerlos un poco más —dijo Cato, haciendo un gesto hacia los tejados por encima de la calle—. Les va a caer una fea sorpresa.

—¿Eh?

—Ya lo verás. Tú, simplemente, aguanta. —Cato se llevó las manos alrededor de la boca, se llenó los pulmones de aire y aulló—: ¡Aguantad firmes, Segunda Cohorte! ¡No deis ni un centímetro más a esos hijos de puta! ¡Roma pertenece a los pretorianos!

—¡Aguantad! —gritó Macro a su vez—. ¡Echadlos atrás, chicos!

Por un breve lapso de tiempo, los pretorianos redoblaron sus esfuerzos, rozando con las botas el suelo de piedra para buscar un agarre mejor mientras arrojaban todo su peso detrás de los escudos. Los legionarios no retrocedieron más que un paso, y luego volvieron a empujar de nuevo. Había poco espacio para manejar las armas en aquella prueba de fuerza, y sólo podían aprovechar la oportunidad para introducirlas por algún pequeño hueco que de vez en cuando se abría entre los escudos, que rechinaban unos contra otros. Los legionarios empezaron a echar atrás a los pretorianos, conquistado el terreno paso a paso, con dureza, y Cato se dio cuenta de que, si sus

hombres desfallecían, la puerta volvería a caer y el paso quedaría abierto para el resto de la Sexta Legión. Miró a su alrededor, cogió el escudo de uno de los caídos y se dirigió a Macro y al portaestandarte imperial.

—¡Venid conmigo!

Se abrió el paso hacia el frente, empujando hasta la posición más cercana a la vanguardia que pudo de la cohorte. Allí, con la espada en alto, apuñaló por encima de su hombro al hombre que tenía delante, y la punta rebotó en el casco de un legionario, más allá del borde cuadrado de su ancho escudo. Cato se puso de puntillas, ajustó el ángulo y atacó la abertura que tenía el hombre encima de la oreja. Notó que la punta perforaba la carne y el hueso durante una corta distancia, y el legionario intentó retroceder, pero no había espacio tras él. La sangre brotó de la herida y Cato echó atrás el brazo de la espada, antes de que se convirtiera en un blanco, y arrojó todo su peso detrás del pretoriano, ganando medio paso de terreno. Por todas partes oía los jadeos y gruñidos de los hombres que se esforzaban, luchando unos con otros, cogió aliento y gritó con fuerte voz:

—¡Aguantad firmes! ¡Un poco más!

Macro levantó los hombros y empujó hacia delante.

—¡Déjame sitio! Dejarme ir a por ellos, chicos.

Se abalanzó contra el legionario más cercano, agachándose inmediatamente para ensartar el pie del hombre con su espada. Al verlo, uno de los pretorianos se echó a reír en voz alta.

—Malditos centuriones. ¡Todos buscan la gloria!

Algunos de sus camaradas se hicieron eco de las risas, y Cato se preguntó si habrían estado bebiendo antes de llegar al campo de entrenamiento. ¿O acaso es que se sentían embriagados por la frenética batalla?

Entonces, un movimiento rápido captó su atención, y levantó la vista justo a tiempo de ver que una primera teja caía dando vueltas perezosamente por el aire, a menos de diez pasos por delante. Desapareció de su vista, pero enseguida se oyó un ruido sordo al chocar con el casco de un legionario. Un instante más tarde, un agudo repiqueteo surgió de los tejados, arriba a la izquierda, y un montón de tejas empezaron a volar, estrellándose sobre los hombres y el suelo, seguidas por una lluvia de cascotes y trozos de madera desgastados por la intemperie. Gritos de alarma resonaron entonces por toda

la calle, mientras más tejas caían desde los tejados por todo lo largo de la Vía Flaminia e impactaban en la apretada masa de legionarios. Muchos de ellos caían, y el miedo y el pánico cundieron entre el resto, que trataban de protegerse levantando los escudos.

—¡Ja, ja! —exclamó Macro, con regocijo—. ¡Ésta sí que es buena! Ya no luchan. ¡Empujad, chicos! ¡Adelante la Segunda!

Los pretorianos recogieron el grito y renovaron sus esfuerzos. Empezaron a empujar a los legionarios hacia atrás, un paso, luego dos, y al final comenzaron a avanzar inexorablemente, mientras sus oponentes cedían terreno. Estirándose todo lo posible, Cato consiguió ver que algunos hombres comenzaban a abandonar la retaguardia del grupo de legionarios que aún mantenían la fila en un intento de zafarse del bombardeo que les llovía desde el cielo. Uno de los centuriones se había quedado separado de repente en un espacio abierto, e intentaba reunir a sus hombres junto al estandarte de la cohorte, que mantenía bien alto su portador. Un puñado de legionarios, avergonzados por su ejemplo, empezaron a unirse a él. Pero una nueva avalancha de tejas cayó entonces sobre el oficial y sobre el portaestandarte y, cuando el polvo se disipó en el lugar, los legionarios cercanos abandonaron los cuerpos en el suelo, echando a correr hacia una calle lateral. Muchos más siguieron su ejemplo, y pronto no quedaron más que cuarenta soldados impidiendo el paso.

—¡Apartaos! —exclamó Cato de repente—. ¡Segunda Cohorte, alto!

La mayoría de los hombres obedecieron al instante, pero unos pocos, llevados por el fragor de la batalla, se aprovecharon del repentino espacio abierto para acribillar a sus oponentes espada en mano. Macro también dio unos pasos hacia ellos, con los dientes apretados y los ojos relucientes, pero enseguida se detuvo y se echó atrás, acercándose a Cato.

—¿Por qué nos detenemos, señor? Los hemos obligado a huir...

Un puñado de tejas se estrelló en la calle justo a poca distancia de donde Macro estaba un momento antes, explotando en muchos fragmentos. Afortunadamente ninguno de los pretorianos lo bastante imprudentes como para no prestar atención a la orden de su prefecto cayó herido. Pero se detuvieron en la lucha y miraron atrás, acobardados.

—¿A qué estáis esperando? —les gritó Macro—. ¿La oportunidad de que os rompan vuestras duras cabezas? ¡Volved a la formación antes de que os hagan trizas, maldita sea!

La centuria de Macro rehízo las filas y Cato ordenó de nuevo que se echaran atrás mientras caían las últimas tejas a la calle. Esperó hasta que estuvo seguro de que estaban a salvo, y entonces dio la orden de marchar hacia delante, al siguiente edificio, y se detuvo de nuevo. El pavimento estaba cubierto por los cuerpos de los legionarios caídos, la mayoría heridos y aturcidos, entre restos rotos de las tejas. Una neblina provocada por el polvo llenaba el aire, y los hombres tosían y escupían. A través de aquella bruma, Cato distinguió a los legionarios aún en pie, que retrocedían ante la cohorte de Tertilio y ya arrojaban sus escudos y espadas en señal de rendición.

Se volvió hacia un guardia y le ordenó que buscara a Porcino; éste debía sacar a las tropas de los tejados y volver al cuerpo principal de la cohorte. Las tejas habían hecho su trabajo, aunque Cato, burlón, pensó que con toda seguridad algunos de los propietarios de las fincas protestarían ante el emperador en cuanto la seguridad fuese restaurada en las calles.

—Macro, envía a algunos hombres para que se lleven a los prisioneros y salid del campamento. Por el momento, los heridos tendrán que esperar.

—Sí, señor. —Macro saludó, y Cato cruzó la calle hacia los edificios ocupados por los pretorianos. Conforme avanzaba junto a los legionarios rendidos, aún caía alguna teja suelta, pero hizo caso omiso. Llegó al fin donde se hallaban los hombres de Tertilio, algunos de los cuales estaban cubiertos por una capa de polvo. El tribuno estaba de pie en la parte de atrás del destacamento de hombres que todavía peleaban en la vanguardia de la Sexta Legión. Por delante, la calle bajaba hacia el centro de la capital, aunque los templos y las basílicas impedían tener una vista clara.

—¿Qué tal te va?

—Mejor ahora que antes, atrapados en una mordaza. —Tertilio señaló hacia la calle—. Estamos consiguiendo contenerlos. Tengo hombres fuera, en las calles laterales, para bloquearles el paso. Con la Décima Cohorte defendiendo el palacio, Pastino y sus chicos están casi rodeados.

—Bien. —Cato asintió con la cabeza—. Pediré refuerzos a las cohortes que hacen guardia en la muralla. Hemos cubierto los puentes, así que

deberíamos tener los hombres suficientes para cerrar la trampa y conducir al enemigo hacia el sector del almacén. Con la espalda contra el río, tendrán que rendirse o ahogarse.

—¿Y si deciden luchar?

—Esperemos que el sentido común triunfe al final —respondió Cato—. Se ha derramado sangre de sobras hoy en Roma.

Tertilio chasqueó la lengua.

—El día de hoy apenas ha empezado, señor.

—Más motivo aún para acabar con esto lo antes posible —dijo Cato, fríamente—. En cuanto lleguen los refuerzos, los arrojaremos hacia adelante, hacia el Foro, y expulsaremos a Pastino. Y no nos detendremos bajo ningún concepto hasta que el último de los traidores esté en nuestras manos. O muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Era mediodía, o al menos andaba cerca, según calculaba Cato, cuando la tranquilidad invadió el centro de Roma durante una tregua en la lucha. De mutuo acuerdo, las dos partes habían roto el contacto y descansaban a plena vista la una de la otra. Los cuerpos llenaban las calles, todos ellos soldados de la legión y de la Guardia. Los civiles se habían mantenido apartados de las calles, encerrándose en las casas durante una espera angustiada de que se decidiera la lucha. Se habían iniciado un puñado de pequeños fuegos durante la confusión, y las cohortes urbanas habían sido asignadas para apagarlos mientras los soldados, mejor entrenados y armados, seguían luchando. Habían tomado el Senado, y la mayoría de sus miembros habían sido escoltados al palacio imperial. Se les había dicho que era por su propia protección, pero nadie tenía duda alguna de que aquéllos que formaban parte de la facción de Británico, o que simplemente le habían expresado su apoyo, era muy poco probable que salieran vivos.

La mayor parte de los oficiales de alto rango de la Guardia Pretoriana se hallaba reunida a lo largo de la pared, alta hasta la cintura, que rodeaba el templo de Júpiter en el monte Capitolino. Por debajo de ellos se extendían los almacenes y mercados del Boario, donde Pastino y sus legionarios resistían aún. El puente a la isla que había en medio del Tíber tenía barricadas y estaba custodiado por los pretorianos. Corriente abajo, más hombres de Cato vigilaban el templo de Minerva, prohibiendo el acceso de barcasas y otras embarcaciones más pequeñas del distrito de los muelles.

Los legionarios no tenían escapatoria, concluyó Cato. Lo único que tenían que hacer ahora era pedirles que se rindieran; o eliminarlos, si se negaban. La única esperanza que les quedaba era que las unidades a las que habían cortado el paso en la Puerta Flaminia encontrasen otra manera de llegar al centro de Roma y pudieran auxiliar a sus camaradas. Pero Cato confiaba en

que los pretorianos serían capaces de mantener a raya al resto de la legión. En cualquier caso, los últimos informes decían que la retaguardia de la Sexta Legión había conseguido pasar la muralla Serviana, y se habían detenido al otro lado de la carretera a Ostia, sin hacer intento alguno de atacar la ciudad. Hacia el sur, Cato podía ver con total claridad el brillo de armaduras, a no más de tres kilómetros de distancia. Había añadido ese detalle en el informe que acababa de enviar al palacio imperial, donde Burrus, Palas y el resto del círculo íntimo de Nerón aguardaba a que pasara el peligro.

Cato señaló hacia los límites del perímetro que vigilaban Pastino y sus hombres.

—Yo diría que no quedan más de mil quinientos. Quizá mil solamente. No los suficientes para abrirse camino luchando. Están atrapados, y ellos lo saben.

—¿Y por qué no se rinden? —preguntó Tertilio.

—Porque son hombres buenos —respondió Macro—. Son legionarios. Lucharán mientras Pastino les ordene que lo hagan. Es una lástima.

El tribuno hizo un gesto despectivo.

—Ése no parece ser el caso en la Vía Flaminia.

—Los emboscaron, por sorpresa. Eso no volverá a ocurrir. Y si la Sexta es como cualquier legión con la que he servido, deben sentirse completamente abochornados por ello, y más decididos que nunca a redimirse.

Tertilio negó con la cabeza.

—Vosotros, los legionarios, tenéis una opinión muy buena de vosotros mismos.

Macro miró a los demás oficiales, algunos de los cuales también habían sido transferidos a la Guardia, y vio en sus lúgubres expresiones que comprendían a su vez a la perfección el espíritu inflexible de aquellas legiones que tenían la tarea de defender las fronteras de los bárbaros salvajes que vivían fuera del control de Roma.

—Simplemente te lo cuento como es, señor. —Se encogió de hombros.

—Ya lo veremos. Apostaría a que depondrán sus espadas en cuanto nos dispongamos a hacer un nuevo asalto a sus posiciones.

Los labios de Macro se levantaron en una mueca burlona.

—Acepto la apuesta, señor. ¿Qué suma tienes pensada?

—Espero que no haya necesidad de ningún asalto —intervino Cato, con tono cansado—. Mientras tú llevas a tus hombres arriba, intentaré razonar con Pastino. Sus tropas merecen la oportunidad de vivir. Sólo obedecen órdenes. La mayoría de ellos ni siquiera conocen la verdad ni saben qué papel que están representando en esta conspiración. Por lo que han dicho los prisioneros, piensan que los pretorianos somos quienes han derrocado al emperador, y que los han enviado para sofocar la revuelta.

—Pues peor para ellos —dijo Tertilio—. Dudo que el emperador se muestre tan comprensivo como tú, prefecto Cato.

—Puede que sea así. Pero, por ahora, yo estoy al mando, y haré lo que pueda para poner fin a este baño de sangre sin sentido. De modo que pon en posición a tus hombres y espera a que vuelva. Si me ocurre algo, toma el mando, Tertilio, y acaba el trabajo.

—Sí, señor.

Macro miró angustiado a su amigo.

—¿Qué va a evitar que Pastino te tome prisionero o te mate, señor?

—Esto. —Cato señaló el estandarte imperial—. Por lo poco que conozco a ese hombre, es un buen soldado, y honrará una tregua que se haga bajo el símbolo bendito por los sacerdotes de Júpiter. ¿Estás dispuesto a llevarlo para mí, Macro?

—Será un honor, señor.

—Gracias. Y, si me equivoco con lo del legado, entonces atraerá la vergüenza sobre sí mismo y su linaje familiar durante todo el tiempo en el que se recuerde el nombre de Pastino —sonrió Cato—. Los aristócratas romanos son unos creídos. Parece que los legionarios no son los únicos con una opinión muy elevada de sí mismos. La diferencia es que hacen más para ganársela. Venga, vámonos.

Se volvió hacia la rampa que conducía a la colina y ordenó a uno de los trompetas que lo siguiera. Marco soltó una risita y meneó la cabeza, y luego recogió el estandarte imperial y partió detrás del prefecto. Tras dar la vuelta al monte Capitolino, cuando ya se acercaban al Boario, los pretorianos que estaban en la calle se pusieron en pie y contemplaron con curiosidad al

pequeño grupo. Pasaron entre las filas y cruzaron una pequeña plaza, donde se hallaba el primero de los vigías rebeldes. Cato hizo una señal al trompeta.

—Toca dos notas, cuenta hasta cinco y sigue. ¿Está claro?

—Sí, señor.

El soldado se llevó la boquilla de la bucina a los labios y sopló con fuerza. El sonido cortó el aire, anunciando su llegada. El más cercano de los vigías lanzó un aviso hacia la calle, y luego se desplazó para bloquear el paso de Cato.

—¡Alto! ¿Qué queréis?

Cato hizo una pausa para examinar al hombre. Por su rostro arrugado y lleno de cicatrices, calculó que debía tener treinta y tantos años, y su expresión era de sereno desafío, lo que demostraba lo que Cato había dicho de los hombres con el corazón de hierro de las legiones justo un poco antes.

—Soy Quinto Licinio Cato, comandante en funciones de la Guardia Pretoriana y prefecto de auxiliares. Antes, centurión de la Segunda Legión. Y éste es el centurión Macro, de las legiones también, antes de ser pretoriano. —El vigía frunció los labios con respeto, aunque a regañadientes, debido a sus credenciales, tal y como él había esperado—. Deseo parlamentar con Pastino.

—El legado está allá abajo, señor. —El legionario se dio la vuelta y señaló el lugar—. En el patio de los abogados, a la entrada del Boario. —Se llevó una mano alrededor de la boca y gritó hacia un pelotón de legionarios que descansaban a mitad de camino bajando la calle—: ¡Estos quieren parlamentar con el legado!

Un optio les hizo señas de que se acercaran, y el vigía volvió a su puesto mientras Cato y sus acompañantes pasaban junto a él. El trompeta levantó de nuevo el instrumento, pero Cato lo detuvo y le pidió volviera a la unidad.

—No tiene sentido que arriesguemos más vidas de las necesarias. Vete —repuso con un movimiento de cabeza y, sin más, Macro y él continuaron hacia el optio, que los examinó y quedó satisfecho al comprobar que no había en ellos nada sospechoso.

—Sígueme, señor.

Los condujo más allá de sus hombres y dobló la esquina al final de la calle. A cada lado los edificios de pisos aparecían almacenes y oficinas de

mercaderes, y también el primer mercado especializado, donde se compraban y vendían todos los lujos y necesidades del Imperio. Allí los hombres de la Sexta Legión trabajaban duramente, montando barricadas en las calles y bloqueando los callejones. Una gran cantidad de ellos utilizaban cuerdas para derrocar una fila de edificios decrepitos que databan de los días de la república. Las ruinas de los edificios ya demolidos a su alrededor impedirían en gran medida cualquier ataque de los pretorianos, y también proporcionarían a los defensores trozos de mampostería que poder arrojar desde sus improvisadas barricadas y desde los muros que rodeaban a los almacenes.

—Espero que nuestro amigo el legado acepte que el juego ha terminado —murmuró Macro—. Si no, vamos a perder muchos hombres más.

Cato asintió.

—Bastantes, sí.

El optio los condujo más allá, a través de los puestos de un mercado de telas, algunos de los cuales tenían todavía mercancías apiladas, tan precipitadamente habían tenido que huir sus propietarios por la encarnizada lucha en las calles. En el patio, rodeado de columnas, de los abogados de la capital, muchos heridos estaban sentados o echados en terreno abierto, mientras los ordenanzas médicos de la legión atendían sus heridas y ponían a los más graves lo más cómodos que podían mientras aún estuvieran vivos. Las instalaciones de aspecto más suntuoso del patio tenían colgado un letrero en la entrada: «Antonio Cefodo, ¡el abogado con la lengua más hábil que se pueda pagar! ¡Se aceptan todos los casos, sin tener en cuenta la culpa!».

El optio se detuvo en el umbral.

—¡Unos oficiales pretorianos quieren parlamentar, señor!

—¿De verdad? Pues que entren.

El optio se apartó a un lado e hizo señas a Cato y Macro. La oficina del abogado era grande y estaba bien amueblada, con pergaminos ordenados pulcramente en estantes y taburetes tapizados para los clientes y colocados alrededor de un escritorio muy ornamentado, tallado en alguna madera oscura. El legado estaba sentado en la esquina del escritorio y un médico le vendaba la cabeza. Pastino era un hombre delgado, de cuarenta y tantos años, con la cara flaca y los ojos muy hundidos. Su peto, que se suponía que debía

de estar pulido, ahora estaba muy sucio y veteado de sangre seca. Se mantuvo tan quieto que el médico pudo continuar su tarea. Había otra persona en la habitación: un hombre muy bajo y gordo que llevaba una túnica de rayas muy limpia. Tenía la cabeza grande, el pelo gris aceitado y peinado hacia atrás. Estaba sentado en un rincón, con las manos juntas, y se las apretaba por los nervios sin parar, mientras aguardaba el enfrentamiento entre el legado y los oficiales pretorianos.

—¿Quiénes sois vosotros dos? —preguntó Pastino.

—El prefecto Cato, señor. Y éste es mi segundo al mando, el centurión Macro. —Cato se alzó con toda su estatura—. He venido a pedirte que te rindas.

—¿Ah, sí? ¿No crees que es un poco presuntuoso, tal y como están las cosas?

—De ningún modo, señor. Os tenemos rodeados. El río está a vuestra espalda. La posición es insostenible, y las hostilidades continuadas sólo conducirán a miles de muertos entre tus hombres y los míos. Y sería todo inútil, señor. Estoy seguro de que ya puedes verlo por ti mismo.

—Por supuesto. Entonces, ¿por qué tú y tus hombres no hacéis lo correcto? ¿Por qué no dejáis de luchar contra nosotros y empezáis a luchar con nosotros contra ese tirano de Nerón y los bellacos con los que se ha rodeado? Hazlo, y estoy seguro de que podré convencer a mi gente de que no tengan en cuenta tu inoportuno cambio de bando en este asunto. —Los ojos del legado brillaron—. Ah, sí, prefecto Cato. Estoy al tanto del papel que tendrías que haber desempeñado en estos desgraciados acontecimientos. Si hubieras hecho lo que se suponía que debías hacer, todo esto habría terminado ya. Nerón estaría muerto y el Senado estaría proclamando emperador a Británico mientras hablamos. Cualquiera con un cierto sentido del honor se uniría a nuestra causa sin dudarle un momento. No es demasiado tarde para que unas tu destino al nuestro.

—Al contrario, sí es demasiado tarde, señor —Cato negó tristemente con la cabeza—, como bien sabes. Además, yo nunca formé parte voluntariamente de esta conspiración. Tus cómplices me obligaron a ello. Las mismas personas que han secuestrado a mi hijo y que intentaron culparme del

asesinato del senador Granico, fingiendo que era obra de Palas. Creo que todo esto no puede ser obra de alguien con sentido del honor, en absoluto.

El legado hizo una ligera mueca.

—Está bien. No hablemos de honor, entonces. Aseguras que nos lleváis ventaja, pero la mitad de mi legión está todavía fuera de las murallas de la ciudad. Es sólo cuestión de tiempo que encuentren una forma de pasar y se unan a los hombres que ya tengo aquí.

—El resto de tu legión está acampada en la carretera de Ostia, señor. A menos que me equivoque, se proponen esperar allí hasta que sepan cuál ha sido el resultado del combate. No vendrán a salvarte.

Pastino asimiló esas palabras y reflexionó un momento, antes de responder.

—Quizás yo no viva lo suficiente para ver caer a Nerón, pero caer, caerá. Hay otras fuerzas en juego.

—¿Otras fuerzas?

—No habrás pensado que toda la conjura se limitaba simplemente a lo que te hicieron saber a ti, ¿verdad? Me habían dicho que eras listo, prefecto Cato. En cualquier caso, a mí todo eso no me atañe. Si el resto de mi legión no puede llegar hasta mí, entonces ya estoy muerto. Y eso no me inclina precisamente hacia la idea de la rendición. No soy ningún idiota, Cato. Sé cómo acabará todo esto para los que pierdan. Conociendo a Palas como lo conozco, tengo la seguridad de que, si me rindo, mi muerte será extremadamente dolorosa y prolongada.

—La tuya no es la única muerte que hay que considerar —lo interrumpió Macro—. ¿Qué hay de tus hombres?

—¿Qué pasa con ellos? La inmensa mayoría van y vienen y no dejan huella alguna. Como si no hubieran existido. Hombres como tú, centurión. Incluso como tu prefecto. ¿Quién recordará a Cato en las generaciones venideras? Sólo perduran los nombres de las grandes familias.

—Vosotros, los aristócratas... Me dais ganas de vomitar.

—Macro, esto no nos ayuda en nada. —Cato se interpuso entre ellos—. Señor, si te rindes, te doy mi palabra de que se te concederá un juicio. Tu traición es incuestionable, pero tendrás la oportunidad de plantear tu caso.

Con honor. Si eliges forzar a tus hombres a morir contigo, innecesariamente, tu nombre pervivirá sólo como signo de infamia.

—¿Un juicio? —Pastino se rió con frialdad y se volvió hacia el hombre que estaba sentado en el rincón—. Vamos a preguntarle a mi invitado por ese juicio. Lo pillé escondido en esta oficina, a punto de escabullirse con las ganancias conseguidas con su maldad. ¿Qué dices tú, Cefodo? Seguramente un parásito profesional como tú, que sólo conoce la verdad de oídas, y mucho menos el sentido de la justicia, se mostraría ansioso ante la oportunidad de aceptar mi dinero y mentir en mi nombre. ¿Me defenderías tú?

El abogado se encogió de hombros ante aquella sugerencia. Luego se humedeció los labios, muy nervioso, y replicó con el tono modulado de los bien educados pero carentes de moralidad, propio de su oficio:

—No estoy seguro de ser el mejor hombre para esa tarea, señor. ¿Puedo recomendarte a Longino?

—Déjame que lo adivine: menos efectivo, pero más prescindible que tú, ¿verdad? —Pastino meneó la cabeza, asqueado—. Es una lástima que no pueda estar presente para ver la caída de Roma. Lo primero que me gustaría ver es cómo matan a todos los abogados.

—No serías el primero en desearlo, señor —dijo Macro, con vehemencia—. Ni el último, ni mucho menos, me atrevería a pensar.

El legado y el centurión compartieron una breve sonrisa de complicidad. Justo entonces el médico acabó de atar el vendaje, y Pastino lo despachó fuera de la habitación.

—No me rendiré ante ti, prefecto Cato. Aunque te doy las gracias por hacerme esta oferta... Sospecho que eres un hombre mucho más misericordioso que aquéllos que te mandan.

—Señor, te ruego que lo pienses de nuevo.

—Mi decisión está tomada. Ahora te ruego que te vayas.

Cato fue a responder, pero vio que no tenía sentido. Asintió con tristeza.

—Como deseas, señor. Vamos, Macro.

—¡Espera! —Cefodo se puso de pie—. Llévame contigo.

—¡Siéntate! —aulló Pastino, señalándolo con el dedo—. Si te vuelves a mover de ese rincón, te rajaré yo mismo la garganta.

El abogado se encogió y volvió a su posición, como un perro apaleado, y Pastino sonrió a Macro y Cato.

—Si alguna buena obra puedo hacer antes de llegar a mi fin, será llevarme conmigo a esa comadreja...

Cato saludó al legado, y Macro lo siguió, y ambos salieron de la oficina, atravesaron el patio y se dirigieron hacia la calle que conducía al monte Capitolino. Los legionarios vieron pasar a los dos oficiales en silencio, y Cato notó el corazón encogido ante la perspectiva de que estuvieran a punto de morir muchos buenos hombres como resultado de los actos del legado y sus compañeros de conspiración.

* * *

Cuando volvieron al templo, descubrieron que el emperador y sus consejeros más cercanos se habían unido a los oficiales que miraban hacia el Boario. Nerón había decidido vestirse con armadura encima de su túnica púrpura y oro, pero el atuendo militar sólo servía para poner más de relieve su físico enclenque y su barbilla débil. Una hilera de guardaespaldas germanos protegía a la partida imperial, bloqueando el camino de Cato.

—¡Dejadlos pasar! —ordenó Burrus, y los mercenarios se apartaron. El prefecto de la Guardia Pretoriana llevaba una armadura plateada, que resplandecía como un espejo, encima de una túnica de un blanco immaculado. Cato no pudo evitar pensar en el contraste entre el aspecto de Burrus y el suyo y el de Macro, con las caras y el equipo cubiertos de mugre junto con los manchurroneos de sangre ocasionados por la lucha desesperada por la Puerta Flaminia.

—Creo que has pedido a ese traidor de Pastino que se rinda.

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Se ha negado a aceptar los términos.

—Entonces, morirá. Y la mayor parte de sus hombres con él —concluyó Burrus—. Una lástima. Pero si ése es el camino que ha elegido, no podemos hacer nada. Ven, el emperador quiere hablar contigo.

Lo condujo hasta Nerón, que estaba aparte de los demás, con las manos a la espalda, mirando el terreno donde permanecían los supervivientes de la

Sexta Legión.

El prefecto de la Guardia tosió suavemente.

—Señor, Cato ha vuelto, junto con el estandarte imperial.

Nerón se volvió y apoyó la cadera con indiferencia contra el parapeto.

—Lo has hecho muy bien, Cato. De hecho, has conseguido la victoria hoy. De no haber sido por tu actuación, esos traidores habrían seducido a mis pretorianos y los habrían puesto de su parte.

—Simplemente cumplía con mi deber, señor.

—Así es como habla un soldado leal. Ahora tu emperador te da las gracias. Puedes devolver el mando de los pretorianos al prefecto Burrus.

—Con todo respeto, señor, el peligro no ha pasado todavía. Debemos derrotar a Pastino y sus hombres.

Palas, que estaba cerca y podía escucharlos, intervino.

—Ya nos haremos cargo de eso nosotros. Las órdenes se han dado mientras hablabas con Pastino.

Cato miró a Burrus.

—¿Órdenes?

—Vamos a quemarlos a todos —continuó Palas. Se chupó el dedo índice y lo levantó en el aire—. Los Venti están de nuestro lado: hay una bonita brisa que sopla hacia el río, de modo que podemos contener los daños.

Cato intercambió una mirada con Macro antes de responder.

—Pero hay más de mil hombres en el Boario, y sin duda muchos civiles refugiados en esa zona.

—Qué lástima. —Nerón chasqueó la lengua—. No se puede hacer una tortilla sin romper unos pocos huevos.

—Muchos de esos huevos son inocentes, señor. —Cato tragó saliva e hizo un esfuerzo por calmarse—. Y es posible que mi hijo esté ahí abajo, entre los conspiradores.

El emperador lo miró sin pizca alguna de emoción.

—Ése no es mi problema, prefecto Cato. Ni tampoco es culpa mía. Si tu hijo está ahí, te daré el pésame cuando llegue el momento.

Antes de que Cato pudiera pensar en cómo responder a ese cruel desprecio hacia la vida de Lucio, el secretario imperial intervino.

—Dudo de que el chico esté ahí. Es más probable que se encuentre con Británico y el resto de los traidores, que ya han huido de la ciudad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cato a Palas.

—Mientras tú estabas tratando con los pretorianos, otros leales al emperador se ocupaban de los conspiradores. Muchos senadores han sido arrestados, y sus casas atacadas. Uno de los primeros lugares visitados ha sido el hogar de Vespasiano. Encontramos el cuerpo de su esposa, Domicia, en una bañera. Se había abierto las venas. Había una carta dirigida al emperador en la que afirmaba que su marido no sabía nada de la conjura. Eso queda por ver, por supuesto. Tendremos que interrogar exhaustivamente a Vespasiano para determinar la verdad.

—¿Y Lucio?

—No lo encontramos en la casa, ni tampoco estaba en otras que registramos. Sin embargo, tengo que decirte que Narciso ha escapado de la ciudad. Se le ha visto saliendo por la Puerta Ostiense, con una escolta y una carreta. Decían que en la carreta iba un niño pequeño. Temo que pueda ser tu hijo.

Cato se sintió desgarrado entre el dolor de la indefensión y el deseo de destruir a Narciso. Una imagen de Lucio, con los ojos muy abiertos y aterrorizado, llenó su mente de pensamientos angustiosos y lo paralizó un momento.

—¿Estás seguro?

Palas se encogió de hombros.

—Sólo te digo lo que me contaron a mí. Lo que sí es seguro es que Narciso y algunos otros se han escapado y se dirigen a Ostia, acompañados de las cohortes de la Sexta Legión que no consiguieron entrar en Roma.

Cato corrió hacia el parapeto y se inclinó hacia afuera, para ver más allá de Nerón. Efectivamente, el brillo de las armaduras de los hombres de la Vía Ostia había desaparecido. Y con ellos Narciso, Lucio y el carro que llevaba los lingotes de plata. Era demasiado tarde para sobornar a los pretorianos, pero tenían más que suficiente para asegurarse la lealtad de los supervivientes de la Sexta Legión. Y bastante también para sobornar a otros muchos más, pensó Cato.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el emperador, que sonreía mirando hacia abajo, al Boario.

—¡Ya ha empezado!

El humo empezaba a alzarse desde un patio lateral de la zona que tenían ocupada Pastino y sus hombres. Y enseguida pudieron ver el resplandor de las llamas elevándose entre el humo.

—¡Y allí! —Nerón se inclinó hacia delante.

Nuevos fuegos empezaron a arder por todo el perímetro ocupado por la Sexta Legión, y la ligera brisa aventaba las llamas y las dirigía hacia el río. Un edificio tras otro se incendiaba conforme las llamas se propagaban. Cato se fijó en las sombras que huían de las llamas, corriendo por las calles empujadas por el calor. Algunos legionarios y civiles habían conseguido encontrar un camino para llegar al puente, pero allí cayeron en las manos de los pretorianos. Los que eran lo bastante listos como para arrojar las armas, se salvaron. Los que dudaban o se resistían eran acuchillados sin misericordia.

—Qué hermoso —murmuró Nerón—. Como una cesta de rubíes que cobra vida.

Cato miró a un lado y meneó la cabeza. No había belleza ni poesía alguna en el infierno que estaba engullendo a Pastino y sus hombres junto con una amplia zona de uno de los distritos más antiguos de Roma.

Palas, con una expresión satisfecha en el rostro, estaba de pie junto al emperador.

—Quizá destruyamos a Pastino, señor, pero también habrá muchos daños que reparar.

—¿Reparar? No. Podemos borrar toda esa zona y construir algo mejor, algo bello en su lugar. Deberíamos aprovechar la oportunidad que nos da este fuego —murmuró Nerón, volviéndose a mirar especulativamente el resto de la ciudad que se extendía a su alrededor entre las colinas.

—Tranquilo, Cato —le dijo Burrus, en voz baja—. Tengo preparados a los hombres de la ciudad y a las cohortes urbanas para apagar las llamas en cuanto el fuego haya acabado con Pastino y sus hombres. No habrá más daños, yo lo evitaré. Pareces agotado. Quizá deberías volver a los barracones y descansar. Tú y Macro. Él puede devolver ya el estandarte a uno de los germanos. —Se volvió y llamó a uno de los guardaespaldas personales del

emperador, para que aliviara a Macro de su carga. El centurión dudó y miró torvamente al germano.

—No estoy acostumbrado a entregar estandartes de Roma a los bárbaros...

El germano se encogió de hombros y cogió el mango de madera pulida con ambas manos. Macro lo sostuvo un momento más, por puro desafío, y luego lo soltó con un gruñido de disgusto.

—Toma, cabronazo peludo. Cuídalo bien.

Palas se apartó del parapeto y se cruzó de brazos.

—Y, ahora, sólo queda perseguir a Narciso y al resto de los conspiradores, y el asunto quedará concluido.

Cato meneó la cabeza.

—No... No ha terminado aún.

—¿No? —Palas levantó una ceja—. ¿Qué quieres decir?

—Algo que dijo Pastino...: «Hay otras fuerzas en juego». Ésas fueron sus palabras exactas. —Cato frunció el ceño al recordar la indiferencia del legado frente a su muerte y el casi seguro fracaso de la conspiración. Entonces le había parecido raro, y Cato lo había atribuido a la arrogancia correspondiente a clase social en la que había nacido Pastino. Pero ahora, pensándolo bien, quizá hubiera algo más—. Aparte de la Sexta, ¿hay otras unidades en tránsito por el Imperio? ¿Alguna otra legión o cohorte auxiliar?

Palas meditó la respuesta mientras se frotaba con delicadeza la garganta.

—Pues sí, resulta que sí. La Duodécima Cirenaica está de camino a Panonia para hacer una exhibición de fuerza a los locales. Llevan unas cuantas unidades auxiliares con ellos, creo recordar.

—¿Panonia? ¿Y no se van a detener en ningún sitio por el camino?

Palas asintió.

—Brundisio. Para recoger suministros. ¿Por qué lo preguntas?

Cato suspiró.

—Pues eso era lo que quería decir Pastino al hablar de otras fuerzas. Estoy seguro. Si Narciso y los supervivientes de la conspiración pueden hacerse con la Duodécima Legión, junto con la plata y Británico tendrán más que suficiente para marchar de nuevo sobre Roma y acabar el trabajo que habían empezado.

La expresión del secretario imperial se tensó, preocupado otra vez. Llamó a Burrus para que se acercase e hizo que Cato repitiera lo que acababa de decir.

—Pero ¿qué podemos hacer, por el Hades? —preguntó Burrus—. Hemos tenido mucha suerte de sobrevivir al día de hoy. Si traen más hombres, estamos acabados.

—¿Y si hacemos venir a nuestros propios refuerzos? —preguntó Palas—. Podemos convocar a un par de legiones leales para detener a los traidores.

—Las legiones más cercanas con las que podemos contar están al otro lado de los Alpes. No llegarán a tiempo.

Cato lanzó un hondo suspiro.

—Entonces tendremos que capturar y destruir a Narciso y los otros conjurados antes de que puedan unirse a la Duodécima Legión. Pero tenemos que actuar de inmediato, si queremos tener alguna oportunidad de conseguirlo. —Miró a Burrus—. ¿Cuáles son tus órdenes, señor?

El comandante de la Guardia Pretoriana observó la densa humareda que cubría el Boario y al río que estaba detrás.

—Pues necesitamos hacernos cargo... Tengo que preparar las defensas de la ciudad para un asedio...

Palas captó la mirada que le lanzó Cato y arqueó una ceja, y luego apoyó una mano en el hombro de Burrus.

—Una cosa es segura: el emperador te necesita a su lado. Nadie puede protegerlo tan bien como tú, amigo mío. Debes quedarte en Roma para asegurarte de que la ciudad está a salvo.

—Tienes razón le confirmó —Burrus.

—La tarea de perseguir a los traidores puede quedar al cargo de uno de tus subordinados. Cato parece ser la elección obvia. Conoce a Narciso. Sabe cómo piensa. Y tú puedes prescindir de él.

—Sí. Supongo que puedo. Al menos, durante un tiempo. El tiempo suficiente para detenerlos.

—Exacto —dijo Palas, animándolo—. De modo que, prefecto Cato, ¿cuántos hombres crees que necesitas? ¿Bastará con la mitad de la Guardia?

—Son demasiados. —Burrus pareció alarmado—. No podemos permitirnos dejar Roma mal defendida.

—¿Cuatro cohortes, entonces? —sugirió Palas.

—Junto con el contingente montado —añadió Cato—. Serán necesarios para hostigar al enemigo y obligarles a ralentizar la marcha.

Burrus miró a ambos hombres, indeciso, pero luego asintió, resignado.

—Muy bien. Pero ocúpate de ellos rápidamente y vuelve a Roma en cuanto puedas. ¿Comprendido?

Cato asintió.

—Sí, señor. Puedes confiar en mí.

Burrus sonrió.

—Eso ya lo has demostrado. Toma tu cohorte, y las de Tertilio, Macer y Pantela.

Su cohorte ya estaba baja de fuerzas, antes incluso de la lucha para conquistar la Puerta Flaminia, pensó Cato. Tertilio también había perdido hombres. Sólo las dos últimas unidades estaban frescas. Pero sería una pérdida de tiempo, que era precioso, pedirle más hombres a Burrus. Cato saludó.

—Voy a recoger a los hombres y parto de inmediato, señor.

—Que los dioses te acompañen. —Burrus devolvió el saludo y corrió al lado del emperador, quien contemplaba el fuego con una mirada de regocijo y fascinación.

Palas suspiró.

—Bueno, ya tienes lo que necesitabas. Haz tu trabajo y vuelve a Roma lo antes posible. Yo me encargaré del emperador y de Burrus a partir de ahora.

—Levantó la mano y agarró el antebrazo de Cato—. Espero que encuentres a tu hijo, Cato.

Había algo en su tono que atrajo la atención de Cato, y de inmediato comprendió por qué Palas había maniobrado para que Burrus lo eligiese a él para cazar a los traidores. Con el destino de Lucio en juego, no había oficial en el ejército más motivado para llevar a cabo la misión. Y, si mataban a Lucio, ningún oficial sería tan vengativo con los traidores como él.

—Una última cosa —Palas lo miró a los ojos fijamente—: trae vivo a Británico. Pero asegúrate de que Narciso cae. No quiero que haya ninguna duda de que está muerto. Esta vez, no. Júralo.

Cato asintió.

—Ante todos los dioses juro que Narciso morirá, y que no descansaré hasta que esté muerto. —Sacó la daga y se la pasó por la palma de la otra mano, abriendo en ella un corte poco profundo. Cuando surgieron las primeras gotas de sangre que le corrieron por la muñeca, apretó el puño—. Ofrezco esta sangre a los dioses como prenda de la certeza de mi juramento. Narciso morirá.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Amanecía por detrás de las colinas, por el este, cuando Cato y Macro tiraban de las riendas de sus monturas en una elevación que quedaba por encima del último tramo de la carretera de Ostia. Por delante se encontraba el gran puerto a través del que llegaban todos los lujos destinados a Roma, así como el suministro vital de grano que mantenía alimentada a la plebe. Dentro de la muralla se encontraban, estrechamente apretados, edificios de pisos, y más allá se alzaban templos, basílicas y almacenes alineados junto al Tíber y el puerto. Los mástiles de los barcos se alzaban oscuros como agujas. Detrás de los dos oficiales cabalgaba uno de los pelotones montados. Los otros tres pelotones de la caballería pretoriana habían lanzado ataques relámpago contra la columna enemiga durante la noche, en un intento de entorpecer el paso de los legionarios. Unos kilómetros por detrás de Cato y sus hombres marchaba la columna principal, que se esforzaba por alcanzarlos, aun cuando veían que ya era inútil. Narciso y aquéllos de sus compañeros que habían escapado de Roma llegarían a Ostia con mucha ventaja.

La cabeza de la columna enemiga ya había entrado en el puerto, y el resto de las cohortes había cerrado filas y rechazaba con facilidad las fintas y súbitas cargas de la caballería pretoriana.

—Esto nos dificulta las cosas —comentó Macro, mientras quitaba el tapón de su cantimplora y echaba un trago del vino acre que prefería beber cuando necesitaba aguzar el ingenio y luchar contra el cansancio. Hizo una mueca al notar la quemazón del líquido en la garganta, y luego tosió y escupió—. En cuanto estén protegidos en Ostia, vamos a tener problemas para sacarlos de allí. Especialmente dado el número de hombres que nos ha proporcionado Burrus. Apenas seremos suficientes para atacar la ciudad. A menos que tengas un plan debajo de la manga. —Miró a Cato, esperanzado.

—Pues no, no tengo ningún plan ahora mismo.

—Entonces tendremos que matarlos de hambre, sencillamente.

Cato negó con la cabeza.

—Ésa no es una opción. Está claro que Narciso y sus amigos no se quedarán sentados esperando a que los de la Duodécima los vengán a salvar. No, al menos, si he juzgado bien a ese hombre. Querrá ir a por ellos antes de que Nerón tenga la oportunidad de intentar comprarlos. No es casualidad que Narciso se dirija a Ostia. Va en busca de barcos con los que llevar a sus seguidores por la costa, hacia abajo. Se dirigirán a Brundisio, o quizá desembarquen en Cuma o en Miseno y corten por la Vía Apia para unirse a sus refuerzos. Con la fortuna que llevan en ese baúl, los traidores tienen la plata suficiente para comprar la lealtad de los soldados que quieran y vencer.

Macro consideró los cálculos de su amigo y bostezó, agotado.

—Si llegan a los barcos, tendremos que seguirlos. No se puede hacer nada más.

—No, algo sí que se puede hacer. Si la flota de Miseno es todavía leal a Nerón, a lo mejor podemos cortarles el paso. —Cato se volvió en su silla y ordenó al guardia de la caballería que tenía más cerca que se acercara—. Quiero que cabalgues hasta Miseno. Busca al almirante y dile que el emperador le ordena que use su flota para bloquear el paso a cualquier barco que pase hacia el sur. Todas las embarcaciones permanecerán en puerto hasta nueva orden, o serán hundidas, si se resisten. Si cuestiona tus instrucciones, cuéntale lo que ha pasado en Roma, y recuérdale que aquellos que no respondan a las órdenes del emperador serán considerados traidores y compartirán su destino. No te pares por el camino. —Cato se frotó los ojos un momento—. Necesitarás caballos de fresco. Llévate a dos de tus hombres. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Entonces, vete.

El pretoriano saludó, dio la vuelta a su caballo y, mirando a sus hombres, ordenó a los dos últimos jinetes que desmontaran.

Macro rotó los hombros para aflojar la tensión que sentía en la espalda, antes de hablar de nuevo.

—¿Qué ocurre si el almirante está metido en la conspiración?

—Entonces tendremos que confiar en que podremos encontrar barcos lo bastante rápidos como para adelantar a Narciso antes de que llegue a Miseno. Si no, escapará, y habremos fracasado. En cuyo caso será mejor confiar en que Británico nos muestre misericordia, porque dudo que Narciso la tenga. No después de haber frustrado sus planes en Roma.

—¿Sabes algo del almirante?

—Nada. La marina es un mundo distinto, Macro. No estoy al día en temas navales. Ya ha resultado bastante difícil intentar saber en quién puedo confiar entre los hombres que tengo a mi alrededor desde que nos transfirieron a la Guardia. Exceptuando lo presente, claro está.

—Vaya, menos mal que me lo reconoces, joder. Costaría más tesoros de los que tiene el Imperio pagarme para que te clavara un cuchillo en la espalda.

Cato se lo quedó mirando.

—Qué tranquilizador resulta saber que todo tiene su precio...

—Venga ya... Simplemente intentaba bromear un poco. —La sonrisa de Macro se desvaneció cuando vio el gesto serio de su amigo. Se acercó y le dio unas palmadas en el hombro—. Encontraremos a Lucio. Lo juro. Lo encontraremos.

—Sí... —Cato cerró los ojos e inclinó la cabeza. Se sentía horriblemente cansado. Tenía los miembros como si fueran plomo, y hasta la rutina más sencilla era un esfuerzo enorme para él. Deseaba dormir como nunca lo había deseado, y sin embargo se veía espoleado por el recuerdo de su hijo, todavía vivo y necesitado de él. No se atrevía a pensar demasiado en el destino de Lucio, porque sabía que era posible que hubiera muerto ya. El único motivo por el que Narciso mantenía vivo al niño era porque podía tener algún valor como rehén. Cato se esforzó por sentarse muy recto en la silla y abrir los doloridos ojos—. Macro, vuelve a la columna y que los hombres se den prisa. Los necesito en Ostia lo antes posible. Todos los que puedas. Los rezagados pueden alcanzarnos más tarde.

Macro inclinó la cabeza ligeramente. Los hombres no habían descansado desde la noche anterior, y desde entonces muchos habían luchado en Roma para luego marchar hacia Ostia sin descanso alguno. Entre ellos se encontraban los heridos que aún podían andar, que se habían negado a

abandonar sus estandartes cuando las cohortes partieron. Esto servía también para todos los hombres de la cohorte de Cato que todavía podían poner un pie delante de otro. Y su ejemplo inspiraba al resto, todos ellos deseando seguir al héroe del momento, el elegido por el emperador. Pero, a pesar de todo eso, Macro sabía que su amigo se veía empujado solamente por el deseo paternal de salvar a su hijo de todo mal.

—Yo mantendré a los chicos en movimiento. Ya es hora de que marchen como es debido en lugar de ir de un lado a otro por Roma, buscando con quién acostarse. —El centurión saludó y volvió su caballo, lo espoleó y pasó junto al escuadrón en dirección a la capital. Cato echó un último vistazo hacia delante y levantó el brazo y señaló a los hombres montados hacia delante.

Trotaron desde la colina hacia la parte trasera de la columna enemiga, justo cuando los legionarios repelían otro ataque de los tres escuadrones enviados por delante para hostigar a los fugitivos. Ya habían caído varios pretorianos y, mientras Cato se acercaba, vio que uno de sus hombres se daba la vuelta demasiado despacio, hecho que aprovecharon rápidamente los legionarios, que cayeron sobre caballo y jinete, acuchillando las patas del animal, que se tambaleó y luego se derrumbó, con lo que el jinete fue expulsado de su silla. El hombre aterrizó pesadamente y rodó de costado, y luego se perdió de vista entre los legionarios que lo rodearon para matarlo a estocadas.

Cato frenó su montura cuando llegó a una distancia segura de la retaguardia enemiga, y entonces llamó al resto de escuadrones con un grito áspero. Los jinetes formaron a las unidades, justo cuando el sol coronaba las colinas y arrojaba una luz rojiza por todo el campo abierto frente a Ostia. Las penumbras de un momento antes se tornaron en vivos colores bajo los rayos del sol, y largas sombras se extendieron desde las líneas de jinetes, donde el vapor de su aliento salía de los ollares de las monturas. Apenas eran un centenar, estimó Cato con frustración. No los suficientes para arriesgarse a sufrir un ataque enemigo, y mucho menos para forzar su camino hacia el puerto. Lo único que podían hacer era observar a los legionarios hasta que Macro apareciera con la infantería.

Cato dio la orden de avanzar en columna, y los escuadrones formaron tras él, moviéndose en paralelo a la carretera que conducía hasta las puertas de

Ostia. Su mirada barrió las filas contrarias, pero no había señal alguna del carro, ni tampoco de civiles entre los cuales pudiera estar Lucio. Debían de estar al frente de la columna, con Narciso, supuso, y habrían entrado ya en el puerto justo antes de que amaneciera.

Al acercarse a la ciudad, varios cuerpos yacían a un lado de la carretera; los hombres asignados a la guardia nocturna de la ciudad, pensó Cato, despachados a toda prisa por la vanguardia de la columna de Narciso a medida que entraba en Ostia. Entonces, el centurión a cargo de la retaguardia gritó una orden, y su centuria se detuvo y cerró filas, formando un rectángulo con los escudos. Una nueva orden los puso en movimiento otra vez, y rápidamente cubrieron al resto de la columna mientras pasaba a través de la puerta, quedándose fuera de la vista. Los pretorianos sólo podían mirar, impotentes, cómo los legionarios cruzaban la carretera y entraban en la ciudad. Un momento más tarde las puertas se cerraron frente a ellos, y enseguida los brillantes cascos de los soldados aparecieron en la torre, por encima de la entrada en forma de arco.

Cato detuvo a sus hombres y se apoyó en los cuernos de la silla, para escrutar las defensas del puerto. A su derecha, el flujo constante del Tíber; la muralla bajaba hasta sus orillas y acababa en una torre fortificada. Al otro lado, discurría a lo largo del puerto durante casi dos kilómetros, justo hasta la boca del río, donde se alzaba otra torre. Una zanja separaba la muralla de los edificios diseminados que se alzaban a lo largo de las otras rutas que conducían a Ostia. Si Narciso había ordenado que tomaran aquellas puertas y las defendieran también, entonces no había forma de entrar en Ostia. No por el momento.

Al menos, no por tierra.

Cato se volvió y miró hacia el río. Un puñado de barcazas y esquifes ya estaban fuera. Dos embarcaciones más grandes estaban siendo conducidas río arriba por dos bueyes con el yugo, al tiempo que otra barcaza vacía se aproximaba en dirección desde Roma. A un ritmo muy lento, pasó por detrás de una arboleda y desapareció de la vista. Cato se fijó en que no había forma de ocultar una partida de hombres a bordo de la barcaza; serían vistos desde la torre de la orilla del Tíber de inmediato. Pero un hombre de más no sería detectado...

Se dio la vuelta en redondo para dirigirse al decurión superior.

—Toma los cuatro escuadrones y marcha hacia la ciudad. Cabalga arriba y abajo frente a la puerta principal, levantando mucho polvo y haciendo todo el ruido que puedas. Desafíalos en combate. Lo único que tienes que hacer es atraer la atención hacia vosotros todo el tiempo que puedas, hasta que llegue Macro. En cuanto esté aquí, dile que estaré en Ostia esperándolo.

—¿Señor?

—Simplemente dile que nos veremos en el muelle.

Tras intercambiar un saludo, Cato puso el caballo al paso y cabalgó hacia atrás, donde esperó a que el decurión diera la orden de acercarse a la puerta. Un momento más tarde, éste mandó sonar las trompetas, para añadir más distracción aún. Un bonito toque, pensó Cato, mientras dirigía su montura ya al trote hacia la franja de árboles que crecían a lo largo de la orilla del Tíber. Tan pronto como estuvo a cubierto de los árboles, desmontó, ató el caballo y corrió a través de las sombras matinales hasta que llegó al agua. La barcaza estaba a cincuenta pasos corriente abajo, y él se volvió y corrió hacia allí, llamando en voz alta al tripulante situado en la popa, que sostenía su pértiga en el lecho del río para mantener el barco en el rumbo correcto.

El hombre se volvió justo cuando Cato llegaba a la altura de la barcaza y su rostro compuso un gesto alarmado al ver que un soldado demacrado y ensangrentado corría hacia él. Dados los acontecimientos de Roma del día antes, su reacción era comprensible.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Para en la orilla. —Cato bajó el ritmo para recuperar el aliento—. Hazlo ahora.

—¿Quién eres tú?

—Actúo siguiendo órdenes del emperador... Y ahora, déjame subir a bordo.

—Nerón, ¿eh? —El hombre asintió y llamó a su compañero, que estaba a proa—. ¡Paulino, llévanos a la orilla!

Éste miró a Cato por encima del hombro, y dudó un momento, pero luego se encogió de hombros, se colocó contra su pértiga y empujó hasta que la proa giró en redondo hacia los juncos al borde del río. Cato estaba demasiado cansado para intentar saltar desde la orilla con la armadura completa, así que,

por el contrario, se dejó caer en los bajíos fangosos y vadeó hasta la parte media de la barcaza, donde la manga era más baja. Consiguió levantarse a pulso y pasar una pierna por encima de la borda, luego rodó de lado y cayó al fondo de la barcaza, y allí se quedó, echado, tratando de recuperar el aliento. El hombre que estaba a la proa empujó con fuerza, y la barcaza volvió a la corriente, mientras su camarada se agachaba junto a Cato.

—Bueno, ¿de qué va esto, entonces?

Cato se incorporó y se desató las hebillas de un lado de su peto y se quitó la armadura con un suspiro de alivio.

—Tengo que llegar a Ostia. Supongo que estarás al tanto de la conspiración contra el emperador, ¿no?

—Es difícil no enterarse. —El hombre asintió—. En cuanto se declaró el incendio, partí con el barco fuera de la ciudad tan rápido como pude. Paulino y yo esperaremos en Ostia hasta que las cosas se tranquilicen. Ése era el plan, al menos... —Se rascó la mejilla—. Pero, viendo que hay soldados por todas partes, no estoy tan seguro. ¿Qué tienes que hacer en Ostia, compañero?

—Los traidores están allí y tengo que llegar al interior del puerto sin que me vean. ¿Me puedes ayudar?

—No sé mucho de traidores. Pero me gusta bastante el nuevo emperador. Procuró que hubiese pan y vino para todo el mundo en las últimas carreras del Gran Circo. Y con eso me conquistó. Sí, te ayudaremos. Pero será mejor que te quites esa armadura si no quieres llamar la atención.

Cato asintió, agradecido, y el barquero cogió el peto y lo metió debajo de una pila de sacos vacíos, junto a la popa. Buscó entonces un manto muy desgastado y se lo arrojó a Cato.

—Toma, ponte esto. Así podrás esconder la espada y parecerás uno de nosotros.

Cato hizo lo que le decía, intentando no fijarse en el olor a moho y a sudor que provenía de los desgastados pliegues del manto. Una vez camuflado, se dirigió a popa y se sentó junto a los sacos vacíos. La barcaza estaba alcanzando ya la línea de los árboles, donde el nivel del Tíber era lo bastante alto para ver por encima de la orilla. La caballería pretoriana estaba alrededor de la puerta y la muralla principales, blandiendo sus lanzas y gritando desafíos e insultos a los legionarios que estaban por encima de ellos.

—Supongo que esos son los tuyos, ¿no? —comentó el barquero.

Cato dudó antes de responder. Aunque el hombre estaba haciéndole un favor, era posible que se sintiera tentado de traicionarlo por una recompensa si se enteraba de cuál era su rango, de modo que asintió, despreocupado.

—Mi gente, sí.

—Bueno, pues no van a ir muy lejos actuando así, ¿no? Menudos chulos los pretorianos... Exceptuando lo presente, claro.

Cato sonrió y se echó hacia atrás, como fingiendo que no le preocupaba lo que ocurría junto a la puerta, mientras la barcaza se deslizaba hacia la torre al final del río, en un extremo de la muralla de la ciudad. Cuando estuvieron más cerca, distinguió el oxibel para lanzar de pernos que tenían montado allí. Una reliquia de los días en que los piratas todavía se atrevían a atacar la boca del río, desde luego, pero, si todavía funcionaba, podría hundir la barcaza con bastante facilidad. Unas cuantas caras a lo largo del parapeto ya miraban en dirección al barco conforme éste se acercaba. Pero sólo con tres hombres a bordo, y sin ninguna posibilidad de que una partida de desembarco quedara oculta en el casco vacío, no emprendieron acción alguna y los dejaron pasar y navegar hacia el muelle, donde múltiples embarcaciones similares estaban amarradas. Paulino dejó la pértiga a un lado y empujó la proa, y la corriente llevó suavemente la barcaza hacia ellos. En el último momento volvió a sacar la pértiga y con ella sujetó la borda de la barca más cercana. El que iba en la popa hizo lo mismo y señaló hacia una cuerda enrollada que se encontraba junto a Cato.

—Toma eso y haz un nudo en la cornamusa del otro barco, y luego amárralo al nuestro. ¿Entendido?

Cato asintió y se puso a hacer lo que le pedía el barquero. Un momento después estaban atados con toda seguridad borda con borda, y Cato miró por encima de las otras barcas, hacia el muelle. No había señal alguna de soldados, sólo un puñado de marineros a bordo de algunas de las barcazas y civiles que entraban y salían a toda prisa de los almacenes que estaban enfrente. La tensa atmósfera de la capital, junto con el deseo de abandonar las calles y apartarse de los soldados, se había extendido por Ostia, observó Cato. Tendría pocas oportunidades de mezclarse con ellos en el puerto, así que tendría que proceder con precaución.

Dio las gracias a los barqueros y cruzó los barcos que se interponían en su camino hasta el muelle. A doscientos pasos a su derecha se encontraba un corto malecón que marcaba las aguas más profundas, donde estaban fondeados o al ancla los barcos que salían al mar, cuyos mástiles y vergas dibujaban una profusión de líneas angulosas ante el claro cielo matutino. La luz del sol relucía en los cascos y armaduras de los soldados situados a lo largo del malecón, y otros más investigaban en la barcaza más cercana en busca de equipo y botín. Cato se dirigió hacia ellos por la calle casi desierta que corría entre el muelle y los almacenes. Cuando ya estaba cerca de los primeros soldados, se volvió hacia un callejón y se encaminó hacia el centro del puerto, a lo largo de un lado del vasto granero que recibía el grano de Egipto y de Sicilia que alimentaba a la ingente población de Roma.

Los legionarios pasaban entonces por el final del callejón, y Cato se dio la vuelta, rodeó el granero y camino hacia el embarcadero de Ostia. Si sus sospechas eran correctas, era allí donde Narciso y sus compañeros organizarían la carga de tropas para huir por mar. Y Lucio estaría con ellos. Aceleró el paso una vez pasado el templo de Hércules, junto a la amplia avenida que acortaba por el centro de los muelles. Algunas unidades se mantenían unidas bajo las órdenes de sus centuriones y optios, y marchaban en columnas estrechas. Otras, que se habían separado por unidades, iban en pequeños grupos. Algunos soldados se detenían en las pequeñas tiendas alineadas a los dos lados de la calle, robando todos los objetos de valor que podían encontrar, así como vino y comida. Los sacerdotes del templo habían cerrado y atrancado la puerta, y los veían pasar a través de pequeñas ventanas enrejadas junto a la entrada.

Cato se paró junto a un grupo de civiles en el escalón más alto que se alzaba sobre la calle. Miraban con nerviosismo a los legionarios.

—Siempre he pensado que tenían que defendernos —se quejó en voz baja un hombre a su vecino, señalando a un legionario con un fardo de seda encima del hombro—, no que actuarían como conquistadores.

—Malditos soldados —replicó el otro, amargamente—. Son unos chulos que no sirven para nada. No son mejores que la otra basura que intentó echar a Nerón. Ellos son los malos, en realidad. Los que empujaron a romanos contra romanos. Y nos echaron encima a esos perros.

Cato se tapó más con el manto alrededor del cuerpo para que no se le viera la espada, y serpenteó por los callejones hasta que salió dos almacenes más allá, en el muelle principal de Ostia. El embarcadero estaba atestado de legionarios, y Cato dio unos pasos hacia atrás, quedándose en una esquina desde donde podía vigilarlos. Más grupos de legionarios embarcaban, cortaban los cabos y rasgaban las velas que estaban guardadas en cubierta. Otros más cargaban materiales de combustible: tinas de brea y paquetes de astillas de madera y lino de los almacenes más cercanos. Vio todo esto mientras estudiaba el embarcadero en busca de alguna señal de Narciso y los otros conspiradores y, con suerte, también de Lucio.

De repente llegó un grupo de literas, a unos cien pasos de distancia, y de ellas salieron varias figuras: la inconfundible cabeza calva de Narciso entre ellas. Éste hizo un gesto hacia uno de los barcos de guerra fondeados, y el grupo se apresuró a embarcar en él y se dirigió hacia el castillete cubierto de la popa. Cato asomó la cabeza y se puso de puntillas, pero no consiguió distinguir a Lucio entre tantos soldados y marineros. Pero si Lucio estaba por allí, se encontraría cerca de Narciso y su gente. Si Cato podía acercarse a ellos, quizá tuviera alguna oportunidad de rescatarlo.

Bajó por el callejón, luego dio la vuelta por otro, detrás de los almacenes, y se acercó a toda prisa a los buques de guerra. Cuando juzgó que ya estaba lo bastante cerca, aminoró la marcha y buscó una forma de salir. Había una pequeña puerta en la parte trasera del patio que tenía al lado, y probó el tirador. Aunque las maderas de la puerta estaban viejas y carcomidas, aguantaron el tirón; el cerrojo sonó, pero no se movió. Cato echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba, y entonces sacó la espada y hurgó con la punta en el hueco que había junto al marco de la puerta; poco a poco astilló la madera, hasta que el cerrojo interior quedó expuesto. Luego metió el filo de la espada en el cerrojo, y lo movió poco a poco, hasta que al final salió el pivote y la puerta se abrió con un sordo gemido, girando en sus goznes.

Al otro lado, un estrecho patio, la parte trasera de un almacén, con una plataforma de carga que parecía conducir a un amplio interior donde grandes jarras sin esmaltar se encontraban apiladas en estantes de madera. Por el olor de aquel sitio estaba claro que allí se almacenaba principalmente garum. Cato

se aupó hasta la plataforma y entró en el almacén. Lo cruzó, en dirección a la parte delantera del edificio. Había un cierto número de puertas arqueadas que se abrían al embarcadero, pero todas estaban bien atrancadas, así que subió un tramo de escaleras y llegó a un despacho, en el que había ventanas a cada lado de un balcón. Se acercó a la más cercana y suavemente corrió el cerrojo, y luego separó los postigos para poder tener una buena vista sobre el embarcadero.

Directamente frente a él, filas de soldados serpenteaban hacia unas rampas de embarque que conducían a dos grandes buques de carga. Al otro lado, también estibaban más buques; más allá, varias embarcaciones se habían apartado del embarcadero y se acercaban a la entrada de la bahía a remo. Flotaba el humo por encima de las suaves olas de aquellas aguas tan resguardadas, y Cato vio que habían prendido fuego a algunos de los barcos en la parte de abajo del muelle, para que no pudieran usarlos las fuerzas lealistas que avanzaban sobre Ostia. Desde el otro lado de la ventana, buscó el buque de guerra que antes le había llamado la atención. Le entro un súbito pánico: los atracaderos estaban vacíos. Abrió los postigos un poco más, arriesgándose a ser descubierto por los soldados, y entonces los vio: tres birremes maniobraban lentamente apuntando con sus espolones a la entrada de la bahía.

En la cubierta del más cercano estaba Narciso, mirando hacia la precaria flota que se dirigía hacia el mar. Junto a él se encontraba la diminuta figura de Lucio, con las manos levantadas, intentando mirar por encima de la borda. Cato notó que la garganta se le secaba y ahogó un grito al ver a su hijo. También sintió mucho alivio, porque estaba vivo, pero ahora no tenía esperanza alguna de poder rescatarlo. Era demasiado tarde, y pensó que se le iba a desgarrar el corazón.

Desesperado, vio que Narciso bajaba la vista y alborotaba el pelo al niño. Luego se agachaba para tomarlo en brazos, y lo levantó para que el niño pudiera ver mejor. Lucio señalaba los barcos y levantaba la vista hacia Narciso, y al momento ambos compartieron una sonrisa. Cato notó que su dolor se convertía en náuseas y en un odio terrible y amargo hacia Narciso. El secuestrador de su hijo. Ese malvado y astuto traidor que había usado al niño

para obligar a Cato a traicionar al emperador. Y allí estaba, tratándolo como un tío afectuoso.

No había forma de muerte, por muy humillante y dolorosa que fuera, que no mereciera Narciso, pensó Cato. Aquel hombre estaba bañado de la sangre de sus víctimas. Había destruido la fortuna de todo aquél que se había interpuesto en su camino. Había manipulado a Cato y Macro para que le hicieran el trabajo sucio. Y, mientras tanto, aseguraba que todo era por el bien de Roma, cuando en realidad el único objetivo de sus malignas acciones era el engrandecimiento y enriquecimiento de sí mismo. Era un ejemplo vil de lo más innoble, mendaz, egoísta y cruel que había habitado jamás la tierra, y debía ser exterminado, decidió Cato.

Cato rechinó los dientes, furioso porque su hijo estuviera entre los brazos del monstruo que había apestado su vida desde que se conocieran. El monstruo que había envenenado el matrimonio de Cato, el monstruo que le había robado a su hijo. Le costó toda su fuerza de voluntad no rugir de rabia y chillar y desafiar a Narciso para que se diera la vuelta y combatiera con él, de hombre a hombre. Pero sabía que así lo único que conseguiría sería una muerte segura, y moriría sin saber si Lucio estaba a salvo. Con un gran esfuerzo, se apartó de la ventana. Cerró los postigos, bajó las escaleras y salió del almacén.

De nuevo en la calle principal del puerto, se centró en organizar la persecución de su enemigo. La mayor parte de los legionarios ya habían llegado a la bahía, sólo quedaban unos cuantos rezagados. Parecía que los civiles se atrevían ya a salir de sus hogares, curiosos por las columnas de humo que se alzaban de la dirección del mar. Cato pasó junto a ellos sin hacer caso de las protestas y los insultos que le dedicaban. Debía alcanzar la puerta y asegurarse de que el camino estaba libre para Macro y la columna de pretorianos.

Ya tenía las torres de la entrada a la vista cuando la gente empezó a correr por delante de él. Un momento más tarde, el penacho del casco de un centurión seguido de unos cuarenta hombres, más o menos, aparecieron al trote. El elemento final de la retaguardia, asignada a defender la puerta mientras la fuerza principal se dirigía hacia los barcos de la bahía. Cato se quedó contemplando a los legionarios, que pasaban pisando con fuerza con

las botas en las piedras del pavimento, mientras sus guarniciones tintineaban y golpeaban contra ellos. Cuando desaparecieron, él se volvió y corrió hacia la puerta. Jadeaba al llegar. Temblaba, cansado de corazón y de cuerpo, pero consiguió soltar el madero y, clavándose en el suelo, abrió las puertas y salió de la ciudad.

Pronto comprendió la causa de que la retaguardia estuviera yendo a toda prisa hacia los barcos que quedaban: a cincuenta pasos de distancia, la caballería pretoriana formaba a ambos lados de la carretera hacia Roma. Y por esa misma carretera, a paso ligero, venían Macro y las cuatro cohortes pretorianas. En cuanto vio a su amigo, el centurión echó a correr, y un momento más tarde estaba sujetando a Cato, que se apoyaba en el interior de la puerta en forma de arco.

—¿Estás bien, chico? ¿Estás herido?

—No, estoy bien. Sólo necesito respirar. Entonces estaré bien. —Cato cerró los ojos y respiró unas cuantas veces con fuerza, y luego continuó—: Lucio está vivo.

—¿Vivo? Gracias a los dioses.

—Lo he visto. Con Narciso. En el puerto.

—Entonces, vamos. —Macro se volvió a llamar a los hombres—. ¡Segunda Cohorte! ¡A marchas forzadas! ¡Conmigo!

Sin esperar a que los alcanzaran, Macro y Cato entraron en el puerto y bajaron por la calle principal que daba al muelle. Al salir a cielo abierto, vieron que los últimos legionarios subían a bordo de un buque de carga, mientras la tripulación soltaba amarras y usaba los remos para apartar el barco del embarcadero. A su alrededor el resto de barcos tenían las jarcias cortadas y se balanceaban inútilmente. Muchos buques estaban ardiendo, y los primeros marineros ya salían de los callejones para intentar salvar su medio de vida mientras el humo inundaba los almacenes y el mar. Espesas nubes de humo se arremolinaban en el cielo como serpientes. Por los huecos entre el humo, Cato vio que los barcos dirigidos por Narciso y sus seguidores estaban dando la vuelta al malecón del puerto y giraban hacia el sur. A cabeza del variopinto escuadrón se encontraban los tres birremes, navegando a remo, que se deslizaban encima de las olas salpicando con un ritmo regular.

Cato aguzó la vista para distinguir todos los detalles del buque que iba en cabeza, y luego se volvió hacia el primero de los pretorianos que llegaba a la escena.

—Necesitamos barcos. Quiero que apaguéis esos fuegos y reparéis las jarcias de inmediato. Entonces perseguiremos a esos hijos de puta y los crucificaremos a todos, hasta el último. Tan seguro como que la noche viene detrás del día.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Las huellas del combate naval del día anterior eran evidentes. Varios buques yacían embarrancados en la playa o bien apoyados contra las rocas. Maderas, remos, fragmentos de velas y todo tipo de escombros y cuerpos bailaban entre las olas, mientras los barcos donde iban Cato y sus soldados navegaban hacia el promontorio más allá del cual se encontraba la base naval de Miseno. Cato y Macro viajaban a bordo del navío de carga más grande de todos, reparado a toda prisa en Ostia, y desde allí dirigían a una pequeña flota. No eran los únicos en el mar aquella mañana. Cinco pequeños barcos de guerra, liburnios, se habían quedado al paio, formando una débil pantalla frente al acceso a la bahía, que se extendía desde el promontorio hasta el cabo Sorrento, unos cincuenta kilómetros más allá.

—Parece que tu mensaje ha llegado al almirante —dijo Macro, contemplando la escena—. La marina ha librado una batalla importante.

Cato asintió.

—La cuestión es: ¿quién ha ganado? Y: ¿esas naves que nos esperan son nuestras o tuyas?

Macro ahuecó las manos sobre los ojos para ver mejor y enfocó hacia los liburnios antes de responder:

—Los nuestros. ¿Verdad?

—Pues no lo sé. —Gracias a una noche de sueño acurrucado bajo un manto en cubierta, la mente de Cato estaba fresca y alerta ante cualquier posible peligro—. No tenemos ni idea de dónde están las lealtades del almirante, ni tampoco de si hay traidores en su flota. Es posible que los conjuradores hayan ganado y que esas naves hayan recibido órdenes de vigilarnos. Quizá incluso de atacarnos. Pronto lo sabremos. Mira ahí. —Cato señaló un barco que acababa de encararse a ellos. Un momento más tarde, las bancadas de remos de ambos lados se levantaron y cayeron al unísono, y un

pequeño chorro de espuma blanca mostraba dónde cortaba el espolón el agua del mar.

—¿No deberíamos hacer señas a los otros barcos de que se pusieran al paio? —preguntó Macro—. Hasta que lo sepamos seguro...

—No, seguiremos avanzando.

Hasta que supieran lo que había sido de Narciso, Cato estaba decidido a avanzar, a perseguir al enemigo como los lobos muerden los talones a las ovejas.

Macro miró a su amigo, preocupado porque Cato parecía haber abandonado su habitual precaución. Pero, claro, la vida de su hijo estaba en riesgo, y ése era motivo más que suficiente para que se comportase así. Pero si su actitud ponía en riesgo la misión y las vidas de los hombres, Macro sabía que tendría que intervenir, y no se sentía cómodo ante la perspectiva de enfrentarse a su amigo del alma y, más importante, superior jerárquico.

El viento soplaba del norte, de forma que la flotilla pretoriana se acercó rápidamente al liburnio. Cuando ya lo tenían a poco más de a un kilómetro y medio de distancia, empezó a virar. Macro lo estudió, suspicaz, cuando la proa del buque de guerra apuntó directamente a ellos durante un instante. Luego, en una maniobra pulcramente ejecutada, el liburnio dio la vuelta y se colocó junto al barco de Cato, reduciendo la velocidad para acoplarse a la del potente buque de carga.

—Gracias a los dioses —dijo Macro—. Por un momento pensé que ese hijo de puta venía a por nosotros.

—A mí también se me ha pasado esa idea por la cabeza —comentó Cato, secamente—. Pero parece que estamos a salvo, al menos por ahora.

Un oficial de la plataforma de popa gritó:

—¿Está a bordo el prefecto Quinto Licinio Cato?

Cato se llevó las manos en torno a la boca y respondió.

—¡Soy yo!

—¿Puedo subir a bordo, señor? El almirante Lemilo me ordenó que vinieron a informarte en cuanto llegaras a Miseno.

—Claro que sí. —Cato se volvió hacia el capitán del barco y dio orden de ponerlo al paio. Los marineros corrieron a soltar las escotas mientras el timonel viraba la embarcación y la ponía contra el viento. El resto de la flota

siguió su ejemplo. Entretanto, en el barco principal arriaban un esquife por la borda al que subieron un oficial y dos tripulantes, que desatracaron y rápidamente llevaron a remo la pequeña embarcación, por encima del suave oleaje, hasta el costado del buque de guerra. Un momento más tarde el oficial naval trepaba por el costado de babor, donde Cato y Macro lo esperaban.

—Navarca Espiromandes, señor.

—Haz tu informe —pidió Cato, escueto—. Hemos visto el desastre. Supongo que el almirante ha conseguido interceptar a los traidores...

—Sí, señor. Tu mensajero llegó a la base justo antes de que los avistáramos desde la torre del vigía en el cabo. El almirante dio la orden de echarse a la mar lo antes posible. La mayoría de los barcos estaban en dique para las reparaciones invernales, pero conseguimos juntar los suficientes para cuando el enemigo dobló el promontorio. El almirante les ordenó que se rindieran, pero el que parecía su cabecilla mostró a Británico en la borda y, tras proclamar que él era el verdadero emperador, ordenó a su vez que la flota se retirara para dejarles pasar. El almirante se negó y mandó atacar. Nos vimos superados en número de tres o cuatro a uno, pero ellos sólo contaban con un puñado de barcos de guerra, de modo que hundimos varios de los suyos sin sufrir pérdidas antes de que se nos escabulleran y salieran por la bahía. Los perseguimos y capturamos a unos cuantos más, pero al menos la mitad han escapado.

—¿Han escapado? ¿A dónde?

El navarca señaló hacia el sur.

—Capreae, señor. Han conseguido llegar a la bahía y han desembarcado a sus soldados en la isla. El almirante los tiene bloqueados allí, y ha dado órdenes de que tú y tus hombres os unáis a él de inmediato.

—Parece que alguien quiere asumir el mando de la operación —gruñó Maro dirigiéndose a Cato.

Cato miró en silencio al oficial naval un momento mientras pensaba en cuáles serían sus próximas instrucciones. Había visitado la isla unos años antes y, por lo que recordaba, era fácil de defender, ya que estaba en su mayor parte rodeada de altos acantilados.

—Nos dirigiremos hacia Capreae. Mientras tanto, reúne tus barcos, ve delante de nosotros y dile a tu almirante que requiero que me informe en el

momento en que llegue. No atacará antes, salvo para evitar que el enemigo intente abandonar la isla. También le informarás de que yo actúo bajo órdenes directas del emperador, y que Nerón me ha autorizado a dirigir todas las fuerzas que estime necesarias para aplastar a esos traidores. Y eso incluye a la flota de Miseno y su almirante.

Espiromandes arqueó las cejas, sorprendido.

—Creo que al almirante no le va a gustar, señor. La cadena de mando coloca solamente al emperador por encima de él.

—Lo entiendo. Por lo que respecta al almirante, yo actúo en nombre del emperador, y dile que me obedezca como si yo fuera el mismo Nerón. Si el almirante... ¿cómo se llama?

—Cayo Lemilo Secundo, señor.

—Bien, pues si el almirante Lemilo desea cuestionar mi autoridad, me entregará el mando de la flota y se dirigirá a Roma a hablar con el emperador directamente. Si piensa en obstruir mi actuación, debe saber que el emperador ha decretado que cualquiera que ayude a los traidores, aunque sea por omisión, será contemplado como simpatizante suyo... —Cato hizo una pausa—. No creo que tenga que delectarte lo que eso puede representar para tu almirante, o para cualquiera de sus oficiales que se interponga en mi camino. ¿Comprendido?

El navarca se mordió los labios y asintió.

—Sí, señor.

—Entonces, vete.

Espiromandes saludó y volvió rápidamente al esquife, y sus hombres comenzaron a remar enseguida hacia el buque de guerra. Poco después, los remos liburnios impulsaron a la nave hacia delante y rápidamente ésta se apartó del buque de carga. Un pendón de señales trepó al momento por el mástil y los otros barcos de guerra se volvieron y empezaron a seguirlo.

—Si tienes una prisa tan loca por echar las manos encima a Narciso, podrías haberte ido con ellos.

—No. Es mejor dejar que el almirante Lemilo entienda cuál es la situación antes de aparecer yo por allí. Quizá no le guste, pero es mejor así que pillarlo de improviso en el momento en que aborde su buque insignia.

Cuando la flotilla pretoriana dobló el promontorio, una vasta bahía se abrió ante ellos. A la izquierda se alzaba el imponente monte Vesubio, cuya cima era apenas visible a través de la neblina. A lo largo de la costa se encontraban una serie de pequeñas ciudades y pueblecitos pesqueros. A pesar de la estación, en las aguas de la bahía vareaban se hallaban un cierto número de embarcaciones, barcas de pesca y buques de carga en su mayoría, y Cato no pudo evitar maravillarse por la pacífica continuidad de la rutina diaria al mismo tiempo que se dirimían grandes asuntos de estado y tragedias personales. A la mayoría de la población costera de aquella bahía le importaba un bledo si el emperador era Nerón o Británico. Tampoco les importaba si Cato podía rescatar o no a su hijo. La vida de cualquier persona no destinada a quedar inscrita en los anales de la historia era un asunto rápido y privado, reflexionó. Y la mayor parte del tiempo lo consumían luchando por sobrevivir, haciendo frente a la tragedia y la decepción. La felicidad, fuera del tipo que fuera, no era más que un breve interludio, y por tanto había que tratarla como el advenimiento de la fortuna que era. Había amado a Julia y la había perdido. Y ahora era posible (incluso probable) que perdiera también a Lucio.

Intentó apartar esos pensamientos de su cabeza y, cerrando los ojos, dejó que el aire limpio y salado, tan distinto al hedor sudoroso de Roma, le penetrara por la nariz. Luego, se volvió a Macro e hizo un esfuerzo para sonreír.

—Bueno, entonces, ¿qué planes tienes para Petronela?

—¿Planes? —Macro frunció el ceño y se echó a reír—. Por los dioses, ¿a qué viene eso ahora? Acabamos de salir de un combate y estamos siguiendo el rastro de los traidores más peligrosos que ha visto jamás Roma, y a ti te preocupan mis problemillas domésticos...

—¿Por qué no? No vamos a llegar a Capreae hasta dentro de unas horas. No podemos hacer nada útil hasta entonces.

—Supongo que no... —Macro se encogió de hombros—. Has estado pensando en Julia, ¿verdad?

—Me conoces demasiado bien.

—Te conozco lo suficiente para saber que estás preocupado y normalmente también para saber qué es lo que te preocupa. Así que...

—Tienes razón. —La expresión de Cato se ablandó—. Estaba equivocado con Julia. Maldije su nombre y me esforcé por odiarla. No tendría que haberlo hecho. Todo esto ha envenenado los recuerdos que conservo de ella.

—Pero no es culpa tuya, muchacho. Fue obra de Narciso y sus amigos.

—Ya lo sé. Pero he aprendido la lección. El hecho es que nuestra situación es precaria. Y parece lo es siempre, por cierto, no cambia. De modo que nosotros mismos nos ganamos todas las recompensas que aparezcan en nuestro camino. Si te gusta Petronela, disfruta todo el tiempo que puedas pasar con ella. Hasta el último momento. Si salimos con vida de esto, procura convertirla en tu mujer.

—¿Mujer? ¿Lina mujer para mí? —Macro chasqueó la lengua—. No te burles de mí... Tengo una cierta reputación. Si me caso, los chicos de la cantina de oficiales se mearán de risa. Aunque, pensándolo bien, valdría la pena hacerlo aunque sólo fuera por eso.

Cato lo miró y sonrió ligeramente.

—Te conozco muy bien, amigo mío. Y sé que tu dama vale mucho más para ti que todo eso. Simplemente digo que deberías hacer algo.

Macro se encogió de hombros.

—Bueno, quizá lo haga. Y ahora, si no te importa, si no hay cosas más importantes que discutir, voy a echar una siestecita.

—Como quieras.

Macro se encaminó hacia la popa, a los escalones que conducían al pequeño puesto del timonel, y se acurrucó en el ángulo entre los escalones y la baranda. Dobló las piernas y los brazos y cerró los ojos, y al momento la barbilla le cayó sobre el pecho, ya dormido. Una vez más, Cato envidió la capacidad de su amigo de dormirse con tanta rapidez. Él nunca sido capaz de ello. Siempre estaba acosado por turbados pensamientos y su mente inquieta no descansaba desde hacía mucho tiempo. Caminó hasta la proa y se agarró a la roda, tallada y pintada con sencillez formando la figura de Neptuno. Los riscos de Capreae eran apenas visibles entre la neblina que se elevaba sobre el horizonte, y Cato notó un nudo en el estómago ante la perspectiva de un encuentro final con Narciso.

* * *

El almirante Lemilo no hizo intento alguno de disimular su desdén por el joven oficial pretoriano que actuaba temporalmente como su comandante. Era un hombre alto, con la piel castigada por el sol y las batallas, y sus ojos castaños y hundidos no se perdían nada de lo que sucedía a su alrededor mientras informaba a Cato y Macro en el puente de su buque insignia, un antiguo trirreme que había combatido en la batalla de Actium. El *Pegasus* se balanceaba tranquilamente a unos cuatrocientos metros del puerto de la isla. El resto de la pequeña flota se extendía a ambos lados de su buque insignia y, tras ellos, se encontraban los buques de carga que transportaban a las tropas de Cato.

Capreae medía casi seis kilómetros de extremo a extremo. Una fila de acantilados corría por la parte central de la isla, cortándola por la mitad. El lado este, el más cercano al continente, formaba un collado de aspecto suave entre los acantilados y el terreno elevado que conducía a un estrecho cabo, sobre el cual el emperador Augusto había construido una villa donde sin duda se guarecían ahora los traidores. La aldea había sido enormemente ampliada por su heredero, Tiberio, para aprovechar las espectaculares vistas de la bahía. Era un hogar digno de un dios, y por ese motivo se había llegado a conocer como la Villa de Júpiter. Se llegaba a ella a través de un camino empinado desde el puerto. Cato había estado en aquella isla anteriormente una vez, y sabía que la ruta sería fácil de defender, ya que no había otro modo de acercarse a la villa. Pero la dificultad más acuciante era desembarcar. Aparte del puerto que tenían enfrente y otro diminuto que estaba justo en el lado contrario de la isla, y que además sólo contaba con un muelle lo bastante largo como para albergar a un barco cada vez, Capreae estaba protegida por los acantilados.

—Un asalto frontal al puerto principal sería un suicidio —explicaba Lemilo mientras Cato observaba los mástiles de los barcos que estaban detrás del malecón. Apenas una docena de las embarcaciones que Narciso había capturado en Ostia habían arribado a la seguridad de la bahía. Pero, una vez dentro, y habiendo tomado control de las defensas, se mantenían a salvo. El almirante señaló hacia las sólidas torres de vigilancia a cada lado de la entrada del puerto—. Como veis, las torres tienen catapultas, y allí, en la cima del acantilado, hay una batería de oxibeles. También sale humo, o sea

que debemos suponer que tienen proyectiles incendiarios preparados para disparar a cualquiera que intente entrar en el puerto. Además, hay más oxibeles montados a intervalos a lo largo del malecón. Lo cierto es que sufriríamos unas bajas enormes si intentásemos tomar el puerto por la fuerza. Cualquier barco que lo intente desembarcaría sus tropas frente a una batería de proyectiles, y esos hombres acabarían masacrados.

Cato aspiró aire entre los dientes.

—Sin embargo, debemos tomar la isla y capturar a los conspiradores. No podemos arriesgarnos a que se nos escapen, al abrigo de la oscuridad, y consigan reunirse con los refuerzos que vienen de Brundisio.

—Bueno, y entonces, ¿qué sugieres, prefecto Cato? ¿Qué sacrifique a la flota en un ataque inútil? Y no sólo mi flota, sino también tus hombres...

—Por supuesto que no. Tiene que haber otra forma de desembarcar en la isla. ¿Está muy bien defendido el puerto por el otro lado?

—Es bastante fácil que un barco llegue hasta aquel embarcadero, pero también allí hay una torre de guardia fortificada. Y catapultas. Un puñado de hombres sería capaz de mantener a raya a todo un ejército.

—¿Y no podemos intentar desembarcar por ningún otro lado? —preguntó Cato.

—No —respondió Lemilo sin rodeos.

Hubo un breve silencio mientras los oficiales contemplaban las formidables defensas del puerto principal. Al cabo, Espiromandes se armó de valor y se dirigió a su almirante:

—Hay otra posibilidad, señor.

—Calla —le soltó Lemilo—. No he pedido tu opinión.

—Espera —intervino Cato—. Quiero escucharlo. ¿A qué te refieres con eso de otra posibilidad?

El almirante fulminó a su subordinado con la mirada.

—Hay una cala muy pequeña cerca de aquí, hacia el este del puerto más pequeño, señor —dijo al fin el navarca—. Los pescadores locales la usan de vez en cuando, sobre todo cuando los sorprende alguna borrasca. Aparte de eso, es un lugar adonde les gusta ir a los jóvenes a beber y a bailar los días de fiesta.

—¿Y cómo sabes eso? —le preguntó Cato.

—Porque yo nací en Capreae, señor. Viví aquí hasta que me uní a la armada.

—¿Y cómo nos puede ayudar esa cala?

—Hay un camino que baja hasta la cala. Se encuentra un poco más allá del camino entre la villa y el puerto. Es empinado, y sólo cabe una persona. Y si los rebeldes lo conocen...

—No, no son rebeldes —interrumpió Cato—. Llámales lo que son: traidores.

Espiromandes asintió.

—Sí, señor. Traidores, pues. Si conocen el camino, podrán defenderlo con un puñado de hombres.

—Entonces no nos sirve para nada —decidió Lemilo.

—Por el contrario —dijo Cato—, si Narciso no lo conoce, ese camino puede ser la única forma de tomar la isla. Aunque lo conozca, quizá podamos abrirnos paso por allí. Si no, nos retiramos y pensamos en alguna otra solución. El emperador no se sentirá nada complacido con ninguno de nosotros si no conseguimos tomar la isla y capturar a los traidores lo antes posible. Yo no soy nada partidario de poner a prueba la voluntad de Nerón... ¿Y tú, almirante?

Lemilo apretó mucho los labios y se negó a mirar a Cato a los ojos o a responder la pregunta siquiera.

—Muy bien, entonces —anunció Cato—. A menos que haya alguna otra sugerencia, le daremos una oportunidad a esa cala tuya, Espiromandes.

—¿Y cuándo propones hacerlo? —preguntó Lemilo.

Cato lo miró fijamente.

—¿Cuándo? Pues esta noche, por supuesto. Tú asaltarás el puerto principal para atraer su atención. Si todo va bien, al amanecer nosotros tomaremos la villa con todos los traidores dentro.

—¿Y si no va bien?

—En ese caso, Macro y yo probablemente hayamos muerto. Y te tocará a ti explicárselo todo al emperador.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Los sonidos del primer ataque quedaron amortiguados por la propia isla, pero aun así Cato podía distinguir a lo lejos el crujido de las catapultas, el sonido agudo de las trompetas y los gritos de batalla de marineros y soldados cuando los barcos de guerra avanzaron en medio de la noche y empezaron a lanzar una andanada de proyectiles contra las defensas del puerto. Una luna muy menguante iluminaba el cielo, cuya luz se igualaba al resplandor de las estrellas, de modo que los defensores no habrían tenido muchas posibilidades de advertir el ataque. Por el contrario, el puerto y los edificios portuarios, así como la ruta de subida a la villa y la propia villa en sí, estaban iluminadas por antorchas y braseros, lo que hacía más fácil maniobrar a las fuerzas navales y situarse en posición, a cubierto de la noche.

Mientras Lemilo comandaba la mayoría de la flota, así como los dos buques con las dos cohortes que Cato había dejado como reserva, Espiromandes había hecho formar a su escuadrón de liburnios y a los barcos que transportaban a las otras dos cohortes en un amplio arco en torno a la punta más oriental de la isla, a última hora de la tarde, como si se fuera a dirigir a tierra firme. En cuanto el sol se puso, dieron la vuelta para acercarse a la ensenada de los pescadores. Inevitablemente, varios de los barcos se habían perdido en la oscuridad, pero había conseguido que un número suficiente de ellos circunvalara la isla por el sur e hiciera factible el plan de Cato.

Espiromandes fue el primero en desembarcar en un esquife, y se abrió camino a ciegas hasta la pequeña franja de la playa. En cuanto hubo tocado tierra, se situó y alineó las dos luces con pantalla para guiar a las gabarras de los buques de carga donde navegaban los pretorianos. Cato y Macro iban en una de las primeras barcas. En torno a ellos, el mar, misericordiosamente tranquilo, rompía contra los acantilados rocosos con un ligero golpeteo,

aunque sonaba ensordecedor y peligroso a oídos de Cato, que tuvo que hacer un esfuerzo enorme para quedarse sentado, aparentando una calma que no sentía, en la popa y dar ejemplo a los soldados que tenía delante. Precisamente ahora era esencial que sus hombres tuvieran absoluta confianza en él. Nunca se había embarcado en una empresa tan arriesgada. Podían salir mal muchas cosas en un ataque nocturno, y mucho más aún en una operación marítima como aquella. Los acantilados se alzaban ante ellos, y también a ambos lados, y Cato estaba seguro de que iban a chocar con alguna roca en cualquier momento. Sólo el resplandor parpadeante de las pantallas le daban alguna tranquilidad.

—¿Falta mucho? —susurró Macro, con voz ronca, con la garganta seca por la ansiedad—. ¿Dónde está esa maldita playa?

—Silencio —replicó Cato con calma—. No puede estar lejos.

Y efectivamente, el suave susurro del agua en los guijarros llegó a sus oídos, y luego vio la débil silueta de unas figuras que se movían a la escasa luz de las lámparas de aceite.

—Despacio los remos —ordenó el oficial del buque de carga, y los hombres descansaron los remos justo por encima del agua mientras el barco se deslizaba hacia delante hasta embarrancar entre los guijarros.

—Menos mal, joder —murmuró Macro, y luego levantó la voz sonó lo suficiente para hacerse oír por los otros—. Por encima de la borda, chicos. Formad en la playa y esperad órdenes.

Recogieron los escudos del fondo del barco y saltaron a tierra. Habían desembarcado ya unos treinta hombres, a los que sus oficiales colocaban en formación, cuando Cato y Macro subieron desde la playa hasta el lugar donde ardía la lámpara más lejana. Tal y como habían dispuesto, Espiromandes los esperaba allí.

—¿Adónde lleva este camino, dices? —preguntó Macro.

El navarca se volvió e hizo un gesto que aclaraba poca cosa, señalando el pie del acantilado.

—Justo allí. Lo bastante claro como para seguirlo cuando llegue el momento.

—Tendremos que subir en cuanto podamos —dijo Cato—. Lemilo no podrá mantener la comedia mucho tiempo. Tendremos que haber avanzado

mucho por ese camino cuando se retire, y estar arriba del todo antes de que amanezca.

—Puedo llevar a tus hombres hasta allí arriba, señor —insistió Espiromandes—. Confía en mí.

—¿Hay alguna señal de vigías?

—No, señor. He explorado más adelante, casi hasta la cima del camino. No hay nadie.

—Bien. —Cato se volvió hacia el mar. Más barcas se acercaban, y de repente oyó el golpe sordo de una colisión y un juramento murmurado. Se le formó un nudo en el estómago, angustiado, y se mantuvo a la espera de que sonara la alarma en cualquier momento, pero todo siguió en paz, al menos en su lado de la isla. Más hombres se unieron a los desembarcados, y Cato estaba ya contándolos cuando una trompeta sonó por el oeste, en dirección al pequeño puerto. Era el segundo cebo, destinado a satisfacer las sospechas del enemigo de que la armada podía llevar a cabo un ataque en dos frentes a la vez. Mientras su atención, y esperaba que también sus reservas, se desviara a responder esa nueva amenaza, Cato dirigiría el auténtico ataque por arriba, por el empinado promontorio, para tomar la villa. Con Británico, Narciso y los demás líderes de la conspiración en el saco, el resto de las cohortes de la Sexta Legión se quedarían huérfanas y, por tanto, casi con toda certeza se rendirían. Si descubrían a Cato y a sus hombres, sin embargo, les bastaría con bloquearles el camino y provocarles grandes pérdidas antes de que se vieran obligados a retirarse. Una vez alertados del peligro que suponía el camino que serpenteaba hasta la cala, no sería posible un segundo intento.

De acuerdo con sus órdenes, los cinco liburnios estaban haciendo todo el ruido posible mientras remaban hacia el pequeño muelle y la torre de guardia que tras él. Los ligeros oxibeles montados en sus proas resonaban con fuerza al disparar hacia los defensores, y sus tambores resonaban, marcando el ritmo de los hombres que estaban a los remos.

—Esto debería mantener ocupados a esos cabrones —dijo Macro, animosamente.

—Eso espero —respondió Cato, y esforzó la vista para intentar distinguir los transportes que debían encontrarse en el litoral, junto a los barcos que llevaban a sus hombres a la costa. Pero estaba demasiado oscuro, y lo único

que podía hacer era confiar fervientemente en conseguir reunir el número de hombres necesario para el ataque a la villa antes de que llegase el amanecer. Era consciente de que los ruidos del combate procedentes del otro lado de la isla se hacían más débiles cada vez, y maldijo para sí a Lemilo por no atenerse a lo acordado. El almirante sin duda había decidido no representar más papel en la operación que el que fuera absolutamente imprescindible.

—Maldito sea el tipo éste —no se pudo callar Cato al fin, sin aliento. Pensó con rapidez y asintió mentalmente. Debían atacar, ahora, y no sólo porque temiera por su hijo. Muchas más vidas estaban en juego, y era su deber evitar el estallido de una guerra civil si Británico se apoderaba de las fuerzas que avanzaban desde Brundisio.

—Está bien —concluyó—. Es hora de moverse. Espiromandes, tú marcas el camino. Macro, pasa la orden a los oficiales. Quiero que todos los hombres desembarcados nos sigan lo antes posible. Deben mantener a los hombres fuera de la playa, a menos que reciban otras órdenes.

—Sí, señor.

—En cuanto hayas pasado las instrucciones, búscame e iremos juntos.

Macro se marchó pisando los guijarros de la costa y Cato se volvió hacia el navarca.

—Llévame al inicio del camino.

Incluso bajo la débil luz de las estrellas y la luna creciente, Cato podía distinguir el desfiladero hacia el cual lo conducía Espiromandes, una ruta muy usada por los isleños. A no más de quince metros por delante, se daba la vuelta repentinamente y se estrechaba, trepando en paralelo al acantilado.

—¿Y sigue en zigzag todo el camino hasta la cumbre?

—La mayor parte. El desnivel se va haciendo más suave a medida que te acercas a la cima. Hay otro camino que se separa y discurre en paralelo al camino principal a la villa, y que serpentea por encima de los acantilados. No es la ruta más directa. Será mejor asegurarnos de que nadie la toma por error.

Cato guardó silencio un momento.

—No. Usaremos esa también. Si algunos de nosotros llegamos desde otra dirección, el enemigo se quedará desconcertado.

—Muy bien, señor. Me aseguraré de señalar ese camino cuando lleguemos allí.

Macro se reunió entonces con ellos y Cato miró hacia la oscura masa de hombres que esperaban al pie del acantilado.

—Chicos, quizá no haya oportunidad de formar cuando llegemos a la cumbre del camino. Va a ser un asunto bastante peliagudo. ¿Centurión Petilio?

—¿Señor?

—Toma a los treinta primeros hombres y ve a la izquierda para bloquear el camino que baja hasta el puerto. No dejes que pase nadie. Aguanta hasta el último hombre, si es necesario.

—Sí, señor.

—Yo llevaré a un pequeño grupo a lo largo del camino lateral. El resto seguiréis a Macro hasta la villa. No os detengáis por nada. Matad a todo aquél que lleve un arma y no sea pretoriano. No deis cuartel. El enemigo no os mostrará ninguna piedad tampoco. O bien ganamos esta noche o morimos... Que la Fortuna vele por todos nosotros. Vamos. Espiromandes, tú primero.

Cuando el navarca entró en el desfiladero, Macro murmuró:

—Bonita arenga. Me ha gustado el toque ese de «vencer o morir». Es justo lo que necesita oír un puñado de tipos nerviosos que pegan un salto con cada sombra que ven.

—Tienen que saber cuáles son los riesgos que corremos, Macro, para cuando empiece el combate. Vamos. —Cato levantó su escudo y siguió a Espiromandes. Después de él iba Macro, y luego los pretorianos, un hombre cada vez, y empezaron a subir la cuesta. Avanzaban en silencio, y el único sonido era el crujido de las botas, el suave tintineo de las piezas del equipo y la respiración fatigosa de unos hombres cargados con armas y armaduras. Los ruidos del combate desde el puerto principal habían desaparecido por completo, y ahora la única acción estaba situada a quinientos metros hacia el oeste.

Después de los primeros doscientos pasos, aproximadamente, Cato miró hacia la costa, el lugar donde los liburnios habían desembarcado a algunos hombres, que aguardaban a la luz de un brasero que ardía en un extremo del muelle. Pero estaban agachados detrás de los postes de amarre y protegidos por sus escudos de una lluvia continua de flechas y piedras de honda de la

puerta, en el extremo más alejado del embarcadero, y no podían hacer ningún progreso. Mientras estudiaba la situación, un perno impactó en un escudo, impactando en el soldado que estaba detrás y echándolo a un lado, hacia el puerto. Apenas podía distinguir a los demás barcos de guerra, que estaban muy cerca, disparando con toda la artillería. El ataque estaba condenado al fracaso, y no se pretendía que fuera nada más que una farsa, pero Cato había esperado que atrajera la atención del enemigo hasta que los pretorianos desembarcaran a los hombres necesarios en la isla para decantar la lucha a su favor.

Poco tiempo después, Espiromandes se detuvo y se volvió en redondo. Cato dio la orden de detenerse, y se acercó al oficial naval.

—¿Qué pasa?

—Hemos llegado al otro camino. Ese de ahí. —Espiromandes señaló una línea apenas visible de tierra y grava que cortaba la vegetación más oscura.

—¿Y hasta dónde llega? —preguntó Cato, mirando hacia allí.

—Poco menos de un kilómetro; sale a cien pasos de la entrada de la villa.

—Macro, encárgate tú ahora de la columna principal. Buena suerte, hermano.

Se aferraron de los brazos unos instantes y Cato se dirigió hacia la senda más estrecha, seguido por los veinte primeros hombres, al tiempo que Macro hacía un gesto a los demás de que los siguieran a él y al navarca por la empinada pendiente. Siguiendo la costa, y más lejos aún hacia abajo, los soldados empezaban a retirarse del embarcadero, y el pequeño buque de guerra se alejaba entre las sombras de la noche, con un último intercambio de proyectiles. Hasta ellos llegaron los distantes y lastimeros gritos de los heridos y el estruendo amortiguado de las olas, traídos por la brisa fresca y ligera.

El camino dio una vuelta muy acusada y Macro miró hacia donde habían marchado Cato y su partida, pero no pudo distinguirlos en la oscuridad. Estaba solo ahora, y Macro deseó que, una vez terminada la pelea, su amigo encontrara a su hijo vivo. Pero ahora tenía que concentrarse en el papel que él iba a desempeñar en aquel intento atrevido y desesperado que Cato había planeado para poner fin a la conspiración que amenazaba con hundir el Imperio en una sangrienta guerra civil.

La pendiente empezó a nivelarse, y Macro observó la fina línea del collado que formaba la parte media de la isla. A poca distancia por delante, justo más allá de un terreno amplio y liso, Espiromandes se agachó e indicó a Macro que detuviera la columna.

—Para aquí —susurró—. No estamos a más de cincuenta pasos del camino que conduce a la villa.

Macro asintió y se volvió para ordenar a sus hombres que se repartieran por el terreno regular y esperasen nuevas órdenes. Los pretorianos se agruparon en una masa informe. Vio el penacho del casco de Petilio cuando el centurión se acercó a él.

—Toma a los hombres que necesites —le dijo Macro—, y preparaos para tomar posiciones al otro lado de la carretera en el momento en que dé la orden. Después estaréis solos.

—Entendido. Ya sé lo que tenemos que hacer.

—Bien. Pues que los demás chicos se queden aquí también. Yo me voy para delante, con Espiromandes, para reconocer el terreno. Si suena la alarma por algún motivo, que avancen todos de inmediato. —Se volvió hacia el navarca—. Vamos.

Salieron del borde de la pequeña depresión, siempre agachados, y avanzaron hacia la carretera. Las llamas de los braseros parpadeaban a cada cien pasos, más o menos, marcando la línea de la carretera que se extendía entre el puerto y la villa. Bajo su luz, Macro pudo distinguir a un puñado de centinelas a lo largo del camino, y luego a un grupo mayor de legionarios en guardia arriba, en la carretera. Miraban hacia el puerto principal, donde Lemilo había hecho su pantomima. Espiromandes dirigió la marcha hacia un pequeño grupo de olivos en terrazas a través de los cuales pasaba la carretera principal. Al pasar entre los árboles oyeron una risa seca a poca distancia por delante, y luego una conversación en voz baja, y otra risa. El navarca se quedó inmóvil, y Macro se acercó él con cuidado.

—Yo iré primero —susurró.

Agazapado entre las sombras, probando cada paso para asegurarse de hacer el mínimo ruido posible, Macro avanzó hasta llegar al camino abierto sobre la carretera. A su derecha, no muy lejos, dos legionarios miraban hacia abajo, con los escudos en tierra y las lanzas a mano. Charlaban en voz baja

sobre el débil ataque naval que acababan de sufrir. Macro se agachó y miró a ambos lados, pero no había más legionarios a la vista.

—Tenemos que librarnos de ellos —susurró—. Y luego usar esos árboles como cobertura para formar a nuestros hombres antes de lanzarnos al ataque.

—¿Librarnos de ellos?

—Tú sígueme la corriente. —Macro desenvainó y se puso en pie poco a poco—. Ponte las manos en la cabeza y camina delante de mí. ¿Preparado?

El navarca obedeció, y ambos salieron a la carretera y se acercaron a los legionarios. En cuanto oyeron las pisadas, los centinelas se volvieron hacia ellos.

—¿Quién anda ahí?

No había señal alguna de alarma en la voz del soldado, y Macro inspiró hondo y contestó:

—Eh, tranquilos, chicos. Llevo un prisionero a la villa, nada más.

—¿Un prisionero?

—Lo he atrapado cuando intentaban tomar el malecón. Los demás hijos de puta están muertos, pero aquí hemos conseguido apresar a un oficial.

Macro mantenía el brazo con el que sostenía la espada hacia atrás mientras se acercaba, de modo que el arma quedaba fuera de la vista. La atención de los legionarios se centraba en Espiromandes. Se apartaron a un lado para dejarlos pasar y, antes de que se dieran cuenta del peligro, Macro había movido su espada y la había metido bajo la barbilla del primero de los hombres, clavando su punta en el cráneo.

—Pero qué mier... —jadeó el segundo legionario, y su voz murió cuando el navarca se arrojó hacia delante daga en mano. Ambos hombres cayeron al suelo junto a la carretera y el marino apuñaló al hombre en la cara con una frenética serie de golpes.

Macro dudó un momento antes de hablar.

—Creo que ya está...

Espiromandes clavó la hoja una vez más, luego la retorció y la sacó, y se puso en pie, respirando agitadamente.

—¿Tu primera muerte?

—Pues sí... La primera vez —respondió el joven—. En la armada no suele haber mucha acción.

—Mmm —gruñó Macro. No era la ocasión de discutir cuál de los servicios tenía el trabajo más duro, así que enfundó su arma y dio unas palmadas a Espiromandes en el hombro—. Lo has hecho muy bien. Algunos dudan la primera vez, y entonces suele ser también la última para ellos, no sé si me explico. Ahora ve y trae a los hombres aquí. Con toda discreción.

Mientras el oficial naval estuvo ausente, Macro arrastró los cuerpos hacia los árboles, por si se acercaban otros legionarios. Esperando entre las sombras, se fijó en que había una pequeña zona con el cielo más claro hacia el este, y por allí claramente se distinguía la enorme mole del monte Vesubio, en el extremo más alejado de la bahía. Se estaban quedando sin tiempo. El plan de Cato dependía de golpear en la oscuridad y causar confusión, para ocultar el escaso número de pretorianos atacantes.

Se sobresaltó al oír un ruido cerca, y entonces apareció Espiromandes con Petilio y sus hombres.

—Esta es una buena posición para vosotros —decidió Macro—. Quedaos fuera de la vista todo el tiempo que podáis. Si aparecen uno o dos de los suyos, dejadlos pasar. Luchad sólo si envían refuerzos a la villa. Tienen que ir subiendo cada vez más hombres de la ensenada. En cuanto haya desembarcado la mayor parte de nuestro destacamento, podéis seguir adelante, hacia el puerto principal.

Petilio asintió y luego hizo un gesto hacia el este.

—El amanecer casi está aquí.

—Ya lo veo. Será mejor que sigamos moviéndonos.

Además de los veinte hombres asignados a Petilio, Macro contó que quizá tenía unos cien más para el ataque en la carretera. Todo dependía de que los defensores hubieran posicionado el grueso de sus fuerzas para cubrir los dos puertos. Si habían mantenido una reserva importante como protección de la villa, la operación estaba condenada.

Bueno, sólo había una forma de averiguarlo, se dijo. Sacó la espada y ordenó a los hombres que formasen en una columna de a dos y él ocupó su lugar a la cabeza. Miró hacia atrás para asegurarse de que estaban preparados. Conforme aumentaba la débil luz, cada vez podía distinguir más detalles.

—Segunda Cohorte... —anunció automáticamente, y luego sonrió ante su error. Aquellos hombres asignados a su mando procedían de dos cohortes

distintas—. Pretorianos, ¡conmigo! ¡Adelante!

E inició el ligero trote al que los soldados estaban entrenados para cubrir terreno rápidamente sin quedarse demasiado agotados para luchar con efectividad en cuanto contactaran con el enemigo. La pequeña columna lo siguió, emergiendo desde el olivar y subiendo por la carretera pavimentada hacia la villa que estaba situada en lo alto del cabo oriental de la isla. Por delante de ellos, a unos doscientos pasos, Macro vio a la siguiente pareja de centinelas, que se calentaban frente a un brasero. La carretera se inclinaba mucho justo por allí, con el brasero iluminando el camino.

Al oír las pisadas, los centinelas se volvieron en redondo, y cuando Macro y las filas de vanguardia de su columna pasaron ante el pequeño brasero, uno de ellos gritó: «¡Pretorianos!», y luego ambos legionarios se dieron la vuelta y echaron a correr carretera arriba, sin dejar de chillar para dar la alarma y alertar a sus camaradas.

—¡Vamos, chicos! —gritó Macro a su vez, por encima de su hombro—. ¡Ya empieza la lucha!

CAPÍTULO CUARENTA

Los legionarios todavía estaban formando al otro lado de la carretera cuando Macro y sus hombres rodearon un afloramiento rocoso a no más de veinte pasos de distancia. El centurión reaccionó al instante:

—¡Soltad las jabalinas!

Pero antes de que pudieran preparar y arrojar el primer proyectil, Macro gritó también una orden:

—¡Escudos arriba!

Los hombres que estaban detrás de él pasaron sus escudos ovales hacia delante y los pusieron en ángulo por encima de la altura de su cabeza. Frente a ellos, los legionarios se apresuraron a apoyar bien los pies y arrojar las jabalinas hacia los pretorianos que se acercaban. No había tiempo para una andanada bien organizada, y los proyectiles formaron un breve arco antes de que las puntas de hierro dieran en el blanco. Estaban tan cerca que era imposible fallar. La mayor parte de las jabalinas acabaron desviadas por los curvos escudos, pero algunas dieron en el blanco, astillando la madera y penetrando en ella hasta clavarse en seco en la juntura entre la punta y el mango de madera.

El peso principal de la descarga afectó a la columna varias filas por detrás de Macro, con una serie retumbante de estruendos y golpes. Algunos hombres resultaron heridos, bien porque las jabalinas perforaron los escudos, bien por rebotes en los escudos de aquéllos que tenían a su lado. Los heridos empezaron a retirarse por la carretera o se apartaban tambaleándose, cubriéndose ante los posibles impactos lo mejor que podían, mientras sus camaradas pasaban a todo correr a su lado.

No había tiempo de dar la orden de cargar. En cualquier caso, Macro y sus hombres instintivamente echaron a correr y atacaron las filas enemigas ya cuando las últimas jabalinas formaban un arco por encima de sus cabezas. En

el último momento, Macro aceleró, y su escudo golpeó a un legionario con una fuerza tal que le sacudió el brazo y casi se cae suelo. Pero su vasta experiencia en combate había afilado sus instintos y consiguió mantener el equilibrio acomodando su peso de una manera instantánea, y aporreó a su oponente hacia detrás, al mismo tiempo que lanzaba una estocada hacia la derecha, clavando la punta de la espada en el brazo del legionario que tenía más cerca.

El impulso llevó a los atacantes hacia adelante, y ya no estaban demasiado lejos del centro de la fila de legionarios y se introducían en cuña en la formación enemiga antes de que la refriega hiciese chocar espadas contra lanzas. Las hojas más cortas penetraban entre los escudos de mayor tamaño de los legionarios, las lanzas los pinchaban por encima, y aquellos que estaban enzarzados en combates cuerpo a cuerpo arrojaban su peso detrás de los escudos para mantener el terreno. Macro notó que el habitual entusiasmo del combate corría por sus venas, rechinó los dientes y sus labios se retorcieron en una mueca feroz.

Solo entre sus hombres, luchaba con una espada corta. No le dio tiempo al hombre contra el que había cargado para recuperarse, sino que echó atrás el escudo y arremetió de nuevo hacia delante, adelantando otro paso mientras conseguía liberar la espada del hombre al que había herido, y luego lo golpeó con el pomo contra su casco, dejándolo sin sentido. El legionario se derrumbó en la carretera y un pretoriano lo apuñaló la cara con su lanza, y luego pasó por encima de él y apuntó con su lanza a otro.

Aunque la luz aumentaba gradualmente a medida que se aproximaba el amanecer, todavía estaba demasiado oscuro para ver con claridad, y Macro era muy consciente de los frenéticos movimientos de las sombras a su alrededor, y de los gruñidos y jadeos de los hombres que asestaban y recibían golpes. Notó que el primer impulso del ataque había pasado ya, y ahora sus hombres necesitaban que los arengasen para seguir luchando. Cogió aire con fuerza y aulló:

—¡Adelante, pretorianos! ¡Machacad a esos traidores hijos de puta!

—¡Nos llama traidores! —exclamó una voz entre los legionarios—. ¡Mentiroso! ¡Aguantad, chicos! ¡En nombre del emperador Británico y de Roma!

Por un instante Macro se quedó anonadado por lo absurdo y lo trágico que resultaba que unos soldados romanos luchasen contra otros. Algunos de ellos quizás incluso hubiesen servido juntos, pero ahora eran los enemigos más acérrimos y no pensaban en otra cosa que en destrozarse los unos a los otros. De inmediato desechó esos pensamientos y atacó con brutalidad, llevándose con su espada el brazo de un legionario, al que le cortó carne y hueso, de modo que el miembro quedó casi seccionado, colgando, mientras la espada se le caía de la mano. Consciente de que estaba adelantado a sus hombres y era vulnerable, mantuvo el terreno y dejó que los pretorianos se acercasen a él por ambos lados.

Los legionarios se habían recuperado plenamente de la carga por aquel entonces y habían decidido no ceder ni un milímetro de terreno, así que las dos partes trataban de marchar hacia delante, compactando las filas delanteras una con otra hasta obtener una espesa masa de carne y armaduras, escudo con escudo. Y entonces, Macro oyó de nuevo la voz del centurión del enemigo:

—¡Aquí vienen, chicos! ¡Más de los nuestros! ¡Ahora les haremos huir!

* * *

No era fácil transitar por aquel sendero que corría por la parte sur de los acantilados. El camino era estrecho y subía y bajaba sin parar. A veces Cato tenía que tantear el camino antes de seguir avanzando, siempre consciente de que el tiempo se les acababa. Si el amanecer los encontraba desplegados y expuestos, sería bastante fácil acabar con ellos desde arriba con flechas y hondas. Y, en cualquier caso, reflexionó, si acababan en una situación así de apurada, sería señal de que habían fracasado. Así que condujo a sus hombres lo más rápido que pudo. El último tramo del camino fue condenadamente empinado, pero y luego pasó junto a un grupo de cipreses y se unió a la carretera abruptamente.

De repente se encontró en un espacio abierto, y Cato se vio obligado a detenerse, lo que conllevó al parón, entre empujones, de todos los que lo seguían. A corta distancia a su derecha se encontraba la puerta que conducía a la villa. Era simplemente ornamental y no suponía ningún obstáculo. Más allá, al resplandor de las antorchas que iluminaban el exterior de la villa, pudo ver unos escalones y una rampa que conducía hasta el edificio principal.

Desde allí, la magnificencia del lugar resultaba más evidente aún, y Cato se sintió impresionado, igual que le había impresionado años atrás cuando visitara brevemente la isla por primera vez. La estructura dominaba las alturas, por encima de unos acantilados que caían hasta el mar, trescientos metros por debajo. El cielo ya clareaba por detrás de la villa, y las paredes y tejados estaban claramente dibujados contra el fondo de terciopelo.

De repente, una orden rompió el silencio desde el otro lado de la puerta y un pequeño cuerpo de legionarios, unos treinta hombres, aparecieron a la carrera. Cato hizo señas a sus hombres y se agachó junto al tronco de uno de los apreses. Los soldados pasaron a su lado a toda prisa. Esperó un momento para asegurarse de que no venían más antes de levantarse y, con muchas precauciones, salió a la carretera, mirando en ambas direcciones. No había señal alguna de movimiento en la villa, y por la carretera sólo estaban los soldados que habían pasado junto a ellos un momento antes. Justo detrás de ellos, un grupito de sombras estaba frente a un afloramiento rocoso, y su corazón se aceleró. Debían de ser Macro y su grupo intentando abrirse paso hacia la villa.

Cato ordenó en voz baja a sus hombres que se apartaran de los árboles y formaran, pero aún no estaba seguro de cómo proceder. Frente a ellos se encontraba la villa, donde Lucio todavía seguía prisionero. Su intención había sido matar indiscriminadamente a cualquiera que pasara por allí para crear más confusión, pero los únicos legionarios a la vista eran los que atacaban a Macro. También estaba lo bastante cerca de su hijo para sentirse enormemente tentado por la perspectiva de asaltar la villa de inmediato. Pero no sabía cuántos legionarios quedaban para defender a Narciso y a los demás.

—¿Cuáles son las órdenes, señor? —dijo uno de los pretorianos.

Cato echó un último vistazo a la villa, sopesando certezas y as posibilidades, y al fin señaló hacia abajo.

—Por ahí, a paso ligero —ordenó sin más.

Condujo a los hombres por la carretera, procurando endurecer su corazón ante el retraso en el rescate de su hijo, y fijó su atención en la lucha inminente. Con suerte, el enemigo pensaría que los pretorianos estaban de su parte hasta el último momento. Cato contaba con el elemento sorpresa para cambiar la voluntad de los legionarios y despejar el camino para que Macro

se uniese a él en un asalto final a la villa. Conforme cubrían la distancia que los separaba, el estruendo de armas que entrechocaban se iba haciendo más intenso, y Cato aceleró el paso. A un lado de la carretera vio el penacho transversal de un centurión, y se dirigió hacia el oficial, decidido a derribarlo en el primer ataque y privar al enemigo de su líder. Unas pocas caras en la parte trasera de la refriega se volvieron al oír el paso de las botas, y el centurión gritó:

—¡Aquí vienen, chicos! ¡Más de los nuestros! ¡Ahora los obligaremos a huir!

Justo antes de llegar a ellos, Cato se llenó los pulmones de aire y gritó:

—¡Por Nerón! ¡Por Roma!

Sus hombres se hicieron eco del grito y prepararon sus lanzas, abriéndose en abanico detrás de él. Cato sacó la espada y la mantuvo paralela al suelo, dispuesta para atacar. A la débil luz del amanecer vio que el centurión abría la boca al tiempo que se volvía hacia él, pero el aire se escapó de sus pulmones con un áspero jadeo. Al momento siguiente, Cato lo golpeó en el pecho; la punta de su espada se metió entre los anillos de la cota de malla, clavándosele en el torso. Era sólo una herida superficial, pero el impacto desequilibró al centurión y éste se tambaleó y, tras chocar con uno de sus hombres, cayó al suelo. Cato no dudó ni un instante y asestó una estocada feroz en la nuca del oficial, que le destrozó la espina dorsal. El centurión levantó los brazos y cayó de cara, sin emitir un solo sonido.

A su lado, los pretorianos hostigaban con las lanzas a la retaguardia desprotegida de las filas legionarias, haciendo trastabillar a los soldados para luego golpearlos con los escudos; así, los cuerpos se agolpaban, y entonces podían empujarlos hacia adelante contra Macro y sus hombres. Varios cayeron en el primer momento de la carga, mientras otros intentaban darse la vuelta y luchar, balanceando sus pesados escudos, enredándose inevitablemente con sus camaradas y cayendo víctimas de las puntas de flecha de hierro.

—¡Matadlos a todos! —gritó Cato—. ¡Matad a los traidores!

Macro repitió el grito, y sus hombres se juntaron y recrudecieron la carnicería. Los primeros legionarios de cada punta de la fila empezaron a apartarse de la lucha y se alejaron entre el sotobosque, a ambos lados de la

carretera. Su miedo se contagió de forma inmediata entre sus camaradas, y la línea de combate se rompió. Cada hombre buscó entonces su propia seguridad, intentando escapar de los ataques de las lanzas por delante y por detrás. Algunos otros, más valientes que sus compañeros, o simplemente más espoleados por la furia del combate, trataron de mantener el terreno, pero fueron eliminados rápidamente por los triunfantes pretorianos que caían sobre ellos. Otros más intentaron rendirse, y arrojaron sus espadas y escudos, pero no hubo piedad alguna para con ellos y fueron muertos allí mismo donde estaban.

—¡Cato!

Miró a su alrededor y Macro corrió hacia él, sonriendo con deleite.

—¡Buen trabajo, señor! Esos hijos de puta están huyendo como conejos.

Cato se dio cuenta entonces de que algunos de sus pretorianos corrían detrás de los legionarios que huían, y supo que debía recuperar el control sobre ellos de inmediato.

—¡Pretorianos, conmigo! ¡Formad aquí! ¡Conmigo, maldita sea!

Macro comprendió enseguida la intención de su amigo: necesitaban una acción rápida. Los dos oficiales reunieron en la carretera a toda prisa a los hombres que les quedaban, a cierta distancia de los cuerpos y de los equipos desperdigados por el suelo. No eran más de cincuenta hombres, estimó Cato, confiando en que fueran suficientes para el último esfuerzo. Un último intento de salvar a Roma de quedar destrozada mientras dos muchachos y sus respectivos ejércitos luchaban por la corona imperial.

—¡Avanzad!

Con Macro a su lado, trotó por la carretera, pasó junto a los cipreses y atravesaron la puerta. A corta distancia más allá, una serie de tramos de escaleras conducían a los macizos cimientos de la villa. Cato notaba que le dolían los músculos debido al esfuerzo de trepar por el acantilado, pero debía hacer un último esfuerzo. Cuando los pretorianos subieron los últimos escalones y llegaron a la rampa que se extendía hasta la entrada del patio, sonó un grito de alarma, y Cato miró hacia arriba, y vio una torre de señales en la esquina del complejo. Varias figuras los observaban desde allí, y ahora una de ellas los señalaba directamente. Cato reconoció al hombre de inmediato.

El tribuno Cristus.

Le siguieron más gritos y, cuando ya se acercaban al arco, un escuadrón de legionarios se adelantó rápidamente para impedirles el paso. Cato levantó el escudo hacia delante y agachó la cabeza, pero no dejó de moverse. No era cuestión de volver a atacar. No en la parte alta del promontorio y con los hombres tan cansados. De modo que mantuvieron un paso corto y se acercaron a los legionarios como si estuvieran haciendo instrucción en el terreno de entrenamiento. Cato eligió al hombre que estaba en el extremo, y amagó con su escudo, y luego echó hacia adelante la espada, formando un arco. Su oponente no era ningún recluta y reconoció que aquello era una finta. Paró el golpe y balanceó el escudo con fuerza, y golpeó a Cato contra el muro que corría por la parte lateral de la rampa. El impacto dejó a Cato sin aire en los pulmones, y a duras penas consiguió apartarse a un lado. La espada del legionario raspó la piedra, y saltaron las chispas en su estela. Entonces, uno de los pretorianos se arrojó entre su comandante y el legionario, y sus escudos chocaron con fuerza.

Cuando Cato se puso en pie de nuevo, los pretorianos habían rechazado al enemigo por el arco y ya entraban en el patio. Más soldados salían corriendo del salón y las otras habitaciones que daban al patio, y las paredes resonaban con el roce de espadas y el estruendo discordante de los escudos mientras la lucha se convertía en una confusión de duelos que se sucedían todos a la vez. Los pulmones de Cato se esforzaban por inspirar suficiente aire, pero no dudó: levantó el escudo y se dirigió hacia el salón. Allí es donde debían de estar los conspiradores, cerca de la torre de guardia donde los había visto un momento antes.

Los pretorianos, aunque cansados, eran superiores en número y habían llegado juntos al patio, mientras que los legionarios habían cargado sin orden ni concierto, algunos con armadura, otros sin ella, sin oportunidad alguna de formar la línea de batalla que los convertía en los combatientes más efectivos del mundo en un entorno mucho más formal. Pero no había nada formal en la lucha en aquel patio. Era una escaramuza salvaje a la débil luz del inicio del amanecer. Ninguno de los dos bandos pidió cuartel. Los pretorianos fueron avanzando en una lucha sin cuartel en aquel espacio abierto, y los cuerpos

caían y derramaban su sangre y sus tripas en el mármol blanco frente al gran salón donde los emperadores habían tenido su corte.

Cuando Cato se acercaba a la amplia escalera que subía a la entrada principal, una figura surgió entre las puertas tachonadas, con la espada en la mano y la cabeza desnuda. Cristus. En ese mismo instante, los ojos del tribuno se encontraron con los de Cato, y sus labios se distendieron en una leve sonrisa de satisfacción. Bajó poco a poco los escalones y levantó su espada. Con el rabillo del ojo, Cato vio que un pretoriano cargaba hacia Cristus desde un lado.

—¡Dejadlo! —aulló—. Éste es mío.

El pretoriano se detuvo de golpe, y luego se volvió a mirar al otro oponente, dejando a los dos oficiales en un fragmento de terreno abierto frente a las escaleras. Cato preparó escudo y espada y avanzó con cautela, mientras Cristus agitaba su espada en una elipse suelta.

—Tendrías que haberte quedado en Britania, Cato.

—No creo. Parece que las tribus bárbaras no son los únicos enemigos de Roma.

—Yo no soy enemigo de Roma. Soy un patriota.

—Eres un traidor, Cristus. Y sólo hay un destino posible para los traidores.

Cato mantenía la mirada fija en la hoja que se movía en manos de su oponente mientras éste hablaba. De repente, el tribuno saltó hacia delante y descargó una serie de violentos golpes que agrietaron la superficie del escudo de Cato, que se vio obligado a ceder terreno ante el feroz ataque. Cada golpe repercutía en su brazo, pero Cato aguantó, absorbiendo los agresivos mandobles de Cristus. Luego, intuyendo el siguiente golpe, apartó su escudo. La espada del tribuno cortó el aire y continuó bajando hasta dar en las piedras del suelo. De inmediato Cato se abalanzó sobre él, atrapándolo con todo el peso de su escudo y desequilibrándolo hacia atrás. Siguió atacándolo sin piedad, y acabó con un corte por abajo para evitar que el tribuno lo parase. Su punta cayó y se metió hacia delante, justo en la entrepierna de su oponente, y allí se hundió en la carne. Un golpe del escudo echó atrás a Cristus, y su talón tropezó con el escalón inferior, de modo que se tambaleó y cayó.

Cato se inclinó sobre él, dispuesto a atacar, y Cristus levantó la espada para parar otro golpe.

—Tira la espada —ordenó Cato.

—¿Por qué? Como has dicho, sólo me espera un final...

Tenía razón, y Cato lo sabía. La única elección que podía hacer era si morir a manos de Cato o de un verdugo.

Cristus bajó la espada lentamente.

—Quizá sea un hombre muerto —se jactó—, pero moriré con honor, mientras que tú y ese plebeyo de Macro servís a Nerón como los perros callejeros que sois.

—Como quieras... —Cato levantó la espada, dispuesto a acabar con él.

—Espera. Puede que pienses que has ganado. Pero yo tendré una última pequeña victoria antes de morir. Tu mujer, Julia... Piensas que te fue infiel.

—Ya no. Tus amigos me contaron la verdad. Que vuestra relación era una tapadera.

—¿Eso te han contado? —Cristus soltó una risita—. ¿Y los creíste? ¿Por qué los has creído si te han contado otras mentiras?

Cato se quedó helado, y habló con los dientes apretados.

—¿Lo hiciste?

—¿Que si me la tiré? —Cristus se echó a reír—. A lo mejor sí. Te dejaré con esa duda, Cato. Nunca sabrás si fue una cosa o la otra. Ésa será la venganza más dulce a cambio de mi muerte.

De repente dio la vuelta a la espada y se puso la punta bajo las costillas, agarrando la empuñadura con ambas manos.

—¡No! —gritó Cato.

Con un movimiento brutal, Cristus se clavó la espada en el corazón. Su mandíbula se abrió y dejó escapar un grito agudo, y luego cayó hacia atrás con fuerza. Se golpeó la cabeza contra un escalón, mientras Cato, lanzándose hacia él de costado, dejaba escapar su espada y agarraba al tribuno del pelo.

—¡Dímelo! ¡Dime la verdad!

Cristus lo miraba con los ojos vidriosos. Había sangre en sus labios, porque la espada le había atravesado el pulmón. Sonrió y murmuró:

—Jódete... —Y entonces la luz de sus ojos se desvaneció y cayó hacia atrás, con el pecho hundido, mientras la sangre salía entre burbujas de su

mandíbula colgante.

Cato negó con la cabeza.

—Dime...

Pero era demasiado tarde. Lo soltó y recogió la espada. Macro venía hacia él.

—Ya hemos terminado, señor. El patio es nuestro. —Miró hacia el suelo—. ¿Cristas? ¿Se ha matado él mismo? Nunca habría pensado que tuviera valor para hacerlo.

—Ni yo tampoco. —Cato apartó la mirada y señaló hacia la entrada de la cámara de audiencias—. Vamos, trae a los hombres.

Mientras Macro reunía a los pretorianos, Cato subió las escaleras y abrió una de las puertas con el escudo. Dentro, el salón estaba iluminado con braseros a lo largo de las paredes. Toda la estancia estaba cubierta de mármol, y gruesas columnas soportaban un techo abovedado. Las únicas personas que había en aquella sala se encontraban en el extremo más alejado. Un trono estaba situado sobre un estrado, y allí estaba sentado Británico, con la barbilla levantada y un gesto desafiante. A su lado, un puñado de senadores a los que Cato reconoció de la reunión secreta en casa de Domicia. Bajó el escudo, se desató el barboquejo y se quitó el casco, para que pudieran reconocerlo.

—¿Dónde está mi hijo? —exigió, y entonces se dio cuenta de que faltaba alguien—. Y Narciso. ¿Dónde están?

Nadie respondió, y él fue hacia ellos, y sus pisadas hicieron eco en las paredes. Británico lo señaló con un dedo y habló con calma:

—¿Cómo te atreves a acercarte a tu emperador sin mostrarle el debido respeto?

Cato subió al estrado y se puso de pie junto al joven, justo cuando las pisadas de las botas anunciaban que entraban más hombres en la sala.

—Tú no eres el emperador, príncipe Británico. Ni lo serás nunca.

El chico lo miró fijamente, pero antes de que poder expresar más indignación, Cato levantó una mano para acallar su lengua y preguntó de nuevo:

—¿Dónde están?

—Fuera —habló voluntariamente el senador Sulpicio, nervioso. Señaló una puerta en la parte posterior de la sala—. Ha cogido al chico y ha salido. Por ahí.

Cato miró los rostros de los conspiradores y luego pasó junto a ellos hacia la puerta que había indicado Sulpicio. Oyó la voz de Macro tras él:

—Arrestadlos a todos.

—¡Cómo te atreves...! —empezó a decir Británico.

—Cállate, chico. A menos que quieras que te dé un tortazo. Ya he tenido bastantes problemas por esta noche.

La puerta estaba abierta de par en par y, a través de ella, Cato vio un pasillo estrecho y abovedado que, por un jardín muy bien cuidado, conducía hacia la parte inferior de la villa. Al final, un amplio camino se extendía de un extremo a otro de la isla. No había nada allí excepto dos sombras a lo lejos que parecían contemplarlo. Narciso apoyaba las manos en los hombros de Lucio, tranquilo, y Cato se dirigió hacia ellos. Ahora se fijó en que se acercaba a una zona circular con un cierto número de divanes dispuestos en ella, de modo que desde allí se tenía la vista más espectacular del horizonte hacia oriente. En el continente, el Vesubio y las colinas que se extendían a su lado estaban ribeteadas por el tono dorado del sol al amanecer, todavía oculto. Pocos pasos detrás de Narciso se hallaba el borde de la plataforma del mirador, y luego el vacío.

Cato se detuvo a diez pasos de distancia y envainó la espada.

—Suelta a Lucio —soltó.

El niño hizo ademán de dar un paso hacia él, pero Narciso lo agarró con más fuerza y el pequeño hizo una mueca de dolor.

—He dicho que lo sueltes.

—No creo que sea buena idea —dijo Narciso—. Es lo único que me queda ahora que la causa de Británico ha quedado en nada.

—Estás equivocado. No tienes nada. Nada en absoluto. El niño no puede ayudarte.

—¿Ah, no? —Narciso dio dos pasos hacia atrás arrastrando a Lucio con él. Miró por encima del hombro y se detuvo al ver que había poco más de un metro de distancia hasta el borde—. Piénsalo bien, Cato. Si quieres ver a tu hijo crecer y convertirse en un hombre, harás lo que te pida.

—¿Y qué es lo que me pides? —respondió Cato, avanzando un paso hacia ellos.

—Ya estás lo bastante cerca —escupió Narciso—. Escúchame. No me importa nada la conspiración. No me importan mis compañeros de conjura, y no podría importarme menos ese niño mimado sentado en su trono dentro de la villa. Lo único que me importa es seguir vivo. Así que, si quieres a tu hijo, tienes que dejarme ir. Encontrarás una forma de sacarme de esta isla y de que escape en la oscuridad, discretamente.

—No escaparás dejando todo esto atrás —respondió Cato—. No con la sangre que has derramado.

—Bueno, pues dado que mis manos están manchadas ya con mucha sangre, ¿qué me importa un poco más? —Narciso dio otro paso atrás y sostuvo a Lucio más cerca del borde. Cato notó que su corazón daba un vuelco y tuvo que esforzarse mucho para permanecer quieto.

—¿Qué quieres de mí?

—Tu palabra. Te conozco bien, y sé que eres un hombre de honor, Cato. Raras cualidades en nuestro mundo, pero bastante reales en tu caso. Dame tu palabra de que me ayudarás a escapar y te prometeré a cambio la vida de tu hijo.

—No lo escuches, muchacho —dijo de repente Macro desde atrás—. Jamás ha cumplido una sola promesa de las que nos ha hecho. Además, tú juraste que lo matarías.

—Ya lo sé... Pero ¿qué voy a hacer? Tiene a Lucio.

Macro se detuvo junto a su amigo y clavó los ojos en Narciso.

—Dale al chico, tú, pedazo de mierda. Sabes que no puedes huir. ¿Estás diciendo en serio que prefieres morir y llevarte a Lucio contigo?

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo. A menos que tu amigo me dé su palabra. ¿Y bien, Cato?

Cato hizo una mueca y miró a su hijo. Una punzada de dolor lo estremeció al ver terror en la expresión del niño. Terror mortal. Notó que le dolía el corazón por el deseo de amar y proteger a Lucio. Tragó saliva antes de responder.

—Te doy mi palabra. Pero sólo si lo sueltas.

—Júralo. Por la vida del chico. Ante Júpiter, el mejor y mayor, júralo.

—Juro por el todopoderoso Júpiter, y por la vida de mi único hijo, que te ayudaré a escapar.

Los ojos de Narciso se entrecerraron momentáneamente, pero luego soltó al chico, y Lucio se apartó y corrió hacia su padre. Cato lo recibió entre sus brazos y lo apretó contra su cuerpo, envolviéndolo con el brazo de la espada mientras acariciaba los suaves rizos de su cabecita con la otra mano.

—Papá... —susurró bajito Lucio en su hombro—. Mi papá...

Narciso dio un paso alejándose del borde del acantilado y sonrió.

—Conmovedora reunión.

Y entonces, antes de que Cato o Narciso pudieran reaccionar, Macro saltó hacia delante y agarró a Narciso por el brazo, obligándolo a darse la vuelta. El liberto intentó soltarse desesperadamente, pero sus pies, calzados con zapatillas, resbalaron cuando intentó apoyarse en el suelo. Macro dio un paso hacia el abismo y lo empujó de nuevo, y esta vez el impulso llevó a Narciso hasta el borde, donde Macro soltó su presa. Con un chillido de puro horror, Narciso cayó hacia atrás, agitando los brazos como un loco, y desapareció de la vista. Macro se acercó al borde, justo a tiempo de ver cómo el liberto se desplomaba por el acantilado, todavía chillando. Su cuerpo dio con unas rocas, rebotó y continuó cayendo, hasta que al final su cadáver roto y destrozado salpicó en el mar, mucho más abajo, y desapareció.

—Esta vez sí que está muerto —dijo Macro, con satisfacción—. Gracias a los dioses.

—Pero Macro, di mi palabra... —dijo Cato, con tono apenado—. Por la vida de mi hijo.

Macro se retiró a distancia segura antes de volverse hacia su amigo.

—Sí, lo hiciste. Pero también habías jurado matarlo. Y yo no hice ninguna promesa a nadie. O sea que nadie sale perjudicado, ¿no? Al menos, ninguno de nosotros tres.

En ese momento, un rayo de luz brillante se derramó sobre las tejas de la villa, confiriéndoles un tono de un rojo vivo con una intensidad que al instante atrajo la atención de ambos hombres.

—Va a ser un día muy bonito —dijo Macro. Se acercó y alborotó el pelo de Lucio—. ¿Todo bien, chico?

Pero el niño se encogió, abrazó más estrechamente a su padre y le murmuró al oído:

—Por favor, papá, llévame a casa...

Cato miró por encima del hombro de su hijo y vio una expresión agridulce en el rostro de Macro. Éste se había dado cuenta de que sus días como tío putativo del chico habían quedado eclipsados al fin, al descubrir Lucio la necesidad incondicional de su padre. Y se sentía muy contento por su mejor amigo.

Se aclaró la garganta, pero todavía tenía la voz ronca cuando gruñó:

—Vamos, Cato, apartémonos del borde de este acantilado, antes de que me eche a llorar.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—No es exactamente la mejor fiesta de cumpleaños, ¿no? —comentó Macro al mirar a su alrededor en la sala de banquetes del palacio imperial.

Habían pasado varios días desde lo sucedido en Capreae. Todos los conspiradores estaban muertos. Aquéllos que se habían negado a quitarse la vida habían sido ejecutados, y sólo se había respetado a Británico, como se les ordenó. Cato se lo había llevado de la isla junto con el resto de la Sexta Legión y los hombres de las cohortes pretorianas. El regreso del príncipe a Roma se llevó a cabo con discreción, y Nerón anunció que había decidido mostrar misericordia con su hermano adoptivo y perdonarle su traición. Tal magnanimidad asombró a la población de Roma, tanto gente del pueblo como aristócratas, y la mayoría lo consideraron una prueba de la era dorada que el nuevo emperador había prometido desde el principio de su reinado. Además, Nerón había proclamado que celebraría una fiesta para celebrar la mayoría de edad de su hermano, y que a partir de entonces Británico sería su consejero más cercano, confidente y heredero.

Nadie con un ápice de sentido común se había creído ni una palabra de todo aquello. Y Británico el que menos. Cato miró hacia la mesa elevada que dominaba el festín. Nerón estaba sentado en el centro, rodeado por su familia y amigos, una mezcla de actores, músicos y poetas. A su derecha se sentaba su madre, Agripina, con aire aburrido por la conversación que la rodeaba, que tomaba una uva tras otra del cuenco que tenía delante. A la izquierda del emperador, Británico, que se miraba las manos con expresión angustiada. De vez en cuando Nerón se volvía hacia él y hacía algún comentario jocosos, o le daba una palmada amistosa en la espalda, cosa que sólo hacía que el otro se sacudiera violentamente, conmocionado, como si lo hubieran apuñalado.

—¿Cuánto tiempo le das? —preguntó Macro—. Un sestercio contra tus diez denarios a que todavía está vivo cuando acabe el año.

—Ni siquiera aceptaría esa apuesta —respondió Cato, en voz baja—. Pobre desgraciado...

—Supongo que sí... Por cierto, ¿cómo está Lucio?

Macro había mantenido deliberadamente las distancias desde que volvieron a Roma. Cato y su hijo vivían en la parte de la casa de Sempronio que no había resultado dañada por el fuego. Aunque no tendrían que referirse a ella en esos términos durante mucho tiempo más: el senador había muerto sin pariente vivo alguno excepto su nieto. Siguiendo el curso normal de los acontecimientos, la casa y todas las propiedades del senador pasarían a Lucio. Pero aquéllos no eran tiempos normales, pensó Cato. Nerón, a instancias de Palas, había confiscado todas las propiedades de Sempronio, un destino común para aquellos que cometían traición contra Roma. Entonces, de forma imperiosa y contra el consejo de su secretario imperial, que esperaba obtener alguna ganancia de aquella confiscación, regaló toda la propiedad a Cato como reconocimiento por el papel que había representado a la hora de aplastar la conspiración.

—Pues está muy bien —respondió Cato—. Mucho mejor de lo que se podría imaginar, dado lo ocurrido.

—Me alegro por ti. No hay tragedia que no se pueda arreglar comprándole un juguete nuevo. Bueno, el caso es que debes pasar con él todo el tiempo que puedas. Ahora necesita un padre. Es lo único que tiene.

Cato asintió y decidió cambiar de tema.

—¿Y cómo van las cosas con tu enamorada?

Macro sonrió.

—Bien. Mejor que bien. Cada plato que me prepara es un banquete. Y cada noche me deja casi al borde de la muerte, a polvos. Y muchas mañanas también. Creo que podría acostumbrarme a eso... No es una mala vida, ¿eh?

—No suena nada mal. ¿Y ahora qué? ¿Te vas a casar con ella? ¿Te vas a establecer, quizá?

—Podría tentarme la idea...

—¿De verdad? —Cato arqueó una ceja—. Pensaba que serías soldado toda la vida.

—No lo sé. —Macro se rascó la barbilla, pensativo—. Si hay algo que he aprendido es que nada es para toda la vida. Ya no soy tan joven. Mis mejores

días como soldado ya han quedado atrás. Cuanto más siga en el juego, más probable es que algún cabrón salvaje acabe conmigo. O alguna herida, o alguna enfermedad. Y, como los encantos de Petronela son tantos, me imagino que podría pensar en dejar el ejército, a no ser que pueda convencerla de ser la esposa de un militar. Tengo ahorros, bastante cuantiosos, que he guardado para mi pensión, junto con un poco de botín que he reunido a lo largo de los años. Petronela y yo podemos permitirnos abrir un pequeño negocio en algún rincón tranquilo del Imperio. O quizás incluso irnos con mi madre a su local de Londinio.

—El ejército echaría mucho de menos tu talento. Y yo también.

—Chorradas. No te puedo enseñar nada de nada, chico. Eres el mejor soldado que he conocido nunca. Puedes arreglártelas muy bien sin mí.

—No estoy tan seguro. Si alguna vez te cansas de la vida matrimonial, siempre habrá sitio para ti en cualquier unidad que tenga al mando. Aunque supongo que no entraré en combate mucho más ahora que he pedido que nuestro traspaso a la Guardia Pretoriana sea permanente.

—Un movimiento muy hábil. Ahora que te has ganado la gratitud del emperador, el mando de la Guardia será tuyo si le ocurre algo a Burrus.

—Lo sé. Y a él no le hace ninguna gracia. Pero no es culpa mía. Simplemente voy a esperar al momento oportuno y disfrutar de la vida en Roma. Además, necesitaré tiempo para criar a Lucio.

—Te irá muy bien —accedió Macro—. Es un chico estupendo, y muy listo. Pero no lo estropees haciendo que lea demasiado, ¿eh?

—Ya veremos. —Cato hizo un gesto hacia uno de los esclavos que se alineaban en el borde del salón, y señaló su vaso y el de Macro. Cuando el esclavo se los hubo rellenado, Cato levantó el suyo para hacer un brindis—. Por las mujeres y los niños.

—Sí... —Macro dio un sorbo—. ¿Julia está perdonada, entonces?

—De eso no estoy seguro. Aún no sé si había algo que perdonar o no, por culpa de Narciso y esos hijos de puta. Y supongo que no lo sabré nunca.

Justo entonces uno de los escribas imperiales se acercó y se inclinó para hablar con Cato discretamente.

—Prefecto Cato, señor, mi amo desea hablar contigo.

—¿Palas quiere verme ahora?

—Sí, señor.

—¿No puede esperar?

—Sospecho que no, señor. No hace tales peticiones a la ligera.

Cato suspiró y dejó el vaso. Pasó las piernas por el borde del diván, se puso de pie e hizo una seña a Macro.

—Procuraré que sea rápido.

—No te preocupes. Tengo mucho vino para que me haga compañía.

Cato siguió al escribiente por un lateral del salón y salieron por uno de los pasillos de servicio, dejando paso a una pequeña columna de esclavos cargados de cestas de fruta. A corta distancia por el pasillo estaba el despacho del intendente de palacio, y el escribiente hizo señas a Cato de que pasara. Palas estaba sentado en una esquina de la mesa, y se puso de pie y sonrió cuando entró Cato. Le tendió la mano. Cato ignoró el gesto.

—¿Qué es lo que quieres? Procura que sea rápido. Tengo un buen vino esperándome.

—Qué conmovedor resulta el placer que sientes al verme.

Cato se encogió de hombros.

—Imagino que estarás encantado de cómo han resultado las cosas para ti —continuó Palas—. Tienes a tu hijo, una bonita casa, una considerable fortuna y la gratitud del emperador. ¿Qué hombre podría desear más?

—Tú tienes también todo eso, y sin embargo no veo que tu apetito por conseguir más se haya satisfecho.

—Mis recompensas son acordes a los servicios que proporciono a este emperador, igual que al anterior.

—Por supuesto que sí. Y ahora, no perdamos más tiempo con tonterías. ¿Por qué me has hecho venir en medio del festín?

—Es un asunto algo delicado... Ambos sabemos que los hombres de la Guardia Pretoriana te tienen en muy alta estima. Demasiado alta, dirían algunos.

—¿Eso es un problema?

—Podría convertirse en un problema. Ahora mismo disfrutas de la consideración del emperador, pero no puedo decir lo mismo de Burrus y de algunos otros. Y podrían sentirse tentados a causarte problemas. Además, si existiera la sensación de que los hombres te deben lealtad a ti antes que a

otros, a alguien podría preocuparle que si hay otra conspiración te sientas tentado de meterte en política.

—¿Alguien? ¿Te refieres a Nerón?

—A Nerón, o a alguien de su círculo íntimo. Bueno, a mí me resultaría odioso ver que pasa eso. De modo que tengo una propuesta para ti. Algo que puede ayudar a suavizar cualquier posible fricción entre Burras y tú.

—¿Y cuál es esa propuesta?

—¿Has oído hablar del legado Corbulo?

Cato hizo memoria, y se acordó del hombre y de algunos detalles.

—Sí, sé algo de él. Es un oficial muy respetado. Hace las cosas siguiendo siempre las normas y es severo con sus hombres, pero no lo es menos consigo mismo. Comparte con ellos las tiendas, y las raciones, y por eso lo ven como uno de los suyos. Lo último que supe de él es que había sido enviado al este para crear un ejército.

—Así es. Hemos tenido algunos problemas en la frontera. Los partos parece que se sublevan, una vez más. Por no mencionar los rumores de rebelión en algunas regiones cercanas. Corbulo ha pedido más hombres. Más oficiales. Parece que tu reputación es tal que él se sentiría agradecido de tenerte sirviendo con él. De modo que he hecho arreglos para que tú y el centurión Macro seáis transferidos a su mando, para ayudarlo a entrenar las tropas y dirigirlas en combate. Es una buena oportunidad para ganarte más méritos.

—Y así también te aseguras de que no esté en Roma, para que mi popularidad con los hombres no moleste al prefecto Burras... o alarme al emperador.

—Algo por el estilo.

—Me lo pensaré, pero ya te digo ahora que prefiero permanecer aquí, en Roma.

—No es una petición, Cato.

—Ya veo... —pensó un momento—. Dame un poco de tiempo para revolver mis cosas. Creo que al menos eso me lo he ganado. Tengo deberes familiares que atender, y me atrevería a decir que Macro quizá no esté demasiado ansioso de meterse en esto. Te haré saber nuestra decisión en cuanto pueda.

Se volvió para irse, pero justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta del despacho, Palas lo llamó.

—Yo no tardaría mucho en decidirme, Cato. De verdad. Roma puede ser un lugar peligroso para aquellos que carecen del sentido político necesario para comprender cómo funciona.

* * *

Cuando volvió junto a Macro, los esclavos habían servido un nuevo plato a los invitados. Cuencos de caracoles con una espesa salsa de vino. Macro se había comido ya casi todo, y empujó el cuenco hacia Cato con expresión culpable.

—¿Qué quería?

—Nos ha ofrecido un nuevo puesto, lejos de Roma, donde no atraeremos una atención indebida hacia nosotros. Quiere que nos vayamos a Asia Menor para ayudar a entrenar al ejército de Corbulo y prepararlo para una campaña contra los partos.

—¿Y te sientes tentado?

—He dicho que antes necesitaba un poco de tiempo.

—¿Y él qué te ha dicho?

Cato se sirvió un caracol.

—Ha dicho que no tarde demasiado.

Antes de que pudieran continuar, se oyó un grito en el extremo del salón, y todas las miradas se volvieron hacia los divanes del entorno imperial. Nerón parecía absorto hablando con su círculo de artistas. Al otro lado, Británico se había enroscado sobre sí mismo y gritaba de dolor mientras se agarraba el estómago. La conversación en el salón se apagó rápidamente, excepto el emperador y sus asociados, que no podían evitar verse distraídos por la agonía del hermano adoptivo del emperador mientras intentaban seguir el hilo de los comentarios de Nerón.

—¿Qué le pasa? —susurró Macro.

De repente, Británico se incorporó, levantó la cabeza y lanzó un grito, y luego cayó de nuevo en el diván y se retorció de dolor, agitando los pies. Aquéllos que estaban cerca de él lo miraban con horror. Sin embargo, Nerón ignoraba el suplicio de su hermano. Al poco Británico dejó escapar un

gemido largo y ahogado, y se derrumbó. Se quedó quieto y silencioso. Nadie dice nada, observó Cato para sí. Nadie se atrevía. Todos miraban a Nerón buscando alguna pista, pero éste continuó su conversación sin prestar atención al cuerpo inerte de su hermano adoptivo.

Algunos de los huéspedes empezaron a levantarse e irse, escabulléndose sin decir una sola palabra. Cato miró muy de cerca el caracol que tenía en los dedos y a toda prisa lo devolvió al cuenco. Aunque Macro había comido y no mostraba señal alguna de estar afectado, Cato no podía correr el riesgo. Ya no tenía duda alguna de que Británico había sido envenenado.

—Creo que a lo mejor podríamos aceptar la oferta de Palas, después de todo...

NOTA DEL AUTOR

El turbulento reinado de Claudio

El reinado del emperador Claudio duró mucho más que el de su predecesor. En realidad, duró más que el de los seis emperadores que le precedieron. No es un logro pequeño, dado que se veía cuestionado constantemente por el Senado (muchos de los senadores pagaron el precio final por subestimar la crueldad de Claudio y los que le rodeaban). Roma fue un hervidero de intrigas; gran parte de la aristocracia todavía era reacia a aceptar que los gobernaran los emperadores y anhelaban que volvieran los días de la república, cuando los senadores eran los amos no disputados de Roma. Las relaciones entre el Senado y el emperador no mejoraron cuando Claudio obligó a retirarse a muchos senadores que ya no cumplían los requisitos de propiedades, y los reemplazó con nuevos senadores reclutados de las provincias gálicas. Estos últimos eran vistos con un desdén considerable por los miembros más veteranos del Senado, añadiendo más tensión aún a las relaciones entre ellos y su gobernante.

La elección del sucesor de Claudio

En siglos recientes nos hemos llegado a acostumbrar al proceso generalmente indoloro de un monarca que sucede a otro. Pero en los tiempos del Imperio romano, la sucesión era más parecida a la sustitución de un padrino de la mafia.

Maniobras taimadas e intervenciones mortales eran lo propio de los implicados en la decisión de quién se iba a convertir en el siguiente emperador.

A pesar de tener un hijo natural, Británico (llamado así en honor de la provincia que Claudio había añadido al Imperio, para cimentar sus credenciales marciales), el emperador quizá sintió que el chico estaba

contaminado por la escandalosa conducta de su madre, Mesalina, que fue ejecutada el 48 d. de C. por haber conspirado contra Claudio. De modo que las perspectivas de herencia de Británico disminuyeron. Y más aún cuando convencieron al emperador de que se casara con su sobrina, Agripina, y adoptara al hijo que ella tenía como si fuera propio. La fortuna de Británico menguó aún más. Estaba claro que su recién adoptado hermano era la elección preferida para suceder a Claudio, especialmente dado que Agripina había usado su considerable atractivo sexual para mantener controlado a su marido. Con el tiempo, sin embargo, Claudio se llegó a cansar de sus maquinaciones y se le oyó lamentar lo mal que había elegido a sus esposas, lo que era una prueba de que sus afectos se iban decantando en favor de su hijo natural. Temiendo que sus ambiciones no llegaran a fructificar nunca, Agripina emprendió una acción preventiva y asesinó al emperador, y presentó a Nerón como el nuevo gobernante del Imperio. No todo el mundo quedó contento con aquel giro de los acontecimientos, y menos que nadie la facción que rodeaba a Británico.

La Guardia Pretoriana

La otra realidad política que había llegado a convertirse en una consideración crucial para los que optaban a la púrpura era la influencia en la Guardia Pretoriana. Creada originalmente para servir de guardaespaldas de oficiales de alto rango romanos en el campo de batalla, los pretorianos adquirieron un papel permanente como ejército profesional. En época de los emperadores, se habían convertido en una unidad de élite acuartelada en Roma.

A la Guardia no le costó demasiado empezar a hacer que se notara su poder político, primero a través de las maquinaciones de Sejano, comandante durante el reinado de Tiberio. Fue Sejano el que hizo construir el campamento y aumentó las fuerzas de la Guardia. También bajo Sejano los escuadrones de la muerte de la Guardia fueron usados regularmente para erradicar la oposición política. Finalmente, fue la ambición sin límites de Sejano lo que le resultó fatal, porque fue ejecutado.

Lo lógico era que los siguientes emperadores hubieran aprendido a estar en buenas relaciones con los pretorianos, pero el sucesor de Tiberio, Calígula,

hizo todo lo que estaba en su mano para humillar a los oficiales de mayor graduación, y como consecuencia fueron asesinados él y a su familia y sacaron a Claudio de la oscuridad, presentándolo ante el Senado como candidato de la Guardia como emperador. Claudio los recompensó con generosidad, entregando 15 000 sestercios a cada hombre, una fortuna en aquellos tiempos. A partir de entonces, los hombres de la Guardia Pretoriana esperaban siempre «extras» (o con más precisión, sobornos) y pobre del emperador que no consiguiera reunir la recompensa necesaria para mantener contentos a los pretorianos. Era un secreto a voces desde la época de Claudio en adelante: mientras los emperadores podían gobernar el Imperio, el temor a los pretorianos gobernaba a los emperadores. El poder real en Roma se encontraba en las manos de la Guardia Pretoriana y aquéllos que fueran capaces de controlarla.

Capreae

Para los lectores de *El día de los Césares* que no hayan tenido todavía el placer de visitar Capri, les recomiendo que lo pongan de inmediato en su lista. Aparte de su belleza sobrecogedora (una vez pasé en barco junto a ella al anochecer y nunca he olvidado la imagen del sol, suavizado por la neblina, desapareciendo lentamente detrás de los acantilados, en el extremo oriental de la isla), conserva los restos de uno de los palacios con un entorno más espectacular de todo el Imperio romano. El largo camino de subida por el estrecho sendero que conduce al lugar vale la pena por la escala de los restos, y su situación en la cima de unos acantilados que dan al fragmento de mar que separa la isla del brazo sur de la bahía de Nápoles.

Cuando fui por última vez, tuve la suerte de tener todo el lugar para mí durante una hora, más o menos, y me senté muy cerca del borde del acantilado para disfrutar de la vista. Allí se respiraba una sensación de completa serenidad, y pude comprender entonces por qué los emperadores pasaban tanto tiempo en aquel lugar.

Definitivamente, unas vistas que valen la pena.

Hacia abajo, se veían los puntitos de las gaviotas y otras aves, y la blanca V de un barco que surcaba sin hacer ruido las azules aguas al pie de los acantilados. El sitio y las ruinas me hablaron de los tiempos romanos mucho

más claramente que cualquier otro emplazamiento arqueológico que haya visitado, y es uno de esos lugares donde la historia realmente cobra vida para aquellos que son receptivos a estas cosas.



SIMON SCARROW es un escritor inglés nacido en Lagos (Nigeria) en 1962. Su hermano Alex Scarrow también es escritor.

Tras crecer viajando por varios países, Simon acabó viviendo en Londres, donde comenzó a escribir su primera novela tras acabar los estudios. Pero pronto decidió volver a la universidad y se graduó para ser profesor (profesión que recomienda).

Tras varios años como profesor de Historia, se ha convertido en un fenómeno en el campo de los ciclos novelescos de narrativa histórica gracias a dos sagas: *Águila* y *Revolución*.